¿Cómo Romper con un Vampiro?



ELENA MARTIN

¿CÓMO ROMPER CON UN VAMPIRO?

Elena Martin

Derechos de autor © 2026 Elena Martin

©Elena Martín, 2026
Todos los derechos reservados.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su trasformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otros, incluyendo inteligencia artificial, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Primera edición: enero de 2026
Copyright 2026 Elena Martin
Edición de la autora: Elena Martín
Título Original: ¿Cómo romper con un vampiro?
Idioma original: Castellano peninsular (español)
Género: Novela Comedia Romántica (RomCom)
Diseño de portada: Patricia Espejo (@patricia.mbpec)
Correcciones: Isabel de Campos
Maquetación: Zoraida Roncero (@zoraida.books)
Agencia Literaria: Like My Book
Obra registrada en Creative Safe con el código de registro: 2601174287235
Primera edición: enero de 2026

A Luna,
porque, igual que yo, sabes reconocer a los chupasangres de la vida…
y también sabes que la mejor venganza siempre es reírse de ellos, copa en mano, mientras la amistad se impone a todo lo demás.
Porque la vida pesa menos —y sabe mejor— cuando se comparte entre risas y amigos de verdad.
Gracias por ser una de ellas.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Agradecimientos
Acerca del autor
En Spotify de Elena Martin

NOTA DE LA AUTORA

ADVERTENCIA (CON SONRISA INCLUIDA)



Antes de empezar, una pequeña advertencia —de las que se leen con una ceja levantada y una sonrisa—.

Este libro es una comedia romántica paranormal y distópica, ambientada en el año 2050, en un mundo moderno donde humanos, vampiros y demás criaturas conviven (más o menos) en armonía… o al menos lo intentan. Aquí lo sobrenatural forma parte del día a día, como el café por la mañana o discutir con tu ex.

Encontrarás escenas *picantonas*, sí, pero tranquilas: nada salta a los ojos ni hace falta cerrar el libro de golpe. Todo queda en el terreno de lo sugerido, lo incómodo y lo deliciosamente caótico.

Eso sí, aviso justo: hay alguna que otra escena que puede sacarte una mueca de asco. La naturaleza y la biología son así, y en esta historia se tratan con bastante naturalidad (y cero glamour).

También hay muchos personajes alocados, situaciones absurdas y diálogos pensados para arrancarte más de una risa. Porque, al final, esta historia va de amor, de caos… y de reírse incluso cuando todo parece un desastre.

Como en todas mis novelas, una parte muy importante del proceso fue crear una *playlist* que la acompañara. Puedes encontrarla en Spotify buscando Elena Martin y «Cómo romper con un vampiro», o preguntarme directamente en redes sociales, donde además suelo compartir ilustraciones que hago de los personajes. Me encuentras como: Elena Martin Escritora en todo lado.

Dicho esto: ponte cómoda, no te tomes nada demasiado en serio y disfruta del viaje.

Lo mejor de la vida sigue siendo reír.

Tu autora de confianza:

Elena Martin

CAPÍTULO 1

NO SE PUEDE VIVIR DEL AMOR… NI DE SANGRE O+

ABRIL



La discusión empieza antes del desayuno, lo cual, para mí, ya es un mal presagio. Llevo media hora intentando hacerme unas tostadas sin pisar una bolsa de sangre, sin caerme por culpa del ataúd portátil que ha dejado abierto en el salón y sin morir —literalmente— de una arritmia provocada por su cara de «¿otra vez vamos a hablar de esto?».

—¿Te importaría, por una vez, no dejar tus reservas sanguíneas entre mis yogures? —pregunto, con el paquete de pan en una mano y el bote de mermelada en la otra.

No quiero gritar. Estoy intentando alcanzar un estado zen mínimamente funcional. Sin embargo, hay una vena en mi sien que ya palpita por su cuenta. Él se encoge de hombros desde el sofá, sin apartar los ojos del libro de tapa negra que sostiene… al revés. Porque sí, cuando está enfadado, finge leer. Al revés.

—Si me haces espacio en tu congelador, lo hablamos —responde, con un tono grave que, por desgracia, todavía me enciende por dentro.

—¡No es mi congelador! ¡Es el de los dos! ¡Y no quiero que mi hummus sepa a médula!

Silencio. Solo se oye el zumbido de la nevera y el crujido sordo de mi dignidad marchándose por la puerta.

Bienvenidos a mi vida: vivo con un vampiro.

No es tan romántico como lo pintan en los libros. Para empezar, no brilla. Huele a bosque húmedo y a cuero viejo. Y ronca. Sí, los vampiros roncan. Que alguien lo diga ya en voz alta y deje de mentirnos.

Olvida lo que dicen las películas: no siempre están acechando. También sestean en sus criptas, o lo que sea que hagan ahí dentro, roncando como si no hubiera un mañana (que, técnicamente, para ellos no lo hay).

—No puedo más así. No puedo.

Lanzo las tostadas recién hechas al plato y lo miro con toda la furia contenida de una mujer que lleva dos noches sin dormir porque su novio inmortal hace *flexiones* a las tres de la madrugada.

Lucien levanta la vista. Sus ojos —negros como el abismo y más intensos que la mirada de un actor francés en plena promoción de una película *indie*— me recorren de arriba abajo. Sabe que estoy quemadísima. Sabe que voy a explotar. Y, aun así, sonríe. El muy..

—Te pones preciosa cuando te enfadas, ¿lo sabías?

—¡NO ME HALAGUES CUANDO TE QUIERO MATAR!

Y ahí lo tienes: el resumen perfecto de nuestra relación.

Yo lo amo. Con todo lo que eso implica. Con sus colmillos, sus secretos, sus siglos de más y esa manía enfermiza de aparecer en la ducha sin avisar. Si bien también lo detesto. Porque Lucien me consume, me agota; me deshilacha los nervios como si fueran ramas secas. Y lo peor de todo es que no sé cómo dejarlo.

Desayuno en silencio, sentada en el taburete de la cocina, viéndolo moverse con calma, en paz consigo mismo, mientras mi mente martillea —como un mantra inútil— que tengo que tomar una decisión. Ya.

—Voy a irme unos días —digo al fin, recogiendo el plato y lo que me queda de dignidad, que ahora mismo está a la altura del rodapié.

—¿A dónde?

—Donde no huela a plasma.

Tiene los ancestrales huevos de no inmutarse. Asiente, tan tranquilo, como si acabara de anunciar que voy a bajar a tirar la basura. Y, en cierto modo, es justo lo que estoy haciendo: tirar a la basura la relación en la que se ha convertido lo nuestro.

Cojo el móvil y las llaves, me pongo la chaqueta ya en la puerta, hirviendo por dentro. Al abrirla, él no se mueve. No viene detrás ni dice nada. Solo susurra:

—Volverás, Abril. Siempre vuelves.

Cierro de un portazo.

Y odio que tenga razón. Porque sí: siempre vuelvo. Aunque esta vez… Esta vez quiero romper de verdad.

O eso creo.



—¿Me estás diciendo que te dejó un murciélago en la almohada? —repitió Cata con los ojos tan abiertos como si acabara de ver al propio Nosferatu en bragas.

Asiento con la cabeza mientras sorbo una cucharada de helado directo del bote: chocolate, triple, con tropezones de más chocolate. Necesito todo el azúcar legalmente disponible en el mercado.

—Según él, no era un murciélago, sino una «nota de disculpa simbólica». —Hago las comillas con los dedos—. Una nota. Atada a una patita del pobre animal. Vivo.

—¡Tía, eso es acoso con alas! —suelta Cata, y se lanza al sofá con una bolsa de patatas abierta y una Coca-Cola en equilibrio imposible entre sus rodillas.

Su piso huele a pintauñas, fresa sintética y liberación femenina. He aparecido hace una hora con la mochila de «por si me fugo» que guardo en el coche, el rímel corrido hasta la barbilla y coleccionando un trauma nuevo por minuto.

Ella ni ha preguntado: me ha abrazado, me ha ofrecido la cama supletoria y me ha dicho: «Vas a cagarte de lo bien que te va a venir despotricar».

Y eso estamos haciendo: devoramos comida basura con fervor religioso y rajamos de Lucien como si nos fuera la vida en ello.

—¿Sabes lo peor? —resoplo, hundida entre cojines que huelen a suavizante y autoestima sana—. Que lo echo de menos. A pesar de todo: de las discusiones, de las rarezas... y de esas camisetas negras que nunca sabes si están sucias o simplemente empapadas de humedad de tumba.

—Claro que lo echas de menos, tía. ¡Tiene abdominales de pecado y te mira como si fueras un Ferrero Rocher relleno de alma! Pero eso no significa que sea bueno para ti.

—Me dijo que siempre vuelvo —susurro.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. Me fui.

Cata da un trago a su copa, suspira y me lanza esa mirada de «soy más lista que tú y las dos lo sabemos».

—Pues hazme caso, Abril. Esta vez no vuelvas… al menos hasta que te pida perdón con algo que no sea fauna voladora o poses de intensidad máxima.

—¿Y si aparece con mariachis? —pregunto, por probar.

—Solo si los ha pagado con dinero de curso legal, no si los ha hipnotizado. Que nos conocemos, que Lucien tiene la mano muy larga con la hipnosis.

—¿Y si llega con flores?

—Si no tienen espinas de dos centímetros ni huelen a corona de difunto, lo valoramos.

—¿Y si llora?

—¿Pero llora de verdad o de eso que parece que está llorando sangre? Porque el drama ya nos lo sabemos.

—Cata, de verdad…

—Abril, escúchame —dice, poniéndose seria de golpe—. Tú no necesitas a un tío que te rompa. Ni a uno que te consuma la energía. Necesitas a alguien que sepa dar un paso atrás cuando te falta el aire. No a alguien que te monte una de sus nieblas de película de serie B cada vez que se enfada.

—Pero es que a veces… a veces no sé si lo odio o si me estoy contando una milonga para poder dejarlo.

—No lo odias. Estás harta, que es distinto. Y válido. Y sano. Y feminista —añade, metiendo otra patata en la boca con la autoridad

de una terapeuta del caos.

—Yo también puedo ser difícil a veces. Bueno… muchas veces. No lo sé. Por un lado pienso que lo mejor sería que cada uno siguiera su camino y ya. Por otro… —me trago saliva, molesta conmigo misma por darle tantas vueltas siempre a lo mismo—, pienso que quizá estoy cometiendo un error.

—Abril, vuestra relación es tóxica. Cualquiera que se acerque a vosotros huele a Chernóbil desde lejos; y mira que allí ya hay menos toxicidad. No te conviene, amiga. Llevas tiempo pensándolo. Y, como siempre digo, donde hay humo, hay fuego. Tu instinto te lo está gritando, así que, dad un tiempo.

—Lucien no entiende ese concepto. Para él, el tiempo es esperar a que vuelva y se queda quieto. Porque siempre vuelvo, tía. Y estoy harta.

—Tienes que darte tiempo para decidir con la cabeza, no con el colmillo ajeno. Quédate aquí unos días y luego piensas qué es lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es alejarme de lo paranormal durante una larga temporada.

—Ya… tienes razón —asiente—. Yo creo que lo que te hace falta es una buena dosis de humanidad.

—¿Con o sin ajo?

—Con ajo, estacas y película. Terapia intensiva.

—Perfecto —suspiro—. Prescríbemela en horario diurno, que de noche los vampiros me dan urticaria.

Y ahí, entre carcajadas, grasa saturada y lágrimas que no pienso confesar, me permito por primera vez pensar que quizá, solo quizá… esta vez no voy a volver.

Aunque Lucien siga instalado en mi cabeza, en mi pecho… y en cada canción de Spotify que NO TENDRÍA QUE ESTAR SONANDO, DE NADA. (Si tienes el mismo mal gusto que yo, hay una *playlist* al final del libro. Pero no te adelantes, no leas el final todavía; deja que te lo cuente a mi ritmo, que la cosa tiene miga).



La cama improvisada de Cata es un colchón inflable cubierto con una sábana de los Minions de la época del IKEA. Literal. Bob y Stuart me sonríen desde el inicio del siglo como si supieran que estoy emocionalmente arruinada y se estuvieran cachondeando de mí. Ambas adoramos esos dibujos de principios de milenio; son auténticas reliquias, pero tienen su punto. Me tapo con una manta que huele a lavanda y, por primera vez en días, siento algo parecido a la calma. Hasta que suena el móvil.

Lucien.

No contesto.

Vuelve a llamar. No contesto.

Empiezan los mensajes:

«Abril… contéstame».

«Solo dime que estás bien».

«No tienes que hablar, solo escuchar».

«Te echo de menos».

«Por Vlad… es que me estoy volviendo loco sin ti».

«¿Cómo se vive cuando la persona que te da sentido se va?»

«He vaciado el ataúd. Ahora duermo en el suelo, porque sin ti todo me parece incómodo».

«Ya, no quieres hablar, te entiendo».

«He intentado escribirte un poema, pero rima «sangre» con «hambre» y no creo que ayude».

«Los lobos del bosque me ignoran. Dicen que doy vibes de abandonado».

Me tapo la cara con la almohada. Lloro. Maldita sea, lloro como una idiota.

Le llamo, aun sabiendo que no debería. Mi fuerza de voluntad nunca ha tenido demasiadas defensas contra él.

—Ya basta, Lucien, tienes que dejarme estar. No quiero más esto, no puedo, te lo dije. No quiero seguir contigo —hago una mueca para evitar romper en llanto—. Quiero separarme. De verdad.

Silencio. Largo. Tan largo que pienso que se ha cortado la llamada.

Entonces responde:

—Eso… solo por encima de mi cadáver.

—Tú ya estás muerto, idiota.

Pausa.

—Entonces me haré resucitar solo para impedirlo. Y si eso no funciona… me convierto en humano, me hago terapeuta de pareja y te gano por agotamiento emocional.

Me echo a reír. Y luego a llorar. Y luego a reír otra vez.

—Lucien… no… —no termino la frase; él me corta.

—Chist. Duerme. Mañana con esas ojeras pareces mi tía abuela en vida… y luego dirás que soy cruel y me echas la culpa.

Y así, entre lágrimas, carcajadas y una sábana de Minions, me quedo dormida… con su voz aún resonando en el altavoz.

LUCIEN



La cabaña huele a su champú. Ese de vainilla que siempre dice que no es suyo, pero que solo aparece cuando ella está. Me ha dejado rodeado de restos de su humanidad: un sujetador olvidado en la lámpara, una taza con labios marcados, y un bote de crema con un nombre impronunciable que juro que me da alergia.

—Te lo dije, Lucien. Una humana es complicación garantizada —dice Adrien, sentado en mi butaca como si fuera suya. Lleva la misma capa desde 1942 y aún presume de estilo.

—No es complicada. Es… intensa, vibrante, puede que un poquito incendiaria —respondo, con una copa de sangre en la mano que sabe insípida sin ella aquí para burlarse.

—Es una pesadilla con bragas de encaje —masculla—. Te discutió por no reciclar, ¿recuerdas eso?

—Tú también separarías vidrio si supieras lo que cuesta que no huela a morgue en una cocina pequeña.

Adrien me mira como si estuviera perdiendo colmillos del estrés. Quizás lo esté.

Me paseo por la sala con el holograma parpadeando sobre mi pulso: sé que no va a contestar, aunque eso no evita que lo intente. Que proyecte mensajes al aire. Que borre tres veces una metáfora sobre la eternidad y los gatos callejeros. Que recite poesía en voz baja, frente a la luz azul de la interfaz, como un idiota enamorado.

Porque lo soy.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Adrien, alzando una ceja con el aire de quien se ha tragado ya demasiados culebrones.

—Recuperarla. Obvio.

—¿Cómo? ¿Convirtiéndote en humano?

—Si hace falta, sí.

—¿Y qué pasa con el ajo? ¿Vas a levantar el veto?

—Nunca se lo he prohibido —protesto—. Solo le pedí que no lo friera cuando estoy cerca. ¡Es que me disuelve las fosas nasales, por los clavos de Vlad!

Adrien se ríe, pero yo no.

— Me conoce como nadie. Sabe dónde esconder el anillo de control para que no encuentre la interfaz de casa en siglos. Sabe cómo decir mi nombre para que suene a oración o a condena. Y lo peor… sabe que yo haría cualquier cosa por ella.

—¿Incluso dejarla ir?

Un silencio de tumba se instala en la habitación.

—Jamás. Eso solo por encima de mi cadáver. —Él abre esos ojos rasgados que siempre lleva entrecerrados—. Bueno, más cadáver

todavía.

Adrien suspira.

—Tienes que dejar que respire, Lucien. Que piense, que se equivoque. Así es como aman los vivos.

—Y mientras tanto, ¿qué hago yo?

—No sé. Lávate la capa. Aprende a usar emojis sensoriales, de esos que vibran. O empieza a planear un gesto romántico épico, hackeando todos los paneles publicitarios de la ciudad si hace falta. O lo que sea que vean ahora en esas comedias románticas que genera la IA de Netflix.

Le lanzo un cojín.

Y tomo asiento, solo, rodeado de sombras, olor a vainilla… y el miedo aterrador de haberla perdido.



No me cuesta encontrarla. Abril siempre ha tenido ese aroma que podría seguir entre mil —una mezcla de canela, fresas maduras y desorden emocional. El rastro me lleva a casa de su amiga… ella.

Cata.

Esa «bruja» moderna con laca de uñas fluorescente y odio pasivo-agresivo en cada gesto. Nunca me ha soportado; dice que soy controlador, que invado espacios. Que tengo cero habilidades sociales. Y tal vez tenga razón, pero no va a quitármela.

Desde la cornisa de un edificio contiguo —porque sí, los vampiros también tenemos dignidad— observo la ventana iluminada. Veo su silueta moverse. Ríe con esa risa suya que parece cosquillas de voz. Está envuelta en una sábana de Minions. Bob me mira como si supiera que he perdido.

Y algo dentro de mí se rompe.

Nunca pensé que terminaría así. Yo, Lucien D’Aragon, último descendiente del linaje de Carcassonne, arrastrado por el pecho

como un adolescente humano con el corazón roto. Había salido de una relación intensa con Divine —sí, la Divine— cuando conocí a Abril. Divine era perfecta. Inmortal. Elegante. Insoportable.

Y entonces apareció ella con sus deportivas rotas, sus *playlists* ridículas, su corazón latiendo como un tambor desafinado. Su sonrisa.

¡Demonios, esa sonrisa!

Nunca me había sentido tan vivo estando muerto. No por Divine. No por nadie. Abril me miraba como si no fuera una maldición… sino un milagro con colmillos.

Y sí, la he espiado. No es la primera vez. Lo hago cuando necesito asegurarme de que está bien. No porque no confíe. Es que el mundo no es seguro. Y, bueno, yo tampoco. Ella odia que lo haga. Lo llama invasión, dice que soy como un *drama queen* con capa, pero si pudiera detener el tiempo, lo haría solo para quedarme viéndola dormir. Eso… o besarle la frente sin que se dé cuenta.

Si me deja, acabará por encontrar otra persona, será inevitable. Es guapa, alegre, divertida, buena persona. No puedo soportar pensar que otro la toque. Que otro la escuche hablar con la boca llena. Que otro le abrace mientras ella se ríe como si nada más importara.

¿Un humano? ¿En serio? ¿Qué puede tener un humano que yo no?

Tengo siglos de experiencia. Hablo diez idiomas, uno de ellos muerto. Tengo abdominales marcados por siglos de lucha y autocontrol. Mi piel no se arruga. Mi voz ha hecho llorar a emperatrices. Y no quiero presumir, pero he sido considerado «letalmente atractivo» desde 1624. Y en la cama… bueno, no hay queja documentada. Ninguna.

Y aun así… estoy acojonado, porque el verdadero terror no es el sol, ni las estacas. Es que Abril ya no me quiera. Que me haya mirado hoy con esa mezcla de tristeza y resolución. Que haya cruzado la puerta no para respirar, sino para irse.

—¿Y si ya no vuelve? —me escucho murmurar en la oscuridad.

Y no hay respuesta.

Solo el silencio, la noche… y el eco de su nombre que me late en el pecho más fuerte que cualquier corazón humano.

No puedo vivir sin esa humana. Es mi humana.

CAPÍTULO 2

COSAS QUE ODIO DE TI (Y DE TUS COLMILLOS)

ABRIL



Hay muchas cosas que odio de Lucien D'Aragon.

Su manía de doblar las camisas con precisión militar. Su risa de medio lado cuando sabe que tiene razón. Esa forma de mirarme como si pudiera desnudarme sin mover un solo músculo. Y por supuesto, sus colmillos.

Bueno… en realidad los colmillos no. Los odio cuando aparecen en medio de una discusión. Cuando se clavan en mi cuello sin que yo se lo haya pedido. Cuando se asoman por debajo de esa sonrisa que me hace olvidar por qué estaba enfadada.

Odio que sea tan jodidamente guapo. Y tan jodidamente insufrible.

—Sabía que era un error —me recuerdo a mí misma mientras revuelvo una taza de té de frutos rojos en casa de Cata.

Ella está en bata, con una mascarilla de arcilla verde, mirándome como si fuera la protagonista de su *reality* emocional favorito. No dice nada, porque sabe que estoy a punto de entrar en territorio flashback. Y ahí vamos…

Nos conocimos en una librería. Lo cual ya es sospechoso de por sí, porque Lucien no lee. No en público, al menos. Estaba hojeando una edición antigua de Drácula, porque claro, el muy imbécil tiene sentido del humor.

Yo trabajaba allí en el turno de tarde. Gafas grandes, moño apurado y esa actitud de «no me hables si no me traes cafeína». Fue el olor lo primero: no a perfume caro, no a colonia. A algo salvaje, a madera mojada. A peligro. Me giré, y ahí estaba él. Alto, oscuro y con una bufanda que parecía sacada de un desfile de 1890.

—¿Te gusta Stoker? —preguntó.

Levanté la mirada por encima de la caja y estuve a punto de irme al suelo. De frente era un auténtico maromo de película. Vaya tío más guapo. Me hice la desinteresada y contesté:

—Está bien. Demasiado fantasioso.

—¿Fantasioso? Mmm, interesante —se llevó una mano a la barbilla y sonrió de medio lado—. ¿Nunca has estado con un vampiro?

—Que yo sepa, no.

Se acercó y dejó la edición especial del libro sobre el mostrador.

—Y… ¿tienes novio?

Uf. Un ligón directo. Uno más. La gente piensa que las librerías son lugares tranquilos, llenos de intelectuales de culto. Si supieran lo que se cuece entre las baldas de thriller y los libros de autoayuda, fliparían. Aparece cada personaje que… en fin.

—Depende del día.

—¿Tan mal va la cosa?

—A veces me dan ganas de clavarle una estaca —mentí. Hacía tiempo que no tenía novio.

Y él sonrió.

Juro que sentí algo crujir dentro de mí. Probablemente era el hombre más atractivo que había visto jamás. Aunque, claro, descubrir a posteriori que era un vampiro le restó algo de magia... solo un poco.

A estas alturas, en pleno 2050, ya no es raro ver a un vampiro en la cola del supermercado o a una *banshee* pidiendo café sin azúcar. Las criaturas que antes se escondían en las sombras salieron a la luz hace más de dos décadas, cuando los avances en genética, bioingeniería y tecnología cuántica rompieron las barreras entre ciencia y mito. Lo que antes era sobrenatural, hoy es parte del censo.

Yo nací ya con todo eso sobre la mesa: vampiros, licántropos, alfas, cambiantes, *mediums,* hechiceros urbanos… Es decir, lo sabía y lo normalicé. Más bien, lo toleraba. Aunque nunca me interesaron; no era de esas que soñaban con un amor prohibido, ni tenía pósters de lobos marcados en el pecho. Nunca sentí esa fascinación adolescente por lo oscuro.

Hasta que lo vi.

Lucien D'Aragon no era un ser mágico para mí. Era un terremoto con ojos negros, que a veces se volvían rojos. Una presencia imposible de ignorar. No fue una historia de «chica normal y chico inmortal», fue otra cosa. Fue como si el mundo se detuviera cuando él apareció en mi vida, y desde entonces, no ha vuelto a arrancar.

Volvimos a vernos una semana después. Y otra. Y otra más. Siempre al final de la tarde, ya de noche. Siempre por casualidad. Hasta que dejé de fingir que era casualidad.

Nos besamos una noche de lluvia. Yo tenía frío. Él tenía excusas. El beso fue lento, profundo, y cuando terminé de perder la noción del espacio-tiempo, su aliento estaba en mi cuello.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo —me dijo.

—Demuéstramelo.

Y lo hizo.

El primer sexo fue en un hotel viejo, con sábanas blancas que no sabían lo que les venía encima. Fue brutal, delicioso, ligeramente peligroso y absolutamente inolvidable, a mitad de camino entre el placer y el vértigo, con mordida incluida.

—Te he hecho daño —susurró, mirándome como si no pudiera perdonarse.

—Me has hecho volar.

—Nunca te haré daño. Y te llevaré a volar más allá de este planeta… más de una vez.

Ahí empezó todo.

Y ahí empecé a perder el control.

—Te lo dije —masculla Cata desde el sofá, quitándose la mascarilla—. Los vampiros están sobrevalorados. Mucho abdominal, mucho drama y cero estabilidad emocional.

—Calla —le respondo, sin convicción—. Fue bonito.

—Fue sexo con coreografía. Y te enganchaste como si llevaras siglos sin mojar. Cosa que, por cierto, era cierta.

Le lanzo un cojín.

Sé que tiene razón, porque lo que más odio de Lucien es lo que hizo conmigo: que no puedo olvidarlo. Ni siquiera ahora.

Para ese entonces empezó lo verdaderamente peligroso: quererle.

No fue solo por su voz grave o sus ojos de eclipse. Lo quise por cómo me miraba. Por cómo me escuchaba como si cada palabra que salía de mi boca mereciera ser memorizada. Por cómo me protegía, incluso de mis propias decisiones idiotas. Lo quise porque él me quiso primero, con una intensidad tan feroz que rozaba lo obsesivo. No se trataba solo de amor, sino de hambre, de urgencia; un incendio imposible de contener en un solo cuerpo.

Lucien lo significaba todo. Y, al mismo tiempo, concentraba todo lo que nunca debería haber deseado: controlador, celoso, posesivo, irracional. Un manual de *bandejas rojas* con piernas (maravillosamente largas, por cierto); (las tres). A veces discutíamos por cosas mínimas, y en lugar de calmarse, Lucien... ardía. Se volvía puro instinto. Puro miedo a perderme. Y por eso la convivencia ha empezado a hacer grietas.

—Podrías separarte sin romper —me sugirió Cata una noche, muy seria mientras me pasaba una copa de vino—. Vivís en casas distintas, pero seguís siendo pareja. Espacio, tía. Espacio para que respire y te eches menos de menos.

Negué con la cabeza, agotada de explicarlo.

—Él no aceptaría eso. Me lo dijo a los dos meses de vernos, que no sabía vivir sin mí. Que no le bastaba con verme. Que quería despertarse a mi lado cada noche… bueno, cada atardecer. Que necesitábamos compartirlo todo.

Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en su castillo —sí, castillo, con torres, tapices y un piano que tocaba sólo—, perdido en un bosque que parecía sacado de un cuento nórdico siniestro. Y aún así, Lucien estaba dispuesto a dejarlo todo. Por mí.

—Vámonos juntos. Lo dejo todo. Pero no quiero seguir viendo cómo te vas al amanecer con olor a otro lugar que no sea yo —me

dijo.

Y lo peor es que yo también lo quería. Me parecía romántico. Loco. Desmesurado. Y hermoso.

Así que le propuse un punto medio. Un lugar donde él no ardiera por la luz del sol y yo no ardiera de frustración por vivir en mitad de ninguna parte. Una cabaña. Bueno, una «cabaña» de lujo, con domótica, terraza acristalada y sábanas de hilo egipcio que cambiaban solas con cada estación. Lucien caga dinero, literal. Nunca he querido preguntar de dónde viene, porque prefiero mantenerme en la ignorancia. Y porque si lo preguntara, probablemente me respondería algo como «de inversiones a largo plazo desde el siglo XVIII».

Al principio todo fue idílico. Comprábamos juntos en el mercado nocturno, cocinábamos a medias (él no come, pero le gusta verme disfrutar), veíamos series absurdas y discutíamos si Buffy era ofensiva para su especie. Me leía mientras yo dormía. Yo le cantaba mientras él trabajaba en su despacho. Sexo a todas horas. Risas. Pasión. Amor del bueno.

Y después…

Después llegó la rutina. Su rutina.

Sus silencios eternos, su necesidad de saber con quién hablaba, a qué hora, por qué. Sus celos de mi ex, de mi jefe, de mi ginecóloga. La sensación de estar constantemente observada. Querida, sí, pero como si el amor fuera una sala sin ventanas.

Y entonces empecé a pensar que a lo mejor amar así… también podía doler demasiado.

Y que, quizá, no todo lo que arde da calor. A veces solo quema.

LUCIEN



No esperaba quedarme tanto tiempo en aquella librería. Había entrado para refugiarme de la tormenta eléctrica que me estaba

cegando y, quizá, burlarme un poco de la ironía de encontrar Drácula entre novedades juveniles. Y entonces, la vi.

Ella no se dio cuenta al principio. Estaba detrás del mostrador, escribiendo en una libreta con cara de estar registrando el destino del mundo a punta de bolígrafo. No tenía nada especial. No emitía ningún tipo de poder, ni aroma sobrenatural. Y, sin embargo, lo sentí: algo que se arrastró dentro de mí como una grieta vieja que no había terminado de cerrarse.

Y sonrió.

Por todos mis ancestros, esa sonrisa.

Todo en mí se tensó, fue como si mis sentidos, demasiado agudos, demasiado controlados durante siglos, hubieran decidido perder la compostura justo frente a una humana con moño desordenado y gafas demasiado grandes para una carita tan mona.

No era guapa en el sentido clásico, aunque tenía algo: un brillo, un fuego en la mirada. Y el corazón. Juro que podía oírlo latir desde el otro lado de la estantería, tan vivo. Tan descaradamente humano. Me dieron ganas de arrancármelo yo también el mío solo para ver si podía hacer lo mismo.

Me acerqué y le hablé. Respondió con sarcasmo y me fulminó con la mirada. Y no supe cómo salir de allí sin volver a verla.

Volví. Cada noche. Sin excusa. Sin plan. Solo por el placer de verla girar los ojos cada vez que aparecía.

Cuando la besé por primera vez, ya estaba perdido. Me lo había negado durante días. Me lo había prometido durante siglos: nunca otra humana. Y menos después de Divine, una vampira. No después de lo que perdí con ella.

Pero Abril no pedía permiso. Se metía bajo la piel con las manos llenas de contradicciones. Me tocaba y me veía con otros ojos. Para ella yo no era una criatura que daba miedo, sino un hombre hecho de hueso y carne. Me deseaba sin temor. Me hablaba ignorando por completo mis cientos de años encima. Me desafiaba. Me vencía. Me gustaba cuando me miraba no como un vampiro con historia, sino como alguien presente… quizá futuro.

Nunca había querido quedarme tanto tiempo en el mismo sitio. Y, de pronto, todas mis posesiones, mis silencios y mis sombras,

empezaron a parecerme ridículas. Me fui de mi castillo. Del bosque. De todo lo que conocía. Quise estar cerca. Quise construir algo. Algo vivo. Algo real. Con ella.

Acepté mudarme. Fingí que la ciudad no me asfixiaba. Que no me molestaba el ruido, el tráfico, el olor a humanidad apurada. Porque ella estaba ahí y su voz valía más que el silencio eterno. Sus dedos en mi espalda eran más importantes que cualquier legado maldito.

Y al principio… funcionó.

Los desayunos que yo no comía, las duchas compartidas, sus gritos cuando dejaba las bolsas de sangre en su cajón del congelador. Incluso eso me parecía hermoso. Real. Intenso. Necesario.

Hasta que dejó de serlo.

Hasta que empecé a notar cómo me ocultaba algunas cosas: cómo miraba el móvil con más cuidado, cómo se encerraba en el baño para llorar cuando creía que yo no la escuchaba.

Yo escucho todo.

Y ahora, estoy aquí. Solo. Con una cama demasiado vacía y una certeza que me hiela la garganta: la estoy perdiendo.

Y no tengo ni idea de cómo salvarnos.

También debería confesar algo: soy un cachondo.

Sí, lo soy. De esos que disfrutan del sexo y para mí es un arte sagrado, una danza antigua, un idioma sin traducción. Y en mi especie eso es... bastante común. Es parte de la maldición, dicen algunos. De la intensidad inmortal, dicen otros. Yo creo que simplemente es porque sabemos lo que vale el placer cuando has vivido suficientes siglos como para saborear lo bueno con la precisión de un dios decadente.

Con Divine, todo era precisión. Control. Dominio. Fuego frío. Teníamos sexo como si estuviésemos pactando tratados de guerra: sin errores, sin titubeos, sin una gota fuera de sitio. Lo nuestro era épico, sí, pero también predecible. Dos cuerpos eternos, fuertes, sin necesidad de contener nada. Lo resistíamos todo. Jugábamos al límite porque no había límite.

Con Abril… todo cambió.

Una humana es otra cosa. Una piel distinta. Una fragilidad que me obliga a detenerme cuando más quiero perder el control. Tengo que cuidar cada mordida, contener la fuerza, medir los gemidos. Dominarme a mí mismo. Pero, joder... ¡lo que me da a cambio!

Estar con ella no es solo sexo, es explosión, es riesgo. Es placer crudo. Es ese gemido que lanza cuando la toco justo ahí, ese temblor de sus muslos cuando me acerco, el temblor de su respiración cuando me huele el cuello… todo es real. Humano. Caliente. Viscoso. Y absolutamente mío.

Me encanta su cuerpo porque no está hecho para mí…, pero lo reclama igual. No puede competir con mi fuerza, y aún así me desafía a cada segundo. Me suplica que no me contenga, pero me rompe si lo olvido.

No hay nada más sexy que el temblor de una mujer que se entrega sin dejar de luchar por el control.

Y con ella, he perdido todas mis malditas reglas. La primera vez fue en un hotel con olor a madera vieja. Recuerdo el crujir del colchón, sus uñas clavadas en mi espalda, su boca abierta y ese primer grito ahogado cuando me atreví a bajar lentamente y morderle el muslo, sin atravesar la piel, solo rozándola. Me costó parar. Me costó todo.

—¿Te he hecho daño? —pregunté, con las manos aún temblando.

—Me has hecho volar —respondió.

Y ahí supe que me jodí por completo. Porque en ese momento, su cuerpo no solo me pidió más… su alma también.

Con todo esto, ¿cómo voy a dejarla?, ¿por qué quiere dejarme, si he dejado de ser quien soy para convertirme en todo lo que ella necesita que sea? No lo entiendo. Llevo siglos existiendo, creyendo conocer a los humanos mejor que ellos mismos, y aun así esta mujer consigue desbaratarme por completo. Es el mayor enigma al que me he enfrentado jamás y el único que quiero seguir intentando descifrar cada maldito día de esta eternidad.

CAPÍTULO 3

MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA NOVIAS DE VAMPIROS

ABRIL



Dos días. Me bastaron dos días fuera para entender que vivir sin Lucien es posible. Placentero… no tanto.

¿He dormido?, sí. ¿He comido?, también. ¿He rajado de él con Cata como si me pagaran por episodio?, en efecto. Sin embargo, en el fondo, debajo de todo ese sarcasmo y helado derretido, hay una parte de mí que sigue preguntándose si está bien. Si se ha alimentado. Si ha vuelto a dejar bolsas de sangre en el lavavajillas. Si ha dormido en nuestra cama o en el ataúd, rodeado de oscuridad y autocompasión.

Así que regreso. Con la cabeza alta y la espalda recta. Con el corazón como una lavadora en centrifugado.

Cruzo la puerta de la cabaña —nuestra cabaña— y ahí está él.

Lucien se pone de pie como si alguien hubiese gritado fuego. Sus ojos se clavan en mí y veo en ellos la tormenta y promesa. Y durante un segundo, creo que va a desmayarse. Lo cual es ridículo, teniendo en cuenta que su corazón no late.

—Volviste —susurra.

—Solo a recoger unas cosas —respondo, aunque ambos sabemos que miento.

Silencio.

Silencio denso. Silencio de los que cortan el aire en tiras.

—¿Te puedo ofrecer algo? —pregunta de pronto—. ¿Agua? ¿Té? ¿Una lista de razones para quedarte?

No respondo. Camino hasta la cocina. Todo sigue donde lo dejé, inmóvil, obstinadamente igual. El tiempo parece haberse quedado suspendido en este espacio. El imán de ajo continúa prendido a la nevera, una burla silenciosa que me arranca una mueca.

Dejo mi bolso sobre la encimera. Respiro hondo. Y lo suelto:

—He sacrificado muchas cosas por ti, Lucien.

Él no se mueve, apenas parpadea.

—La luz del sol —sigo hablando—. Porque contigo no hay paseos por la playa ni desayunos en terrazas.

—Abril…

—El ajo. ¿Sabes lo que es cocinar sin ajo? Es como bailar sin música. Como ver series sin subtítulos. Un crimen culinario. Soy española, diantres, necesito un buen ajoaceite.

Sus labios se mueven, pero no dice nada.

—Mi vida social. Mis amigas. Mi rutina. Incluso mi sentido común. Todo por ti. Por este amor tan… intenso. Tan devorador. Tan jodidamente tuyo.

Lucien da un paso. Otro. Y cuando está a medio metro de mí, susurra:

—No sabes lo insoportable que es la eternidad si no estás tú.

Y ahí, como una idiota, casi me echo a llorar.

Pero no. Porque tengo una lista, y la lista tiene más puntos. Y esta vez, quiero mencionarlos todos.

—Punto cuatro —digo, sacando una hoja imaginaria del bolso como si estuviera en medio de una presentación corporativa—: He tenido que aprender a vivir sin calefacción. Porque claro, tú no sientes frío, y al parecer, los no muertos también odian las facturas.

—Veo que has sacado la lista de amonestaciones. Me alegro de haber perdido el punto uno, dos y tres.

—Yo te garantizo que te tiro por una ventana si sigues interrumpiéndome.

Lucien se tensa, pero no interrumpe.

El muy tacaño es capaz de comprarme lo que me dé la gana, porque nunca ha escatimado en gastos cuando se trata de satisfacer

nuestras necesidades. Eso sí, el 80 % de lo que tenemos en casa no es mío, son caprichos suyos: lujos dignos de un rey del siglo XVIII con complejo de emperador y afición por los tronos ornamentados. Y aun así, va por la vida quejándose de que todo está carísimo, como si la inflación acumulada desde el medievo le atravesara la garganta y la única forma de desahogarse fuera soltando pullas a todo el que respira cerca. Que si la luz, que si apaga que no estás, que si cierra el grifo mientras friegas… Por favor. Pesado es poco.

—Cinco: las películas de miedo ya no tienen gracia. Después de vivir con alguien que puede arrancarle la cabeza a un hombre sin despeinarse, ver a un payaso asesino ya no impacta igual.

—Eso no fue intencionado. Se lo merecía —murmura.

Le lanzo una mirada.

Porque sí, lo vi hacerlo. Aquel tipo del bar que intentó sobrepasarse conmigo. En cuestión de segundos, Lucien lo tenía estampado contra una pared. No gritó, no perdió el control, ni siquiera levantó la voz. Solo lo miró… y luego lo partió en dos como si fuera un muñeco defectuoso. Y aunque todos juran que fue un accidente —que el tipo tropezó, que la pared cedió—, yo sé la verdad.

Y lo peor es que no me asustó.

Me excitó.

Y eso… eso me asusta a mí.

—Seis: me he acostumbrado a dormir con una criatura que no duerme. ¿Tienes idea de lo inquietante que es eso? Abrir los ojos a las tres de la madrugada y encontrarte con tu novio mirándote fijamente como si estuviera escaneando tu alma.

Lucien se pasa una mano por el pelo, incómodo. Me encanta cuando se inquieta. Es como ver a un dios perder el equilibrio.

—Siete: el sexo. —Su barbilla se levanta, alerta. Bingo.— No me quejo, ¿vale? En serio. Es… otra liga. Pero estar con alguien que puede romper una puerta con el torso y que a veces gruñe en latín mientras lo hace… bueno. Acojona. Y excita. A partes iguales.

Lucien sonríe. Solo un poco. Bastardo.

—¿Eso iba en la lista de quejas?

—No. Ese punto es ambiguo. Aún no he decidido si es una bendición o un trauma con final feliz. Lo que sí sé es que eres demasiado intenso. A todas horas, en todas partes, de todas las formas, ¡uff! No das tregua.

Me cruzo de brazos y él se queda quieto, apostando por la espera, consciente de que, si no me interrumpe, terminaré diciendo todo lo que llevo dentro.

—Ocho: he tenido que inventarme excusas para mi jefe, para algunas de mis compañeras de trabajo y para mí misma, porque no puedo decirles la verdad ni contarle al mundo que me he enamorado de un ser que no debería existir; porque, incluso ahora… me sigue dando miedo lo mucho que te quiero.

Ahí sí, algo se quiebra en mi voz, y Lucien da un paso al frente, deteniéndose justo ante mí. Su mirada se clava en la mía y, por un segundo, todo se detiene.

—Entonces déjame hacerte una lista también —dice, en voz baja —. Una lista de razones por las que no pienso dejar que esto se acabe.

Trago saliva e intento apartar la vista, sin conseguirlo. Sé que lo hará, sé que va a tener buenas razones y, maldita sea, eso es precisamente lo que más miedo me da. Asiento.

LUCIEN



Vivir con una humana es… complejo. Caótico. Agotador. No lo digo por crueldad. Lo digo porque es la jodida verdad.

Abril deja pelos en la ducha, calcetines a secar en las rendijas de la calefacción (sí, una vez) y se pasa la vida hablando sola, como si llevara una emisora interna encendida 24/7. Tiene la capacidad sobrehumana de hablarme desde otra habitación y enfadarse cuando no la escucho, y eso que tengo oído absoluto. Resulta que siempre está hablando y no sé si es conmigo o con ella misma.

Acumula tazas de té por toda la casa, se ducha con música a todo volumen a horas en las que hasta los muertos deberíamos dormir —lo cual es irónico, porque técnicamente yo lo estoy—, y tiene la absurda costumbre de comprar plantas que inevitablemente mueren porque «esta vez sí que me voy a acordar de regarla».

¿Y su sangre? Una delicia. Pero no puedo tocarla. No sin permiso, no sin reglas. Con Divine todo era fácil. Era como yo: fuerte, inquebrantable, sin necesidad de límites. Pero Abril… Abril respira, sangra, tiembla. Abril tiene un umbral del dolor y yo tengo que pensar dos veces antes de apretarla contra una pared.

Y, sin embargo, cuando me alejo de ella, todo me sabe a ceniza.

En contrapartida, vivir con Abril también significa encontrar notas escondidas entre las páginas de mis libros, despertarme con el sonido de su risa, verme obligado a tragarme *realities* absurdos mientras me desgrana las tramas con la solemnidad de quien analiza a Shakespeare. Significa sorprenderla mirándome cuando cree que no me doy cuenta, con una expresión que me arde por dentro, como si ante sus ojos yo fuera algo más que un monstruo.

Hoy ha vuelto y estoy peligrosamente cerca del colapso, si es que algo así puede sucederme. No debería. Y, aun así, la he oído llegar cuando su coche todavía estaba a kilómetros de detenerse; al abrir la puerta he sentido esa sacudida inconfundible, la certeza de que algo que llevaba demasiado tiempo suspendido por fin encajaba de nuevo en su lugar. Una punzada precisa en este corazón que no late, cruel y certera, como una estaca hundiéndose justo en el centro.

La observo: está entera, luminosa, irritada. Y yo… yo estoy tan jodidamente feliz que me duele la mandíbula de contener la sonrisa que amenaza con desbordarse como la de un idiota.

Todavía no lo muestro. Aún no. Primero dejaré que descargue su lista, que escupa todo lo que odia de mí, que me plante cara con esa voz suya que suena a guerra y a deseo al mismo tiempo. Después… ya veremos quién termina convenciendo a quién.

Sus argumentos son buenos. No obstante, yo tengo mis trucos. Soy una vieja urraca y estoy listo para ir a por lo que brilla.

Entrecierro los ojos y, con toda la solemnidad de un político en campaña, saco mi propia lista. Literalmente. Desdoblo un papel arrugado que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y carraspeo. Abril entrecierra los ojos; sé que me acaba de odiar un poco más. Perfecto.

—Punto uno: has llenado esta casa de cojines. Cojines por todas partes. Cojines sin propósito. Cojines con frases como «hogar, dulce hogar» y «sé la mejor versión de ti misma». El otro día intenté sentarme en el sofá y acabé en posición fetal encima de un bordado que decía «aquí reina el amor».

Ella abre la boca, indignada. Me apresuro.

—Dos: te da por reorganizar la nevera cada dos días. ¿Sabes lo difícil que es encontrar mi reserva de sangre cuando la escondes entre tus yogures con chía y tus botes de kimchi fermentado?

Casi me desmayo. Otra ironía más para la colección.

—¡Porque la pusiste en la balda del queso, Lucien!

—Tres —continúo, alzando la voz por encima del drama—: me obligaste a ver tres temporadas de una serie en la que no pasa absolutamente nada, salvo gente mirándose intensamente mientras se peina. Y cuando por fin alguien murió, lo resucitaron por amor. ¡¿En qué universo tiene eso sentido?!

Ella me lanza lo primero que pilla de la encimera. Resulta ser una pera limonera. La esquivo, por supuesto. Tengo siglos de práctica para estas cosas.

Miro el desastre por encima del hombro, observando cómo la fruta ha quedado hecha papilla en el suelo.

—A ver quién va a limpiar esa mierda… que esa es otra —comento, en un tono lo bastante alto para provocar.

Ella abre la boca formando una O perfecta. Tengo que apartar la mirada porque mi mente, tan maleducada como siempre, ya ha empezado a rellenar esa vocal con ideas completamente inapropiadas.

—Serás desgraciado, Lucien. Tú no limpias ni el polvo de tu propio ataúd. Se te caerían los anillos de tu santo grial.

Arqueo las cejas, me miro los anillos familiares que llevo en los nudillos y los beso con teatralidad. Son el único legado directo de

mis ancestros y, sí, me dan un aire de señor del castillo que no pienso moderar.

—Tú no limpias una mierda porque contratas personal para todo —suelta—. Como si te sobrara el dinero.

—Me sobra —respondo, sin vergüenza alguna.

—Pues eso. Así que no me vengas con cuentos. Yo no soy parte del staff.

Durante un segundo, el silencio se cuela entre nosotros como una presencia más. Ella aprieta los dientes y yo imito el gesto sin pensarlo. Estúpida. Encima que contrato ayuda para que no tenga que mover un dedo, para que esté bien cuidada… y así me lo agradece. Desagradecida.

—Que tengamos comodidades no significa que tengas que despreciarlas con esa actitud —digo, sereno, pero envenenado.

Ella suelta una risa sarcástica por la nariz; ese sonido que tanto odio. O, mejor dicho, que odio no poder borrar. No le sienta nada bien el cinismo.

—Tranquilo, muy bien. Ya me limpiaré yo mi mierda… cuando me vaya de tu casa.

Hace ademán de marcharse y, en un suspiro, me planto delante de ella.

—Lucien… para de hacer eso. Me asustas.

Bajo la mirada. Ella es pequeña. Mucho, en comparación conmigo. Solo que cuando se enfada, crece.

—No me has dejado terminar la lista. Y eso no es justo.

—¿Quién dijo que la vida fuera justa, eh?

Probablemente Napoleón. Pero luego perdió la guerra.

Ella estrecha los ojos, frunce los labios, se planta con los brazos en jarra y me hace un gesto para que continúe.

Guardo la lista; me la sé de memoria. Enfundo las manos en los bolsillos, respiro hondo y prosigo.

—Cuatro: tus cremas están en todas partes. No tengo espacio ni para mi cetro ceremonial. La última vez abrí el cajón de la fruta en la nevera, encontré tu contorno de ojos.

—Porque la necesito fresca. Y sí, la necesito —responde, encarándome—. Aunque tú no duermas, yo sigo yendo al trabajo

con unas ojeras más hondas que la fosa de las Marianas. Y sabes perfectamente por qué.

Me sostiene la mirada, desafiante. Paso la lengua por uno de mis colmillos, dejándolo asomar con intención.

—No, no lo sé —provoco, con toda la mala sangre del mundo.

Ella entrecierra los ojos. Odiosa. Deliciosamente odiosa.

—Lucien...

—Abril...

—Sabes muy bien por qué llego con ojeras al trabajo todos los días.

—Porque vas oscuramente satisfecha... —le sonrío, impúdico.

Cierra los ojos con fuerza, y me muerdo la lengua para no soltar una carcajada. En eso tiene razón: soy un cabrón. Debería preocuparme más por su descanso. Pero el sexo… el sexo con ella me arranca la paciencia, las horas y cualquier sentido de mesura. Me gusta demasiado. Me pierde. Me ancla. Siempre a ella. Solo ella.

Y como tengo toda la eternidad, pero no con ella… eso me deja con pocas ganas de desaprovechar minutos.

—Aun así, sigo con mis trece. Si vas a ir con ojeras igual, qué más da que la crema esté fría o caliente. Ponla en su sitio. Yo siempre soy cuidadoso con mis cosas.

—No me hagas reír —suelta, con una carcajada seca, de esas que arañan más que alivian.

—No veo dónde está la gracia, la verdad…

—¡Porque tú guardaste tus grilletes del siglo XV en mi cajón de la ropa interior! ¿Llamas a eso ser cuidados0?

Me encojo de hombros, fingiendo inocencia.

—Cinco —Paso un dedo por mi ceja, peinándola. Al menos algo en esta conversación va a mantenerse perfectamente alineada—: cuando discutes, subes la ceja izquierda. Solo la izquierda. ¿Sabes lo provocador que es eso? ¿Lo tentador? Es una trampa visual. Un ataque psicológico. Me cuesta concentrarme.

Ella cruza los brazos, roja; no sé si de rabia o de otra cosa. Justo entonces, la ceja izquierda se le levanta apenas un poco, lo suficiente para declararme la guerra sin abrir la boca.

Y ahí, en medio del caos, de esta absurda batalla de listas y rencores domésticos, se me escapa una sonrisa. Porque la amo. Y también porque quiero que me odie… solo un poco menos de lo que me desea. Lo justo para que deteste lo que estoy a punto de hacer.

Entonces me muevo.

En un suspiro la tengo en brazos. La alzo como si no pesara nada —porque para mí no lo hace— y la siento sobre la encimera de la cocina. Ella ni siquiera ha terminado de reaccionar cuando ya estoy entre sus piernas, sujetándola por la nuca con una mano, atrapándola sin violencia, sin duda. Mi boca encuentra su cuello, justo donde late esa vena tan deliciosa que siempre me llama. La beso, la huelo, la muerdo con los labios sin romper la piel; solo devoro su pulso, su fragancia, su rabia contenida. Me vuelvo loco con ella.

—Me estás enloqueciendo… —susurro, con la voz rota por el deseo y algo más oscuro—. Siempre lo haces. Siempre me llevas al puto borde, Abril.

Ella tiembla. Se queda unos segundos quieta. Y yo me pierdo. Nos perdemos. Porque esto —esto entre nosotros— es fácil cuando es físico. Cuando es piel contra piel, boca contra boca, jadeo contra jadeo. Ahí nos entendemos. Ahí todo encaja.

Hasta que ella me aparta.

Sus manos me empujan con firmeza en el pecho. Me detengo. Me dejo apartar. Porque sé que lo tengo que hacer.

—Eso no es forma de terminar una discusión —dice, con la respiración agitada—. Lo nuestro es tóxico, Lucien. No podemos solucionarlo todo a base de sexo.

—Claro que podemos—respondo, medio en serio, medio en broma, pero jodido por dentro.

Ella me clava los ojos.

—Si eso es todo lo que tenías en la lista para decirme… entonces no hay nada más que añadir.

Pero no. No es todo. Ni de lejos.

Me enderezo, serio ahora. Y cuando hablo, mi voz ya no es burlona. No hay rastro del vampiro que juega al sarcasmo.

—Aún no he terminado.

Ella parpadea, sorprendida.

—Punto seis —digo, mirándola con toda la verdad que me queda —: No puedo vivir sin el ruido que haces al sorber el café. Sin el gesto que haces con la nariz cuando piensas en voz alta. Sin tus notas en la nevera que dicen cosas como «cómeme» y están pegadas a un bote de hummus.

Ella me observa, inmóvil.

—Siete: no puedo estar en silencio sin echar de menos tu voz. Ni en la oscuridad sin imaginar tu risa. No puedo leer sin pensar en cómo tú me leerías a mí. Ni no dormir sin buscarte. Ni estar solo sin que me duelas.

Traga saliva. Sus ojos ya brillan. Y no por rabia esta vez.

—Ocho: me haces querer ser mejor. Me haces desear que esta eternidad tenga sentido. Me haces olvidar todo lo que he sido antes de ti.

Me acerco, más suave y más humano que nunca.

—Y sé que no vas a vivir tanto como yo. Sé que cada minuto contigo vale más que siglos de cualquier otra cosa. Y no quiero pasar lo que nos queda discutiendo, Abril. No quiero desperdiciarte.

Ella baja la mirada; cada palabra parece abrirle algo por dentro. Las lágrimas empiezan a caer y las veo descender una a una, pesadas, interminables. Juro que escucho su impacto contra el suelo, ralentizado, casi irreal. Estuve a punto de detenerlas antes de que se rompieran sobre el granito… del mismo modo en que ya lo habían hecho dentro de mi cabeza.

—Quizá… —susurra—. Quizá esa sea la lógica, ¿no? Que yo esté con alguien como yo. Que tú estés con alguien de tu especie.

Ahí me rompo. Y es que el miedo me atraviesa como una estaca afilada. La sola imagen de ella con otro —con un humano, con alguien que envejezca con ella, que respire como ella, que sangre como ella— me revuelve las entrañas.

—No digas eso… —susurro, incapaz de añadir nada más.

Ella niega con la cabeza, baja de la encimera y da un paso hacia la salida. Uno solo, pero pesa como un siglo.

—No puedo seguir, Lucien.

Se va. Yo me quedo, con todas las palabras que no me dio tiempo a decir.

CAPÍTULO 4

ESTO NO ES AMOR, ES UNA POSESIÓN CON

COLMILLOS

ABRIL



Romper con Lucien no es fácil, y no lo digo solo por el drama emocional, que ya sería suficiente; lo digo porque, literalmente, no me deja. Ya hemos pasado por esta dinámica innumerables veces. Aún recuerdo la discusión de la hostia que tuvimos, en la que de verdad pensé que todo se había acabado. Le dije que se había acabado, que lo nuestro era tóxico, que no podíamos seguir así, y él… simplemente no lo aceptó.

Al día siguiente apareció en mi trabajo; más tarde, en la ducha; después, en mi cabeza. Se instaló como el eco obstinado de una mala decisión que se niega a desaparecer, como si supiera el instante exacto en el que intento olvidarlo para regresar a mi vida con esos ojos de tormenta y sus excusas de siempre, rebosantes de pasión.

—No soy tóxico, Abril. Soy persistente —dijo con esa voz que me revuelve el alma incluso cuando quiero odiarlo.

Le respondí que sí lo era, que aquello no era amor, sino una condena disfrazada de deseo; que yo necesitaba aire y que él… él solo sabía absorberlo.

Y entonces, como disculpa, me regaló una cabaña.

Una jodida cabaña. Nueva, más alejada, más luminosa, más silenciosa, con ventanales enormes, muebles elegantes y una cafetera automática que haría llorar a Cata. Drama, sí, pero con estilo.

Hace una semana que he vuelto a casa y, desde entonces, apenas hemos intercambiado palabras. Él me está dando espacio; se nota, y en teoría debería agradecerlo. Sin embargo, lejos de sentir alivio, me descubro a la deriva, soltada en mitad de algo para lo que no tengo mapa ni instrucciones.

Porque hay silencios que pesan más que cualquier discusión, y el suyo arrastra una verdad que no se atreve a decirme. Esa ausencia me descoloca, me marea, me deja peor que todas nuestras peleas juntas.

Algunas noches me quedo sentada en el sofá, con la televisión apagada, pensando sin rumbo. Pensando en lo que somos. En lo que nunca seremos. Y en esas verdades que una parte de mí sigue empeñada en esquivar, aunque sepa que tarde o temprano van a pedirme cuentas.

Los vampiros no pueden tener hijos con humanos, es biológicamente imposible. Es un hecho. Y aunque cuando me enamoré de Lucien eso me daba exactamente igual, últimamente… no tanto.

Llevo tiempo sintiendo el reloj. Ese tic tac biológico que te araña por dentro. Esa idea que no te suelta cuando ves a alguien empujar un carrito de bebé o acariciar una barriguita con ternura. Pensaba que no me importaba, que tener a Lucien era suficiente.

Pero ahora, cuando lo miro, me pregunto si algún día será demasiado tarde para querer algo más.

Y luego está lo otro. Lo innegable. Él no envejecerá. Yo sí.

Estoy condenada a marcharme. Y él… a quedarse.

Y si ya lo sabía, ¿por qué decidí seguir adelante?

Porque el amor es estúpido. Egoísta. Porque primero siente, y luego, si acaso, razona. Porque cuando me enamoré de Lucien, lo hice con el corazón y no con la cabeza.

Y ahora que la cabeza por fin está hablando, temo que el corazón ya no tenga fuerzas para contestarle.

Lo oigo antes de verlo. Es un leve crujido en la madera del porche, seguido del aroma inconfundible que siempre trae consigo: noche, cedro… y esa oscuridad que solo tiene Lucien.

—¿En serio? —pregunto sin girarme desde el sofá—. ¿Cuál es la lógica de regalarme una cabaña para dejarme en paz si te pasas el día apareciendo en ella?

Hay silencio. Luego su voz, baja, envuelta en una mezcla incómoda de culpa y arrogancia mal disimulada.

—No venía a quedarme. Solo quería saber si estabas bien.

—Estoy bien —respondo sin apartar la mirada del frente—. Lo estaba antes y lo estoy ahora. ¿Ya te puedes ir?

No se mueve. No necesito mirarlo para saber que sigue ahí, detenido en el límite, como siempre, midiendo la distancia exacta desde la que puede acercarse sin romper nada… o sin romperme a mí.

—Te echo de menos —dice, como si esas cuatro palabras bastaran para rellenar todos los huecos que hemos ido dejando atrás.

—Lucien, no puedes seguir irrumpiendo en mi espacio cada vez que lo sientes —replico—. Esto no es una novela gótica en la que el amante inmortal ronda por los rincones hasta que la protagonista suspira rendida. Esto es mi vida, y necesito que dejes de cruzar mi puerta sin permiso.

—La construí yo —murmura.

—Y eso no te da derecho a atravesarla cuando te apetece —contesto—. ¿O también te atribuyes derechos de propiedad sobre mí?

Vuelve a guardar silencio. Casi puedo sentir cómo las palabras le hierven por dentro, empujando por salir, aunque no lo hacen. No esta vez; sabe que tengo razón.

—Solo vine a dejarte algo —añade al cabo de unos segundos.

—¿Y qué más puedes dejarme que no tenga ya, Lucien? —pregunto—. ¿Otra casa? ¿Un castillo, quizá? ¿Una bóveda llena de recuerdos que no vamos a saber dónde guardar cuando todo esto se acabe?

Entonces, por fin, da un paso hacia el interior.

—Una conversación —responde, con los ojos clavados en mí—. Solo eso.

Y, por primera vez, me doy cuenta de que no ha venido a pelear ni a provocarme. Ha venido a hablar. No sé si esa certeza me alivia… o me parte por dentro.

Se acerca despacio, sin prisas, midiendo cada gesto, casi con cuidado excesivo. Se sienta frente a mí y me toma las manos; sus dedos, fríos de forma habitual, me envuelven con una delicadeza inesperada, muy distinta a la que mostraba cuando discutíamos.

Me mira. Esa maldita cara suya, perfecta. Tan jodidamente perfecta que duele.

—He estado pensando —empieza, en voz baja. Parece pesarle las palabras—. Sé que las cosas entre nosotros no son fáciles, que lo hemos complicado todo más de la cuenta. Sin embargo…, hay algo más, ¿verdad?

Sus ojos se clavan en los míos con una sinceridad tan limpia que me desarma. No hay reproche en su tono, no hay acusación. Me lo pide. Me suplica saberlo.

—Abril… hay algo que no me estás contando. Lo noto. Lo huelo. Lo siento. Y no lo entiendo. Solo quiero entenderlo. ¿En qué te estoy fallando?

Trago saliva. No sé cómo decirlo. No sé cómo explicarle que no es él, que no es un error, que lo nuestro no es una ilusión. Es amor, del de verdad, del que quema. Precisamente por eso duele tanto decir lo que se me queda atascado en la garganta.

Porque, si le digo la verdad, voy a romperle algo que no sé si volverá a sanar.

Y, aun así, no puedo negárselo.

—No es por ti —murmuro, sin soltar sus manos—. Es por mí. Por mi cuerpo. Por mis años. Por todo lo que tú no puedes darme. No porque no quieras… sino porque no puedes.

Frunce el ceño, confundido.

—No entiendo.

—No puedes darme hijos, Lucien. No puedes envejecer conmigo. No puedes morirte a mi lado. Y aunque te amo… aunque te amaré

siempre… no sé si puedo con eso. No sé si soy tan fuerte como pensaba.

Me callo. Porque ya lo he dicho. Y él solo me mira. El silencio entre nosotros se vuelve un abismo que ninguno de los dos sabe cómo cruzar.

Lucien no dice nada, solo me observa, y hay algo en su expresión que me abruma por completo: una grieta en su perfecta compostura, una emoción que nunca le había visto. Miedo real. No a perderme por orgullo ni a quedarse solo, sino a no ser suficiente.

Sus dedos tiemblan levemente al rozar los míos, con un cuidado que parece una despedida a medias, incapaz aún de soltarse del todo.

—Yo no… —empieza, pero no termina.

Baja la mirada, traga saliva y, cuando vuelve a alzar los ojos, los tiene enrojecidos; algo dentro de él —algo que llevaba siglos contenido— acaba de romperse, puedo sentirlo.

—No sé vivir sin ti, Abril. No sé qué se supone que tengo que hacer con la eternidad si no estás en ella. No me importa no tener hijos. No me importa que envejezcas. Me importas tú. Solo tú.

Intento no llorar, pero su voz se quiebra y, con ella, algo dentro de mí también lo hace.

—Y si el precio de amarte es verte marchar antes que yo… —añade en un susurro— lo acepto. Lo viviré. Porque prefiero unos años contigo que mil sin ti, aunque me rompas en el proceso.

Quiero contarle algo que llevo días rumiando, en un último intento por salvar lo nuestro. Es una idea loca, sí, pero podría funcionar. Incluso podría ser algo bonito.

—Lucien —susurro, con la voz rasgada—. ¿Estarías dispuesto a dejarme tener hijos humanos?

Levanta una ceja, sin terminar de entender, incapaz de encajar mis palabras en la lógica de su inmortalidad.

—¿Qué estás diciendo?

—Quiero decir… —respiro hondo, temblando por dentro—. Quizá haya una forma. Si tuviera un hijo con un humano, tú podrías seguir formando parte de su vida, incluso de la de nuestros nietos. Siempre

tendrías una parte de mí. Algo que te acompañe cuando yo ya no esté.

Lo veo procesarlo. Veo el instante exacto en el que se le corta la respiración. Y entonces, se le va la pinza.

Literalmente.

—¿Un humano? ¿Estás planteándote tener un hijo con otro hombre? ¿Dejar que otro… que te toque, que te…? —se levanta de golpe y empieza a caminar por el salón como una tormenta a punto de estallar—. ¡Estás loca! ¿Crees que puedo vivir sabiendo que llevas dentro algo de otro que no soy yo?

—No se trata de eso —intento explicarle, poniéndome también en pie—. No se trata de posesión, Lucien. Se trata de dejar algo atrás, algo que tú también puedas cuidar cuando yo ya no…

—¡No! —me interrumpe, con los colmillos apenas asomando bajo el labio—. ¡No quiero restos de ti! ¡No quiero un sustituto, una réplica, una sombra! ¡Te quiero a ti! Entera. Con tus defectos, tus dudas, tus jodidas ojeras. ¡No pienso compartirte!

Lo miro, dolida. No por su rabia, sino por lo que confirma su reacción: que quizá, por mucho que me ame, nunca podrá soltar el control.

Como un niño en plena rabieta.

Un niño inmortal, poderoso y absolutamente perdido.

Sabía que esto iba a ser una mala idea. Con él no se puede hablar.

LUCIEN



No debería afectarme tanto. Soy un vampiro. Un depredador. Una criatura forjada en siglos de guerra, sangre y estrategia.

Y, sin embargo, estoy hecho mierda.

Porque cuando dijo aquello —la posibilidad de tener un hijo con otro hombre, de entregarse a alguien más, de llevar en su cuerpo

algo que no fuese mío— sentí como si me arrancaran los órganos que ya no uso.

No por celos. Bueno, sí, también por celos. Pero, sobre todo, por miedo.

Porque lo dijo con esa voz suya tan templada, como si ya lo hubiera pensado, como si ya hubiera decidido que ese futuro no me incluye.

—¿Un hijo con otro? ¿Yo cuidando de un niño que es todo lo que no puedo darte, mirándole la cara todos los días sabiendo que tú…?

Me tragué el resto. No porque no quisiera decirlo, sino porque el dolor me lo empujó hacia el pecho y ahí se quedó: atascado, caliente, letal.

Ella cree que no quiero compartirla porque soy controlador, y sí, algo de eso hay. Sin embargo, también es porque no sé amar a medias. No sé amar con la cabeza. Y menos aún con calma. Cuando me entrego, lo hago con todo lo que soy. Hasta el hueso. Hasta el maldito colmillo.

Y ahora me encuentro frente a la persona que más he amado en mi vida, diciéndome que su idea de futuro no me incluye. No porque no me ame, sino porque no puedo ofrecerle lo que su humanidad le grita que necesita.

Es tan jodidamente injusto que me entran ganas de romper algo, de gritar, de desaparecer. Ella solo me mira negando con la cabeza, posiblemente incrédula con mi respuesta. ¿Qué otra se esperaba?

—No me pidas que vea eso como algo bonito —susurro, más para mí que para ella—. No me pidas que me quede al margen mientras otro…, otro se lleva lo que yo moriría por darte.

No sé si quiero llorar lágrimas de sangre o morder algo.

Lo único que sé es que, en este momento, por primera vez en siglos, no tengo ni idea de qué hacer con lo que siento.

Solo sé que no quiero perderla.

Y que, a cada segundo que pasa, la siento más lejos.

—Eres un puto egoísta, Lucien —me escupe de golpe—. No me quieres de verdad. Solo quieres tenerme. No entiendes que no se trata de traición, se trata de un medio para un fin. Podríamos buscar posibilidades, podríamos hacerlo bien…

Pero yo ya estoy despechado, hecho polvo, y cuando me duele, hablo. Mal. Hablo como un idiota sin corazón y siglos de veneno en el cuerpo.

—¿Ah, sí? Si soy yo el egoísta, ¿por qué buscamos una solución a tu manera? —respondo reuniendo todo el cinismo del que soy capaz —. ¿Por qué tienes que ser tú la que tenga un hijo? Yo también puedo tener uno. Y tú lo crías. ¿Qué te parece?

Parpadea. Traga saliva. No se esperaba eso. Bien. Empate.

Me acerco, con la sonrisa torcida y el estómago hecho trizas bajo la camiseta.

—Podría hablar con Divine —sugiero, con toda mi calma y sarcasmo—. Seguro que le haría ilusión darme un hijo. Tiene una genética impecable y una agenda muy flexible —me paso la mano por el pelo, altivo—. Total, ella tiene toda la eternidad para hacer de madre. Puede cederme unos añitos mientras tú cumples tu deseo maternal.

Abril se queda muda. Durante dos segundos.

Y luego se enciende.

—¡¿Cómo?! —Tardaba en empezar a chillar, ¡cómo le gusta alzar la voz!— ¡¿PERDONA?! ¡¿Vas a tener un hijo con tu ex y yo lo crío como si fuera un putín de encargo?!

—Bueno, puestos a ser modernos —alzo las cejas—, no veo por qué no. Sería una experiencia de crecimiento para todos. Compartir, criar, meditar…

—¡Vete a la mierda, Lucien!

—¿Por qué? Si es solo un medio para un fin, ¿no? —replico, devolviéndole su propia lógica—. O sea, tú me propones meter a otro tío en la ecuación, pero yo no puedo sacar provecho de mi ex inmortal. Doble rasero, cariño.

—¡Mi útero no tiene historial con nadie! ¡No le he metido colmillos al padre potencial!

—¡Y yo no pensaba hacerlo hasta que me diste esta brillante idea!

Nos miramos. Respiramos. Nos odiamos. Nos deseamos. Y, en algún rincón de este circo emocional, se nos escapa una risa tensa.

—Estás fatal —murmura Abril, negando con la cabeza.

—Completamente —asiento, con una sonrisa torcida.

Y ahí estamos otra vez: discutiendo como idiotas, como dos criaturas que no saben amar sin arrancarse un poco la piel.

Pero, al menos, seguimos hablando.

Y eso, por ahora, es algo.

—A ver —empieza ella, cruzándose de brazos con una ceja en alto. Ah, esa ceja…—. Si hablamos de ideas absurdas, entonces podríamos hacer un casting. ¿Te parece? Montamos un formulario, seleccionamos humanos por estructura ósea, coeficiente intelectual y resistencia emocional.

Me está provocando, a propósito. Y le encanta. A estas alturas ya debería saber que tengo varios diplomas —oficiosos, pero merecidísimos— en el noble arte de la elocuencia y la retórica, y que, si me busca, me encuentra.

—Y aptitud sexual, ya que estamos —añado, muy serio—. No quiero que te reproduzcas con cualquiera. Necesitamos calidad. Exijo, como mínimo, un máster, abdominales funcionales y análisis de sangre en regla.

—Podemos usar una tabla de puntuación —sugiere, chasqueando los dedos como si lo estuviera considerando de verdad —. Le ponemos estrellas: simpatía, fertilidad, dientes rectos, cómo besa… —se detiene a pensarlo, tan tranquila—. No puedo tener un hijo con un tío que no sepa besar.

Me quiere enviar al infierno directo, la muy cabrita.

Estoy a punto de limarme los colmillos a base de apretar los dientes detrás de una sonrisa tan falsa que podría cobrar entrada.

—Y yo puedo ir a la primera cita como padrino —añado—. Me siento a la mesa, miro fijamente al tío ese y le pregunto si está dispuesto a criar al hijo de la mujer más perfecta de la Tierra sin oler raro ni sudar más de lo necesario.

—Y yo, por supuesto, estaré tomando notas —continúa ella, encantada—. ¿Cuál fue su última relación? ¿Alguna vez lo dejó una vampira? Porque eso deja secuelas, ¿eh?

—Y si te va mal con él, pues nada —me encojo de hombros, con fingida resignación—. Yo me quedo criando al crío mientras tú te vas de retiro emocional con tus plantas.

—¡Con mis plantas, dice! —se echa a reír—. Vale, pues si tú te pasas de listo y me haces lo de Divine, yo me presento en la guardería vestida de institutriz tenebrosa y le enseño al niño a decir «mamá» señalándome a mí.

—Perfecto, entonces. Criamos al bebé del otro y organizamos la Navidad por turnos. Tú te quedas los años pares y yo los impares.

Nos miramos. Los dos al borde de matarnos.

—Mira, si tanto te molesta, podemos hacerlo al estilo moderno —lanza ella, con una sonrisa venenosa—. Inseminación artificial. Yo pongo el útero, tú pones el estrés. No hay contacto físico, no hay romance. Solo ciencia y tensión emocional. Eso sí, que pase el *casting*. Porque lo de dejarlo en manos de un desconocido no va conmigo.

—¿Y también quieres que te acompañe a las ecografías mientras tú llevas el apellido de otro en los papeles? —respondo con una carcajada seca—. ¿Qué hago yo, reparto volantes para el *baby shower?* ¿Organizo la *playlist* de partos?

—No, claro. Para eso ya estará el donante. Seguro que es sensible, espiritual, toca la guitarra y se ofrece a frotarme la espalda con aceites esenciales.

El único aceite que voy a necesitar es para embadurnar a ese fulano… y prenderle fuego después.

—¡Perfecto! Y yo, mientras tanto, en casa, montando una guardería con aire acondicionado para la descendencia ajena. Ah, y por supuesto, con un retrato tuyo coronando la chimenea, para que el niño sepa a quién debe rendirle culto.

—¿Y tú? ¿Vas a criar a tu vampirito de catálogo con Divine mientras os hacéis *selfies* de familia feliz en las catacumbas?

¡Ah! No soy el único que muerde.

—¡Oh, no! Divine y yo ya hemos hablado de decoración. La habitación del bebé será toda negra, con cortinas de terciopelo y una cuna de ónix. Le leeré cuentos de Poe para dormir y le enseñaré a decir «muerte» antes que «mamá».

—¡Qué adorable! Mientras el mío aprende a decir «papá» señalando a un tío que huele a pachuli y da charlas sobre paternidad consciente.

—Y cuando los presentemos, seguro que los críos se enamoran y tenemos que organizar una boda interestatal. Tú te encargas de las flores; yo, del catering de sangre.

—¡Y no te atrevas a invitar a Divine! —grita, medio en broma, medio no.

—¡Solo si tu donante no aparece con pantalones de lino y sandalias, Abril!

Estamos gritándonos. De verdad. Con las manos agitadas, los ojos brillando y las frases saliendo como cuchillos en una pelea de dibujos animados. Pero estamos vivos. O, en mi caso, lo más parecido.

Y por muy absurdo que suene todo esto… ninguno de los dos parece querer callarse.

—Eres un vampiro patético, Lucien.

—Y tú una niñata mimada.

—Eso te convierte en un pervertido. Con tu edad, no deberías andar con chicas de la mía. Estoy segura de que, si lo consulto con mi abogada, me dirá que nuestra relación es ilegal.

Ah, me está sacando de mis casillas a conciencia. Con saña y disfrutándolo.

—¿Ah, sí? Pues bien, nena. Antes de que hables con ella… déjame darte motivos reales para hacerlo.

No pienso. La cojo como si fuera una bolsa de patatas enfadada: pataleando, bufando, ardiendo. Y, sin soltar una palabra más, la llevo directa a una de las habitaciones.

La dejo sobre el colchón como si el mundo se hubiera detenido en ese gesto. La habitación entera parece contener el aliento.

Ella me mira. Yo la miro. Y entonces nos rendimos.

La rabia se mezcla con el deseo, con esa tensión tan nuestra que siempre amenaza con romperlo todo. No hay prisas ni urgencias; solo la necesidad de sentir que, por muy jodidos que estemos, aún nos pertenecemos, que bajo todas las palabras venenosas sigue latiendo algo más fuerte.

Mis manos buscan su rostro, su nuca, su piel. Su respiración se enreda con la mía y, por primera vez en horas, no nos estamos

gritando. Nos estamos acercando, recogiendo los pedazos que habíamos ido dejando rotos por toda la casa.

No hace falta decirlo, porque los dos lo sabemos.

Esto —esto que tenemos— no se va a resolver con una discusión. Ni siquiera con una cama. Aunque, por ahora, es la única forma que conocemos de no perdernos del todo.

La beso y, en cuanto su boca se funde con la mía, olvido absolutamente todas las idioteces que ha soltado. Todas. Incluida la del donante con sandalias.

CAPÍTULO 5

EX INMORTAL: NIVEL BOSS DESBLOQUEADO

ABRIL



Hasta ahora había tenido muchas veces la sensación de que con Lucien encajaba, de que, por algún motivo cósmico o absurdamente caprichoso, nuestras piezas rotas se entendían. Incluso después de seis meses viviendo juntos, todo seguía pareciendo demasiado… demasiado bueno. Y ahora estoy vulnerable. Mucho más de lo que me gustaría admitir. Un poco triste, también. Aunque no soy la única culpable.

Pensaba que tenía las cosas claras, que estaba tomando decisiones por mí, con la cabeza fría. Sin embargo, él llegó, como siempre, de golpe, como una DANA que lo arrasa todo. Y sí… acabamos haciendo el amor hasta bien entrada la madrugada. Fue intenso, tierno, salvaje. Lo fue todo. Y, precisamente por eso, cuando esta mañana desperté sola, me dolió más de lo que debería.

Se había ido. Sin dejar nota. Sin un mensaje. Nada.

Y no sé si me dolió más por lo que hicimos… o por todo lo que se quedó por decir.

Ayer nos dijimos cosas horribles; algunas necesarias, otras simplemente estúpidas. Pero, por una vez, fuimos honestos. Dolorosamente honestos. Y aunque a él le encanta romantizar esto que tenemos —esta relación humana-vampiro que para él parece sacada de una novela trágica del siglo XIX—, yo no consigo ver un

futuro en el que ambos encajemos sin pagar un precio demasiado alto.

Porque, claro, cuando estábamos en plena conversación civilizada —léase: lanzándonos indirectas como cuchillos bien afilados— sobre la posibilidad de tener hijos, tuvo la brillante, cómica y suicida idea de sacar a su ex a relucir. Y en el ajo la voy a meter yo, sí. Literalmente. Si Divine vuelve a aparecer, le meto ajo en los ojos. No voy a mentir: la idea es tentadora. Ajo, estaca y un crucifijo decorativo para completar el conjunto.

Le aclaré, con toda la calma que no tenía, que cuando hablé de tener un hijo con un humano me refería a algo clínico, moderno, científico. Inseminación, donante, análisis. Nada de romance, ni velas, ni bandas sonoras dramáticas. Solo ciencia. Estamos en 2050. La tecnología ha avanzado tanto que puedo pedir una pizza con el iris, pero todavía no han descubierto cómo mezclar ADN humano y vampiro sin provocar un caos genético o activar un comité ético de emergencia.

Y no pienso renunciar a ser madre. No por nadie. He contemplado incluso la adopción, pero me apetece vivir ese proceso, tener esa experiencia. Y a mis veintisiete años —que para algunos sigue siendo tierna juventud y para mi madre es «hija, ya no estás en edad de tonterías»— considero que es el momento ideal para pensar en hijos, en futuro, en qué demonios va a ser de mi vida si esta relación con Lucien se va al infierno.

Porque lo amo. Joder, lo amo. Pero últimamente discutimos más que dos tertulianos con resaca, y siento que cada palabra nos aleja un centímetro más.

Y entonces él, con toda su elegancia milenaria, va y suelta lo de Divine. Que podría tener un hijo con ella, que seguro estaría encantada de prestarle su útero durante unos meses y que, total, luego me lo deja a mí para criarlo.

¿Estamos locos? ¿Qué es esto? ¿Una custodia compartida entre inmortales? ¿Yo de niñera del hijito que ha tenido con su ex? Me dejó loquísima. Nivel «que alguien me sujete porque le lanzo el microondas».

¿Me ha mentido todo este tiempo? ¿Sigue sintiendo algo por ella? ¿Se le ha fundido la neurona inmortal?

Y, por si fuera poco, desaparece, como si nada. Como si esa conversación no hubiese existido. Ni una nota. Ni un mensaje. Ni un «lo siento por ser el imbécil del mes».

Así que sí, estoy mosqueada. Mucho.

Y por eso vuelvo a casa. Porque aquí hay gato encerrado, colmillos de por medio… y a mí ya me huele todo a chamusquina.

Y no me equivocaba. Qué rabia.

Me encuentro la puerta abierta. Mal presagio número uno: el silencio en la entrada. Mal presagio número dos: el leve aroma a colonia cara y a plancha de pelo. Mal presagio número tres: La foto mía con Lucien de la entrada está boca abajo, como si alguien hubiera decidido que ya no merecía mirarse.

Cierro con un portazo innecesario, por si no queda claro que ya estoy en casa.

—¡Lucien! —llamo mientras dejo caer las llaves en la mesa de la entrada con la violencia emocional que todavía no puedo aplicarle a su cara.

Nada. Solo el eco elegante de la cabaña. Elegante según él, claro. A mí me parece un catálogo de muebles de madera oscura sacado de una dinastía de antaño, y frustraciones decoradas.

Me quito la chaqueta y doy unos pasos. Y entonces lo veo.

Lucien está frente al espejo del salón, ajustándose los puños de una camisa negra. La de salir. Esa que le queda tan bien que solo puede significar una cosa: problema.

La lleva abierta por delante, aún sin abotonar, y tengo que tragar saliva al fijarme en esa maldita tableta de chocolate que se le marca en el abdomen. Justo ahí donde anoche enterré las uñas y el placer.

¡Maldita sea su estampa!

Sé que jamás voy a encontrar un hombre tan atractivo y tan perfecto como él. Al que estoy a punto de renunciar.

O estaba.

No lo sé… ahora mismo eso es lo de menos.

Se gira al oír mis pasos, con una precisión impecable, cada movimiento calculado desde el siglo XVII.

—No esperaba que volvieras tan pronto —dice con la voz suave que suena a pecado y sabe a caviar.

—¿Y tú adónde vas tan… encamado?

Alza una ceja.

—¿Encamado?

—Sí. Como cuando alguien se arregla con el propósito claro de provocar taquicardias. Aunque, oye, igual es solo tu forma de hacer la compra. ¿Vas a por vísceras frescas?

Lucien sonríe. No una sonrisa amable. Una de esas suyas, ladeada, que dice «sé algo que tú no sabes», y eso me da cierto morbo.

—Voy a cenar con Divine.

Parpadeo. Una vez. Dos.

—¿Divine? ¿Como en plan «exnovia inmortal con complejo de diosa» Divine?

Asiente, como quien dice «he comprado pan».

—O sea, ¿me dejas abandonada en una cama después de chuparme hasta el…? —carraspeo cuando él arquea una ceja, claramente divertido—. ¿Y luego sales corriendo a los brazos de tu ex? ¿Estás de coña?

—No. ¿Qué tiene una cosa que ver con la otra?

Resoplo con fuerza. Tiene que ser una broma pesada. O una cámara oculta vampírica. Algo.

—Lucien, no soy violenta y lo sabes —ahora arquea las dos cejas, como si fuera mentira, y eso me saca de quicio—, pero te estás ganando una hostia a pulso, colega.

Lo observo fijamente, esperando que diga algo inteligente. Algo mínimamente sensato. Algo que no empeore la situación.

No lo hace.

Se limita a observarme con esa calma inalterable, una serenidad milenaria que admiro y detesto a partes iguales, capaz de hacerme sentir una anécdota intensa, pero pasajera, dentro de su larguísima existencia.

Y entonces lo veo.

Giro la cara hacia la entrada y, entonces, me acuerdo de lo que vi: mi foto con Lucien tumbada boca abajo.

El gesto es pequeño. Ridículo, incluso, aunque me atraviesa como un dardo. Aquella no es una foto cualquiera. Es la foto. La que colocamos juntos. La que él dijo que quedaba bien ahí porque «la luz le hacía justicia a tu sonrisa».

Trago saliva.

—Genial —murmuro—. Encima redecoras.

Él sigue sin decir nada, solo me mira. Y ese silencio pulcro y tan cruel, termina de romperme lo poco que me quedaba de compostura.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —añado, con la voz más firme de lo que me siento—. Que consigues que dude de mí misma. De si exagero. De si pedir que no te largues después de una noche así es demasiado. De si querer un futuro contigo es una locura. Y no lo es, Lucien. Lo que es una locura es que me hagas sentir culpable por querer algo que tú no puedes —o no quieres— darme.

Aprieta la mandíbula. Apenas. Un gesto mínimo. Se lo conozco.

—No he girado la foto —dice al fin.

—Da igual —respondo—. Ya lo está todo.

Y sin darle más margen para decir nada, cojo el bolso y dejo las llaves, respiro hondo y me dirijo a la puerta. Esta vez no grito, no amenazo, no dramatizo.

Me quiero ir, porque hay discusiones que se arreglan hablando. Y otras que solo se entienden cuando una de las dos personas decide dejar de quedarse.

Su voz me interrumpe cuando alcanzo el picaporte.

—No sabía que vendrías hoy. Pensé que necesitabas espacio. Y fuiste tú la que dijo que cada uno debía ir por su lado.

Toco fondo. Concretamente el del puto abismo emocional. Me giro despacio para encararlo.

—¿Y decidiste que tu lado era Divine? ¿Así, de pronto?

Se vuelve hacia el espejo y se arregla el cuello de la camisa.

—No es tan dramático, Abril. Es solo una cena.

—¡Contigo todo es una cena! ¿Y después qué? ¿Postre? ¿Muerdes primero o esperas a que te lo pida?

Se gira despacio; no parece tener ninguna prisa en detener la explosión.

—¿Estás celosa?

—No. Estoy estupefacta, que no es lo mismo. Aunque igual sí. ¿Sabes qué? Me da igual. Estoy furiosa. ¿Cómo puedes pasar página tan rápido? ¿No te importa nada de lo que teníamos?

—¿Teníamos? Pensé que lo que «teníamos» se había convertido en un «tengo que pensar».

Casi lo estrangulo con su corbata imaginaria.

No dice nada; solo parpadea. Una costumbre que adquirió al aprender gestos humanos, ya que no le hace falta.

—¿Y sabes qué es lo peor? —le escupo, sin filtro y sin tregua—. Que estás usando lo de ser madre. Estás usando mi plan, mi necesidad, mi jodido derecho a elegir si quiero tener un hijo o no, como excusa para hacerle sitio otra vez a esa mujer. Te estás agarrando a algo que me cuesta, que me duele, que me parte en dos, para justificar que quedes con alguien a quien quizá nunca has dejado de querer. ¿Eso no te parece feo, Lucien? Porque a mí sí. Mucho. Y no sé si lo haces sin darte cuenta o si te importa tan poco lo que siento que te da igual pisarlo, pero lo estás haciendo. Estás usando mis razones para no seguir contigo como vía libre para meter baza con tu ex. Qué conveniente. Qué limpio te queda todo así, ¿no?

—No seas ridícula. Menuda jeta tienes. Ayer me dijiste que ibas a acostarte con un tío para tener un hijo y me descartaste como si nada. ¿Y hoy te molesta que salga con una vieja amiga cuando no hay absolutamente nada? ¿De qué vas?

Nada de esto me gusta ni un pelo. Él nunca habla así. Nunca con esa chulería ni con esa seguridad tan impostada.

¡Cómo cambian las cosas!

—¿De qué vas tú? Yo no dije que me fuera a acostar con nadie. Algo que, por lo visto, tú ya tienes muy claro. No has tardado nada en planteártelo… Ni siquiera se me ha enfriado el cadáver, Lucien.

No soy una persona especialmente sensible, pero tengo mis límites. Y las lágrimas ya se me asoman.

Suspira y se pellizca el puente de la nariz.

—Abril, eres increíble. Me diste calabazas con tu silencio y ahora me vienes con esto.

—Y tú has aprovechado mi silencio para resucitar a tu ex. Qué considerado.

Suspira otra vez. Con elegancia, por supuesto. Hasta sus suspiros parecen coreografiados. Joder, es que lo son. Si es que ya me confunde hasta a mí.

—Abril, no estoy haciendo nada ilegal. Ni siquiera inmoral, si nos ceñimos al código vampírico.

—¡No me jodas con tu código vampírico! Me importa una mierda si, según tus ancestros, esto cuenta como «cortejo legítimo». ¡Yo estoy viva, cabrón! Y estoy aquí. Y resulta que sigo enamorada de ti, aunque me dé urticaria admitirlo.

Eso lo frena. Por un segundo.

—Pues tienes una forma muy extraña de demostrarlo —murmura.

—¡Porque no sé cómo se hace esto contigo! ¡Porque tú nunca te inmutas! Podrías estar quemando un convento y seguirías hablando como si leyeras poesía en un funeral.

—Lo tomaré como un cumplido.

—¡Lo que tú quieras! Pero no te vayas. No esta noche.

—¿Por qué no?

Y ahí se me cae la voz a los pies.

—Porque si te vas… no sé si voy a poder soportarlo. No esta vez.

Da un paso hacia mí. Luego otro. Y cuando está lo bastante cerca, me tiemblan las rodillas.

—Dímelo claro, Abril. ¿Quieres que me quede? ¿Quieres que cancele esa cena?

Abro la boca. La cierro. ¿Quiero que se quede o quiero que me dé crédito como si yo no me hubiera ido nunca?

—Quiero que dejes de comportarte como si ya no sintieras nada —digo al fin—. Quiero que me mires como antes. Como si el mundo entero se acabara donde empezaba mi cuerpo.

Traga saliva. Esa que no necesita.

—Abril… yo nunca he dejado de mirarte así. Joder, nena, ¿qué te pasa?

Y entonces, por supuesto, vuelve a besarme como si fuéramos la causa de la próxima guerra sobrenatural.

No sé qué me pasa. Estoy hecha un lío.

Mientras nos besamos al más puro estilo de película dramática con presupuesto millonario, su móvil suena. Él extiende la muñeca y, sin apartar los labios demasiado tiempo, un holograma se proyecta desde el chip.

Es ella.

Le empujo el pecho con fuerza.

—Atiende —escupo—. Venga, atiende. ¿No lo ves? Es ella.

Lucien me contó lo de su relación con Divine, y recuerdo demasiado bien todos los detalles.

Sigue mirándome a los ojos. Sin moverse.

Odio cuando hace eso. Me desconcierta, me desarma, me desmonta los argumentos y me deja el alma en la garganta. Y entonces, con esa calma que me pone de los nervios, contesta.

La imagen de ella se alza desde su brazo como una aparición. Y, maldita sea, tiene que ser perfecta incluso como sombra flotante: pelo brillante, voz suave, sonrisa medida. Un puñetazo directo a mi autoestima.

La odio. La odio con cada célula de mi ser.

Lucien le habla con cariño, con simpatía, con un tono que no le he oído usar conmigo en semanas.

Algo dentro de mí revienta. El estómago se me encoge y la rabia me sube como fuego por el pecho.

No digo nada.

Me giro, cojo el bolso con un movimiento seco y camino hacia la puerta sin mirar atrás. La cierro de un portazo que hace temblar los cimientos de la casa.

Y, con suerte, también lo que queda de su jodido corazón.

LUCIEN



Cuando se gira y se va, pegando ese portazo que hace vibrar hasta el cristal del recibidor, tengo que hacer auténticos esfuerzos para no soltar una carcajada.

Dioses… qué maravilla de mujer.

Me quedo ahí, con la imagen de Divine flotando en el aire, hablando sola —como suele hacer—, y con la adrenalina aún bombeando por todo mi cuerpo. El pecho me arde, pero no por el berrinche. Por ella. Por lo que me ha dicho. Por cómo me lo ha dicho.

¿Acostarse con alguien para tener un hijo? ¿Descartarme así como así? ¿Cerrar la puerta a lo que somos como si fuera una maldita servilleta usada? Pues muy bien, querida.

Yo también sé jugar.

¿Salir con Divine?

Por favor. No tenía ni media intención de hacerlo. Esa mujer es como un vino añejo mal cerrado: huele bien, pero no hay quien se lo beba.

Todo esto ha sido por Abril. Cada maldito paso.

Desde la camisa que sabía que le pondría las emociones en cortocircuito hasta el tono pausado con el que le he soltado lo de «cena». Sabía que explotaría. Y lo necesitaba. Necesitaba verla jodida, furiosa, celosa. Necesitaba que probara su propio veneno. Que supiera cómo se siente uno cuando te dejan colgado con un silencio cobarde y una decisión que te arranca de raíz.

Porque me está matando. Y no lo ve.

Así que sí, me he pasado. Lo sé. Pero también sé que, si no le empujo el ego hasta la rabia, ella no vuelve. No lucha. No siente.

Y yo necesito que sienta. Que me odie, si hace falta. Que me grite. Que me muerda. Que no me olvide.

Además, lo ha dicho: «Sigo enamorada de ti, aunque me dé urticaria admitirlo». Y ahí se me ha roto algo. No el corazón, no. Eso ya viene roto de serie desde hace siglos. El alma, tal vez. La poca que me queda.

Porque la amo.

La amo con una intensidad tan poco sana como todo lo demás que somos. Y joder, no es ni medio normal lo que siento por ella. Es

obsesivo, doloroso, absoluto. Y si me dice que me quede, lo dejo todo. Pero no lo dice. Se va.

Y yo la dejo ir, como un imbécil.

No me queda otra.

Así que me pongo el abrigo, apago el holograma con un gesto y salgo de casa mientras el eco de ese portazo aún me retumba por dentro como una bomba emocional mal disimulada.

Esto no es una cita, es un castigo. Pero el plan está en marcha y no pienso echarme atrás ahora que la he visto temblar, aunque me esté costando la poca dignidad emocional que me quedaba.

Llego al restaurante unos minutos tarde, como corresponde a alguien que quiere dejar claro que no está especialmente emocionado con la velada.

El local es una joya gótica enterrada en el subsuelo del barrio viejo: paredes de piedra negra, velas flotantes y camareros que parecen salidos de una novela de Anne Rice con contrato indefinido. Es mi local habitual.

Muy estilo Divine.

Y ahí está: sentada en la mesa del rincón más oscuro, bañada por una luz que parece pertenecerle. El vestido de terciopelo rojo se ajusta a su cuerpo con la conciencia plena de un pecado asumido. La melena castaña cae en ondas tan precisas que dan la impresión de haber sido esculpidas por un artista obsesivo. Y los ojos… verdes, excesivos, teatrales; dos esmeraldas intoxicadas de vanidad.

—Lucien —dice al verme, alargando la «e» como si estuviera recitando mi nombre en una ópera.

—Divine —respondo, besándole la mejilla con la neutralidad diplomática de un embajador en territorio hostil.

—¿Sigues igual de guapo o más? —se abanica con una servilleta de lino—. Aunque admito que esperaba verte con cara de devastado. Pero no, estás estupendo. ¿Ya superaste lo de tu humana?

—No es humana. Es Abril. Y no estoy aquí para hablar de ella.

—Oh, claro —dice, como si no lo hubiera provocado a propósito —. Pero… ¿sigues sin beber sangre humana en público o eso era solo una fase para impresionarla?

Me siento. La mesa está dispuesta con copas de cristal tallado y velas de llamas violetas. Un detalle *kitsch* que Divine adora.

—Sigo prefiriendo no ser un cliché andante —respondo, hojeando la carta sin leerla.

Ella pide sangre AB negativa con notas de jengibre. Yo, sangre sintética con romero y humo de roble. El camarero ni parpadea.

—Sabes que no tienes que hacerte el mártir conmigo —ronronea —. Nunca me importó que fueras… complicado.

—¿Complicado? Pensé que me llamabas «un alma torturada con cuerpo de pecado». ¿Ya no?

—Ay, cariño, ahora todo el mundo quiere un alma torturada. Ya no tiene gracia —da un sorbo teatral—. Pero tú sigues siendo delicioso, Lucien. Sobre todo cuando te enfadas. Apuesto a que te enfadaste con ella.

—Divine —la corto con calma—, no estoy de humor.

Ella sonríe. Más aún.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Y ahí está.

La verdadera pregunta.

—Porque necesito que alguien me recuerde que hay vida después del apocalipsis emocional.

—¿Y ese alguien soy yo?

Tengo que fingir mi sonrisa más falsa. Divine es una vampira de cuidado: despiadada, cruel y cínica a más no poder. Cuando la conocí, todo eso me divertía. Incluso tengo la firme convicción de que, en algún punto de la Historia, debe de haber descendido directamente de Narciso.

El problema es que, desde que conocí a Abril, lo que antes admiraba en Divine ahora no me provoca más que horror.

Estoy convencido de que, si no hubiera sido vampira, habría sido una serpiente —y eso sin ánimo de ofender a esos seres tan injustamente demonizados—. Como ellas, es rastrera, tiene lengua viperina y lo que destila de sus colmillos es un veneno que incluso a mí me cuesta tragar.

—Tranquila. Solo necesitas hacer lo de siempre: deslumbrar, ser caótica y lo bastante intensa como para que cualquier ser racional

quiera huir al Tíbet.

Se ríe. De verdad.

Luego apoya el codo en la mesa y la barbilla en la mano.

—Tú y yo fuimos una pareja magnífica. Lo sabes.

—Fuimos una bomba de relojería.

—Y eso no te gustaba, ¿no?

—No cuando explota en mi cara.

—¿Y si te dijera que he cambiado?

—Te creería, si no supiera que estás citando palabra por palabra la última vez que nos reencontramos en París.

—Qué buena memoria —susurra—. Y qué pena que sigas tan guapo como inalcanzable.

No sé qué mierda estaba pensando cuando la llamé. Este jueguecito de devolverle el golpe a Abril me está llevando directo a provocar otro caos sentimental que no había calculado. Y mira que yo suelo calcularlo todo.

De todos los seres del universo, Divine debería haber sido la última a la que recurrir. Pero es mi única ex con nombre propio, lo cual dice más de mí de lo que me gustaría admitir, porque santo no ha sido precisamente mi apellido. Aun así, con ella tuve lo más parecido a una relación durante un eterno siglo. Si llamamos relación a intimar como bichos en celo con alarmante regularidad, discutir por absolutamente todo y sobrevivir a sus estúpidos caprichos y aires de diva incomprendida.

Romanticismo en estado puro.

No soy de los que tratan mal a una mujer. De hecho, como vea a alguien hacerlo, le arranco la cabeza sin pestañear. Siempre he sido caballeroso y respetuoso con todas ellas: humanas, vampiras, licántropas o serpientes, si es que estas últimas tienen género y no vienen ya con veneno de serie.

Pero Divine consigue algo que pocas criaturas han logrado en siglos: sacarme el lado más oscuro de mis bombillas mentales. Ese rincón donde se me cruzan la paciencia, la ironía y las ganas de salir corriendo… o de prender fuego a algo.

Y aun así, aquí estoy.

La necesito para fastidiar a Abril, para fingir normalidad, para mantener este teatro en pie un rato más. Y ya que he empezado, sigo. Total, hundirse con estilo siempre ha sido uno de mis talentos más infravalorados.

La cena transcurre entre pullas suaves, recuerdos distorsionados y ese aire constante de provocación elegante que ella domina como nadie.

Es divertida, lo admito.

Brillante.

Peligrosa.

Como el vino demasiado dulce que acaba en resaca y confesiones humillantes.

Pero no es ella. No es Abril.

Y aunque Divine insinúa —con la mirada, con la voz, con los dedos que rozan su copa como si fueran mi piel— que todavía hay algo entre nosotros… yo solo veo a Abril.

En cada gesto. En cada respuesta que no llega. En cada silencio que esta cena no puede llenar.

Divine está contándome algo sobre su nueva galería de arte nocturno —solo abre de tres a cinco de la madrugada porque, según ella, el arte de verdad no necesita la luz del sol— cuando ocurre.

La puerta del restaurante se abre. Lo que no sería nada especial, si no fuera porque es ella. Abril. Vestida como si no hubiera pasado las últimas dos horas gritándome. Peinada como si no hubiera destrozado un discursito con la cabeza después de marcharse.

Y con esa cara de «estoy divina y tú te jodes» que se le da tan bien. Y no está sola. Detrás de ella entra un tío.

No un tío cualquiera.

No.

Un espécimen diseñado para arruinarme la noche. Alto, moreno, mandíbula cincelada, músculos en modo «soy mi propio gimnasio». Avanza con una seguridad insultante, casi flotando, dando la impresión de que el suelo debería sentirse honrado de sostenerlo. Y Abril le sonríe.

¿Quién es?

¿De dónde ha salido?

¿Por qué está aquí?

¿ME HA SEGUIDO?

Divine sigue hablando. Yo ya no escucho.

—…y entonces le dije al curador del Louvre que si no colgaba mi autorretrato con sangre de unicornio, cancelaba la donación. —Se ríe como una actriz de teatro clásico que no ha entendido que la obra es una sátira—. Y bueno, ya sabes cómo se ponen los franceses...

—Ajá —digo. Ni idea de lo que acaba de contarme.

Mi vista está clavada en la otra mesa.

Abril ya está sentada. El maromo le aparta la silla. Le ofrece la carta. Ella se ríe. Se ríe. ¿Desde cuándo se ríe así?

¡Ni conmigo se reía así! ¡Y yo tengo siglos de experiencia en hacer reír mujeres!

Mete un mechón de pelo detrás de la oreja. ¿Eso es una risa tímida?

La odio.

La adoro.

Me quiero tirar por la ventana.

Divine chasquea los dedos delante de mí.

—¿Lucien?

—¿Eh?

—¿Estás bien? Llevas un minuto mirando a la izquierda, esperando que alguien te lance un puñal psíquico.

—No —miento—. Todo bien. Solo… recordaba una deuda pendiente.

Una muy cabrona, añado mentalmente. Sigo mirando de reojo; no puedo dejar de mirar. Abril habla con el tipo, se inclina hacia él y le toca el antebrazo.

¿LE ESTÁ TOCANDO?

—¿Qué tal está tu sangre? —pregunta Divine con tono insinuante —. ¿Quieres probar la mía? No hemos hecho eso desde...

—No —respondo demasiado rápido. Me aclaro la garganta—. No, gracias. Estoy… intentando mantenerme en control.

—Uy, qué aburrido estás hoy. Casi me da por pensar que viniste por compromiso.

Adivina qué, Divine: lo hice. Aunque ni yo esperaba que el *karma* tuviera tan buen sentido de la oportunidad. El chico ese... se levanta. Va al baño. Yo aprovecho para analizarlo de arriba abajo como si fuera mi próxima víctima. Quizás lo sea… y ese sangre que me ofrece Divine lo vaya a beber de otro cuello.

Cero pinta de vampiro. Cero pinta de licántropo. Humano.

Claro. Perfecto. Justo lo que ella quiere.

Divine me sigue hablando de arte, de escándalos vampíricos, de lo mucho que le gustaría pasar la noche recordando viejos tiempos, pero yo ya no escucho. No quiero escucharla; solo su voz ya me está reventando los tímpanos perfectamente afinados que tengo.

Yo solo veo cómo Abril lo observa irse. Cómo sonríe. Cómo suspira. Cómo no me está mirando a mí.

Y ahí lo entiendo: me la está devolviendo. Y yo he caído en mi propia trampa.

¡Bravo, Lucien!

Jugada maestra.

Y ahora... ¿cómo coño se revierte esto?

CAPÍTULO 6

¿QUIÉN ES TU HUMANO, CARIÑO?

ABRIL



Lucien va a cenar con Divine.

Lo repito en mi cabeza mientras cierro la puerta de casa con tanta rabia que casi arranco el pomo de cuajo.

Va a cenar con ella.

Y no solo eso: lo hace después de besarme con la promesa implícita de romper caras, paredes y el tratado de Ginebra. Después de confesar que todavía me mira convencido de que mi cuerpo es el fin del mundo.

¿Y qué hago yo?

¿Llorar?

¿Esconderme?

¿Ver *toktoks* de brujas solteras en la bañera con una copa de vino y dignidad dudosa?

No.

Me subo al coche.

Envío un mensaje a mi mejor amiga. No contesta. Decido llamarla.

—No, no, no y no. Ni se te ocurra —dice nada más descolgar, como si pudiera leerme el alma. Quizá el mensaje haya sonado demasiado desesperado. Y es que estoy.

—Cara, escúchame. Es importante.

—¿Quieres llevarte a mi hermano como cita falsa para provocar a tu exnovio inmortal, probablemente posesivo y con claros impulsos homicidas?

—Exageras.

—¿Lo de «ex» o lo de «homicida»?

—Mira, lo único que necesito es su presencia. No pienso seducirlo ni arrancarle la camiseta en mitad del restaurante. Es solo para meterlo en su lugar. Ya está.

Silencio. Largo. Muy largo.

Claro. Porque todo esto es adultísimo. Y sensato. Y para nada una idea impulsiva nacida del despecho.

—¿Cómo se llama ese restaurante? —pregunta al fin, con una resignación que ya es patrimonio emocional suyo.

Veinte minutos después estoy delante de casa de Cara, maquillándome con rabia en el retrovisor mientras intento no arrepentirme de absolutamente nada.

Él aparece puntual.

Mateo.

El hermano pequeño de Cara.

Solo que ya no tiene dieciocho. Ahora tiene veinticuatro, barba de tres días, ojos marrones de esos que hacen daño y unos brazos que claramente no se han desarrollado cargando la compra del súper.

Salgo del coche para saludarlo con mi mejor sonrisa. Abro los brazos y me devuelve el gesto con dos besos algo torpes.

Huele peligrosamente bien el chiquillo.

—¿Entonces esto es una cena casual para ponernos al día? —pregunta con voz tranquila mientras me abre la puerta del coche.

—Exacto —miento con todo el descaro que me permite el pintalabios rojo.

—¿Y si tu novio aparece por casualidad?

—Ya no es mi novio, lo hemos dejado, como te habrá dicho tu hermana —Me sabe a rancio decirlo.

—¿Hace cuánto lo habéis dejado? Para valorar la hostia que me puedo llevar.

Trago saliva.

—Ignóralo —respondo mientras me subo con una elegancia vengativa que ni yo sabía que tenía—. Mejor aún, mírame como si te pareciera la mujer más interesante del planeta. Y olvídate de Lucien, no nos va a molestar.

Se ríe. Genial. Para colmo, se ríe bien, con una sonrisa divina. No, joder, divina no… bonita. Odio esa palabra.

Le pedí a Cara que lo pusiera al tanto de mi plan. No sé qué versión le ha contado ni por qué ha aceptado sin hacer preguntas, pero aquí está. Y, sinceramente, me viene de perlas.

—Y gracias por venir —añado, dedicándole una sonrisa que intento que parezca normal y no un «voy a usar tu existencia como arma emocional».

—Qué va. No tenía nada mejor que hacer.

Y el muy desgraciado me devuelve una sonrisa que… madre mía. Está guapo el niñato este. Muy guapo.

Perfecto.

Esto solo puede salir regular tirando a catastrófico.



El restaurante está lleno. Por supuesto.

Y, para más inri, los veo. Allí están, en una mesa del rincón. Velas flotantes. Copas ridículamente elegantes. Ella, envuelta en terciopelo rojo como una maldita cereza inmortal, y Lucien, tan elegante que me cabrea. Es más guapa en persona de lo que me imaginaba. Es una belleza inhumana. Eso es.

No los miro.

Me niego.

Aunque en mi cabeza les he dedicado ya quince insultos y una lista mental de hechizos de venganza que no existen. Mateo se sienta frente a mí y sonrío cuando me ofrece la carta.

Coqueteo.

Apoyo el codo en la mesa y le toco el brazo como si fuera natural. Y entonces ocurre: lo siento. Lucien me está mirando. Yo, por mi parte, sigo sin mirarlo, pero sé que me está taladrando con la vista. Y eso me da alas.

—Gracias por venir —le susurro a Mateo con tono meloso.

—No hay de qué. Además, esto es divertido. ¿Puedo llamarte «cariño» para que parezca más real?

—Solo si quieres que el vampiro de la esquina te planifique un «accidente doméstico».

Mateo alza una ceja, divertido. Y yo, por primera vez en toda la maldita noche me relajo. O lo intento.

Porque sé que esta guerra acaba de empezar.

Mateo no era así. O al menos no lo recordaba así. La última vez que lo vi, todavía tenía la voz a medio cambiar y unas cejas rebeldes que parecían no entender que el rostro humano tiene límites.

Ahora tiene la sonrisa fácil, los hombros anchos y ese tipo de confianza serena que te da rabia porque sabes que no es forzada. Además, el muy cabrón es gracioso.

—Y entonces, el recepcionista del hotel me dice que no puede subir un café a la habitación porque «el protocolo de seguridad internacional lo prohíbe». ¡Un café! ¡En Bruselas! ¡Como si estuviera pidiendo plutonio!

Me echo a reír. De verdad. Es de esas risas traicioneras que no se pueden fingir. No es la carcajada medida de «estoy interpretando un papel delante de mi exvampiro inmortal al fondo del salón». No. Esta le nace sola, abierta y sonora. Y lo odio un poco por ello, porque empiezo a olvidar el motivo exacto por el que estoy aquí.

Mateo sonríe también. Me observa con una mezcla de sorpresa y nostalgia, con esa expresión reservada para los reencuentros inesperados. Y, pensándolo bien, no le falta razón: la última vez que lo vi era poco más que un renacuajo. Luego se marchó a estudiar fuera y el tiempo —siempre tan eficiente— hizo el resto.

—¿Sabes que no me acordaba de lo mucho que hablas con las manos? —me dice, alzando las cejas mientras pone a salvo mi copa de vino por tercera vez.

—¿Sabes que no me acordaba de que tú fueras tan… humano? —le contesto, con una media sonrisa.

—¿Eso es un piropo?

—Depende. ¿Te molesta parecer alguien con sistema nervioso funcional?

Nos reímos los dos. Otra vez. Y ya ni me acuerdo del vestido rojo de Divine ni de los ojos como cuchillas de Lucien clavados en mi nuca.

Por un instante, es solo una cena entre dos personas que se divierten. Y eso… eso no me lo esperaba.

Mateo se levanta para ir al baño y se despide con un gesto suave, casi protector. Y yo me quedo sola. Respiro. Bajo la mirada. Y entonces lo siento. Otra vez.

Lucien.

Me mira con la intensidad de quien atraviesa el vestido, la fachada y la rabia sin esfuerzo. Lo noto porque un portavelas de metal refleja su rostro justo frente a mí, delatando esa atención que intenta disimular. Casi… casi giro la cabeza. Casi caigo en la tentación de mirar hacia su mesa. De comprobar si sigue con esa mueca de «te quiero y te mataría al mismo tiempo». De ver si Divine se ha pegado más a él o si... ¡No! No lo hago. Porque si lo miro, pierdo. Y esta vez no he venido a perder.

Así que sonrío para mis adentros. Acomodo la servilleta en el regazo y me preparo para seguir fingiendo que esta cena no está cambiando nada. Aunque, por dentro, empiezo a sospechar que Mateo no es solo un peón en mi guerra con Lucien. Eso sí que me asusta un poco. Ya que lo último que necesito ahora mismo es un humano interesante. Hace mucho que no tengo una cita con humanos. Tanto, que parece competir con la eternidad de Lucien.

Mateo tarda un poco más de lo normal en volver. Lo suficiente como para que empiece a preguntarme si se ha escapado por la ventana o si ha decidido ahorrarse el drama fingiendo su propia muerte. Al final, ha regresado y me siento menos bellaca.

Y regresa… distinto: está más callado, más serio; se toca mucho las manos, se alisa la camisa. No me mira del todo. Y, por supuesto, eso activa todas mis alarmas internas.

—¿Va todo bien? —Alzo una ceja mientras dejo la copa en la mesa.

Él asiente, aunque no dice nada. Bebe agua.

Qué incómodo. Lo observo unos segundos; se le nota nervioso.

—Mateo…

—Abril, espera —pronuncia tan quedo que tengo que leerle los labios—. Solo… déjame decir esto.

Trago saliva. Ay, no. Ya sé hacia dónde va esto. Y no quiero que vaya hacia allí.

—Me gustó que me llamaras para esta cena. Mucho.

—Bueno, sí… —intento rellenar el silencio con palabras vacías—, ya sabes, somos amigos, Cara me dijo que estabas por aquí y…

—No vine por Cara. Ni por la cena y mucho menos por tu ex —dice él, y su voz tiene una gravedad que me obliga a callar—. Vine porque me gustas. Y me has gustado desde que era ese crío que te seguía a todas partes esperando a que lo miraras de verdad.

Boom.

Lo suelta. Así. Sin previo aviso. Como quien dice «me he apuntado al gimnasio» o «he empezado una colección de imanes».

Y yo me quedo ahí, congelada, con una sonrisa muerta a medio camino, sosteniendo la servilleta como si fuera una reliquia maldita. No sé qué hacer con las palabras que acabo de oír. No esperaba esto. Mierda. Ahora mismo no puedo con ello.

Sus ojos desprenden una luz propia, casi hiriente. En su mirada hay nostalgia, esperanza y un anhelo sofocado que me golpea con la fuerza de una acusación. De pronto, me siento como una auténtica villana, y lo peor es que ni siquiera he tenido que hacer nada para merecerlo.

¿Y qué se supone que tengo que decir?

¿«Gracias»?

¿«Lo siento»?

¿«Podemos fingir que esto no ha pasado»?

—Mateo… yo…

Y no me sale nada más. No puedo. No con él mirándome así. No con su carita de Bambi a punto de perder a su madre.

Así que me levanto torpemente.

—Voy… al baño. Con permiso —murmuro, huyendo antes de que algo peor salga de su boca. O de la mía.

Y no miro atrás. No porque no quiera, sino porque no puedo enfrentarme a lo que espera en sus ojos. Porque él está esperando algo. Y lo que sea… yo no puedo dárselo.

Esto ha sido un error, uno muy gordo.

LUCIEN



La veo levantarse con una rigidez extraña. Tiene prisa. La forma en que esquiva la mirada de ese humano lo dice todo: él la ha incomodado, o ella se siente expuesta. Tal vez ambas cosas. Camina hacia el baño con la urgencia de quien escapa de algo.

No soy idiota. La conozco. Sé cuándo está a punto de colapsar y no pienso perderme esa debilidad. Es mi momento favorito.

—¿Lucien? —interviene Divine. Ya estoy medio incorporado.

—Necesito ir al baño —respondo sin mirarla.

—¿Tú? ¿Desde cuándo?

—Emergencia estética —le lanzo una sonrisa rápida.

No le doy tiempo a replicar. Ya estoy en camino. Entro al pasillo de los baños con paso decidido. No disimulo. Si me cruzo con alguien, que piense lo que quiera; me da igual. Estoy ocupado.

La puerta del baño se cierra justo cuando llego. Es ella.

Abro sin llamar. No respeto fronteras cuando se trata de Abril; ni las emocionales, ni las arquitectónicas. Se gira en seco. Su bolso cuelga del hombro, indeciso entre servir de escudo o de proyectil.

Cierro la puerta. Apoyo la espalda en la madera y la acorralo con la mirada.

—¿Quién es tu humano, cariño?

—¿Qué haces aquí? —Su voz es pura defensa. Pura Abril.

—Retocándome la dignidad —respondo—. ¿O no es lo que se hace aquí tras salir destrozada por un humano musculoso y una risa fingida?

—¿Me estás espiando?

—¿Tú me seguiste primero o ya no vamos a decirnos verdades incómodas?

Se cruza de brazos. Yo hago lo mismo. Esto es un duelo de miradas en un polvorín. Un parpadeo a destiempo y saltamos por los aires. Con tensión sexual incluida, claro.

—Mateo no es «mi humano».

—¿No? Entonces ¿por qué le acaricias el brazo como si fuera la respuesta a tus traumas?

—¡Porque es educado y no desaparece para volver con una ex enfundada en terciopelo!

—¡Tú me diste un portazo emocional con frases pasivo-agresivas!

—¡Y tú te fuiste a cenar con esa mujer a los tres segundos!

—¡Me rompiste el corazón! ¿Qué querías que hiciera? ¿Meditación guiada?

Nos quedamos callados, recuperando el aire mientras el odio y el deseo pelean por ver cuál explota primero. Abril baja la vista, derrotada, pero yo me niego a concederle ese respiro y la obligo a sentir mi presencia sobre ella.

—¿Estás con él? —pregunto, más bajo—. ¿Vas a estar con él?

No responde; ni falta que hace. El temblor de su barbilla es la respuesta.

—No quiero que lo estés —digo con firmeza.

—No tienes derecho a decirme con quién estar.

—¿Y tú tenías derecho a dejarme por un plan de maternidad con un desconocido?

—¡Tú no puedes darme eso!

—¡Puedo darte todo lo demás!

—Lo demás no es suficiente.

—Lo ha sido hasta ahora.

—Ya no lo es. Lo siento.

—No lo sientes. Si lo hicieras, no me harías esto. Me dejas por el proyecto de algo que ni siquiera existe. Es cruel.

—Cruel sería seguir contigo y arrepentirme toda la vida por no haberlo intentado. Si me quisieras, me dejarías ser feliz.

—¿Feliz con qué? La maternidad está sobrevalorada. Ni siquiera sabes separar la ropa blanca de la oscura. Duermes como un koala y me aprietas el brazo como si fuera un tronco. ¿Qué le vas a hacer al crío, asfixiarlo por la noche? ¿Lo has pensado?

Me tiembla el ojo. Un fallo en el sistema; algo impropio de alguien como yo. La incito con un gesto de barbilla para que responda, pero ella solo me observa con los ojos entornados.

—He aprendido a sobrevivir con un vampiro —dice, con una calma que me escuece—. Estoy segura de que un bebé humano será coser y cantar. Tengo un máster en niñatos caprichosos y rabietas gracias a ti. Podría gestionar una guardería entera.

Suelto un resoplido indignado. No me ha llamado «niñato». No se ha atrevido.

—¿Tan difícil es aceptar que lo nuestro terminó? —continúa ella —. Déjame vivir, Lucien. O al menos intentarlo. Si me equivoco, será mi problema, pero tengo que hacerlo.

Bajo mi doble cadáver.

Intentarlo significa dejarla con otro. Ser familia con otro. Verla serlo todo para alguien que no soy yo. No estoy preparado para perderla mientras siga respirando; me niego a desistir. Tiene que entender que puedo hacerla feliz. Sin añadidos. Sin humanos.

—Lo nuestro no ha terminado —sentencio.

—¡No te jode! —sacude la cabeza—. ¿Por qué tienes que ser tan… tan…? —hace un gesto en el aire, como si quisiera estrangularme—. Tan intenso.

Me acerco sin pedir permiso. Ella no se aparta.

—Dime que no me quieres —le susurro—. Dímelo a la cara y me iré. Lo juro.

Me sostiene la mirada. Tiene la mandíbula tensa y los ojos encendidos.

—Eres un gilipollas, Lucien.

—Ya lo sé.

Y la beso.

El beso nace como una amenaza, un desafío a todo lo que acumulamos bajo la piel. Es rabia, deseo y una necesidad violenta de borrar al resto del mundo. Me jode, me duele y, aun así, es la única forma que conozco de seguir respirando.

Abril me agarra del cuello con una intensidad que no conoce la pausa. Sus labios chocan contra los míos para castigarme: por lo que no dije, por lo que dije mal y por haber llegado tarde a tantas cosas. Le devuelvo el golpe. No sé quererla de otra manera.

Sus dedos se clavan en mi nuca. Su cuerpo se pega al mío. Pierdo la cabeza. No hay espacio ni lógica; solo ella, sus labios y ese perfume que me envenena la voluntad.

La empujo contra la pared. La empujo contra la pared. El golpe es seco; frenado por un resto de cordura solo para no romperla.

Jadea por la pura adrenalina de estar justo donde quería. Mis manos recorren su cuerpo con desesperación; necesito comprobar que sigue ardiendo con el mismo fuego que negamos en voz alta. Sus uñas me desgarran los hombros. Agradezco esa brutalidad; me ancla. Me recuerda que dolerle todavía significa que siente algo.

—Estás loca —le murmuro al oído, rozándole el cuello.

—Tú empezaste esto —responde con ese tono furioso que me deja indefenso.

Me muerde el labio. Suelto un gruñido que me vibra en el pecho.

Mis dedos se deslizan bajo su vestido. Encuentran esa piel que conozco de memoria, aunque ahora arda como si fuera la primera vez. La alzo contra la pared; ella se enreda en mí, aferrándose con una urgencia que lo dice todo. Es salvaje. Torpe. Da igual. Esto no va de delicadezas, va de una necesidad violenta. Con todas las consecuencias.

El calor se mezcla con la furia. Sostengo su cuerpo contra la piedra fría del baño. Ella es puro fuego, tensión y vida. La presión de sus muslos y el roce de su respiración me exigen seguir, olvidar la guerra que arrastramos. He vivido siglos, he besado más bocas de las que puedo recordar y, aun así, nadie me ha incendiado como ella. No en este baño público, con el caos aguardando al otro lado de la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí dentro?

La voz del exterior nos golpea. Abril se mueve entre mis brazos; una mezcla de risa nerviosa e indignación. Intento que se calme. No por la intrusa, sino porque pensar es imposible mientras ella siga retorciéndose así contra mí.

—Váyase, señora —gruño, sin despegar los labios de su cuello.

—¿Disculpe? ¡Se oyen… cosas! ¡Hay un hombre aquí dentro! ¡Voy a llamar al gerente!

Levanto la cabeza y me giro hacia la puerta con una calma deliberada. La voz al otro lado suena nerviosa, escandalizada; insuficientemente prudente para mi gusto.

Me aclaro la garganta. Proyecto la voz, dotándola de una profundidad de ultratumba, de esas que hacen vibrar las cañerías y erizar el vello de los mortales.

—¡Retiraos, alma errante! —clamo con una solemnidad ridícula —. ¡Este recinto está consagrado al mantenimiento de la eternidad! ¡Buscad refugio en otros lares antes de que mi paciencia, tan antigua como el tiempo, se agote!

Abril me mira con los ojos como platos, debatiéndose entre soltar una carcajada o morir de vergüenza. Yo le dedico un guiño. Si vamos a ser el escándalo del restaurante, al menos que sea con estilo.

— ¿Alma errante? —suelta la mujer desde el otro lado, con un tono que pasa del susto a la mala leche en un parpadeo—. Escucha, «Drácula», déjate de tonterías y de eternidades, que tengo un apretón y el restaurante me ha cobrado cincuenta euros por el menú. ¡Sal de ahí ahora mismo o llamo al de mantenimiento para que te consagre a ti a patadas!

Abril se tapa la boca con las manos, pero el espasmo de la risa ya es incontenible. Yo arqueo una ceja, herido en mi orgullo de depredador.

—No tienen respeto por los clásicos —le susurro, mientras la señora empieza a aporrear la madera con el puño.

—¡Voy a llamar a la policía, depravado!

—Si llama a la policía, señora —respondo con serenidad—, terminaré mordiéndole el cuello y arrastrándola con nosotros al

inframundo. Créame, sería incómodo para todos. Sobre todo para usted.

Silencio.

Luego pasos apresurados y un murmullo indignado que se pierde en el pasillo.

—¡Pervertidos lunáticos!

Sonrío. Vuelvo hacia Abril, que no sabe si reírse o morderse los labios por la vergüenza.

—Funciona siempre —murmuro, atrapándola de nuevo entre mi cuerpo y la pared, justo donde quiero tenerla.

La tengo ahí, jadeante y con las mejillas encendidas. No pienso frenar. No después de que viniera a provocarme con un humano elegido a conciencia. Mis manos suben por sus muslos sin amabilidad. La tela cede y todo lo demás pierde peso. El baño, el conflicto, la culpa: nada compite con esta necesidad.

—Así que este es tu tipo ahora… —le murmuro al oído—. Caras de niño bueno y brazos de gimnasio.

Tiembla, pero se aferra.

—¿Buscabas sumisión o solo querías que te viera con él?

Mi boca recorre su mandíbula y la curva de su clavícula. Hablo contra su piel, despacio, sin piedad.

—¿Le contaste lo que te gusta? ¿Le dijiste lo peligrosa que resultas cuando te rindes?

Mis dedos siguen el camino que ella reconoce. Se derrite. O se resiste; a veces es imposible distinguirlo. Gime contra mi hombro y yo sonrío. Por mucho que luche, vuelve a mí. Y le gusta más de lo que es capaz de admitir.

Ya no aguanto más. Nos fundimos en un mismo movimiento. Ningún hogar ha sido nunca tan preciso. No quiero otro. No quiero que ella busque otro.

—Cariño… —murmuro contra sus labios—. No puedo darte hijos, pero puedo darte todo lo demás. Aquí y en cualquier mundo.

—Lucien… —apenas logra pronunciar mi nombre.

Le muerdo el cuello. Sé que no debería hacerlo aquí, pero la necesidad pesa más que el juicio. Saborearla, tenerla en la lengua, reconocerla. Muerdo lo justo, con un autocontrol que se resquebraja.

Cuando mi veneno se mezcla con su sangre, su gemido es el único sonido que me hace sentir vivo.

El placer la golpea con una violencia silenciosa. Se rompe conmigo, buscándome en un beso que me parte por dentro. La intensidad nos consume; en nosotros todo se amplifica. Las palabras no alcanzan. Intentar definirlo solo serviría para restarle fuerza

Cuando termina, no hablamos. No hay disculpas ni promesas. Solo respiraciones desordenadas y cuerpos apoyados contra una pared que necesita una bendición urgente. Ella me mira; sus ojos oscilan entre la huida y la súplica. Yo sé que he vuelto a cruzar la línea que juré no pisar. Ninguno retrocede. Nos queremos mal, pero nos queremos.

Salimos del baño como si no acabáramos de desencadenar un apocalipsis en un restaurante lleno de gente que pronuncia «maridaje» con absoluta seriedad.

El mundo nos espera al otro lado.

Dos agentes nos cortan el paso. Uno observa. El otro ya tiene las esposas preparadas. Cuando se fija en Abril y ve los dos puntos en su cuello, el hilo de sangre que aún baja por su piel, cierro los ojos. La he cagado.

A partir de aquí, pierdo el derecho a abrir la boca. Joder.

—¿Lucien D'Aragon?

—Depende. Si es por la cuenta, pagué por transferencia.

No tienen sentido del humor. Me esposan con las especiales, forradas de plata Britania activa. Quema. Es una aleación con cobre, lo justo para frenarnos sin matarnos. Una tortura legal.

—Cabrones —mascullo.

Allí está ella, la delatora. Me mira con la autosatisfacción de quien cree haber salvado a la humanidad. Le devuelvo una sonrisa ladeada y dejo que los colmillos asomen lo justo.

Hace dos décadas, el mundo era una trinchera. Luego llegó el pacto y, con él, la burocracia del control. Baños diferenciados, contacto regulado, consentimiento verificable. Todo debe ser aséptico y visible. Aquella mujer —la del apretón— no tardó en montar su propia cábala. En su cabeza, un hombre asaltando el baño de mujeres solo puede significar una cosa: asedio en curso.

Suma a eso que no supo contener el esfínter y tienes la denuncia perfecta.

Todo habría sido un malentendido si no la hubiera mordido, pero lo hice. El tratado es tajante: prohibido cualquier ataque —o simulacro de ataque— en público. Puedes casarte con un humano, puedes compartir tu eternidad, pero no puedes romper el frágil equilibrio por un calentón.

Y voy yo y lo mando todo al carajo.

No digo nada. ¿Para qué? Los hechos están a la vista. Entonces aparece él: el humano.

—Mateo…, lo siento —susurra Abril al verlo.

¿Por qué se disculpa con él? Me hierve la sangre. Mateo se coloca a su lado y le toca el brazo con una preocupación estudiada. Doy un paso hacia delante. Las esposas destellan y el dolor muerde. Los agentes me sujetan con más fuerza. Uno aprieta; ¡joder, cómo escuece!

Divine aparece en ese instante. Impecable. Disfruta del foco y niega con la cabeza, divertida. No la miro; mis ojos están en Abril. Ella me sostiene la mirada con nítida culpa y angustia. Muevo los labios sin sonido:

«Lo siento».

Traga saliva. Sus ojos se empañan con lágrimas.

Mientras me arrastran pasillo abajo entre cacharros que graban y silencios de asombro, lo entiendo. Ha sido un desastre. He perdido el control. Pero ella sigue sintiendo algo por mí.

Y eso, por ahora, me basta.

CAPÍTULO 7

PLAN DE FUGA (FALLIDO)

ABRIL



—¿Me estás diciendo que… intentó escaparse?

Camino en círculos por el salón, desgastando la madera del suelo como si fuera un tablero de ajedrez emocional y yo hubiera perdido toda noción de estrategia. La reina, sí. Pero completamente fuera de control.

Cata, sentada en el sofá, me sigue con la mirada mientras come galletas sin pestañear. Literalmente. Es inquietante. Una esfinge con hambre observando mi derrumbe.

—Sí. Bueno, técnicamente no lo consiguió —responde Marta, mi abogada, con el tono neutro de quien ya ha perdido la capacidad de escandalizarse por nada.

—¡No me jodas, Marta!

—Lo han pillado intentando forzar el sello de la puerta de contención con un clip y una hebilla de cinturón. Es tan absurdo que hasta el informe parece un chiste.

Me dejo caer sobre el brazo del sofá. Tengo la frente sudada de tanto caminar en bucle y las emociones haciendo cola para salir a empujones por la garganta.

—¿Un clip? —repito—. ¿Me estás diciendo que Lucien, Lucien Moreau, vampiro de casi quinientos años, heredero de una línea

ancestral de cazadores, estrategas y diplomáticos… intentó fugarse de una prisión oficial con un clip?

—Y un poco de carisma —añade Marta—. Al parecer, intentó seducir a la celadora. Sin éxito, por cierto. Es lesbiana.

Cata se atraganta con una galleta. Yo me tapo la cara con las manos.

Desde que se firmaron los tratados de convivencia entre humanos, vampiros, licántropos y demás criaturas con problemas evidentes de gestión de la ira, las leyes se endurecieron hasta niveles casi ridículos. En algunos distritos, escupir en público ya se considera un microdelito.

Y si eres un vampiro y te atreves a mostrar colmillos con intención de morder en un entorno humano… olvídate.

Condena directa.

Nada de advertencias. Nada de cursillos de reinserción con música ambiental. Tres meses mínimo. Y eso solo si tenías un historial impecable.

Las prisiones para vampiros no son ninguna broma. Están construidas con polvo de plata prensado, artefactos de contención mágica, runas antiguas y tecnología que ni siquiera los elfos terminan de entender del todo. Fortalezas pensadas para encerrar criaturas que no envejecen, no se cansan y, en general, no saben estarse quietas.

—Teníamos la fianza casi lista —murmuro, todavía en shock—. Íbamos a sacarlo en horas. Estaba todo aprobado. Solo tenía que… comportarse.

—Abril, es Lucien —dice Cata con la boca llena—. El mismo que intentó abrir una caja fuerte con un tenedor porque decía que «sentía la vibración». ¿De verdad esperabas que no intentara algo?

La miro.

Tiene razón. Conozco de sobra el repertorio de anécdotas absurdas de Lucien a lo largo de los años. Tiene ingenio de sobra y un carácter que nunca ha sabido dosificar. Astuto, brillante y… joder.

Siento cómo las lágrimas empiezan a picarme en la línea de agua.

—Y ahora —continúa Marta desde el auricular—, con el intento de fuga registrado, el tribunal ha rechazado la fianza. Oficialmente tiene que cumplir el plazo completo. Tres meses. Sin visitas físicas. Solo por holograma. Y nada de sangre directa. Únicamente sintética.

Genial.

No solo está encerrado. Está encerrado, hambriento y con el orgullo hecho trizas. No quiero ni imaginar cómo debe de estar. Probablemente cabreado. Seguramente humillado. Y, sin duda, tramando algo aún peor.

—¿Puedo matarlo yo cuando salga o eso también es ilegal ahora? —pregunto.

Marta suspira.

—Solo si consigues una licencia temporal de combate interespecies y firmáis consentimiento mutuo. Pero, sinceramente… no creo que os haga falta.

—¿Por qué?

—Porque, según el informe, el motivo de la fuga fue: urgencia emocional vinculada a una relación no resuelta con una ciudadana civil.

Textual.

Me quedo quieta.

Cata me mira.

—¿Eso lo dijo él?

—Sí. Justo antes de que lo esposaran otra vez. Según los agentes, gritó: «¡Ella no me va a olvidar comiendo gelatina de plaquetas en una celda durante tres meses, maldita sea!»

Cata suelta la carcajada más violenta que le he escuchado en años.

Yo…

Yo me muerdo el labio.

Porque en el fondo, por absurdo que sea todo esto… Lo único que puedo pensar es que me muero por verle la cara.

—¿Y no hay ninguna forma de verlo? —pregunto, con la voz más baja de lo que me gustaría admitir—. Ni que sea una vez. En persona.

Al otro lado de la línea, Marta guarda silencio. Puedo oír cómo hojea algo, probablemente regulaciones penitenciarias de esas que ni siquiera los jueces leen completas. Finalmente, suspira.

—Puedo intentar interpelar al tribunal de enlace y presentar una solicitud especial. Hay una cláusula para visitas vis a vis… pero las hipótesis son escasas. Normalmente solo se conceden en casos de parejas de vampiros con descendencia, vínculo familiar directo o registros afectivos inscritos en el Pacto Interespecies. Ya sabes… hijos, uniones oficiales, vínculos de sangre.

Cierro los ojos. Aprieto los labios. Claro que sí. Hasta en eso. Hasta para eso.

—Mierda —susurro—. Ni siquiera somos compatibles para un puto vis a vis.

Cata me mira desde el sofá. No dice nada. Porque no hace falta. Porque ya sabe lo que yo intento no pensar en voz alta.

Ni papeles. Ni sangre compartida. Ni hijos. Solo... nosotros. Y eso, por lo visto, no es suficiente para el sistema.

—De acuerdo, Marta. Avísame en cuanto sepas algo.

Colgamos. El mal sabor de boca se me queda pegado al paladar, denso, persistente. Me dejo caer en el sofá con todo el peso de lo que no puedo controlar.

—Lo siento, amiga. Qué mierda —dice Cata, con un mohín que trasmite pena y frustración.

Bajo la mirada. Me muerdo el labio inferior intentando contener las lágrimas, aunque sé que se me notan en los ojos. Siempre se me notan.

—Pero es que también, joder… —añade de pronto—. ¿No podíais haber follado en otro sitio? ¿Un baño público? Eso es muy película cutre, tía.

Levanto la cabeza y la fulmino con la mirada. No hace falta que diga nada; ya sabe que se ha pasado… solo un poco. Antes de que pueda devolverle el comentario con alguna pulla pasivo-agresiva, suena el timbre.

Genial.

Suelto un suspiro largo, de esos que parecen arrastrar el alma, y me levanto con la sensación de estar a punto de abrir la puerta a

algo que no he pedido.

Y ahí está.

Al otro lado de la puerta: Adrien. El mejor amigo de Lucien.

Oigo a Cata bufar a mis espaldas. Nunca le ha gustado Adrien. Desde que se conocieron, la antipatía ha sido mutua y descarada, una de esas incompatibilidades inmediatas que no dejan margen a la diplomacia. Cada vez que coincidimos todos, acaban en extremos opuestos de la mesa, con las caras largas y el ambiente enrarecido. Muy sano todo.

—¿Qué tal, Adrien? —lo saludo, apoyándome en el marco de la puerta.

—Bien. ¿Has podido hablar con él?

Le hago un gesto para que pase y cierro cuando entra.

—No. He hablado con Marta. Va a intentar mover hilos, ver qué se puede hacer… pero esto es una estupidez. Totalmente desproporcionado.

—Y tanto —responde, sin molestarse en suavizar el tono—. No sé qué demonios teníais en la cabeza para montar semejante despropósito.

Por supuesto, lo dice mirando directamente a Cata.

Ella le devuelve una mirada afilada. Adrien asiente con un gesto seco, casi protocolario, y Cata responde igual. Ni un «hola». Ni un «qué tal». Desdén puro y perfectamente sincronizado.

—Los de vuestras especies siempre creéis que el mundo tiene que rendiros pleitesía —suelta Cata, provocando sin disimulo.

—Habla por ti… si a especie te refieres —contesta Adrien, con una sonrisa fina y peligrosa.

Me llevo una mano a la cara. Estupendo. Otro día normal en mi vida caótica. Solo falta que empiecen a lanzarse muebles.

—Por favor —intervengo—. Lo único que me importa ahora es saber si está bien… y que todo esto pase lo antes posible.

—Intentaré mover algunos contactos dentro de la prisión. Puede que consiga algo —dice Adrien, mirándome con seriedad.

Asiento, agarrándome a esa mínima posibilidad con una fe que roza lo irracional.

—Cómo no —salta Cata, cruzándose de brazos—. A saber qué clase de negocios llevas para tener contactos en una cárcel.

—Tengo amigos que son guardias penitenciarios —responde Adrien, sin perder la calma—. Por si pensabas que eran criminales. Aunque igual de esos tienes tú.

Sus miradas se cruzan con una intensidad sospechosa. A veces no sé si quieren matarse o acabar en la misma cama.

Cata es guapa, de una belleza despreocupada que descoloca. Alocada, irreverente, magnética. Y Adrien… bueno, es vampiro. De los que parecen diseñados en laboratorio para desestabilizar emociones ajenas.

Y a veces pienso que lo único que les falta a estos dos es resolver sus tensiones de una forma mucho menos verbal.

Sacudo la cabeza y aparto la idea.

Ya hemos tenido suficientes problemas con baños públicos.

LUCIEN



¿Cómo es posible que una especie que ha dominado el mundo durante siglos haya sido capaz de construir cárceles tan atrozmente inoportunas para los de su propia condición?

Bufo.

Otra vuelta más por la celda.

El espacio es ridículo. Cuatro pasos y vuelvo a dar con la pared. La sensación de encierro se me mete bajo la piel, me oprime el pecho, me desordena la cabeza. Supongo que esto debe de parecerse bastante a esos ataques de pánico que les dan a los

humanos cuando se quedan atrapados en ascensores o en relaciones sin pasión.

Nunca pensé que acabaría entendiéndolos tan bien.

Marta viene a verme: mi abogada. Me escoltan hasta la sala de visitas esposado, como si fuera el anticristo en persona. No me quitan las malditas esposas ni un segundo y, para rematar, entre nosotros hay un muro de cristal reforzado. Tecnología élfica, cristales hechizados… todo muy dramático, como si tuviera intención de lanzarme a morderla por una rendija.

Por favor.

Es una licántropa

Como si fuera mi tipo.

—Lucien —me saluda con una sonrisa cansada, alzando la mano, como si no me estuviera viendo encadenado—. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores —respondo—. Y, desde luego, mejores vistas.

—Has estado jugando con los humanos otra vez.

—Con los humanos, no —la corrijo—. Con mi humana.

Marta entrecierra los ojos.

—Lucien… esa pobre criatura no es tu humana. Es una humana. Sin matrimonio, sin vínculo legal, sin lazo de sangre, sin compartir especie. Y eso, lamento decírtelo, no juega a tu favor.

—Por todos los dioses… es mi novia. Mi mujer. No saben lo que han hecho. No estaba hincando el diente a nadie que no quisiera.

Alza una ceja. La expresión clásica de te escucho, pero no te compro el discurso.

—Discrepo. El problema no fue el colmillo, Lucien. Fue lo otro que estabas hincando.

Me río. No puedo evitarlo. Se me escapa una sonrisa lenta, de esas que a Abril le sacaban los ojos en blanco y las manos inquietas. El recuerdo todavía me quema en la piel. Solo han pasado tres días sin verla y ya noto cómo algo dentro de mí empieza a resquebrajarse.

No estoy bien.

Y lo saben.

—Además —añade Marta, recuperando ese tono firme que indica que se le ha agotado la paciencia—, intentaste huir. ¿Qué demonios se te pasó por la cabeza?

—Todo el mundo sabe que soy uno de los vampiros más poderosos de mi clan —respondo, elevando el mentón—. No entiendo por qué esperaban menos de mí.

—Todo el mundo no —murmura—. La jueza que te condenó, por ejemplo.

—Víbora.

—Lucien… es una de las elfas más respetadas del tribunal. Incorruptible.

—Todo el mundo es corruptible. Solo hay que encontrar el precio adecuado.

No responde. Me mira. Supongo que es difícil defender a alguien que suena a villano de novela cada vez que abre la boca.

—Sabes perfectamente que los nuestros no pueden exponerse así en público —continúa—. Esa escena, esa visibilidad, pone en peligro el pacto de coexistencia. Ya no estamos en el siglo XVII.

—¡Por el amor de los dioses, solo estaba follando a mi mujer!

Mi voz resuena en la sala. Los guardias levantan la vista. Uno contiene la risa. Otro tose para disimular. Yo ni me inmuto.

—No iría por ahí —dice Marta, imperturbable—. Has dejado demasiadas… pruebas. Conviene ser prudentes si quieres salir de aquí en tres meses.

—¿Tres meses? —me levanto de golpe, tirando de las esposas—. No puedes hablar en serio.

¿Tres meses aquí dentro? ¿Encerrado, sin verla, sin tocarla, mientras ese humano sin sal, de músculos hipertrofiados, le ofrece pañuelos y miradas comprensivas?

No.

No.

—Lucien —suspira—. No puedo hacer nada más por ahora. El intento de fuga lo ha complicado todo. Si hubieras esperado, si te hubieras quedado quieto, podrías estar fuera hoy mismo.

—No puedo dejarla ahí fuera sin mí. No puedo. No me fío. No sé qué puede pasar.

La rabia me cierra la garganta. Y por un segundo… un segundo maldito, me atraganto. Literalmente. El dolor no es físico. Es peor. Es emocional. Y no estoy preparado para eso.

—Respeto las leyes humanas, vampíricas, lobunas… las que quieras —digo al fin, obligándome a sentarme de nuevo en la silla incómoda—. Llevo siglos siendo un ciudadano ejemplar de esta civilización vuestra tan orgullosa. Lo mínimo que puedo pedir es un trato justo. Yo no debería estar aquí.

—Lucien —responde Marta, con firmeza y un cansancio que pesa más que el reproche—. Lo he intentado. Créeme. Pero no ha dado fruto.

Abro la boca para replicar, pero alza una mano.

—Eso sí… hay buenas noticias. No se lo he dicho aún a Abril; quería hablar contigo primero. Pero, en principio… he conseguido que os concedan un vis a vis.

Me quedo mirándola.

Un vis a vis.

Tardo un segundo en procesarlo. Dos. El equivalente exacto a un vampiro milenario intentando ordenar papeleo emocional sin perder la dignidad.

¿Me está diciendo que van a traerme a mi mujer a este antro para que tengamos un momento privado? ¿Para *hablar*? ¿Para reconciliarnos? ¿Para…?

Por todos los dioses.

Debería estar eufórico. Debería reírme. Besarle los pies incluso. Pero solo de pensar en Abril cruzando las puertas de este sitio infecto, se me revuelve algo en el estómago.

—Necesito salir de aquí, Marta —alzo la voz, seco, firme—. No quiero un maldito vis a vis. Quiero mi vida. Quiero a Abril fuera de esto.

—Es lo mejor que puedo hacer por vosotros —responde, endureciendo el tono.

Aprieto los labios. Cierro los puños sobre la mesa de metal. Las esposas crujen. No ardo, pero casi.

—Eso sí —añade, sin pestañear—, será en un mes.

—¿Quéééé? —exclamo, horrorizado.

Ella ladea una sonrisa.

—Ahora ya te interesa, ¿no?

—Siempre has sido astuta.

—Inteligente —dice, entornando los ojos con superioridad.

—Más astuto e inteligente que tú, soy yo. Y más apuesto también.

Niega con la cabeza. Yo hago lo mismo. Nos conocemos demasiado.

—Motivo por el cual —añado, mordaz— no me puedes decir que tenga que esperar un mes para ver a mi mujer.

—No es tu mujer, Lucien. Si lo fuera, sería todo más fácil.

Me muerdo la lengua. Literalmente.

La garganta me arde, áspera. La sangre sintética que me dan no sacia nada. Es como beber plástico con perfume de hierro. Estoy a punto de arrancarle la tráquea a uno de los guardias. La vena de ese maldito humano me está hablando en estéreo. La escucho palpitando. La noto en los dientes. En las sienes.

Y ahora Marta me suelta eso. Que si la hubiera «oficializado» podría verla antes. Que si la hubiera marcado, atado, jurado eternidad con ella, esto no sería un problema.

Claro. Porque para qué vamos a complicarnos más.

Obviamente nunca preví terminar en prisión. Y mucho menos… casado. Ni siquiera sé si ella querría. Ni si yo quiero condenarla a mi lado para siempre.

Los matrimonios entre nuestras especies no son como los humanos. No hay divorcio. No hay marcha atrás. Cuando un vampiro se une a alguien, es para toda la eternidad. Y Abril y yo… no tenemos la eternidad.

—Pues va a ser que tengo que esperar un mes —suelto, resignado, como si la frase me costara más que los tres días sin verla.

—Eso es —dice ella, en voz baja.

Cae el silencio. Un silencio real. De esos que pesan más que las cadenas.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, Lucien? —pregunta Marta, con más humanidad de la que me esperaba.

Levanto la mirada, agotado.

—Necesito sangre de verdad. No esta mierda sintética.

—Lucien, sabes que no puedo traerte sangre real. Eso está prohibido. La ración que os dan aquí es para manteneros débiles. Es lo que hay. Aquí dentro sois peligrosos.

—A mí me lo dices. Soy aún más peligroso sin alimento. Joder… si hasta los humanos tienen derecho a tabaco.

—Ya. Pero es la ley.

La ley.

Otra vez la maldita ley.

La ley que todo lo controla. La ley que los humanos veneran como si fuera sagrada. La ley que dice quién puede amar, quién puede tocar, quién puede ver a la persona que ama sin ser tratado como un monstruo. La ley que antes escribíamos nosotros, a base de colmillos y miedo.

Ahora…

Ni eso nos queda.

CAPÍTULO 8

CARTAS, MENTIRAS Y BOLSAS DE SANGRE

ABRIL



No puedo dejar de llorar. Maldita sea. Pensé que este tiempo, este paréntesis forzado y cruel que nos ha tocado vivir, serviría para aclararme. Imaginé que el *karma*, cansado de nuestra telenovela emocional, me estaría concediendo una última oportunidad para pensar con calma. Creí que la separación me ofrecería justo lo que necesitaba: espacio, silencio, tiempo. Una tregua para decidir con algo más de cabeza y algo menos de corazón.

No ha sido así.

Desde que Lucien está en prisión —y ya han pasado más de dos semanas, aunque mi cuerpo las sienta como una eternidad— no hago otra cosa que llorar. Lloro por las noches y por las mañanas. Lloro en la ducha, en el coche, mientras revuelvo un café que siempre se queda frío. Lo echo de menos con una intensidad difícil de explicar sin parecer ridícula. Y no es la nostalgia de alguien con quien has compartido algo bonito. Es peor. Se ha instalado en mí de una forma profunda, persistente, como si una parte esencial de mi vida estuviera suspendida hasta que él vuelva.

Esto no tenía que ser así. Yo quería resolver lo nuestro de una manera adulta, sentarnos a hablar con cierta racionalidad, sin escenas de celos, sin portazos, sin baños públicos requisados por la

autoridad. Pero ahora que nos han obligado a estar separados, todo aquello que creía querer pierde sentido.

Claro que sigo deseando ser madre. Claro que sueño con un futuro, con una familia, con alguien que envejezca a mi lado. Pero no consigo imaginar esa vida si Lucien no forma parte de ella. Si estas dos semanas ya me están deshaciendo por dentro, no quiero ni pensar en lo que serían tres meses. O una eternidad.

La casa sin él es otra cosa. Vacía, silenciosa, irritantemente ordenada. Echo de menos incluso sus manías más absurdas: colgar la ropa en las lámparas, usar mis toallas más caras como trapos de cocina, beber sangre en copas de cristal con el meñique alzado, convencido de que sigue siendo un aristócrata del siglo pasado, lo cual, en su caso, es técnicamente cierto. Echo de menos la forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta. Echo de menos discutir con él y acabar agotada, rendida, pero sonriendo.

Anoche me metí en su ataúd. Lo juro. Dormí en ese ataúd ridículo de madera negra, con bordes de terciopelo, que tantas veces critiqué. No sé si por masoquismo o por pura necesidad. Solo quería quedarme un rato entre sus cosas, rodeada de su olor. Al final me quedé dormida allí, acurrucada, con una dignidad discutible y un corazón hecho trizas. Y lo peor es que dormí bien.

Como no podemos hablar, ni hacer videollamadas, ni vernos más allá de lo que permite la burocracia carcelaria interespecies, solo nos quedan las cartas. Las inspeccionan, las leen, las sellan, las censuran cuando les apetece, pero llegan. Y cada vez que recibo una, cada vez que reconozco su caligrafía antigua, inclinada, llena de florituras innecesarias y, aun así, adorables, siento cómo se me rompe algo por dentro.

Resulta curioso que, con tanta tecnología, cuando te encierran tengas que volver a vivir casi como en el medievo.

Lucien escribe como si siguiera en el siglo XVIII. Metáforas excesivas, promesas eternas, declaraciones que deberían estar prohibidas para alguien con condena vigente. Me está dejando sin lágrimas. Y lo odio por ello. Lo odio con todas mis fuerzas. Porque lo amo hasta el punto de que duele. Porque ni siquiera preso es capaz

de comportarse de manera normal. Porque tiene que escribirme con el tono de quien corteja desde un castillo.

Y lo que más me duele de todo es que, muy en el fondo, está funcionando.

Mi amada Abril:

Antes de que te burles de mí por empezar así, quiero que sepas que he considerado otras opciones como «mi señora de los gritos» o «emperatriz de mis desvelos», pero el guardia (que lee mis cartas antes que tú, qué vergüenza) ha dicho que no sería prudente provocar un incidente diplomático desde la cárcel. Así que me he contenido. Mira qué civilizado soy.
¿Sabes qué es lo peor de estar encerrado en una celda con paredes de polvo de plata y ventilación insuficiente? Que tengo demasiado tiempo para pensar. Y cuando pienso, inevitablemente acabo en ti. En tu risa, en tu maldita forma de enfadarte por cosas que haces tú también, en cómo usas mis camisas sin pedirme permiso (aunque luego jures que eran tuyas desde antes).He intentado no dramatizar —ya sé que no te gustan mis «monólogos de ópera trágica»— pero estar aquí sin ti me está volviendo más humano que vampiro. Ya no duermo (vale, nunca dormí mucho), me quejo de la bebida (eso también es normal), y empiezo a hablarle a las grietas de la pared como si fueran mi terapeuta. La he llamado Agustina. Me parece un nombre adecuado para una celda con carácter.

Lo que quiero decir —aunque ya lo sepas— es que te echo de menos. Hasta lo insoportable. Hasta el punto de soñar que discutimos y despertarme feliz solo por haberte visto, aunque fuera gritándome. Echo de menos que me corrijas cuando dramatizo, que me mires como si supieras lo que voy a hacer antes de que lo haga, y que me abraces cuando, por una vez, no me sale el sarcasmo y me quedo callado. Eso sí que lo haces como nadie.

Sé que estás enfadada. Con razón. También sé que probablemente estás comiendo helado directamente del bote, criticando mi gusto por las camisas de seda y diciéndole a Cata que «me lo tengo merecido». Y sí, lo tengo. Me lo tengo todo.
Pero también sé esto: que si pudiera, ahora mismo cruzaría esta celda, rompería esas reglas absurdas que nos impiden vernos y me colaría en tu cama (o en mi ataúd, si estás usando el plan B, que espero que sí). No para hacerte cambiar de opinión. Solo para olerte el pelo y recordarte que el mundo no tiene maldita gracia si tú no estás en él.
Esta es mi carta número siete. Las cuento porque soy dramático, no idiota.
Escríbeme, aunque solo sea para llamarme gilipollas. Te juro que leer tu letra me haría más bien que toda la sangre sintética del mundo.

Tu condenado favorito,
Lucien

Vuelvo a releer la carta. Por tercera vez.

Lucien me pide que le escriba, que aunque sea solo para insultarlo necesita leerme. Y yo… llevo una semana sin encontrar las palabras. No porque no las tenga, sino porque están todas ahí, enredadas, atascadas entre la culpa y el miedo, flotando junto a unas ganas enormes de correr a abrazarlo.

No sé qué decirle. No sé qué hacer con nosotros.

Quizá, esta vez, lo único que necesito es que sepa que sigo aquí. Que no me he ido. Que pienso ir. Muy pronto.

Así que me siento. Respiro.

Y escribo.

Lucien:

Te odio un poco.
Y lo sabes.

Porque solo tú eres capaz de escribir una carta desde una celda con el tono de quien descansa en una villa toscana con vistas al viñedo. Porque solo tú consigues que me ría y me duela al mismo tiempo. Y, por si te interesa, sí: he dormido en tu ataúd. Y sí, dormí mejor de lo que me atrevo a admitir. Lo asumo.
No he escrito antes porque no sabía cómo hacerlo. No quería decir lo que no siento ni dejar por escrito algo que aún no entiendo. Esta situación es una mierda, Lucien. Y sigo enfadada. Mucho.
No solo por lo que pasó, sino por todo lo que arrastramos. Por lo que somos. Y por lo que todavía no nos atrevemos a ser.
Echo de menos tus tonterías. Tu voz cuando te pones digno. Tus frases teatrales, capaces de hacer llorar a Shakespeare. Echo de menos tu olor, incluso ese perfume caro que siempre me pareció un poco hortera. Echo de menos discutir contigo y luego fingir que no me importa que ganes.
No sé si esto es amor del bueno o una condena emocional con colmillos y demasiada tensión acumulada, pero sí sé que no quiero que se acabe aquí. Tampoco quiero prometerte cosas que aún no sé si podré cumplir. Solo necesito que sepas que pienso ir a verte. Que pronto estaré ahí. Que no estás solo.

Y que, aunque me desesperes,
también eres mi casa.

Con todo,
Abril

Y, una vez más, después de escribirle, no puedo dejar de llorar. Lo echo muchísimo de menos.

LUCIEN



Cuando el guardia me dice que tengo correspondencia, casi me da un infarto.

Cada vez que ocurre, albergo la estúpida esperanza de que sea de ella. La mayoría de las veces es Adrien. Le agradezco profundamente sus cartas, igual que el pequeño soborno que ha conseguido colar de vez en cuando en forma de una bolsita de sangre auténtica. Un guardia —viejo amigo suyo— me la entrega con expresión de «a mí no me mires». Si nos pillan, nos crujen a los tres. Aun así, vale la pena. No puedo estar hecho un desastre cuando Abril venga a verme. Ya empiezo a notar que he perdido algo de atractivo, y eso, francamente, sería una tragedia histórica.

¿Y si ya me ha olvidado?

¿Y si está con ese imbécil musculado?

¿Y si ha empezado una vida nueva? Un hijo. Un futuro que no me incluye.

Joder. Me está matando no saber nada.

El guardia me tiende la carta. No necesito abrirla para saber que es suya. Mis sentidos reconocen su olor al instante. Podría hacerlo a kilómetros de distancia. Más aún cuando está enfadada, porque su aroma se intensifica. Siempre lo he dicho: Abril enfadada huele a flor salvaje y a desastre inminente.

La leo con prisa contenida. Y, cuando sus palabras se abren paso dentro de mí, una lágrima me traiciona. Cae sobre el papel y deja una mancha roja. Sangre. No puedo permitirme ese lujo. Aquí dentro cada gota vale más que el oro. La necesito para sobrevivir. Para seguir aguantando sin ella.

Pero sus palabras…, sus palabras me salvan.

Me quiere. No me ha olvidado. Ha dicho que soy su casa.

Y ella también es la mía.

Me levanto de golpe y empiezo a dar vueltas por la celda, incapaz de quedarme quieto. En un arrebato de euforia contenida,

golpeo la pared con el puño. Olvido, durante un segundo, que está reforzada con plata. Me destrozo la mano. Me quejo, claro. Si esto fuera una pared normal, habría atravesado la celda entera impulsado por amor y desesperación.

Me dejo caer sobre la cama y me quedo mirando al techo, todavía sonriendo. Ella viene. Me quiere. No todo está perdido. Solo necesito que me aguante un poco más. Que me conceda una última oportunidad para hacerlo bien.

Aunque este encierro también me ha obligado a pensar. A pensar demasiado.

La quiero. Con todo lo que soy. Aunque también he pensado en lo que ella dijo. En su felicidad. En lo que desea para su vida. En aquello que yo nunca podré darle. Y empiezo a aceptar que he sido egoísta. Le pedí que renunciara a todo por estar conmigo. Por alguien condenado a vivir eternamente, mientras ella no.

Y, por mucho que me destroce, no puedo obligarla a compartir mi eternidad si eso significa sacrificar sus sueños. Ya lo hice una vez. Y ahora estoy pagando el precio.

He tomado una decisión.

Cuando venga a verme, cuando por fin la tenga delante, reuniré toda la fuerza que me quede y le diré que no tiene que volver. Que puede irse. Que no le guardaré rencor. Que la dejaré ser feliz.

Después pasaré los dos meses restantes golpeándome contra estas paredes con la cabeza. Porque al menos aquí dentro no puedo cometer otra locura. Ese será mi castigo. Luego tendré toda la eternidad para aprender a vivir sin ella.

Si es que eso es posible.

Pero hasta entonces… le escribiré una última carta. Porque, hasta el último minuto, necesito que sepa cuánto la amo. Y que sin ella, no soy nadie.

Mi Abril,

Aquí dentro hay un silencio que no se parece a ningún otro. No es el de la noche ni el del miedo. Es el que se instala cuando alguien a quien amas no está. Un silencio que

resuena incluso cuando hay ruido, que no se llena con nada. Ni siquiera con cartas. Ni siquiera con tus palabras, que aun así son lo único que me sostiene.
He leído la tuya hasta memorizarla. Hasta poder susurrarla sin papel. La he leído con los ojos, con los dientes, con cada parte de mí que aún te pertenece. No sabía que se podía llorar por dentro sin hacer ruido hasta ahora. Gracias por eso. Por seguir doliéndome. Por seguir importándome. Por no irte del todo.

A veces imagino que vuelvo a casa. Que abro la puerta y estás ahí, en pijama, enfadada porque he vuelto sin avisar. Que me miras con esos ojos que parecen querer echarme y abrazarme al mismo tiempo. Que me preguntas si me he portado bien y yo miento mal, como siempre. Que me dejas pasar. Y yo entro. En tu casa. En tu vida. En ti.
Este encierro me ha quitado muchas cosas: libertad, orgullo, quizá algo de belleza —quiero pensar que solo un poco—, pero también me ha enseñado lo frágil que es el tiempo contigo. Lo breve que se vuelve la vida cuando no se vive a tu lado. Lo absurda que resulta la eternidad si no estás en ella.
No voy a prometerte nada en esta carta. No porque no lo sienta, sino porque lo siento todo. Lo siento tanto que a veces quema. Prefiero decírtelo cuando me mires a los ojos. Cuando estés ahí. Cuando pueda tocarte las manos sin que un cristal nos separe.
Ese día no harán falta palabras. Lo sabrás.
Hasta entonces, solo quiero dejarte esto:
Gracias por existir.
Por ser mi caos.
Por ser mi castigo y mi redención.
Por enseñarme que un corazón que no late también puede doler.
Y por recordarme que soy capaz de amar más de lo que creía, aunque no siempre sepa hacerlo bien.

Tuyo. Siempre.
Aunque no me elijas.

Lucien

CAPÍTULO 9

ESTACA EMOCIONAL AL CORAZÓN

ABRIL



Llevo toda la mañana con el estómago encogido, y no es por el café. Hoy es el día del vis a vis. Después de semanas de cartas, lágrimas y pesadillas, por fin voy a verlo; no a través del recuerdo ni del olor que dejó en sus camisas, sino de verdad, frente a frente.

El acceso a la penitenciaría resulta mucho más teatral de lo que imaginaba: una cúpula de metal bruñido flanqueada por arcos que parecen sacados de un templo antiguo, combinados con sensores biométricos y barreras mágicas que transmiten la sensación de que alguien va a salir volando en cualquier momento. Hay guardias con armaduras oscuras que emiten un zumbido sutil, casi orgánico, como si estuvieran vivos, y en la entrada principal un escáner de aura me atraviesa de arriba abajo, haciéndome sentir como si hubiera desayunado pecado.

Cata me ha acompañado hasta el último punto autorizado para civiles. Me da la mano sin decir nada, y ese silencio es el mayor gesto de apoyo que podría ofrecerme. Cuando una guarda, alta como un roble y con los colmillos visibles, me indica que ha llegado la hora, solo asiento. No tengo voz. Simplemente avanzo.

Me hacen cruzar un pasillo silencioso donde la luz cambia de tonalidad, como si la emoción también tuviera temperatura. Me quitan el abrigo, me revisan el alma —casi literalmente— y, con un

gesto seco, me señalan una sala sin ventanas. Una mesa. Dos sillas. Una cámara en la esquina. Ninguna flor. Ni una rendija de luz natural. Solo la promesa de que, en cuestión de segundos, Lucien estará frente a mí.

No obstante, ese paso es únicamente intermediario. Una agente entra con expresión neutra, se sienta frente a mí y me informa de que lo que estamos a punto de hacer constituye una excepción: un privilegio concedido en circunstancias muy concretas. La sala en la que me encuentro no es la definitiva. Me trasladarán a otra habitación, acondicionada para encuentros privados —sin cámaras ni vigilancia directa—, aunque sujeta a protocolos de seguridad mágica capaces de activarse ante cualquier intento de agresión, fuga o contacto indebido.

Me entrega un documento que debo firmar y me explica que todo lo que ocurra allí dentro será confidencial, aunque no impune. Y, por supuesto, que existen normas.

—Cinco horas máximas de visita —dice, sin alterar el tono—. Todo contacto debe ser consentido. Nada de intercambios de objetos ni sustancias. Ni fluidos. Y mucho menos sangre.

La miro, convencida de que está bromeando. No lo está. ¿Para qué mierda lo llaman vis a vis si me van a revisar hasta lo mojada que se me queden las bragas? No lo entiendo.

—Si rompe alguna de estas reglas, la visita terminará de inmediato. Podría perder el derecho a repetirla y, en última instancia, ser sancionada.

Asiento, trago saliva y firmo.

Después me hacen esperar unos minutos más, hasta que me guían a una segunda sala, esta vez más amplia, con muebles que parecen sacados de una casa antigua: un sofá, una mesa baja, una alfombra gruesa, una lámpara de luz cálida. Casi acogedora. Si no fuera porque un campo mágico sutil zumba en cada esquina.

Y entonces me dejan sola.

Ahora sí sé que está a punto de entrar.

Cuando Lucien cruza la puerta, mi corazón empieza a latir como si estuviera dando sus últimos brincos. Sigue esposado, con las manos delante, brillando bajo el metal maldito. No sé cómo esperan

que tengamos un encuentro íntimo si apenas puede rodearme o abrazarme con libertad; menos mal que no lleva grilletes en los pies, lo que ya habría sido el colmo.

Eso no le impide avanzar directo hacia mí. Sus pasos resuenan firmes, decididos, y en cuanto llega pasa los brazos como puede a mi alrededor, encerrándome contra su cuerpo con una fuerza que me obliga a pedirle, entre risas y jadeos, que tenga cuidado. Me mira y, sin necesidad de palabras, le sonrío.

—Hola —alcanzo a decir.

No me deja continuar. Me calla con la boca. Con su boca.

Me besa como si el mundo hubiera dejado de existir, como si nos lo hubieran devuelto solo por cinco horas, como si ese beso fuera un puente tendido entre el castigo y el alivio. Vuelvo a sentir la llama que nunca se apagó, ese deseo feroz, ese amor terco, ese anhelo que no se borra.

Después de un buen rato perdiéndonos el uno en el otro, separo apenas mis labios de los suyos.

—Me han dicho que no podemos intercambiar fluidos.

Lucien se ríe. Esa risa suya, grave, irónica, peligrosa.

—Necios —responde, con una sonrisa ladeada que conozco demasiado bien—. Como si pensaran que iba a seguir esas reglas absurdas. A mí también me soltaron el cuento. Que se jodan. Aquí no hay cámaras.

El cuerpo me tiembla entero cuando se inclina sobre mí.

—Dioses… hueles tan bien…

Y entonces lo veo: sus ojos son rojo fuego. Rojo hambre. Rojo Lucien. Algo que solo he visto un par de veces antes, algo que debería asustarme y no lo hace, porque lo único que confirma es que siente lo mismo que yo, que sigue siendo mío, aunque solo sea por esta tarde.

Me abraza con más fuerza, me huele, me besa…, hasta que de pronto se queda inmóvil. Se separa apenas unos centímetros, lo justo para dejarme con las manos apoyadas en su pecho y el cuerpo aún temblando de necesidad.

—Hueles demasiado bien —murmura, con la voz más grave que le he oído nunca—. Tu sangre… me está secando la boca. Y con la

falta de alimento que llevo… —cierra los ojos un segundo, apretando la mandíbula—. No puedo, Abril. No puedo acercarme más.

—¿No puedes? —pregunto, descolocada.

Se deshace del abrazo con torpeza, como si soltarme le costara un mundo, y retrocede medio paso, lo justo para no tenerme encima.

—No puedo morderte. No ahora. No así. Me estás tentando demasiado. Hueles… —traga saliva—. Joder, hueles como si me estuvieras provocando a propósito.

Me río, porque claro que lo hago.

—Adrien me lo contó todo —le digo—. Lo mal que lo estás pasando, que te alimentas de sangre sintética y de sobornos de dudosa procedencia. Por eso pedí este vis a vis justo hoy.

—¿Hoy? —alza una ceja, sin seguirme del todo.

—Sí. Hoy. Esta fecha. No se me ocurrió nada mejor.

Parpadea, y puedo ver cómo su mente empieza a encajar las piezas, aunque se le nota aturdido, como si su cerebro buceara en gelatina mágica.

—¿Qué… estás insinuando? No entiendo qué quieres decir con eso.

Sus ojos se clavan en los míos.

Le sostengo la mirada y se lo suelto rápido, como quien lanza una granada y espera el impacto.

—Estoy con la regla.

La expresión que se le queda no tiene precio. Se queda tan quieto que podría pasar por estatua; solo le faltan el pedestal y la placa conmemorativa: Héroe caído por shock menstrual.

—¡¿Qué?! —exclama al fin.

—Me has oído perfectamente —respondo, cruzándome de brazos —. Y antes de que empieces, sí, sé exactamente lo que vas a decir.

—Nunca me has dejado hacer eso —protesta, escandalizado.

—Porque nunca había sido necesario —me encojo de hombros—. Ahora sí. Así que, si quieres… puedes alimentarte.

Me mira como si acabara de proponerle invocar a Drácula en calzoncillos.

—Abril, no puedes estar hablando en serio.

—Voy muy en serio —doy un paso hacia él—. No hay cámaras. No hay vigilancia. Estoy sana, fuerte y perfectamente consciente de lo que te estoy ofreciendo.

—Abril…

—¿Vas a dejar de pensar o no?

Su cara vale millones. Es el retrato exacto de un vampiro milenario intentando procesar deseo, ética, ley penitenciaria y hambre ancestral al mismo tiempo…, y perdiendo la batalla.

—Por los dioses… —murmura, llevándose una mano esposada a la frente.

—Lo tomas o lo dejas, conde dramático.

Me observa en silencio. Los pómulos tensos. Los ojos encendiéndose de rojo. Y cuando vuelve a hablar, su voz ya no es la de alguien razonable.

—Esto va a acabar mal.

—O muy bien —replico—. Depende del punto de vista.

No dice nada más. Solo me mira, como si acabara de ponerle el universo entero sobre la mesa y tuviera que elegir. Y aunque intenta conservar la compostura, lo delatan los ojos, la respiración contenida, el temblor mínimo en los dedos esposados.

—¿Estás segura? —pregunta al fin.

Asiento.

Me recuesto despacio sobre la alfombra. Él me sigue con la mirada antes de arrodillarse frente a mí. Las esposas limitan sus movimientos, pero no su intención. Nunca su intención. Sus manos descienden con cuidado, casi con reverencia.

—No puedes dejar marcas —le advierto en un susurro.

Sonríe contra mi piel, con esa seguridad suya que siempre me desarma.

—No dejaré nada que no quieras recordar.

El silencio que sigue es denso, íntimo; de esos que no admiten interrupciones. Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy apoyada contra su pecho, su respiración acompasándose poco a poco con la mía. A pesar de las esposas, me rodea como si pudiera protegerme de todo.

Me incorporo lo justo para acariciarle el rostro. Entrecierra los ojos, sereno, saciado de algo que va mucho más allá del hambre.

—¿Quieres que…? —empiezo.

Niega despacio.

—No. —Su voz es grave, firme—. Lo que has hecho hoy por mí es más de lo que jamás he merecido.

Me muerdo el labio. Este vampiro debería venir con advertencias sanitarias.

Nos quedamos así unos segundos, sin hablar, hasta que lo dice.

—Estoy contento.

—¿Sí?

—Sí. —Hace una pausa—. Porque significa que no te has ido con nadie más.

Me tenso.

—¿Perdón?

—Tenía esa duda —admite—. Tus opciones. Tu futuro. Tu cuerpo… —me roza la mejilla con los nudillos—. Ahora sé que sigues aquí.

No sé si abrazarlo o darle un golpe.

—Lucien…

—Escucha —me interrumpe, sin apartar la mirada—. Quiero que tengas todo lo que deseas. Incluso si eso no me incluye.

Ahí sí. Ahí duele.

Lo miro sin saber qué decir, porque puede que tenga razón…, pero no ahora. Ahora no quiero verdades nobles ni sacrificios eternos. Ahora solo quiero quedarme.

Y él lo sabe.

Sus labios buscan mi cuello con delicadeza, sin prisa, ni violencia. Solo una necesidad que reprime a duras penas, profunda, que me atraviesa entera.

Cuando se separa, me mira distinto, con algo que no le había visto antes.

—Sabe a ti —murmura—. A hogar.

Asiento, con los ojos húmedos, porque aunque el mundo se empeñe en separarnos, en ese instante lo sé: seguimos siendo esto.

LUCIEN



—Ya lo dije —susurra, sin aliento—. Podías alimentarte. Aunque…

Abre los ojos de golpe. La expresión le cambia al instante; sé que lo ha sentido. Se lleva una mano al cuello, la aparta despacio… y ahí está. La sangre. Su sangre. Manchándole los dedos y aún presente en mi lengua.

—Lucien… —mi nombre le sale en un hilo, asustada.

—No temas, amor —respondo—. Lo hice porque quise. Solo quería quedarme con tu sabor en los labios una vez más.

—No… No, Lucien. Te van a castigar por morderme. ¿Qué has hecho? —se altera—. Encuentro una forma de hacerlo sin que nos sancionen y tú vas y…

Su indignación me ancla. Me saca del borde. La miro como si no doliera, como si no importara. Y, sin embargo, importa.

—No puedo salir así —balbucea, mirando alrededor, buscando soluciones donde no las hay—. Si me ven… si me ven así…

—Abril, por favor, tranquila. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada?

Pasa todo. Ella lo sabe. Yo también. Las consecuencias están claras. Clarísimas.

Y aun así, sonrío.

—Dime que puedes ocultarlo —suplica, señalándose el cuello.

Niego despacio.

—Lucien… te van a condenar otra vez si me ven salir así.

—Lo sé —contesto en voz baja—. Y lo necesito.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Necesito quedarme aquí un tiempo. Lo que he hecho lo exige. Yo lo elijo.

—No estás bien. Esto se ha vuelto una locura —susurra, sin aire.

—Al contrario —digo con calma—. Nunca he estado tan cuerdo. Lo suficiente para tomar decisiones correctas.

—No puedes decir eso después de lo que acabas de hacer. Nos acabas de condenar a más distancia. ¿Eso es lo que quieres?

—Quiero llevar tu sangre en la boca —respondo con una serenidad que no reconozco—. Y saborearla cada noche que pase sin ti.

—Pero yo no quiero que lo hagas sin mí. Yo quiero estar contigo, lejos de aquí.

Me inclino y apoyo la frente en la suya. Tiemblo. Aún no me creo lo que he hecho. Sé que esto —justo esto— es irreparable. Algo que no me devolverá nadie.

Y aun así, continúo. Con la delicadeza con la que se besa una promesa.

—Pero yo ya no…

La frase se me apaga. Y con esa sencillez termino de rompernos.

Su sangre aún me baila en la lengua cuando me mira con esa expresión que solo puede significar una cosa: la sensación de haber sido empujada al vacío. Tal vez lo haya hecho. La imagen es insoportable: la mujer más bella, más importante, más mía, aquí conmigo… y yo obligándome a dejarla marchar.

Mi mundo se tiñó de rojo en cuanto cruzó esta sala. No supe cuánto la había echado de menos hasta verla. Todo lo que no alcanzaba a distinguir desde la celda había quedado cubierto de una sombra espesa porque ella no estaba. Podían apagarse la luna y las estrellas; en la noche solo existía su tristeza. La misma que ahora me sostiene la mirada. La misma que quiero besar, amar y conservar.

Y, aun así, he decidido que nuestro para siempre termine aquí.

Sus lágrimas son limpias, pero el dolor que arrastran resulta devastador. He sido despiadado, casi sin corazón, casi sin remordimientos. Y esta humana… esta humana ha derribado todas mis defensas vampíricas.

Estoy a punto de arrepentirme. De decirle que no. Que no la suelto. Que la amo. Que no sé existir sin ella.

Entonces rompe todos mis esquemas.

—Todo ha sido un juego para ti.

Se aparta, empujándome el pecho con esas manos calientes que aún siento aunque ya no me toquen.

—Las cosas no funcionan así, Lucien. Esto no ha terminado. No puedes soltarme esa mierda y pretender que no pasa nada.

—Me lo dijiste tú primero, cariño.

—No me llames cariño, sinvergüenza. —Su voz tiembla, pero no retrocede—. Hiciste votos conmigo. Consagraste nuestra relación en un culto vampírico. ¿Vas a ofrecer nuestra unión a los dioses para después arrojarla al infierno?

—Abril, fuiste tú quien me pidió la separación —respondo con una calma que ni yo mismo reconozco—. Te la concedo. Y ya está. Además, no estamos casados. Lo nuestro fue un rito, un vínculo simbólico. No tiene validez legal.

La ironía es cruel. Para concedernos este vis a vis, Marta tuvo que hacer algo que jamás había hecho antes: vincularnos legalmente.

No como matrimonio. Eso habría sido imposible. Demasiadas lagunas, demasiadas restricciones entre especies, demasiados siglos de jurisprudencia diseñados para impedir justo lo que nosotros somos. Pero sí como una unión de hecho interespecies, una figura excepcional que apenas se utiliza y que exige más firmas, más cláusulas y más renuncias que un tratado de paz.

Un permiso autorizado para convivir. Para compartir espacio, intimidad y responsabilidad. Un reconocimiento oficial de que existimos juntos. De que no somos un error administrativo.

Nunca me habían importado los papeles. Ni los sellos. Ni las leyes humanas. Y, sin embargo, por primera vez en siglos, tengo algo que me ata a ella de forma tangible. Algo que afirma, negro sobre blanco, que Abril y yo somos una unidad reconocida. Que no somos un capricho. Que no somos ilegales.

Y es justo ahora cuando debo separarme.

Para concederle lo que quiere. Para no retenerla. Para no arrastrarla a una eternidad que no ha pedido.

Marta me lo explicó con su tono profesional, apenas matizado por la compasión: si quiero romper ese vínculo, habrá que revocar el

permiso. Volver a firmar. Deshacer lo excepcional. Dejar constancia de que la unión ya no existe.

Asentí sin dudar.

Firmaré lo que haga falta.

Haré desaparecer el único documento que, por primera vez en mi vida, me reconocía como parte de algo humano. Como parte de ella.

Porque amar también es esto: soltar incluso cuando, por una vez, la ley está de tu lado. Y porque prefiero quedarme sin papeles antes que verla quedarse sin futuro.

—¡Ya no! —grita—. ¡Ya no quiero eso!

Rompe a llorar otra vez. Y hay que joderse.

—¿Te arrepientes? —pregunta de nuevo, destrozada.

Quiero gritar que no. Que jamás me arrepentiré de haberme unido a esta loca maravillosa. Que preferiría una espada de plata candente atravesándome el pecho antes que aceptarlo.

—¡No! —alzo la voz, incapaz de contenerme.

—Por última vez, Lucien —dice entre sollozos—, ¿quieres separarte de mí? ¿Después de todo lo que hemos vivido?

—¡Sí!

El silencio que sigue es devastador.

—Entonces pide a tus dioses que te salven del infierno —susurra —. Como yo se lo pido al mío. Y espero que seas muy feliz…, porque acabas de destrozarme la vida.

—O no…

No es la decisión lo que me mata. Es la lucha. He combatido contra la muerte misma; le pertenezco. Y, aun así, dudo de que *ella* pudiera consolarme ahora.

El rostro de Abril está desfigurado por las lágrimas, por el dolor que le inflijo.

—No… no puedo creer que estés haciendo esto. He venido para estar contigo. Para decirte que…

La atraigo hacia mí con una rapidez que ni las esposas consiguen frenar.

—Lo sé. —Apoyo la frente contra la suya—. Abril, hazlo. Necesito que seas feliz. Que tengas lo que sueñas. Por favor… hazlo por mí.

—Pero… —musita, sin voz.

El silencio se vuelve sepulcral.

Entonces la puerta se abre despacio. Aparece un guardia. Lo esperaba. Aún sé contar las horas… y los minutos. De hecho, creo que he contado hasta los nanosegundos.

Clavo la mirada en ella. Sus ojos apagados intentan entrar en mi mente; buscan respuestas entre mis silencios. Poco a poco, me aparto. El guardia permanece inmóvil, consciente de que necesitamos unos segundos más.

La angustia me atraviesa. Aun así, me mantengo firme. El amor también sabe destruir.

—Será mejor que te vayas. Gracias por tu visita.

Incluso pronunciarlo me estremece.

Abril parpadea, incrédula. Luego abre la boca, pero no encuentra palabras.

—¿Perdona? —su voz se quiebra—. ¿Gracias por tu visita? ¿Eso es todo?

Empieza a temblar, a desbordarse.

—Eres una basura, Lucien. Una puta basura envuelta en trajes caros y discursos de mártir. ¿Y aún tienes el atrevimiento de mirarme fingiendo que sientes algo? ¡No sientes nada!

Me golpea el pecho. Luego la cara. El segundo impacto me alcanza de lleno. No me muevo.

—¡Ojalá no me hubieras salvado nunca! —grita—. ¡Ojalá me hubiera quedado en esa casa ardiendo, como la imbécil que fui por amarte!

Su voz se quiebra. Las lágrimas regresan, cargadas de rabia y de una furia que llevaba demasiado tiempo esperando salida.

La recuerdo así desde el principio.

Cuando nos conocimos, vivía en una casa pequeña heredada de su abuela, la mujer que la crio. No tenía padres. Tampoco demasiada familia. Siempre fue autosuficiente a la fuerza, fuerte porque no le quedó otra. Apenas llevábamos unas semanas juntos cuando ocurrió.

Estaba lejos cuando lo sentí.

No sabría explicarlo con palabras humanas. Fue una sacudida brutal en el pecho, una certeza inmediata. Y entonces su voz, gritando mi nombre, pidiendo ayuda.

Llegué en segundos.

No corrí. No sé cómo lo hice. Solo sé que atravesé casi treinta kilómetros sin sentir el trayecto. La casa ardía, envuelta en sirenas, humo, bomberos. Caos.

Abril estaba dentro.

La saqué inconsciente, intoxicada por el humo, con el cuerpo inerte entre mis brazos. Recuerdo el olor del fuego mezclado con el de su piel, el terror absoluto al no sentirla respirar durante un instante eterno. Nunca supe qué provocó el incendio. Siempre sospeché de la chimenea del vecino, habrá bastado una chispa.

Sobrevivió.

Y desde ese día no quise separarme de ella.

Por eso construí la cabaña. Por eso la alejé del peligro, aunque jamás se lo dije así. Fingí que era un capricho mío, una excentricidad vampírica. Esa casa es ignífuga. Está protegida con magia, con mis poderes, con todo lo que soy capaz de ofrecer. Allí estaba a salvo.

Conmigo.

Ahora ya no sé dónde estará.

Y tendré que vivir con esa presión clavada en el pecho. Con el miedo constante de no saber si está protegida, si duerme tranquila, si alguien la cuida como yo juré aquella noche entre llamas.

Hay promesas que no se pronuncian. Simplemente se cumplen. Y yo… ya no sé si sigo teniendo derecho a cumplir esta.

—¿Sabes qué? —escupe—. Ni siquiera tienes el valor de ser un monstruo completo. Eres peor. Un cobarde con pretensiones de héroe.

El guardia carraspea, incómodo. Ha visto de todo, pero lo nuestro aún le debe resultar difícil de sostener.

Permanezco inmóvil. El pecho arde por todo lo demás y me obligo a conservar la calma.

—Termina de irte, Abril.

Se aparta con violencia. Me mira como si le hubiera arrancado el alma. Si pudiera matarme con los ojos, lo haría. Y la amo incluso por

eso.

—Espero que te pudras en esta puta cárcel…

No respondo. La observo marcharse mientras me maldice. Y quizá lo ha conseguido, porque en el fondo eso es lo que merezco: sus últimas palabras…, y verla irse.

La puerta se cierra. Y así termina una historia de amor que, en teoría, debería haberme quitado para siempre las ganas de vivir otra. Pero no seré yo quien lo diga.

Será el futuro quien decida si hoy he sido prudente… o simplemente un completo gilipollas.

CAPÍTULO 10

CARTAS QUE YA NO QUIERO LEER (PERO LEO IGUAL)

ABRIL



Lucien me dejó.

No con un portazo. Tampoco con una nota en la nevera escrita con sangre de unicornio, que habría sido mucho más coherente con su dramatismo habitual. Me dejó con palabras suaves, con los labios aún húmedos, con la voz rota y una mano cálida acariciándome el cuello como si ese gesto bastara para decir adiós.

Lo peor es que lo hizo por amor.

Y eso lo vuelve infinitamente más jodido.

Han pasado dos semanas desde que salí de aquella sala de vis a vis. Desde que escuché su maldito «gracias por venir» pronunciado con la solemnidad de una despedida administrativa y no como el final de todo. Desde que me miró como si estuviera firmando mi sentencia de soledad en nombre del bien común. Desde que decidió convertirse en el mártir oficial de nuestra historia de terror romántico.

Dos semanas.

Catorce días.

Mil ciento ochenta minutos…, y una eternidad dándome vueltas en la cabeza.

No he respondido a sus cartas.

Las primeras las abrí como si me fuera la vida en ello, convencida de que, en algún pliegue del papel, encontraría una rendición, una disculpa o, al menos, una frase que desmontara ese «quiero que seas feliz aunque no sea conmigo» que sigo creyendo inducido por una sobredosis de sangre sintética. Pero no.

Eran cartas preciosas, quizá demasiado, escritas con esa caligrafía suya, antigua y un poco excesiva, que convertía cada palabra en algo parecido a un juramento en latín. Me hablaba de Agustina, la grieta de su celda; de cómo me imaginaba en todas partes; de cómo soñaba que seguíamos discutiendo por el termostato o por los cojines decorativos. Conseguía hacerme reír… y llorar… y volver a odiarlo. Un ciclo infernal perfectamente ejecutado.

La cuarta carta no llegué a terminarla.

La quinta la abrí, leí la primera línea, la doblé con cuidado y la guardé en el cajón.

La sexta la rompí. O lo intenté. Porque soy patética. Me quedé sentada en el suelo, con los trozos en la mano, luchando contra el impulso de pegarlos con cinta adhesiva como una psicópata funcional.

Duermo poco. Lloro mucho. Y lo peor es que nadie me obliga. Nadie me presiona. Podría salir, respirar, coger mis cosas e irme a ese fin de semana tántrico con Cata y su nuevo grupo de espiritualidad expresiva. Podría decirle a Mateo que sí, que vayamos a ese retiro donde se conectan con la naturaleza a base de tambores, ayuno y abrazos terapéuticos.

Pero no. No me muevo. Porque si me muevo… lo olvido. Y aún no estoy preparada para olvidarlo.

Sé que soy una idiota emocional. Fui yo quien dijo que lo mejor sería que cada uno siguiera su camino. Yo, la de las ideas claras, la de las opciones, la de la familia y los hijos y el futuro con mayúsculas. ¿Dónde coño tenía la cabeza para pensar que estaría mejor sin él? En ese momento me parecía lo lógico. Hasta que pasó lo que pasó y ahora ya no soy capaz de verlo así. Sigo queriendo todo eso, sí, pero la idea de separarme de Lucien ha dejado de parecerme tan evidente. A veces pienso que la que debería estar encerrada soy yo. Y no en una cárcel… sino en un hospicio.

—¿No vas a venir? —pregunta Cata desde la puerta de mi cuarto, enfundada en un conjunto de yoga con estampado de galaxias.

—No.

—¿Ni siquiera a mirar desde lejos a los instructores? El líder es un fauno con complejo de gurú. Tiene cuernos reales, Abril. Reales.

—Paso.

—Vale. Pero si te conviertes en una estatua de sal llorona, luego no me vengas pidiendo desinfección energética, ¿eh?

Se va. Yo me quedo.

Y en la mesilla, otra carta.

La carta.

No sé cuándo llegó; tal vez Adrien la dejó ayer. O quizá fue Marta, su abogada, con esa cara suya de «no apruebo esto, pero tampoco puedo impedirlo». El sobre está sellado con el mismo lacre absurdo de siempre, un símbolo antiguo que no significa nada y lo dice todo. Lo miro. Lo odio. Lo cojo.

Lo abro.

Y no pasan ni dos segundos antes de que empiece a llorar a moco tendido.

La madre que lo parió.

Maldito vampiro sin alma.

Que su cuerpo se pudra en el infierno, junto con su familia, sus ancestros y todos sus muertos.

Querida Abril,

...y ya está. Con solo esa línea ya me tiene. Ya me gana. Ya me mata.

No leo más. La doblo. La dejo sobre la cama. Me tumbo al lado como si pudiera absorberla por ósmosis. Cierro los ojos. Intento respirar.

Quizá no debería seguir así. Quizá deba empezar a vivir sin él, pero no tengo idea de por dónde empezar.

—Toc, toc —dice una voz familiar desde el pasillo.

Mateo.

Me incorporo, me limpio la cara con la manga del jersey y abro la puerta. Ahí está él, con una sonrisa calmada, casi desbordante de buena voluntad, la mochila colgada a la espalda y una caja de empanadas en la mano, porque, por supuesto, Mateo nunca llega sin víveres.

Desde aquella cita —y a pesar de lo mal que terminó—, desde su confesión ancestral, avasalladora y maldita sobre lo que siente por mí, pasando por la prisión de mi novio y todo el pollo que se montó después, él no se rindió. Siguió apareciendo. Brindándome su amistad. Y lo admito: me está salvando de mí misma. Soy lo bastante egoísta como para aceptarlo y reconocerlo. De algún modo, empiezo a pensar que me estoy convirtiendo en Lucien; ya me siento muerta por dentro y el corazón… bueno, ese se encargó él de apuñalarlo. Me dejó literalmente en la estacada.

—Pensé que no habías almorzado —dice.

—No he hecho nada hoy. Ni almorzar. Ni pensar. Ni existir.

—Perfecto. Entonces traigo el combo ideal: comida, distracción y una propuesta indecente.

Levanto la vista y arqueo una ceja.

—Relájate. Solo quiero invitarte a salir de casa. Ni rituales ni retiros ni bailes cósmicos. Solo un sitio bonito, tú, yo y el firmamento.

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Porque si sigues encerrada aquí vas a convertirte en una leyenda urbana. La mujer que murió deshidratada leyendo cartas de un vampiro romántico. Te harán un documental en Netflix.

Sonrío un poco, lo justo para no seguir llorando. Mateo me observa con una atención silenciosa que pretende decir te entiendo, aunque no tenga ni idea, y aun así algo dentro de mí se afloja.

—De acuerdo —respondo al fin—, pero si acabas tocando la guitarra bajo la luna, te juro que te lanzo una empanada.

—Prometido. Nada de serenatas.

Salimos. Cierro la puerta y, durante un segundo, antes de meter la llave en el bolsillo, vuelvo la vista atrás. La carta sigue ahí, sobre la cama, abierta, viva, latiendo como una herida que aún no ha aprendido a cerrarse.

Y aunque no lo diga en voz alta, lo sé: esta historia todavía no ha terminado.

LUCIEN



La celda no ha cambiado, pero yo sí, y eso jode más de lo que debería, porque cuando todo permanece igual a tu alrededor y eres tú el único que empieza a desmoronarse, el golpe duele el doble.

Agustina —la grieta del muro— ya no responde. O quizá soy yo quien ha dejado de hablarle. Desde que Abril se fue y no volvió, cuento las horas con una precisión enfermiza: cada carta que escribo con los dedos temblorosos, cada línea cargada de una esperanza que se me cae a pedazos en cuanto me la termino. No hay respuesta. No hay eco. Solo silencio.

Hasta que aparece Adrien.

No físicamente, claro. El muy cabrón ha conseguido un holograma ilegal. Según él, lo compró en un mercado negro interdimensional donde puedes encontrar desde pergaminos prohibidos hasta condones para fantasmas. Se materializa en mitad de mi celda como una interferencia suave, parpadeante y visiblemente encantado de joderme el poco autocontrol que me queda.

—Hola, Romeo penitenciario —saluda, igual de insoportable incluso en versión pixelada.

—¿Qué haces aquí? Esto es una prisión de máxima contención. Nadie puede entrar…

Me burlo de él con lo único que aún me funciona: el sarcasmo. Es lo único que sigue vivo en mí, junto con la acidez y el amargor. Ni la sangre sintética ni las bolsas que Adrien sigue colándome consiguen endulzar esta existencia miserable.

—Técnicamente no estoy dentro —replica—. Estoy en una frecuencia alterna. No he roto ninguna norma. Bueno… ninguna

importante. ¿Quieres saber de Abril o no?

No respondo, pero mi expresión lo dice todo. Adrien sonríe, satisfecho, con esa boca de sapo chismoso, y se acomoda en el aire como si tuviera un sofá holográfico invisible.

—Para empezar, no ha salido de casa en días. Solo come empanadas… —hace una pausa deliberada que me obliga a alzar una ceja—. Que, por cierto, se las lleva Mateo, el empático, tu rival espiritual de cabecera.

Hago un mohín, asqueado.

Que la esté vigilando no me aporta nada bueno, aunque fui yo quien se lo pidió, así que ahora me toca tragarme la mierda en silencio.

—Llora con tus cartas —continúa—. Las rompe, las guarda, las huele, las odia, las besa… un espectáculo digno de estudio clínico.

Duele. Duele y, al mismo tiempo, me llena. Porque si aún llora es que aún me recuerda; si las rompe es que algo le quema por dentro; y si las guarda… es que no ha cerrado la puerta del todo. Y me siento un completo egoísta, porque, igual que ella no pensó dos veces antes de condenarme a este suplicio, yo no debería permitirme el lujo de disfrutar al saber que todavía piensa en mí. Si es que, al fin y al cabo, estoy pagando una condena para que me olvide.

—¿Está bien? —pregunto al fin, sin atreverme del todo a formular la pregunta correcta.

Adrien me mira con lástima, y eso ya es peligroso.

—Define «bien». Tiene la mirada de alguien que se ha desangrado por dentro. Dice que quiere superarte, pero no lo consigue, porque tú, mi querido chupasangre, estás más incrustado que el esmalte de sus muelas.

No sé si reír o gritar, así que me quedo callado mientras su imagen empieza a disolverse, dejando tras de sí una estela de datos emocionales que no sé cómo procesar.

Cuando desaparece por completo, la celda vuelve a quedarse en silencio. Solo yo, las paredes y las cartas que sigo escribiendo para alguien que quizá… todavía me esté leyendo.

A veces me convenzo de que hice lo correcto, de que dejarla fue lo mejor, de que así podría tener una vida, opciones, futuro. Por eso le cedí las dos cabañas, por eso firmé los papeles con la cláusula de traspaso a su nombre; pensé que, al menos así, tendría algo, un lugar seguro, algo mío que pudiera quedarse con ella.

Pero Marta me dijo que las rechazó. Que no quiere nada mío. Que con lo que gana trabajando puede pagarse lo que le dé la gana. Y eso… eso me rompió, porque era lo único que aún podía ofrecerle: un techo, un refugio, una prueba de amor que no tuviera forma de carta.

Y me lo devolvió sin palabras, sin gritos, con dignidad.

A mí me dolió igual, como si me hubieran arrancado una costilla entera y no solo el corazón.

Estoy tan hundido en ese pensamiento que no noto cómo baja la temperatura. El aire cambia, se vuelve denso, y entonces la oigo.

—¿Pensando en mí? Qué tierno.

Levanto la vista. Divine está ahí, surgida de la nada o del infierno, que viene a ser casi lo mismo.

—¿Cómo has entrado? —gruño.

—Por favor, Lucien. Soy Divine. Me paso por el forro todas las leyes físicas y mágicas. ¿De verdad pensaste que una celda bastaría para impedirme verte?

La detesto por aparecer justo ahora, por el olor a perfume caro, por ese porte de reina caída, por su sonrisa cargada de segundas intenciones.

—¿Qué quieres? ¿Regodearte en mi miseria?

—No. He venido a visitarte. Llevas aquí un par de meses… y los que te quedan.

No hacía falta que me lo recordara. Ya lo sé. Con la brillante idea de clavar los colmillos donde no debía, me gané un año y medio extra de condena, el tiempo justo para que Abril rehaga su vida y yo no tenga que romperle el cuello al imbécil que le prometa una familia.

Aquí dentro estoy limitado.

Mejor así.

—Tengo una propuesta para ti —dice, cruzándose de brazos sobre su vestido rojo de terciopelo.

Y por el brillo en sus ojos sé que esa propuesta no va a gustarme absolutamente nada.

CAPÍTULO 11

EXORCISMO EMOCIONAL EN 7 CLASES CHAMANICAS

ABRIL



Ha pasado más de un mes desde la última carta, desde que rechacé las malditas cabañas y dejé claro a su abogada que no quería nada de lo suyo, que me basto sola y que lo que gano me permite alquilarme lo que me dé la gana sin depender de sus propiedades ni de sus recuerdos.

Ahora vivo con Cata, de forma temporal. Volver a una casa impregnada de su olor, de sus muebles, de su ataúd absurdo, habría sido demasiado; era permanecer dentro de él, en su boca, en su pecho, en su sombra, hasta acabar asfixiada.

No he sabido nada más de Lucien. Adrien sigue apareciendo de vez en cuando, pero no le pregunto, porque no quiero saber… porque sí quiero saber… porque me jode querer saber.

Estoy sola en la habitación, con la música sonando bajito en el móvil. Una canción vintage de principios de los años veinte del milenio; sí, la era del *streaming,* las uñas acrílicas y el drama adolescente globalizado. Olivia Rodrigo. La escuchaban nuestras madres cuando querían llorar con estilo.

Y funciona. Vaya si funciona.

Hay una canción suya que, curiosamente, me encanta. Se llama Vampire.

«Odio tener que darme el gusto de preguntarme cómo estás ahora. Qué tal tu castillo, construido a base de gente a la que fingiste querer…».

No quiero pensar en cómo está, pero me muero por saber si le duele como a mí; si sigue en su celda dando vueltas como un animal enjaulado, si maldice mi nombre o me echa de menos, si se arrepiente o si se ríe.

«Seis meses de tortura que me vendiste como un paraíso prohibido. Te amé de verdad. Y ahora solo puedo reírme de mi estupidez».

Eso fue: una tortura disfrazada de amor eterno, un paraíso prohibido con paredes de cristal que se rompían cada vez que me tocaba.

«Creía que era lista. Pero me hiciste parecer una ingenua».

Lo fui. O eso creía. Tan empoderada, tan independiente, tan capaz… y mírame ahora, llorando por un vampiro, por un maldito vampiro que me vendió un cuento, me partió en trozos y los envolvió con un lazo rojo, el mismo con el que pensaba pedirme matrimonio.

Todas mis amigas me lo dijeron. Todas. Cada persona que lo conoció me advirtió. Y yo, en lugar de escuchar, me reí, les di la espalda y le creí a él.

«¿Cómo mientes sin pestañear? ¿Cómo lo haces?».

Cómo mentía. Cómo me miraba y prometía que todo estaría bien, que no me iba a soltar, que lo nuestro era distinto, que el amor podía con todo… y yo, tan tonta, me lo tragué entero, con colmillos incluidos.

«Dijiste que era amor verdadero. Pero eso implicaría tener corazón».

Tal vez nunca me amó. Tal vez sí. Tal vez solo sabe arrastrar todo lo que toca. Tal vez perdió los sentimientos hace siglos, o nunca los tuvo. Yo solo sé que mi corazón lo tiene él: mordido, roto y aún palpitando.

Me encojo sobre la cama, envuelta en la música, en la rabia, en el dolor, y me odio por seguir amándolo.

Al final sigo siendo la humana idiota que se enamoró de un vampiro, y no sé cómo se sobrevive a eso.

Desde que vivo con Cata he hecho cosas que jamás habría imaginado, y eso incluye yoga chamánico, meditación con cristales, baños de sonido, círculos de luna llena, ceremonias de limpieza vaginal con vapor de lavanda y —mi favorita personal— el detox sexual, como si el problema hubiera sido el sexo y no el vampiro que me desvirgó el alma.

—Estás avanzando muchísimo —dice Cata mientras me coloca una diadema de flores energizadas por el sol del equinoccio.

—Estoy avanzando hacia la ridiculez —respondo, dejándome caer sobre la esterilla mientras una ametralladora de pensamientos depresivos dispara a bocajarro dentro de mi cabeza.

Mateo también viene, por solidaridad o por masoquismo; a veces creo que solo quiere asegurarse de que no me lanzo al vacío, literalmente, porque la última vez que desaparecí dos días me encontró llorando, abrazada a una fuente de chocolate sin gluten, en un mercado de brujería vegana.

Y, por supuesto, Adrien también aparece.

No medita, no respeta el círculo y no se calla.

Hace tiempo que he notado que entre él y Cata la tensión es peor que cuando Lucien y yo discutíamos sobre dónde colocar el ataúd; si antes no se soportaban, ahora se detestan con la diplomacia propia de una película de terror de bajo presupuesto.

Entiendo que todos estén volcados en esta especie de operación de rescate emocional desde que me dejó un hijo de puta encarcelado que decidió convertirse en mártir y soltarme «por mi bien», el suyo, claro, no el mío, porque él fue el noble, el trágico, el que me "dejó libre", tan libre que me quedé atada a todo.

Hasta su amigo —sí, Adrien, el insoportable— empezó a visitarme más a menudo.

—¿Qué haces aquí, holograma molesto? —escupe Cata sin abrir los ojos.

—Vengo a observar cómo los humanos intentan reparar un corazón roto con lavanda y postureo espiritual; es fascinante, casi zoológico —responde Adrien, flotando a medio metro del suelo.

—Flota hacia otro plano —le replica ella— o te recalibro el aura a base de sal gruesa y malas intenciones.

—Me excita cuando amenazas con violencia energética. Me calienta el espectro.

—¡Adrien! —le lanzo una botella de agua—. ¿Quieres callarte o te corto la conexión con un palo de incienso usado?

Mateo, tumbado a mi lado, se cubre la cara con el antebrazo.

—No sé si estoy en un ritual de sanación o en una comedia paranormal.

—Cállate —le susurro—. Es lo más entretenido que me ha pasado en días.

—¿Crees que acabarán liándose? —me pregunta al oído, conteniendo la risa.

—Si ocurre, espero no estar presente. Mis *chakras* no lo resistirían.

La sesión sigue, o lo intenta, porque entre la tensión no resuelta de Adrien y Cata y la incapacidad de Mateo para tomarse en serio a un chamán que canta mantras con autotune, lo único que se sana aquí son las ganas de reír.

Y aun así me hace bien, me hace bien que estén, aunque a veces pienso que Adrien no viene solo por mí, y eso me inquieta más que cualquier visión astral, porque adoro a mi amiga, pero verla orbitando el mismo tipo de desastre vampírico me pone en alerta; ya sé cómo empieza eso y no es solo el sexo endemoniadamente bueno, sino lo que viene después: obsesión, vínculos que no se rompen y despedidas que parecen tragedias griegas.

—¿Y esto qué es ahora? ¿Una secta de exnovias traumatizadas? —bufa Adrien—. ¿Estáis invocando a la dignidad o ya se ha ido del plano astral?

—Vete a la mierda, Adrien.

—No puedo. Estoy demasiado ocupado viendo cómo tu aura se desintegra con tanto incienso barato.

Lo ignoramos, o lo intentamos; él se queda, flotando, como holograma, como espíritu burlón, como parásito emocional, y ni Mateo ni yo conseguimos contener la risa, bajita y clandestina. No se digna ni a aparecer en persona, porque estoy convencida de que

Cata le rompería los colmillos y lo condenaría a existir como holograma para siempre, aunque, sinceramente, ya tenemos bastantes fantasmas emocionales en casa, y hablo por mí.

Al cabo de la semana empiezo a tener sueños raros, no pesadillas, sino escenas demasiado vívidas: un bosque cubierto de niebla, una cabaña ardiendo, Lucien con la boca manchada de sangre murmurando mi nombre sin voz, y luego esa sensación persistente, como si me faltara algo, como si alguien —él— tirara de mí desde muy lejos.

No se lo cuento a nadie, hasta que un chamán que huele a pachuli fermentado me toma de la mano tras una clase de respiración energética.

—Tu aura está distorsionada —dice, cerrando los ojos—. Hay una energía ancestral vinculada a ti. Un lazo profundo, oscuro, muy antiguo.

—Ah, genial —respondo—. Otra maldición para la colección.

Me río, Cata se emociona, Mateo se incomoda y yo empiezo a dudar, porque lo siento: algo vibra dentro de mí y no tiene nada que ver con la lavanda ni con los cristales; tiene que ver con Lucien, y eso me jode más que todo lo demás junto.

Esa noche duermo mal, con el cuerpo agotado y la mente en guardia; las palabras del gurú se me clavan en el subconsciente como una astilla.

Y entonces llega el sueño.

Estoy en una cabaña, no una cualquiera, sino una de las que rechacé; el fuego crepita en la chimenea, pero no da calor, las ventanas abiertas dejan entrar un aire frío que no mueve nada y todo está quieto, demasiado quieto, con esa sensación de que me observan.

Avanzo por el pasillo con el corazón golpeándome las costillas y, en el espejo del baño, me veo tal y como estaba el día que nos despedimos: el pelo suelto, las ojeras marcadas, la boca entreabierta; no hablo, no me muevo.

Y entonces lo veo.

Lucien está en el umbral. Más demacrado. La camisa blanca manchada de barro y sangre seca. Sus ojos arden, pero no se

acerca. No sonríe.

—Abril —dice.

Su voz suena rota. Hueca. Como si algo en él se hubiera descompuesto.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—No lo sé.

Y ya no habla desde su boca. La voz sale de todas partes.

Quiero acercarme. Tocarlo. Pero mis pies están clavados al suelo. Raíces brotan de mis tobillos y se hunden en la madera.

Él retrocede. Se pierde en la oscuridad.

Y detrás de él… aparece ella.

Divine.

Sonríe. Sus ojos brillan como cuchillas húmedas. Alza una copa de cristal negro.

—Sabía que vendrías —susurra—. Tú siempre vuelves, pequeña neófita.

Me despierto gritando, empapada en sudor y con las manos temblando.

Y la voz de Divine aún resonando en mi cabeza.

Pequeña neófita.

Eso me llamó.

Y no sé qué me asusta más: haberlo soñado… o que una parte de mí sepa que no ha sido solo un sueño.

LUCIEN



Ha pasado un mes desde que Divine apareció en mi celda, envuelta en ese halo de perfume antiguo, poder y mentiras refinadas; un mes desde que me dedicó aquella sonrisa de víbora domesticada y pronunció, con voz aterciopelada:

—Tengo una forma de salvar tu vida, Lucien.

Como si le importara. Como si alguna vez hubiera hecho algo sin cobrarse el alma a cambio.

Recuerdo su voz como si aún estuviera aquí: el tono serpenteante, la manera en que recorrió mi celda con la familiaridad de quien pasea por su propio salón. No me ofreció libertad ni me habló de redención. Me ofreció algo peor: esperanza.

—La he visto —dijo, mirando al vacío con dramatismo ensayado —. Sufre. Está rota por dentro. Y tú… tú te pudres la eternidad sin protestar en esta jaula, como si eso solucionara algo. Pero tengo buenas noticias. Puedo darte lo que siempre soñó esa humana tuya.

La miré sin parpadear.

—No necesito tus buenas noticias, Divine.

—¿No? ¿Ni siquiera si te digo que puedo convertirla?

El silencio cayó entre los dos con un peso denso, incómodo, casi obsceno.

—Podrías tenerlo todo —continuó, con el tono de quien vende una eternidad en cómodas cuotas—. Ella, tú, un hogar… hijitos vampíricos, felices para siempre. Tu humana dejaría de llorar. Tú dejarías de pudrirte por dentro. ¿No era eso lo que quería? ¿Una familia?

La idea tenía un sabor dulce, peligrosamente dulce: Abril a mi lado, sin relojes biológicos ni despedidas humanas, sin límites, solo nosotros, para siempre.

No.

Nunca ha sido lo que quise para ella. Jamás. Porque sé lo que somos y lo que implica ser como yo: no hay retorno, ni redención, ni cura.

Además, es ilegal.

Desde la Gran Reestructuración, la creación de nuevos vampiros está prohibida. Nada de convertir humanos. Nada de jugar a ser dioses. Las normas son claras: los vampiros solo pueden reproducirse entre ellos y, aun así, con permisos, registros genéticos y una burocracia diseñada para asfixiar cualquier impulso vital.

Convertir a un humano conlleva pena de muerte. Sin juicio. Sin excepciones.

—No —dije, firme, tragándome el deseo y el miedo—. Ella no quiere eso. Y tú lo sabes. No la arrastraré a este infierno.

Divine sonrió con la paciencia de quien contempla a un cachorro rebelde que aún cree domesticable.

—Como quieras, Lucien, pero no olvides que todo lo prohibido… también puede ser delicioso.

—Qué oferta tan poética —respondí—. Pero conociéndote, me pregunto qué ganas tú con todo esto. Tú no das mordiscos sin cobrar sangre.

Su sonrisa se ensanchó, satisfecha.

—Bien visto. Siempre tan sagaz, mi amor.

Se miró las uñas —largas, afiladas, pintadas de un gris plateado que brillaba como metal líquido— y suspiró con teatralidad antes de empezar a pasearse por la celda, lenta y calculada, como si desfilara en una pasarela invisible.

Se detuvo frente a mí, ladeó la cabeza y dejó escapar una risa suave, casi melancólica.

—Supongo que ya me has superado. Has encontrado algo nuevo… otra humana que saca lo mejor de ti, ¿no es así?

—No tengo tiempo para tus celos anacrónicos, Divine.

—¿Celos? —replicó, ofendida—. No. Mi corazón se desprendió de ti hace siglos. O eso creía, hasta que la vi. Es tan dulce, tan bonita… y pensé: ¿significa eso que ya me has olvidado?

Me clavó los ojos con esa mirada líquida y cruel que nunca revela del todo sus intenciones.

—Espero que seas feliz, Lucien. De verdad. Pero no como lo eras conmigo. Eso sería… egoísta por mi parte. Y lo soy. No sé soltar. Así que busca a alguien increíble, si quieres… solo asegúrate de que no sea mejor que yo. Y como esa humana no es más que sangre de baja categoría, digamos que me resulta aceptable.

—No hay comparación posible —respondí, seco—. Abril ha sido lo mejor que me ha pasado.

—Mientes tan bien… —susurró—. Me pregunto si también le dices que es la más hermosa que has visto, que la amarás eternamente. Esa misma mierda inmortal que me susurrabas a mí.

Por primera vez, su voz tembló. Apenas. Lo justo para que doliera.

—Recuerdo cuando te creía. Cuando cada palabra tuya era verdad… para mí. Y ahora me encuentro diseccionando a tu nueva musa, esperando que, al reducirla, vuelvas a mirar este corazón podrido que te ofrecí una vez.

Hizo una pausa. Luego se pasó la lengua por el labio superior.

—Sí, probablemente ella te da mariposas. Pero yo… yo te daba fuego.

Se acercó. Demasiado. Deslizó una uña por mi mandíbula con lentitud obscena.

—Aunque siempre podemos hablar de otros placeres. Tú estás solo. Yo estoy aburrida. Y hace mucho que no pruebas nada… exquisito.

Su mano descendió por mi pierna con una familiaridad que no le concedí. La otra se pegó a mi cuello. Su voz era un susurro húmedo, su piel un recuerdo venenoso de lo que fuimos.

Y sí. Lo admito. Estoy a secas. Los vampiros somos criaturas físicas, sensuales, condenadamente táctiles. Divine sabe cómo moverse. Cómo tentar. Cómo probar.

Por un instante… solo uno… el cuerpo traicionó al alma.

No.

Le sujeté la muñeca antes de que siguiera bajando.

—Divine, escúchame bien —dejé asomar los colmillos—. Tú y yo no volveremos jamás. Ni aunque no regrese con Abril. Ni aunque viva diez mil años más. Somos pasado. Muy pasado. Y si de verdad me quisieras, aunque fuera un poco, me desearías lo mismo.

Ella sonrió. Vencida, pero altiva.

—Deseo que seas feliz, Lucien. Solo que… no más que conmigo. Espero que cada vez que toques otra piel… recuerdes la mía.

—Estás más loca que una cabra. ¿Qué demonios te pasa?

—Nostalgia vintage —respondió—. De cuando tú y yo no sabíamos soltar, de cuando éramos uno solo.

Nunca fuimos uno, pensé. Pero no lo dije.

—Al grano, Divine.

Suspiró, fingiendo resignación.

—Yo también quiero algo. Algo sencillo. Quiero un hijo.

—¿Un qué?

—Un hijo tuyo. No por amor, no seas ingenuo. Por legado. Por linaje. Hace siglos que no nace uno como tú. Y el tiempo me sobra.

El asco me subió por la garganta.

—Ni en tus mejores pesadillas.

Ella sonrió, degustando mi repulsión.

—No necesito tu amor, Lucien. Solo tu sangre y tus fluidos. Lo demás… es opcional.

No dije nada. No había nada que añadir.

—Vete —ordené—. Voy a fingir que esta conversación no ha existido.

—Como quieras —respondió, satisfecha—. Espero que tu humana consiga preñarse y tenga muchos y felices humanitos… Si se parecen a ese chico con el que sale, seguro que serán divinos. Como yo.

Se fue dejando la celda impregnada de orquídea podrida y chantaje. Desde entonces no duermo bien, porque la idea sigue ahí. Ardiendo.

Ella conmigo. Ella para siempre.

Y yo… cada día más muerto por dentro. Y aun así, la respuesta sigue siendo no.

Porque la amo. Precisamente por eso.

CAPÍTULO 12

CUMPLEAÑOS FELIZ (Y ESTA VEZ NO TRAIGO FLORES)

ABRIL



—¡Felicidades, mi amor! —Cata da varios brincos sobre la cama, arrastrándome a la fuerza a su celebración.

—No te vengas arriba, que son las… —abro un ojo y miro el reloj digital de mi muñeca—. ¡Las ocho! ¿En serio?

—No seas así, que me deprimes. Hoy es tu cumple y hay que celebrarlo por todo lo alto —responde antes de darme unas palmaditas en la cabeza, en broma, consiguiendo que se me alboroten todavía más los pelos de bruja.

Antes tenía el pelo larguísimo, casi hasta el culo. Cuidarlo y lavarlo me llevaba horas, y a Lucien le flipaba, motivo más que suficiente para que la semana pasada me hiciera un cambio radical: corte bob cortito y, del castaño de siempre, pasé a un pelirrojo intenso. Más bien rojo sangre. Quizá en homenaje a todo lo que él me drenó.

Dramática, yo.

El problema es que, por las mañanas, parezco un caniche. Entre el sudor nocturno de las pesadillas y la humedad, el pelo se me queda ondulado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. No entiendo por qué estos cortes solo les quedan bien a las modelos perfectas de las revistas de peluquería del siglo pasado y jamás a una humana recién levantada.

—¿Te traigo el café, pequeña?

Entorno los ojos. Ha puesto su vocecita de bebé, la misma de todos mis cumpleaños. A partir de ahora pasará el día entero tratándome como si tuviera cinco años. La adoro, de verdad, pero a estas alturas ya roza lo ridículo. Cumplo treinta, no quince.

—No, mejor tomo el café fuera. Tengo que arreglarme; hoy como en casa de mis tíos abuelos —hago un mohín que Cata capta al vuelo.

Son la única familia que me queda: la hermana de mi abuela y su marido. No tuvieron hijos y, durante años, mis padres —sus sobrinos nietos— fueron su mayor alegría, junto con mi abuela. Cuando me quedé sola, me adoptaron de manera silenciosa para estas celebraciones algo patéticas, como si fuera lo más natural del mundo.

No los veo demasiado, la verdad, pero representan el último hilo que me conecta con una idea de familia. Y ahora, desde que Lucien y yo… bueno, desde que todo se rompió, me viene bien tener algo así cerca, aunque también considere a Cata una hermana, salvo en días como este, en los que se pone pesada a niveles casi delictivos.

—Estoy segura de que no pondrías esa carita ni un minuto más si supieras la sorpresa de cumpleaños que te espera en el salón.

La miro con expresión de ¿qué estás tramando?, pero ella, tan impaciente como siempre, me empuja fuera de la cama mientras canta a pleno pulmón:

—¡Cumpleaaaaaños feeeeliz!

Me quedo boquiabierta, oscilando entre las ganas de darle una patada y sacarla de su propia habitación o matarla ahí mismo. Al final no hago ninguna de las dos.

—Cata, dame un minuto para hacer pis y lavarme los dientes, ¿vale?

—Vale, vale…

Se dirige a la puerta con una sonrisa tan desmesurada que me provoca vértigo matutino. Me siento embarazada de su amor desbordado.

—¡Pero no te demores, que quiero ver tu cara cuando veas la sorpresa!

—Pírate ya —susurro con cariño.

Me despejo con una ducha rápida y me arreglo lo justo para parecer una persona medio decente. No una diva, pero sí una cumpleañera digna de foto sin filtros.

Antes de salir al salón, aún en el baño, me detengo frente al espejo.

Treinta años. Sola. Soltera. «Felicidades, Abril. Eres la puta ama».

Una mezcla incómoda de hielo y hormigueo se me instala en el estómago vacío. Lucien no está para celebrar este cumpleaños conmigo, y eso pesa más de lo que quiero admitir.

Los ojos se me empañan al instante. La figura que me devuelve el espejo me parte en dos: ojeras marcadas, pelo rebelde y la mirada de alguien que lejos está de ser una sobreviviente.

Quiero olvidar. Sé que no lo haré, porque no soy tan básica como para borrar a Lucien con una copa y una *playlist* de despecho, pero ojalá, al menos por un segundo, pudiera olvidarlo todo: mi vida, mi pasado, a él.

¿Y si repito tres veces un deseo frente al espejo… funciona igual que cuando la muerte viene a buscarte?, me pregunto.

Doy por zanjada mi reflexión cumpleañera y salgo al salón.

Lo que no me sorprende en absoluto es la cantidad de globos y hologramas flotando con cintas que dicen: Feliz cumple, Abril. Mi amiga me mata de amor. Literalmente.

Y no soy tan amargada como para no abrazarla cuando aparece con una magdalena coronada por una velita encendida. La sopla ella misma, claro, al ritmo de su ya trillado «cumpleaños feliz», que me cantará, como mínimo, otras diez veces a lo largo del día.

Me entrega el bollito como si fuera una reliquia y aplaude como si hubiera ganado un premio intergaláctico.

—Ahora, la sorpresa —anuncia con una sonrisa que me pone los pelos de punta.

Asiento, en plan venga, dispara, y ella se marca una reverencia ridícula frente a la mesa del salón, seguida de un «tachán» propio de presentadora estrella de concurso vintage.

Dirijo la mirada hacia donde señala y entonces lo veo. Un ramo gigantesco de rosas rojas, precioso, con una rosa blanca justo en el centro. Imponente. El corazón se me encoge, me da un vuelco y, por un instante, el pensamiento me traiciona.

¿Habrá sido Lucien?

¿Me habrá mandado flores desde prisión?

Llevo tres meses sin saber absolutamente nada de él. No he vuelto a visitarlo, no porque no quisiera, sino porque su abogada me dijo que fueron órdenes suyas. Expresas. No he recibido más cartas ni he escrito ninguna. Hemos cortado el contacto. Todo el contacto. Y por algún motivo que aún no termino de entender, eso me deja vacía. Triste. Muy triste.

No lo he superado.

Marta me entregó los papeles firmados por él con sangre, renunciando a nuestro estatuto de pareja de hecho. Los sigo guardando en el cajón y, aunque la abogada no me los ha reclamado directamente, cada cierto tiempo recibo un mensaje suyo, siempre discreto y formal, recordándome que su cliente sigue aguardando las firmas y que, cuando las tenga, pasará a recogerlos. Una forma elegante de urgirme a deshacer lo nuestro cuanto antes.

Es verdad que yo fui abrupta al romper con él, pero llevaba tiempo pensándolo y, en ese momento, me pareció lo correcto. Lo que no esperaba era su respuesta: tres meses de condena asumidos con una frialdad cruel, una distancia calculada, una forma de desaparecer digna de su especie.

—Venga, que tiene un sobre —dice Cata, emocionada—. ¡Como los de antes! ¿Te lo puedes creer? Siempre he querido recibir flores así, como en las pelis del siglo XX.

Y tiene razón. Hoy en día encontrar flores frescas es casi misión imposible; no se venden ni se cultivan así como así. Son un lujo. Un gesto de otra época.

Ha habido tantas pandemias y epidemias en la primera mitad de este siglo que la producción de alimentos se trasladó por completo a invernaderos altamente controlados, donde cualquier riesgo biológico se neutraliza antes de propagarse. Lucien solía sacar su sarcasmo a relucir cada vez que se lo recordaba y siempre decía

que, con diferencia, éramos la peor especie con la que se había cruzado en siglos: autodestructivos, crueles y auténticas sanguijuelas. Lo irónico es que utilizaba los mismos términos que, durante años, nosotros habíamos empleado para referirnos a los de su especie. A veces conseguía hacerme rabiar con esos comentarios casi xenófobos —si es que puede usarse esa palabra para hablar de nuestra propia raza—, aunque, muy a mi pesar, admito que tenía más razón que un santo.

Me acerco despacio y me permito oler el aroma intenso y cálido que desprenden. Casi irreal.

Entonces lo veo: el sobre, pequeño y blanco, con ese aire vintage que parece sacado de otro siglo.

Cata brilla más que los hologramas mientras lo abro. Yo solo pienso que solo pueden ser de él, y el corazón me late tan fuerte que dudo llegar viva al final de mi primer día con treinta.

Saco la tarjeta. La letra es impresa, menuda, impersonal. No la reconozco al instante.

«Feliz cumpleaños, Abril. Espero que tengas un día muy feliz y que te alegren estas rosas. Tú eres una de ellas: bella y hueles muy bien. Y mereces estar en el centro de un mar rodeado de amor. Con cariño, Mateo».

—¿Y? —pregunta Cata, mordiéndose la sonrisa.

—Es de Mateo… qué mono —fuerzo una sonrisa débil, de esas que intentan parecer sinceras y se rompen por las comisuras.

Sí, estoy contenta. Es un gesto precioso, muy detallista. Solo que no esperaba que fuera suyo, y eso, aunque me pese admitirlo, me descoloca.

—Joooo… ¡qué tío! Estoy flipando con Mateo. Está coladito por ti. ¿Y de dónde saca la pasta para estas cosas? —sigue divagando mientras yo aún no salgo del bucle de ojalá hubieran sido de Lucien.

Soy idiota. Treintañera e imbécil.

—Sí…, tu hermano es increíble, ya lo sabes. Pero somos amigos. Solo eso.

—Ya, ya. Pero está encoñado por ti, y tú también lo sabes.

—Cata, es tu hermano pequeño, le saco unos cuantos años.

—¿Y qué? Es un amor, y tú eres mi mejor amiga. Te doy la bendición. Además, eso de la edad es una tontería: tu ex era un vampiro inmortal con varios siglos encima.

Su referencia a Lucien me deja fuera de juego otra vez, con la misma sensación de siempre, la de un escalofrío que me recorre la espalda de arriba abajo.

—Venga… me voy —digo, cortando por lo sano.

—¿Ya? —pone carita triste—. Pero si aún es temprano, y tú nunca tienes tantas ganas de ver a tus tíos…

—Lo sé, pero así aprovecho y paso por la tienda a comprar algo para el postre. Hablamos luego, ¿vale?

—No te retrases para la fiesta —me advierte, señalándome con el dedo.

—No tengo ganas…

—Ni una palabra —me corta, ahora con expresión seria—. A las nueve, en Thea.

Suelto un suspiro largo que vale por un discurso entero, y asiento mientras pongo los ojos en blanco.

Cata lleva días insistiendo por todos los medios posibles en que tenía que salir esta noche a celebrarlo con ella y las chicas. Tradición anual. Y cómo decirle que no, si es la que más se lo curra siempre. Iremos al club de siempre, Thea, un restaurante de fusión futurista que por la noche se transforma en discoteca; una pasada, la verdad.

Aunque este año, siendo sincera, tengo pocas ganas, y eso que apenas son las nueve de la mañana y ya noto que el día empieza a desmoronarse antes incluso de haber empezado.



Llego a las afueras de la ciudad pilotando el aeromoto que me prestó Cata, una cucada retro que parece sacada de un museo de movilidad de principios del siglo XXI, pero que vuela como una

diosa. A medida que me acerco a la cúpula vegetal que protege la casa de mis tíos, me preparo mentalmente, porque si hay algo que nunca cambia… son ellos.

Aparco en la zona de aterrizaje —una plataforma de madera reciclada con un símbolo de espiral y cuarzos en cada esquina— y, nada más bajar, los sensores activan el sonido de cuencos tibetanos. No estoy bromeando. Mi familia no celebra los cumpleaños; celebra el tránsito solar del alma hacia una nueva espiral de crecimiento. Literal.

—¡Abril! —sale mi tía de entre las plantas con un vestido de lino sin forma, el pelo lleno de trenzas y flores secas que, si no se le caen hoy, se le caerán mañana. Huele a incienso, a pachuli y a cosas que prefiero no identificar.

A sus casi ochenta años, mis tíos abuelos parecen una versión hippie atrapada en los años ochenta, del siglo pasado. A veces pienso que quizá también tengan algo de vampiros, porque sus gustos anticuados se resisten a desaparecer, como los de cierto aristócrata inmortal que formó parte de mi vida.

—¡Feliz revolución solar, hija del universo! —grita mi abuelo detrás, caminando descalzo sobre las piedras del jardín como si le fuera la vida en ello.

Me besa tres veces —en la frente, en el corazón y en la palma de la mano— y luego me cuelga un collar de semillas recicladas que, con toda seguridad, ha sido bendecido en alguna ceremonia chamánica.

No sé qué demonios trajo esta nueva vida en el mundo, pero ahora todo el mundo parece obligado a vivir inmerso en rituales de sanación a gran escala. Comida saludable llevada al extremo, espiritualidad a cascoporro y una colección de hábitos cuidadosamente medidos para absolutamente todo. Rutinas impecables, con el tiempo cronometrado al milímetro: ejercicio, trabajo y hasta la hora de follar.

Nunca me he sentido identificada con esta nueva generación. Entiendo que el mundo pasó por demasiado, que estuvimos a punto de palmarla todos y que esta supuesta evolución responde a la necesidad de recuperar un equilibrio básico. La sociedad actual no es

más que un intento de restablecer el orden tras un caos que casi nos aniquila.

Aun así, me sigue pareciendo una vida aburrida y excesivamente controlada, dirigida por gobiernos tan obsesionados con la simetría que han acabado siendo profundamente asimétricos. Todo está regulado, supervisado y monitorizado hasta el agotamiento.

Vivir con Lucien me permitió integrar parte de esos hábitos con otros mucho más mundanos y antiguos y, por primera vez, admito que todo lo que antes me irritaba de él ahora cobra sentido. Echo de menos las historias que me contaba del mundo antiguo, las aventuras que me proponía para que experimentara, aunque fuera un poco, esa vida suya sin normas estrictas ni relojes biológicos colectivos.

Ahora me queda lo que hay: una sociedad hipersensible a todo, donde cada gesto debe medirse, justificarse y validarse, incluso con el termómetro invisible de los chips que todos llevamos como identificación civil.

—Has cerrado otro ciclo, Abril. ¡Es motivo de celebración cósmica!

—Sí, abuelo, lo sé. Treinta años. Una cifra muy… planetaria —intento sonar emocionada, aunque estoy a un microsegundo de echarme a reír.

Mi tía abuela me toma de las manos con solemnidad. Cuando mi abuela falleció, me dijeron —con esa generosidad silenciosa que siempre los ha definido— que, si yo quería, a partir de entonces ellos serían mis abuelos. Me emocionó y me reconfortó al mismo tiempo, porque la pérdida de mi abuela supuso un golpe enorme para mí.

Cuando ocurrió lo del incendio, no quise cargarles con más tristeza ni preocupación y, por eso, les mentí. Les dije que había vendido la casa pocos meses después de irme a vivir con Lucien. Nunca supieron lo que pasó en realidad. Nunca les hablé del fuego ni del miedo. Que lo único que me conectaba con mi abuela, se había ido para siempre. Y no me arrepiento.

—Ven, tenemos que purificar tu energía antes de entrar. Hoy es un día sagrado. Nos ha salido la runa de Algiz al revés y hay

vibraciones erráticas flotando en el ambiente.

Y ahí estoy yo, en la puerta de mi, ahora, casa familiar, envuelta en humo de salvia, mientras mi abuelo baila en círculos al son de una flauta digital conectada al holoaltavoz y mi abuela me pasa un péndulo de amatista por encima de la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo pasar ya o tengo que firmar un pacto con la luna creciente? —bromeo, con cariño.

—¡Ay, esta niña! —ríe ella—. Siempre tan incrédula, pero con el aura más luminosa de toda la comarca.

Y, pese a todo… sonrío.

Porque sí, son un par de colgados, un dúo místico de manual, pero también son míos. Han sido luz cuando lo mío se volvió oscuridad. Y aunque a veces me hagan replantearme mi árbol genealógico… no los cambiaría por nada.. Bueno, tal vez por un café. Con cafeína de verdad.

El comedor es un caos sensorial: una mezcla entre tienda de segunda mano y templo chamánico. Cojines en lugar de sillas, velas encendidas a plena luz del día, una lámpara de sal flotante y, por supuesto, la mesa baja con un mantel de patchwork hecho con telas «energéticamente activadas por mujeres de la comunidad del Titicaca», según mi abuela.

Nos sentamos —o, mejor dicho, nos tiramos al suelo, que es lo que toca aquí— y, como cada año, me reciben con un menú detox de renacimiento solar, que consiste en una sopa de raíces imposibles de identificar, algas crujientes con aspecto de acuario y un pan de cúrcuma que parece una esponja de baño.

—Esto está… diferente —miento, sonriendo con tensión mientras lucho por no hacer arcadas.

—Hemos sustituido el miso por infusión de diente de león —explica mi abuela, orgullosa—. Es ideal para liberar toxinas emocionales del último ciclo lunar.

Claro que sí, guapi.

—Y… lo tuyo con Lucien, ¿ha sido punto final o punto y aparte?

Y ahí está Mariana, o Mimi como la llamo casi siempre. Siempre tan directa. Como una flecha emocional envuelta en incienso y

buenas vibras.

Bajo la mirada. Nunca les gustó mi relación con Lucien. Cuando les conté que estaba saliendo con un vampiro, casi me organizan un exorcismo en el salón. Creo que fue la única vez que oí a mi abuelo decir la palabra te prohíbo. Y les tengo demasiado respeto como para no entenderlo. Todo muy coherente para alguien que predica que el amor no tiene etiquetas… hasta que te enamoras de un inmortal con colmillos.

—Ha sido un punto final —respondo—. ¿Más contentos?

Se miran entre ellos con esa complicidad de pareja eternamente vinculada que dice te lo dijimos sin pronunciarlo.

—¿Y sigues sin pareja, Abril? —pregunta Leopoldo, o Nono, como le suelo llamar.

—Nono… —le reprendo con una mirada.

—Tienes una energía muy Venus este año. De amor. De reconexión. Lo hemos visto en tu carta astral.

—No lo habéis visto, lo habéis invocado —respondo—. Y no, sigo sin pareja. Ni ganas que tengo.

—¿Y Mateo? —salta la abuela, claramente demasiado interesada.

—Es el hermano pequeño de mi mejor amiga, mimi.

—Tiene cara de buen amante —musita ella—. Mucha energía en el segundo chakra.

«Respira, Abril. No mates a nadie el día de tu cumpleaños. Son la única familia que te queda. Respira».

—Estoy bien sola —digo—. No necesito a nadie para sentirme completa.

—Eso lo dices con el chakra corazón cerrado…

—¿A qué? ¿A otro vampiro con complejo de mártir? Paso.

Silencio incómodo

Me enseñaron a ser independiente cuando ya no era una niña, sino una adulta a la deriva: meditación en lugar de atracones de comida, mapas astrales en vez de terapia de psicólogos y una emancipación temprana para que encontrara mi propio camino energético. Y lo encontré, sí; entre cafés, facturas y ataques de ansiedad sin nombre.

—¿Has traído ropa sucia para lavar? —pregunta Mimi de pronto, tan tranquila.

—Mimi, tengo treinta años.

—Ya, cariño, pero las lavadoras urbanas no descalcifican bien. El agua de aquí es más alcalina.

Miro a Nono, concentrado intentando canalizar la energía de una patata violeta con los ojos cerrados y la frente sudada, y luego a Mimi, que ya ha empezado a explicarme cómo manifestar abundancia sexual con miel silvestre.

Yo solo quiero una cerveza fría y una pizza con gluten. Mucho gluten.

—¿Queréis que pongamos una serie mientras comemos como la gente normal?

—¿Tiene mensaje espiritual? —pregunta Nono sin abrir los ojos.

—No. Tiene risas.

Vemos una serie juntos, como siempre. Es nuestra tradición desde hace unos años: sofá compartido, palomitas ecológicas y comentarios absurdos sobre la energía de los personajes. Siempre me ha gustado ese momento.

Confieso que estas dos personas adorables han sido una familia mucho más cercana que la mayoría de mi linaje directo, sin contar a mi abuela, que era un dulce de mujer y a la que echo muchísimo de menos. A veces me pregunto qué consejo me daría ahora, en este punto exacto de mi vida. Quizá, si hubiera seguido más los suyos, no estaría atrapada en este bucle mental que no consigo romper.

Perder a casi toda mi familia hizo que la idea de mantener un legado se convirtiera en algo que soñé con entusiasmo durante un tiempo. De joven nunca le di importancia; incluso llegué a pensar que no quería tener hijos, que no merecía la pena traer al mundo a alguien condenado, tarde o temprano, a sufrir la pérdida inexorable de sus seres queridos. Pero el reloj biológico desmontó todas esas convicciones y terminó despertando en mí un deseo que no solo no se cumplió, sino que acabó por desordenar lo poco estable que tenía.

Miro de soslayo a estas dos personas maravillosas sentadas a mi lado —un regalo inesperado que la vida me concedió— y, por

primera vez en todo el día, me siento profundamente afortunada por tenerlos conmigo.

Solo que este año… me había imaginado celebrarlo de otra manera. En mi cabeza todo iba a ser distinto.

Lucien me prometió un viaje por mi cumpleaños. O quedarnos encerrados todo el día, llenándome de placer. A base de sexo. Mucho sexo.

Ahora suena tan lejano como Júpiter.

Cuando termina el episodio, me incorporo despacio del suelo acolchado con mil cojines y me estiro la espalda como si tuviera ochenta años.

—Bueno… me voy yendo, que aún tengo que pasar por casa, arreglarme y fingir que me apetece salir esta noche.

Nono se queda en silencio. Raro.

—Abril —dice al fin, usando mi nombre con una solemnidad que me pone alerta—. Antes de irte… tenemos algo para ti.

—¿Otro collar energético? Porque ya no me caben más —bromeo, intentando aliviar la tensión.

Mimi niega despacio, con una sonrisa pequeña. Seria.

—No. Esta vez es distinto.

—¿Distinto cómo? —pregunto, cruzándome de brazos, ya a la defensiva.

—Es algo que llevamos tiempo esperando para darte hasta que cumplieras los treinta. Es… importante.

Los miro a los dos, alternando entre la trenza de flores secas de Mimi y el tatuaje solar de Nono, ese que cambia de color con la luna. Todo es muy ellos. Así que mi cerebro empieza a barajar opciones: ¿una manta tejida con fibras recicladas? ¿un ritual de protección para nuevos ciclos? ¿un terrario inteligente con forma de útero cósmico?

—¿Es algún tipo de ritual chamánico, verdad? —pregunto con media sonrisa, ya preparada para salir corriendo si aparecen los tambores.

—No, cariño —dice Mimi, tan seria que se me hiela el estómago —. Esta vez no se trata de energías. Se trata de ti. De quién eres realmente.

Parpadeo. Una vez. Dos. Tres.

—Vale… ¿me vais a decir que soy adoptada?

—No —responde Nono con calma—. Eres hija de tus padres, Abril. Su única hija. Y nuestra sobrina nieta. Pero hay cosas que nunca te contamos porque tu abuela nos pidió que guardáramos silencio. Y ahora ha llegado el momento.

El aire del salón se vuelve denso de golpe. Ya no hay música, ni incienso flotando, ni bromas mentales para protegerme. Solo ellos, firmes, mirándome con la gravedad de quien está a punto de abrir una puerta que no se puede volver a cerrar.

—¿Qué cosas? —pregunto, casi en un susurro.

—Lo sabrás ahora —dice Nono—. Espera aquí. Voy a buscarlo.

Se levanta y desaparece por el pasillo sin añadir nada más, dejándome sola con Mimi, que me toma la mano y la acaricia con una calma que no me gusta en absoluto.

Algo va a cambiar.

Lo sé. Lo siento en el cuerpo.

Y esta vez, ni siquiera estoy segura de querer estar preparada.

LUCIEN



Llevo meses con un mal presentimiento y lo he ignorado. Y, sin embargo, tenía razón.

Menuda broma del destino. Después de meses en esa celda húmeda, con olor a desesperación rancia, resulta que me sueltan hoy. Hoy, precisamente.

Gracias a Marta —mi abogada, salvadora, santa mártir de labios de acero y contactos turbios— he conseguido un permiso especial de libertad condicional. Con condiciones, claro. Una fianza capaz de hacer llorar al Vaticano: un millón. Un puto millón. Y en metálico, no vaya a ser que un vampiro evasor como yo les saque los colores.

Lo he pagado. No sin rechinar los colmillos, porque ser obscenamente rico no significa que me guste regalar dinero, y mucho menos a humanos y criaturas paranormales con corbata que creen poder juzgarme desde su moralidad de rebajas.

Pero eso no es lo que me tiene masticando aire desde que he cruzado las rejas.

Es Divine.

Ha vuelto. Como si el mundo no estuviera ya lo bastante jodido. Se ha presentado con su voz cantarina, ese olor dulzón que siempre me ha repateado, y un plan que haría enrojecer de vergüenza a Satanás. Según ella, hoy es el día perfecto para hacerle un regalo.

Sí. Regalarle.

A cambio de que yo me regale a ella.

Como si fuera un jodido jarrón de flores eternas o un dildo de lujo con garantía vitalicia.

Dice que se lo va a ofrecer a Abril, como si fuera lo que ella quiere, como si esa promesa de eternidad pudiera compensar todo lo que no he sabido ser para ella. Esa idea absurda de vivir para siempre.

Y encima hoy.

Hoy es su cumpleaños.

La última vez que hablamos terminé diciéndole que la amaba y dejándola marchar para que pudiera tener una vida normal.

Brillante, Lucien. Realmente brillante.

Ahora tengo que encontrar la manera de verla antes de que Divine se le cuele en el oído con sus cuentos de hadas rotas y amores malditos. Aunque lo más probable es que no quiera verme. Y no la culpo. Aun así, no pienso quedarme quieto mientras alguien intenta llenar su vida de mentiras.

Abril no es una niña ingenua, aunque a veces le dé por fingirlo. Y si hay algo que detesto más que los cumpleaños, es perderla otra vez.

Así que… Hora de arriesgarme. Una vez más.

Aunque me parta el alma. Aunque me cierre la puerta en la cara. Aunque me diga que ya no queda nada. Porque, si hoy es su

cumpleaños, tengo muy claro cuál es el único regalo que quiero para mí.

Ella.

No obstante, hoy seré comedido. O al menos lo intentaré.

Estos meses entre barrotes me han servido para algo más que alimentar el odio y las ansias. También me obligaron a pensar, a mirar hacia dentro, a entender que el amor no es solo posesión ni sangre compartida. Y aunque una parte de mí quiera aparecer delante de ella, arrodillarme y prometerle hasta mi muerte si hace falta… no puedo hacerlo.

Tengo que mantener mi promesa. Dejarla vivir. Dejarla ser feliz sin mí. Por mucho que duela. Por mucho que mi cuerpo arda solo de imaginarla.

Hoy no iré a reclamar lo que perdí. No buscaré besarla, tocarla ni recordarle que sus orgasmos llevaban mi nombre grabado a fuego.

No.

Lo único que quiero —o eso me repito como un mantra que no termina de funcionar— es impedir que Divine le llene la cabeza con sus cuentos idealistas sobre la eternidad. Que no la confunda más. Que no la arrastre con sus mentiras de porcelana.

Porque si hay alguien experta en manipular corazones rotos, es Divine. Y Abril ya ha tenido suficiente.

Y, de paso —¿para qué mentirme a estas alturas?— quiero verla.

Eso es lo único que me ha mantenido en pie todo este tiempo. Quiero ver sus ojos, escuchar su voz. Saber si sigue pensándome. Si todavía existe una grieta, una fisura mínima por la que podría entrar de nuevo (Y que no se llame Agustina). Aunque no lo haga. Aunque no deba.

Hoy solo necesito saber que respira. Y que nadie, ni siquiera una arpía inmortal con complejo de salvadora, se atreva a robarle lo poco que le queda. Porque si alguien va a destruirla…, que no sea Divine.

Y porque yo, al menos, ya cargo con ese pecado desde siempre.

CAPÍTULO 13

MÁS BRUJA QUE HUMANA (Y YO SIN ESCOBA) Y LA INTERVENCIÓN DIVINE (Y NO DEL CIELO)

ABRIL



Llevamos diez minutos. Diez.

Diez minutos de Mimi y Nono hablando como si estuvieran impartiendo una ponencia magistral en un congreso de filosofía mística avanzada. Se lanzan conceptos como «conexión ancestral», «herencia espiritual interdimensional» y «equilibrio universal de polaridades» con la tranquilidad de quien pide el pan en una cafetería.

Yo, mientras tanto, estoy así de cerca de pedirles que me impriman una presentación informática con gráficos y dibujitos, porque no estoy entendiendo una mierda. Estoy a punto de activar la inteligencia artificial de mi reloj para hacerme una traducción *in situ.*

—Entonces…, ¿me estáis diciendo que no soy Aries? —pregunto, por si acaso ese es el drama.

Nono ni se inmuta. Mimi asiente despacio. Reconozco el gesto: el que anuncia discursos largos, trascendentales y supuestamente sanadores. De esos que, según ella, te recolocan los chakras de por vida.

Ya he cruzado las piernas tres veces, me he rascado la frente del agobio y he deseado, muy fuerte, que *alguien* me abduzca.

—Abril, cariño —empieza Mimi, con una calma que me pone nerviosa—. Esto no es fácil de contar. Por eso lo hemos postergado tanto. Pero ha llegado el momento.

—Ajá…

—Verás… tú no eres como los demás.

—Sí, eso lo tengo clarísimo desde que decidisteis «adoptarme energéticamente» después de que muriera la abuela y me regalasteis un collar de protección astral en lugar de una tarjeta de condolencias. ¿Seguimos?

—Es en serio, Abril —interviene Nono.

Y ahí freno.

Porque Nono no está usando su tono habitual de chamán jubilado con vocación docente. Está serio. Serio de verdad. Solo le he visto esa cara una vez: cuando se le cayó el cráneo de cuarzo del altar y se partió en dos.

Levanto la vista. Lo miro.

Y entonces lo sueltan.

—Eres descendiente directa de una bruja… y de un demonio.

Silencio.

Parpadeo. Una vez. Dos. Tres.

Y me echo a reír.

Pero a reír de verdad. Con carcajada seca, descontrolada, de esas que salen del estómago y te provocan hipo.

—¿Perdón? —consigo decir entre risas—. ¿Esto es por lo del ritual de la tarta de zanahoria del año pasado? Porque os juro que era una receta, no una invocación.

—No es una broma —dice Mimi, sin moverse un milímetro.

Y se me corta la risa.

Porque Nono sigue serio, del grado «¡Cállate ya!»

—¿Me estáis diciendo que soy… qué? ¿Un cruce entre Harry Potter y el primo lejano de Lucifer? —pregunto, todavía incrédula.

Me gusta la literatura clásica. No lo voy pregonando por ahí, porque hoy en día decir que lees tragedias griegas o novelas decimonónicas es casi tan raro como confesar que comes con

cubiertos de plástico. Aunque sí. Siempre me ha fascinado ese tipo de historias: dramas largos, destinos marcados, amores que no se tocan hasta la última página.

Y, aunque en este mundo las brujas y los demonios existen tan claramente como los holodrones o los cafés sin cafeína, no son precisamente comunes. La mayoría vive apartada, en colonias externas, planetas secundarios o dimensiones paralelas autorizadas por el Consejo de Equilibrio Universal.

Bastante caos tenemos ya aquí como para añadir más ingredientes mágicos a la receta.

Así que no, no me esperaba en absoluto formar parte de esa minoría sobrenatural. Yo pensaba que lo más especial que tenía era mi sentido del humor y una habilidad innata para enamorarme de personas emocionalmente indisponibles que acabarían destrozándome la vida.

Pues parece que no.

Parece que, además de drama…, también tengo linaje.

—Mitad bruja. Mitad demonio —repite Mimi, con una calma que me pone de los nervios—. Tu linaje viene de ahí. Tu abuela lo sabía. Siempre lo supo.

Me quedo en blanco.

Literalmente. El cerebro intenta procesarlo, pero se ha quedado colgado, como los servidores de los holodrones cuando llueve. Siento que, si alguien me toca ahora mismo, me reinicio de fábrica.

—Pero… ¿esto va en serio? —pregunto al fin—. ¿En serio en serio? ¿O es una metáfora elaborada sobre mi carácter de mierda?

Nono carraspea despacio antes de hablar.

—A los treinta, lo que llevas dentro empieza a manifestarse. Es lo normal en casos como el tuyo.

—¿Casos como el mío? —repito—. ¿Qué casos? ¿Puedo volar? ¿Leer mentes? ¿Hacer que desaparezca el pan sin gluten?

—No exactamente —responde Mimi, midiendo cada palabra—. Pero empezarás a notar cambios. Intuiciones más agudas. Sueños que no son solo sueños. Sensaciones… difíciles de explicar.

—Genial —murmuro—. La primera influencer esotérica con crisis de identidad sobrenatural. Me veo.

Me dejo caer otra vez sobre los cojines, entre la risa histérica y el colapso mental.

—¿Y no se os ocurrió contármelo antes? No sé… ¿cuando me enamoré de un vampiro y mi vida se fue al carajo?

—No estabas preparada —dicen los dos a la vez.

Lo tienen ensayado. Muchísimo.

—Ah, claro. Ahora sí. Con treinta tacos, el ex en prisión, los ovarios llamando a la puerta y el corazón hecho puré… ahora soy digna de mi herencia infernal. Qué momento tan oportuno.

Con razón siempre me han gustado los encurtidos y los hombres problemáticos.

—¿Y cómo no me di cuenta antes? —pregunto, todavía incrédula.

Nono me mira sereno y parece esconder media biblioteca de secretos.

—Porque tu abuela pidió que se hiciera un hechizo de ocultación. Para protegerte. Quería que crecieras como una humana más, sin cargas, sin miedo.

—No jodas… —murmuro.

Mimi abre los ojos, escandalizada. Sigue odiando las palabrotas.

—¿Me estáis diciendo que me lanzaron un hechizo de bebé? ¿Como en un cuento antiguo de Disney? —me llevo una mano a la frente—. Sois increíblemente siglo pasado. Flipo.

Estoy horrorizada.

Media bruja. Medio demonio.

Mis tíos abuelos —mis abuelos oficiales— me han tratado como a una princesa protegida… y yo sin saberlo. Mis padres… joder. De ellos solo me quedan recuerdos borrosos, casi prestados. Murieron cuando yo era muy pequeña, o eso es lo que siempre me dijeron.

Y de pronto me asalta la pregunta: ¿y si ni siquiera eso ha sido verdad?

Es demasiado.

Me levanto de golpe.

—Me voy.

—Abril, espera —dice Mimi—. Necesitamos explicarte cómo funcionan tus dones, qué debes evitar, con qué tener cuidado…

Me giro y alzo la mano.

—No. Basta. No quiero saber nada más. He vivido perfectamente sin todo esto y pienso seguir haciéndolo. Gracias.

Mimi intenta decir algo, pero Nono le apoya la mano en el brazo.

—Déjala —dice con suavidad.

Lo miro.

Siempre tan tranquilo. Tan bueno. Tan poco demonio.

Y aun así, ahora mismo, los dos me parecen sacados del mismo cuento de horror. Uno escrito exclusivamente para matarme de espanto.

Se acerca despacio y saca algo del bolsillo de su túnica tejida. Me lo coloca alrededor del cuello sin decir nada.

Bajo la mirada.

Un cordón fino, dorado. En el centro, un cristal pequeño, opalescente. Lo aprieto con los dedos.

—¿Y esto qué es? ¿El regalo de cumpleaños? —pregunto con ironía cansada.

—Nuestro regalo —corrige—. Te protegerá.

—¿De qué? —respondo, con una sonrisa ladeada que no es amable—. ¿De mí? ¿De vosotros? ¿O de todo lo que no me habéis contado?

Mimi abre la boca. No la dejo.

Salgo por la puerta con el collar rozándome el pecho, las lágrimas ardiendo en los ojos y la rabia bien instalada.



Cuando entro en el club, traigo todas las papeletas para perder la dignidad. Y, ya puestos, para perderme yo también.

De camino desde casa de Mimi y Nono he pasado por la mía, y no sé si ha sido el cabreo monumental, el colapso existencial o las hormonas mágicas en plena ebullición, pero me he cambiado como si fuera a presentarme al casting oficial de Divas del Inframundo.

Endemoniada.

Hoy, la bruja que —según mis padres— vive en mí ha decidido salir al mundo, aunque en versión perra elegante. Voy vestida para arrasar el infierno y, con la misma convicción, confío en que la cogorza que me pille esta noche esté a la altura: nivel épico, nivel «mañana no recuerdo ni mi nombre», y mucho menos mi legado sobrenatural recién descubierto.

Cuando Cata me ve llegar, me repasa de arriba abajo sin disimulo y silba entre los labios, con una sonrisa que siempre consigue que me sienta más impresionante de lo que creo.

—Pero… ¿tú quién eres, zorra? —pregunta, divertida, con una expresión capaz de iluminar media sala VIP.

—Una bruja endemoniada —respondo con sorna, arrastrando un poso de amargura camuflado entre el rímel y el pintalabios rojo fuego.

—Ya veo… —asiente, evaluándome y aprobando oficialmente el look y la actitud—. Venga, vamos a celebrar tu día, cumpleañera.

—Eso es.

Y entonces me dejo llevar.

Porque hoy no quiero pensar.

Hoy solo quiero bailar, beber y fingir que no tengo una crisis de identidad mitológica colgándome del cuello. Estuve a punto de dejar el colgante en casa… pero, al final, no fui capaz. No sé ni por qué.



Estamos borrachas.

Nivel: no siento los pies, tengo el alma flotando y acabo de rozarme bailando con un tipo que tenía más tentáculos que brazos. Humano no era, eso seguro.

No sé cuántas copas llevamos, solo sé que he bailado con media sala, me he insinuado a humanos, híbridos, mutantes y a una

criatura que olía ligeramente a azufre, aunque movía las caderas con una precisión casi obscena. Estoy desatada. Empoderada, con el corazón roto y un mono de cuero negro que se me pega al cuerpo como si me hubiera nacido con él, marcando cada curva, cada rabia acumulada, cada gramo de rencor convertido en escote.

Soy una diva.

Una bruja.

Una bomba con temporizador.

—¡Abril, tía! —me grita Cata entre luces estroboscópicas y altavoces—. ¡Vas a reventar el club!

—¡Eso intento! —le contesto, con la voz algo arrastrada, pero aún con dignidad suficiente para no caerme de culo.

Estoy bailando pegada a un tipo que no sé si es guapo o simplemente tiene una simetría facial sospechosamente hipnótica cuando alguien me agarra del brazo. Con fuerza. Con intención. Y aunque voy pasada de alcohol, la reconozco al instante.

Divine.

La ex de Lucien. Inconfundible. Alta, perfecta, con una belleza que no parece de este mundo —porque no lo es—, el pelo plateado brillando con luz propia y una expresión de superioridad tranquila que despierta un deseo irrefrenable de lanzarle la copa entera a la cara.

—Quiero hablar contigo —dice, sin rodeos.

Y lo peor es que no me tiembla ni una pestaña. Me siento poderosa; tal vez por el alcohol, tal vez por el cuero, o tal vez porque esta vez no tengo nada que perder. Le sonrío solo con los labios.

—¿Una copa? —sugiero, alzando una ceja con descaro.

Asiente y me guía hacia una zona más privada del club, un reservado de cristales tintados y luz tenue. Cata me ve alejarme y pone cara de ¿pero qué coño haces?

—¡Estoy bien! —le grito entre la música, guiñándole un ojo—. Es solo la Barbie Malvada. ¡Nada que temer!

Divine se gira un segundo y clava la mirada en mi amiga.

—Tranquila. No pienso morderla.

—No te preocupes —le espeto, con una sonrisa dulce como arsénico—. Ya estoy vacunada de todo lo que tenga colmillos.

No responde. Avanza con ese andar suyo, elegante y reptiliano. Yo la sigo, bebiendo del vaso que aún llevo en la mano, porque esta noche no estoy para llorar.

Estoy para incendiar el mundo.

El reservado es una burbuja fuera del tiempo: sillones de terciopelo violeta, mesa de mármol oscuro, música suave contrastando con el caos de la pista. Huele a sándalo, a ginebra cara y a problemas. Divine se sienta recta, impecable; yo me dejo caer frente a ella, piernas cruzadas, vaso en mano. No estoy borracha. Estoy perfectamente borracha.

—Feliz cumpleaños, Abril —dice. La voz ensayada para un teatro clásico.

Peligro. Mucho peligro.

—¿Y tú cómo sabes que es mi cumple? ¿Me has hackeado la holoagenda?

—Lucien me lo dijo.

Puñalada directa al estómago. El nombre me desarma, la rabia me aprieta el pecho y el alcohol no ayuda. Mil pensamientos absurdos me atraviesan de golpe. ¿Han vuelto? ¿Se ven? ¿Le escribe? ¿La ha tocado?

Joder.

—Qué detalle —respondo tras beber—. Y yo que pensaba que no compartíamos hobbies.

Ella sonríe. De ese modo que nunca sabes si viene con cuchillo.

—No he venido a marcar territorio.

—¿Entonces? ¿A lanzarme un hechizo? ¿A matarme con tu perfume? ¿O a joderle la noche a una cumpleañera borracha?

—He venido a darte un regalo.

—Uy. Qué miedo me da esa palabra en tu boca.

—No te haría daño. No a ti.

Guardo silencio. Por dentro todo grita; por fuera intento sostenerme.

—Mira, Divine, si esto va de regalos, que sea rápido. Estoy gestionando una crisis de identidad mágica y no tengo hueco para

más drama.

—No es drama. Es una posibilidad.

Sus ojos brillan con un fulgor antinatural que me llega a erizar la piel.

—Sé que Lucien quería una vida contigo. Y sé que tú quieres cosas que él no puede darte: una familia, tiempo, futuro.

Me tenso.

—¿Y tú qué sabes de lo que yo quiero?

—Más de lo que crees. No vengo a recordarte lo que perdiste, sino a ofrecerte lo que nadie más puede darte.

—¿Un manual para ser feliz sin renunciar a mis ovarios?

—No. Algo mejor. La eternidad.

Si yo soy media bruja y medio demonio, esta debe de ser medio vampira y completamente imbécil. Fantaseo con vaciarle la copa en la cara y largarme con dignidad, pero acabo bebiéndomela de un trago. Todo empieza a verse un poco borroso.

Y aun así —maldita sea— sigue pareciendo… divina.

Entro en su juego porque estoy borracha y porque puedo permitírmelo. Hoy me desmeleno. A lo grande.

—Si la eternidad implica cruzarme contigo de por vida, paso —replico, con un sarcasmo tan poco contenido que casi me sorprende a mí misma.

—¿No dijiste que querías ser madre?

La rabia me sube directa por la garganta. Me río por dentro para no llorar.

Ese cabrón le ha contado mis cosas personales. Antes o después de revolcarse con ella, me da igual. No se lo perdono. Y esto ya no son solo celos —que también—, es algo más oscuro. Odio paranormal del bueno.

—No sabía que los vampiros pudieran ser tan idiotas —escupo, sin cortarme un pelo.

Ella alza una ceja. Provocarla así, en un rincón apartado, no es precisamente sensato. No hay ley que le impida matarme aquí y hacer pasar mi cadáver por un accidente de club nocturno. Aun así, me da exactamente igual.

—¿Qué parte de humanos y vampiros no pueden procrear no te ha quedado clara? —añado, con una sonrisa torcida.

Más allá de lo que parece haberle quedado claro a la perfección con su ex… o su actual mierda sentimental.

—Es exactamente ahí donde yo puedo ayudarte —responde ella, tranquila.

¿Ayudarme? ¿Esta arpía? ¿A qué? ¿A follarse a mi ex y dejarse embarazar para que yo críe a su creatura, como él tuvo la brillante idea de sugerir? ¿De verdad ha venido hasta aquí para restregármelo por la cara?

Que se jodan los tres. Ellos, su drama eterno y su hipotético futuro engendro.

Lo siento, pero hoy ni los bebés se libran de mi ira.

—Existe una forma de convertirte sin perder tu capacidad reproductiva. Experimental. Prohibida. Yo la tengo.

Me quedo muda.

—Estás chiflada.

Hago ademán de levantarme, pero me detiene con la frase exacta que consigue devolverme al asiento.

—Si te conviertes en vampira, tú y Lucien podéis tener los hijos que queréis. Y yo puedo hacerlo realidad.

Trago saliva. No hay rastro de broma en su rostro y eso me revienta por dentro, porque no está jugando. Y porque acaba de tocarme los ovarios en toda regla.

—¿Me estás diciendo que puedes convertirme… y dejarme fértil?

Asiente despacio. Me sale una carcajada profunda, cansada, peligrosa.

—Gracias por el «regalo», pero no pienso acabar compartiendo celda con Lucien. Eso es ilegal.

—Yo no sigo las reglas —dice, con una calma helada—. Tengo más de mil años.

—Mira, ya decía yo que estabas un poco arrugada… aunque no se note.

No se ríe. Error mío.

—Es una oportunidad. Para siempre. Con él. Con la familia que quieras.

Y ahí me atrapa. Porque lo pienso. Maldita sea, lo pienso. Porque eso era todo lo que quería. Una vida con él. Sin relojes. Sin miedo.

Pero… convertirme… no está en mis planes. No lo ha estado nunca.

—Si eso fuera posible, Lucien me lo habría dicho —respondo al fin, con la voz baja, atravesada por un orgullo que duele más de lo que debería.

Divine me observa con calma y una certeza insultante de quien cree tener todas las cartas sobre la mesa.

—Claro —dice—. Te lo habría dicho… si creyera que mereces saberlo.

Ese comentario me atraviesa de lado a lado. No porque sepa si es verdad, sino porque no sé descartarlo. Y esa duda es lo que más duele.

—Lucien nunca querría que lo hicieras por él —continúa—. Por eso no te lo diría. Y por eso te lo digo yo. Para que sepas que, si algún día quieres tenerlo todo, a él, un hijo, una eternidad compartida, existe una opción. No todo está perdido.

La habitación parece inclinarse. No sé si es el alcohol o la gravedad de sus palabras.

Esto me está superando.

En menos de veinticuatro horas he descubierto que soy hija de un demonio, que llevo magia latente bajo la piel, que me han ocultado media vida… y ahora Divine aparece para ofrecerme una eternidad con Lucien, envuelta en ginebra y falsa generosidad.

Resumen rápido: de humana confundida he pasado a medio bruja, candidata a vampira y, con un poco de suerte, futura aberración mitológica completa. A este paso, para medianoche igual asciendo a diosa.

Mejor espero a que llegue un postor decente. Uno que me ofrezca un panteón propio. Pero oye, por lo menos elegiré mejor con quién compartir la eternidad.

—Gracias por el ofrecimiento, muy generoso por tu parte, pero creo que esta vez voy a declinar tu propuesta. Buenas noches.

Estoy a punto de levantarme por segunda vez cuando su voz me detiene. No me toca el brazo. No alza el tono. Solo deja caer las

palabras con la precisión de quien sabe dónde clavar el cuchillo.

—Al final Lucien tenía razón. Lo mejor es dejarte ser feliz con otro… si es que puede llamarse felicidad. Nunca podrías quererlo como yo. No pasas de ser una humana sin fundamento. No sirves para él.

El odio me sube de golpe, directo al pecho, como una llamarada. No es rabia ya, es asco. Es furia pura.

La miro. La detesto. Y encima tiene la desfachatez de fruncir los labios, decepcionada, como si yo hubiera fallado una prueba absurda que nunca pedí hacer. Ese gesto termina de encender algo muy oscuro dentro de mí.

Respiro hondo. No porque quiera calmarme, sino porque no pienso regalarle la satisfacción de verme perder el control.

—¿Sabes qué es lo peor de ti, Divine? —digo al fin, con una sonrisa fría—. Que estás tan convencida de ser eterna que se te ha olvidado lo básico: no todo lo que se puede poseer se merece.

Me levanto. Esta vez de verdad.

—Muy bien. Si ya no quieres ser la madre de sus hijos… siempre quedo yo.

Perfecto. Acaba de ganarse una enemiga para toda la eternidad. Me giro para mirarla de frente, con una calma peligrosa que ni yo misma sé de dónde sale.

—No digo que no lo quiera —me apresuro a aclarar, con la voz temblando lo justo—. Digo que es una locura. Una muy grande.

—Por supuesto que lo es —responde—. Tú y él siempre lo habéis sido.

La odio un poco menos. Y eso me enfurece todavía más.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —pregunto—. ¿Qué sacas tú?

—Nada —dice, alzando la copa en un brindis absurdo—. Solo estoy cansada de ver cómo todo se rompe por miedo. Y tú no pareces alguien que se conforme con no saber.

Chin.

Me termino de tragar sus palabras de golpe. Ya sé que esta noche no va a acabar como esperaba.

—Gracias por el regalo, una vez más —digo—, pero ahora mismo no estoy en condiciones de aceptarlo.

—Tranquila… —responde, incorporándose con esa elegancia suya de villana segura de sí misma—. Piénsalo. Mañana todo se ve distinto.

Deja la copa vacía sobre la mesa, se alisa el vestido sin necesidad y, antes de irse, me lanza la última estocada:

—Feliz cumpleaños, Abril. Que vivas… toda la eternidad. O lo que te queda de tu triste existencia.

Y con esa cabronada disfrazada de cortesía, se marcha.

LUCIEN



El club huele a sudor, sexo contenido y ginebra sintética. La música golpea como un corazón artificial: constante, demasiado fuerte. A mí no me afecta. No como antes. Mis sentidos siguen entumecidos, ajustándose a la sangre que Adrien me procuró al salir; la justa para mantenerme en pie, no para detenerme.

Avanzo entre cuerpos que se rozan, se ríen y se pierden en la pista. Humanos. Algunos híbridos. Alguno más… interesante. Pero yo solo busco una presencia.

La suya.

—Está aquí —me había dicho Adrien—. Celebrando su cumpleaños. Con Cata y las otras. Como cada año. Solo que esta vez… está más desatada que nunca.

Llego justo a tiempo para verla. O, más bien, para no verla.

Divine.

Sus tacones brillan al cruzar frente a mí. El rastro de su perfume caro y su manipulación habitual queda suspendido en el aire cuando me planto delante de ella.

Se detiene. Me mira. Sonríe. Como si ya hubiera ganado.

—Llegas tarde —dice, sin molestarse en fingir decencia.

—¿Qué le has dicho? —pregunto, directo.

—Lo que necesitaba saber. Alguien tenía que hacerlo.

No espera respuesta. Se aleja con la seguridad de quién ya ha dejado problemas. ¡Me cago en todos sus ancestros!

No la sigo, ni falta que hace. Porque ella sigue dentro y aún hay tiempo. Si algo he aprendido de Divine, es que cuanto más convencida está de haber vencido, más cerca está de morder el polvo.

—¿Todo bien, exconvicto? —Adrien aparece a mi lado, con la camiseta manchada de algo que prefiero no identificar.

—No. Divine ha estado con Abril. No sé cuánto tiempo ni qué le ha metido en la cabeza.

Adrien silba por lo bajo.

—Joder… ¿y ahora qué?

—Necesito hablar con ella. Aunque sea lo último que haga esta noche.

Empiezo a caminar hacia el interior del club, guiado por la única presencia capaz de destruirme… y, a la vez, salvarme.

—Necesito un favor —añado—. Distráela. A su amiga, a Cata.

Adrien frunce el ceño y enseña los colmillos, molesto. Es nombrarla y se le tensa la mandíbula. Entre esos dos hay algo, lo ha habido siempre.

—Ya me estás jodiendo la noche —gruñe—. ¿Qué culpa tengo yo?

—Vamos, compañero.

Resopla, pero ya está medio dentro. Siempre lo está, aunque se haga el duro.

—Vale. Ya sé cómo entretener a esa chupa botellas.

Y desaparece entre la gente, con la precisión de un depredador que tiene el objetivo marcado. Yo me quedo mirando al fondo del club, rastreando a Abril entre luces de neón y cuerpos sudorosos.

Necesito verla, decirle algo. Cualquier cosa que borre la mierda que Divine haya dejado en su cabeza, porque si no lo hago yo…, no lo hará nadie.

El club es una jaula de carne y neón. Los cuerpos se rozan, el sudor se mezcla con el alcohol, y la música martillea el aire con un

pulso que no concede tregua. Todo vibra demasiado cerca, demasiado intenso. El deseo flota sin filtro, espeso, animal.

Y entonces la veo.

En el centro exacto del caos.

Baila sin reservas, con el abandono de quien ha decidido no mirar atrás. La rodea un círculo de atención que no ha pedido, pero tampoco rechaza. Está subida sobre un tipo al que reconozco sin esfuerzo: licántropo, alto, músculos trabajados por la luna y una seguridad que no se ha ganado. Le ciñe la cintura con una mano posesiva, convencido de que puede tocar lo que no le pertenece.

Ella no lo detiene, solo se ríe y se deja llevar. Se pega a ese cuerpo ajeno.

Y está deslumbrante.

El cuero negro le abraza la figura con una precisión obscena. Las piernas largas, la espalda desnuda, el escote al borde del descaro. Y el pelo… se lo ha cortado. Ya no cae en cascada sobre los hombros. Ahora es más corto, rojo, más fiero, una versión nueva que no he aprendido a tocar. Le queda endemoniadamente bien.

Trago saliva.

La rabia me sube por la sangre con la violencia de un incendio. Celos. Crudos. Sin disfraz. No me muevo, todavía no. He venido a sacarla de aquí, no a perder el control. Y si algo he aprendido con los siglos es que, cuando se trata de lo que amas, la paciencia también es una forma de caza.

Me deslizo entre la multitud sin prisa, leyendo el terreno, rodeándolos. Invisible. Silencioso. Letal.

Me acerco justo cuando el licántropo le murmura algo al oído y ella responde con una carcajada que no le pertenece del todo. No es alegría; es alcohol, herida abierta y huida mal disimulada.

Ahí entro.

—¿Me permites este baile? —le digo a su espalda, con la voz baja, firme, hecha para atravesarla.

Se gira despacio. Y cuando me reconoce, la sonrisa se le quiebra

—Lu… Lucien —balbucea, descompasada—. ¿Qué… qué haces aquí?

Huele a ron y a deseo mal dirigido. Sus ojos intentan enfocarme sin conseguirlo del todo, pero siguen brillando. Siempre lo hacen

—Me han concedido la libertad condicional esta mañana —respondo, sin apartar la mirada—. ¿De verdad pensabas que iba a perderme tu cumpleaños?

No contesta. Me observa, desarmada, expuesta.

El licántropo interviene, incómodo.

—Eh… ¿todo bien?

—Perfecto —respondo, sin mirarlo.

Le aparto un mechón rebelde del rostro. Siento el temblor de sus pestañas, el calor de su piel, la rendición silenciosa de su cuerpo.

—Feliz cumpleaños, cariño —murmuro junto a su oído.

Y entonces sucede.

Las piernas le fallan. El alcohol, la adrenalina, el golpe emocional, todo cede a la vez. Se desploma antes de tocar el suelo.

La atrapo. Su cuerpo encaja en mis brazos con una precisión dolorosa, natural, como si nunca hubiera debido estar en otro lugar. Está inconsciente. Hermosa. Vulnerable.

Mía.

El licántropo dice algo. No lo escucho. No importa. Le doy la espalda y agradezco que no intente nada. Hoy no puedo permitirme errores. Ni por mí, ni por ella… ni por mi abogada, que me arrancaría la cabeza y la usaría de pisapapeles con una sonrisa profesional.

La aprieto contra el pecho y avanzo hacia la salida, abriéndome paso sin mirar atrás.

El mundo puede arder detrás.

Esta noche la tengo entre mis brazos.

Y no pienso perderla otra vez.

CAPÍTULO 14

EL LÍO QUE NO VI VENIR (PERO QUE ME HA VISTO VENIR A MÍ)

ABRIL



Abro y cierro los ojos varias veces, incapaz de soportar tanta luz de golpe. He pasado demasiado tiempo sumida en la oscuridad —no sabría decir cuánto— y ahora cada destello me atraviesa, me quema los párpados, me hace latir la cabeza con fuerza. Voy entreabriendo los ojos con cuidado, dejando que la claridad se filtre poco a poco, hasta que el cuerpo empieza a reaccionar.

Entonces noto una mano rodeando la mía; un pulgar que traza un gesto lento y tranquilizador sobre el dorso.

—¿Ya has vuelto del más allá o quieres que te prepare un ritual de resurrección con sal marina y velas aromáticas? —dice una voz grave.

Demasiado familiar.

Frunzo el ceño.

No.

No puede ser.

—¿Lucien…? —balbuceo, todavía a medio camino entre el sueño y la resaca—. ¿Qué… qué haces aquí?

—Rescatar doncellas borrachas en apuros —responde—. ¿O pensabas que iba a perderme tu cumpleaños?

Me incorporo un poco. El mundo se inclina, pero consigo mantenerme. Parpadeo otra vez, solo para asegurarme de que no estoy alucinando.

Ahí está. Sentado a mi lado. Camiseta negra ajustada. El pelo revuelto y el brillo en los ojos que conozco demasiado bien.

—¿Te escapaste de la cárcel para verme? —ironizo, con la garganta seca—. ¿Tan irresistible soy?

—Libertad condicional —corrige—. Buen comportamiento…, más o menos. Pagué una pequeña fortuna. Detalles. —Esboza una sonrisa ladeada—. Y sí, sigues siendo bastante irresistible cuando no estás bailando con licántropos babosos.

Le observo con los ojos entornados.

—¿Estás celoso?

—No. —Hace una pausa—. Tal vez. Pero lo importante es que ese chucho se quedó con las ganas. Llegué justo a tiempo.

Trago saliva. No puedo evitarlo.

—No necesitabas venir. Estoy bien.

—Claro. Tan bien que te desmayaste en mitad de la pista mientras acariciabas más pelo ajeno que un gato en celo. Muy digna.

—No me digas que viste eso…

—Lo vi. Puede que lo grabara. Y puede que esté considerando chantajearte.

—Eres un cabrón.

—Y tú estás preciosa, así de borracha, toda despeinada. Y peligrosa.

Me muerdo el labio. Sé que su mirada no miente y siento cómo algo dentro de mí empieza a ceder.

—¿Por qué has venido, Lucien?

Me observa con el aire de depredador que es, escudriñando todas mis reacciones.

—Porque es tu cumpleaños. Y no iba a dejar que pasara sin verte. Aunque no me quisieras ver. Aunque supiera que ibas a odiarme por aparecer.

No respondo. El nudo en la garganta aprieta. Me niego a llorar.

—Siempre tan dramático

—No sabes cuánto me ha costado no aparecer con capa y colmillos.

—¿Y decir «he venido a tuccionarte»? —le corto, con una sonrisa cansada.

—¿Tuccionar? —frunce el ceño—. Estás fatal.

—Tú estás peor. Me has secuestrado.

—Te he rescatado.

—Eso está por verse.

—Demuéstramelo.

—¿Qué?

—Que no me odias tanto como finges.

El silencio se instala entre nosotros, denso, conocido. Y por primera vez en mucho tiempo, no tengo ganas de huir.

—Demuéstramelo —repite, más bajo.

Siento su aliento cerca. Lo que me marea no es el alcohol, es la forma en que me mira. Se cree que aún tiene el derecho, como si nada se hubiera roto del todo.

—Lucien…

—Chis —me interrumpe, apartándome un mechón del rostro con esos dedos que siempre han sabido dónde tocar—. No digas nada. Solo dime que no estás embarazada del licántropo.

—¿Perdón?

—He imaginado escenarios. Demasiados. Tú con barriga. Tú con un bebé de orejas puntiagudas. Tú en un jardín hortera con un licántropo aficionado al yoga. Tú con ese humano insulso. Tú feliz…, y sin mí.

—¿Estás enfermo o solo eres idiota?

—Ambas cosas. Pero también soy el imbécil que ha cedido media cuenta bancaria para estar aquí contigo, hoy.

Nos retamos con la mirada. Y el mundo se reduce a este sofá, a este silencio, a estas ganas que no se han ido.

—¿Te has dado cuenta de que estás en nuestra casa? —susurra.

—¿La que es tuya?

—La que dejaste. Y no es mía, es nuestra.

Se inclina hasta quedar a un centímetro. Su mano sigue sosteniendo la mía. No aprieta. Sostiene.

—Nunca me acostumbré a tu ausencia, Abril. Pregúntales a estas paredes cuántas noches soñé contigo. Incluso desde esa celda.

—Qué poético. ¿Te daban clases de drama en prisión?

—No. Solo tiempo. Y rabia. Y hambre.

Su mirada baja a mis labios. Mi piel reacciona.

—Adrien me dijo que te llevó sangre buena.

—No era la tuya.

—Yo también te la llevé.

—Y no lo olvidaré jamás. No me salvó, más bien me condenó.

Sus ojos se tiñen de rojo. Trago saliva.

—Yo tampoco lo he olvidado —susurro.

Paso la lengua por los labios sin pensar, por instinto puro. Él no aparta la mirada.

—Estás borracha.

—¿Y eso qué cambia?

—Que no quiero que mañana digas que no lo sabías. Que no sabías que todavía me perteneces.

—¿Y si te lo digo ahora?

—¿El qué?

—Que lo sé. Que siempre vuelvo a ti. A esta casa. A tus colmillos.

Cierra los ojos, conteniéndose.

—Entonces no digas nada más —murmura—. Solo deja que esta vez sea diferente.

Y lo es.

Porque no hay prisa, no hay violencia verbal, no hay palabras.

Solo él acercándose despacio, como si besarme fuera lo único sagrado que aún le queda.

Me besa despacio, con la boca caliente y el alma rota, y yo le dejo hacerlo porque es mi cumpleaños y porque, por mucho que duela admitirlo, siempre ha sido mi regalo favorito, incluso antes de saberlo. El beso no tiene prisa ni pretende impresionar; se queda, pesa, arrastra todo lo que no hemos dicho.

Se aparta apenas de mi boca y me clava la mirada. Es una de esas miradas que abrasan sin tocar, que recorren cada parte de mí con la certeza de quien ya ha estado ahí… y quiere volver.

—¿Tienes idea de lo que me hiciste? —murmura, con la voz ronca.

—¿Quieres que te lo recuerde? —provoco, alzando una ceja.

Lucien sonríe de medio lado; en sus ojos hay oscuridad y peligro, y sé —porque lo conozco— que acaba de leerme el pensamiento.

—No juegues conmigo, Abril.

—No estoy jugando.

—Sí que lo haces. Llevas todo el rato haciéndolo. Con esa lengua que se te escapa, con esa forma de mirarme como si no me odiaras del todo, como si me echaras de menos, como si todavía me quisieras.

—Tú tampoco te quedas corto —susurro, casi sin aire—. Me miras como si no hubieras pasado meses encerrado. Como si no me hubieras olvidado ya.

Y por segundos, recuerdo las palabras de su ex.

—Yo nunca dejé de quererte, tesoro mío —dice, más bajo—, y tú me hablas como si todavía fueras mía.

El silencio se tensa entre los dos, cargado de todo lo que nunca ha terminado de romperse. Entonces se acerca, me rodea la cintura con un brazo y me empuja con suavidad hasta pegar mi cuerpo al suyo; su boca apenas roza la mía.

—¿Y si todavía lo soy? —murmuro, casi en su lengua—. ¿Y si nunca dejé de serlo?

Se le corta la respiración. Sus ojos se tiñen de un rojo intenso, tan brillante que casi puedo verme reflejada en ellos, mientras una de sus manos recorre mi espalda con lentitud. Me hace sentir que el tiempo nos pertenece, y puede que en este momento sienta, solo por un instante, que a pesar de todo, no estamos hechos de ruina y ceniza.

—Entonces bésame —me reta—, pero hazlo como si esta vez no fueras a marcharte.

—Has sido tú quien me empujó a hacerlo —respondo, sin apartar la mirada—. Tú fuiste el que me dejó sin opción.

Una sombra de algo parecido a una sonrisa cruza su boca.

—Si de verdad crees que tengo tanto poder… —dice, acercándose un poco más— entonces úsalo de una vez. Quédate.

Lo atrapo. Su boca, su respiración, todo. El beso es crudo, profundo, doloroso; lo doy intentando borrar cada herida que nos hicimos. Me dejo querer y quererlo porque es mi cumpleaños, porque lo deseo, lo quiero demasiado, aunque duela, aunque mañana me arrepienta, aunque siempre hayamos sido un desastre.

Me besa con una urgencia primitiva, cargada de todo lo que ha contenido durante demasiado tiempo. Su boca se aferra a la mía con una desesperación que no pide permiso. No me resisto: le muerdo, lo beso con rabia y con ganas, buscándolo y castigándolo al mismo tiempo, hasta que el beso deja de ser solo deseo y se vuelve choque, rendición y tregua a la vez.

Sus manos descienden por mi espalda y, con una facilidad que siempre me puede, me alza para sentarme a horcajadas sobre él. Su erección roza justo donde más lo necesito y el calor me atraviesa de golpe, subiéndome desde las piernas hasta el pecho, dejándome sin aire y sin intención de frenar nada.

—Estás empapada, lo puedo oler —murmura contra mi oído—, y ni siquiera te he tocado aún.

—Tócame —susurro, sin vergüenza—. Es mi cumpleaños. Me lo merezco.

Gruñe, un sonido animal que me atraviesa, y sus manos se cuelan bajo mi pantorrillas.

—Quítate esa ropa… o te la arranco en un suspiro.

No necesito más aviso. Me levanto despacio, sin apartar la mirada mientras me deshago del mono, pierna a pierna, con una teatralidad deliberada. Lucien se recuesta, apoyando las manos en el sofá, los ojos fijos en cada movimiento.

—Estás disfrutando demasiado —murmuro.

—Ni te imaginas cuánto.

Vuelvo a sentarme sobre él, sin ropa ni barreras. Su cuerpo me recibe como si nunca me hubiera ido, y el mío se rinde como si jamás lo hubiera olvidado. No pregunta ni duda: desliza los dedos por mi sexo y una sola caricia basta para hacerme temblar.

—Mierda, Abril… así no voy a aguantar.

—¿Y quién te ha pedido que aguantes?

Su boca baja por mi cuello, lame, muerde, deja una marca que arde. Mis caderas se mueven solas, buscando más, rozándose contra su pantalón en una fricción brutal, deliciosa, hasta que tiro de su camiseta con manos torpes.

—Quítatelo.

Obedece, y yo me lanzo sobre su piel, arrancándole la ropa como si quemara. Echo de menos el frío de su cuerpo, esa ausencia de temperatura que siempre fue hogar. Cuando me empuja con suavidad contra el sofá y baja entre mis piernas, dejo de ser persona: soy cuerpo, instinto, deseo.

Se arrodilla frente a mí, abre mis piernas con calma y me mira como si acabara de encontrar su pecado favorito.

—Feliz cumpleaños, mi humana.

Me da el placer despacio, con la lengua, los labios y los dedos, como si me lo debiera, como si cada segundo lejos hubiera sido una deuda. Gimo, me agarro a su pelo, me arqueo hasta que vuelve a subir y me toma de una sola vez, fuerte y hondo, sin tiempo que perder.

—Joder, Lucien…

—Dímelo otra vez.

—Te odio…

—No. Dímelo bien.

—Te deseo —confieso, con la voz rota.

—Lo quiero todo… dímelo todo.

Amaga con apartarse y el pánico me atraviesa; clavo las uñas en sus brazos y lo atraigo hacia mí con fuerza. Él podría resistirse, es más fuerte, más poderoso, inmortal… y aun así se deja caer sobre mí.

—Dímelo —exige, con un gruñido que me atraviesa el pecho.

—Que sí… que te quiero. Que siempre te he querido. Siempre. Demasiado.

—Demasiado nunca será suficiente —responde—, porque lo quiero todo de ti.

Y me folla como si eso lo liberara, como si hacerlo fuera la única forma de volver a respirar.

Y quizá lo sea.

LUCIEN



No tengo ni idea de qué hora es, aunque tampoco me importa. Abril duerme sobre mí y el mundo puede detenerse aquí mismo. Está despatarrada, con el pelo enredado sobre mi pecho, la boca entreabierta y el cuerpo completamente rendido, abandonado al peso de lo que acabamos de hacer, como si el placer le hubiera drenado hasta el alma. Y, siendo sincero, ese era exactamente el plan.

Respiro hondo. No porque me falte el aire, sino porque hacía siglos que no sentía esta clase de calma. O este agotamiento tan particular, denso y satisfactorio, que solo llega cuando algo se ha liberado del todo.

Porque lo de esta noche no ha sido solo sexo. Ha sido un exorcismo en toda regla. Un ajuste de cuentas con el deseo acumulado, con la rabia de tantos meses a dos velas. Y sí, esa es la expresión exacta. A dos velas. No por falta de recursos —dinero me sobra—, sino por una escasez sexual grave, prolongada y peligrosamente insana.

No es solo que no haya follado en meses. Es que, además, he tenido que ver cómo la mujer que amo intentaba rehacer su vida con cualquiera que se le pusiera delante: humanos, licántropos, criaturas varias… mientras yo sobrevivía a base de bolsas de sangre rancia y fantasías con fecha de caducidad. Dicen que la falta de sexo afecta a la salud. Yo no lo digo en broma. La ansiedad se me disparó, el carácter se me volvió una mezcla poco atractiva de ogro y psicópata, y para colmo terminé comiendo insectos de la celda como aperitivo, con la misma naturalidad con la que alguien devora patatas fritas y chocolate durante el síndrome premenstrual. No sé si la abstinencia debilita el sistema inmune de los vampiros, pero, a este paso, como alguien me mire mal esta semana, igual me echo a llorar en vez de arrancarle la cabeza. Lo estoy valorando seriamente.

Y luego está ella.

La responsable directa de esta sequía infernal.

Ahora la tengo aquí, dormida, con las piernas enredadas entre las mías y el cuerpo todavía tibio del esfuerzo. Y me jode admitirlo, pero me he vuelto peligrosamente adicto a esta versión de nosotros. A la que no discute. A la que gime, muerde, se deja llevar y no me lanza cojines a la cara.

Supongo que eso es lo que ocurre cuando reprimes el deseo durante demasiado tiempo: que te consume, te enferma y te altera por dentro hasta el punto de cambiarte el humor, el metabolismo y la forma de estar en el mundo. Y cuando por fin lo liberas, como esta noche, el cuerpo se queda flotando. Saciado. En paz.

Aunque sea una mentira cómoda.

Porque no me basta. Nunca me basta. Por mucho que la tenga así, encima, dormida, tranquila… sigo queriéndola más. Tocarla más. Quedarme aquí hasta que el mundo se acabe y nos pille follando.

Paso los dedos por su espalda con lentitud, memorizando su silueta. Me gustaría tatuármela bajo la piel o impedir que desaparezca cuando despierte.

Lo que más me asusta no es que vuelva a marcharse.

Es que, después de esta noche, ya no sabría cómo dejarla ir sin que algo dentro de mí se rompa del todo.

—¿Estás reflexionando sobre lo bien que me muevo o simplemente te has quedado embobado con mis ronquidos?

Su voz sale ronca, suave, arrastrada por el sueño, y aun así consigue clavar la primera pulla del día con la misma soltura con la que se acurruca más contra mí. Es ella: su cuerpo tiene claro que no quiere irse, aunque su boca todavía se resiste a admitirlo.

Sonrío. No hay otra reacción posible.

—Tus ronquidos no son tan graves —respondo, acariciándole el pelo—. He sobrevivido a cosas peores. Como a tu mal humor antes del café.

Entorna los ojos, aún medio dormida, y esboza una de esas sonrisas pequeñas y sinceras que le nacen sin permiso. Me deja sin aire.

—Ya… Y tú tampoco te quedas corto. Anoche casi me partes en dos. ¿Siempre es así cuando llevas tiempo sin mojar?

—Te recuerdo que has gritado mi nombre como si te estuvieran exorcizando. Varias veces.

—Eso no te lo crees ni tú, colmillitos.

—Abril.

—¿Qué?

—Estás preciosa. Incluso despeinada, con cara de resaca y la marca de mis colmillos en el cuello.

Parpadea. No sé si se sonroja, se enfada o hace ambas cosas a la vez.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a escribir una oda a mis tetas.

—Lo estoy considerando. Rima con muchas cosas.

—Eres idiota.

—Y tú sigues aquí. Así que no debo ser tan insufrible.

Se acurruca más, escondiendo la cara en mi cuello, y yo cierro los ojos.

—Estaba borracha —murmura—. No vale. Lo que dijimos. Lo que hicimos. Técnicamente, no cuenta.

Guardo silencio unos segundos mientras le acaricio el pelo despacio, sin creerme ni una palabra de esa excusa.

—No me vale —respondo al fin, con la voz baja y firme—. Ni de coña.

Suspira. Largo. Cargado.

—Lucien…

—No me digas que no fue real. No te obligué, no fingiste. Tus uñas siguen marcadas en mi espalda y cada gemido tuyo aún me retumba en los huesos.

No responde. Se incorpora un poco y gira la cabeza para evitar mirarme.

Y entonces lo noto. El cambio.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque ya me tenso.

Silencio.

—Abril…

—Me vino a hablar tu ex. Divine.

No es un golpe. Es un disparo silencioso.

—Lo sé —respondo.

Frunce el ceño.

—¿Lo sabías?

—Sí. Y me cabrea no haber llegado a tiempo.

—Me habló de… de la posibilidad de tener hijos contigo. De que existen formas. De que incluso podría… convertirme.

Se sienta de espaldas a mí, con las piernas encogidas, el pelo, ahora corto rozándole el cuello. Está preciosa. Siempre lo ha sido.

La observo en silencio.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que me parecía una locura, ¿qué más sino? —Suelta un resoplido amargo—. Que no sabía si era lo que quería… pero mentí.

—¿Mentiste?

—No estoy segura de nada, Lucien. —Gira el rostro para mirarme de lado—. Pero cuando me lo dijo… pensé: ¿y si…?

No puedo respirar.

—No deberías fiarte de Divine —respondo, más frío de lo que quisiera—. Nada de lo que ofrece es gratis.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Tú también tienes condiciones para quedarte?

La miro.

—Solo una —digo—. Que nadie decida por ti lo que puedes ser. Ni ella. Ni nadie.

—¿Y tú?

No respondo.

—Siempre haces lo mismo —murmuro—. Hablas de libertad, pero en el fondo lo haces para llevarme la contraria.

—Otra vez —salta—. Ponte en mi lugar. Solo una vez.

Hace una pausa.

—Y, te guste o no… sigo queriéndote. Te amo.

Eso sí que no lo esperaba.

—Y si existe la mínima posibilidad —continúa— de estar contigo, de formar la familia que deseo… contigo… claro que voy a escucharla.

Debería prometerle el universo.

Pero no puedo.

Porque hay precios que no estoy dispuesto a pagar.

Y ese… es uno de ellos.

No.

Lo que no puedo hacer es condenarla. Convertirla en esto: en lo que yo soy.

No quiero arrebatarle aquello de lo que me enamoré desde el principio: su humanidad. Esa combinación preciosa de fuerza y fragilidad, de impulso y contradicción; la forma en que pelea por lo que desea incluso cuando no tiene claro qué es; esa manía suya de desafiarme aun con la voz temblándole; la luz que le habita la mirada, incluso cuando me odia.

No.

No voy a apagarle nada de eso. La amo tal como es. Humana. Imperfecta. Impulsiva. Ella.

Y si algún día llega a odiarme por impedírselo, cargaré con ello. Pero no permitiré que pierda lo que la hace tan ella. Joder. Justo eso.

—Abril, escúchame, cariño…

Ella gira la cara. Una lágrima se desliza por su mejilla y me parte algo por dentro. El pecho me da un vuelco al verla así, y hasta el corazón que no late, parece querer hacerlo.

—Podemos hablar de esto más tarde —susurro—. Hoy es tu cumpleaños. Celebremos la vida, no lo contrario.

—¿Y si eso es lo que quiero como regalo?

Extiendo la mano y le acaricio el rostro con la yema de los dedos. Su piel está fría; parece que las dudas la hubieran ido vaciando desde dentro.

—Amor mío… esto no se pide como quien sopla una vela. No es un capricho. Es tu existencia. La tuya. La mía. Y una decisión sin vuelta atrás.

No responde.

El silencio me empuja a seguir.

—Sabes lo que pienso. Divine no da nada sin cobrarlo después. No confío en ella. Ni en sus palabras ni en sus intenciones. Y si algo

sale mal… ya no sería solo yo quien pagara las consecuencias. Tú también quedarías atrapada.

—¿No ves que ya lo estoy? —responde en voz baja, sin mirarme —. Estoy hecha un lío, Lucien. No sé qué pensar. No sé qué elegir.

—Lo sé —digo, tragándome el nudo que me cierra la garganta.

Y lo sé de verdad, porque la siento romperse por dentro. Porque he visto esa mirada antes, cuando intenta ser fuerte sin saber cómo. Me destroza no tener una solución que ofrecerle. Nada de esto está en mis manos. Nada de lo que importa, al menos. Solo tengo una certeza: no voy a dejar que pierda lo que la hace única.

—Aún no he tomado ninguna decisión —murmura, con la mirada fija en el suelo—. Todo esto es muy reciente. Ayer estaba confundida…, y sigo sin tenerlo claro. Tal vez sea una opción. No lo sé. Necesito pensarlo. Hay demasiadas cosas ocurriendo a la vez.

Me incorporo un poco, todavía desnudo, sin atreverme a moverme demasiado, temiendo que el equilibrio entre nosotros cuelgue de un hilo.

—Cuéntamelo. Dímelo todo. No me dejes fuera. Estoy aquí para ti.

—No, Lucien —responde, firme pero agotada—. Esto no es algo en lo que puedas ayudarme. Tengo que pensarlo. Decidir por mí misma. Tú mismo me lo has dicho.

Se levanta y recoge la ropa con movimientos lentos, casi rituales. Quiero detenerla. Un minuto más. Un respiro.

—Será mejor que me vaya —añade, sin mirarme.

—¿Cómo que te vas?

—Necesito tiempo.

—¿Tiempo? —me pongo en pie, incapaz de controlar el temblor de la voz—. He pasado meses lejos de ti, Abril. Meses. ¿Cuánto más necesitas? Has dicho que me amas. Yo también te amo. Quédate. Vuelve a casa. Por favor.

—No es un no —murmura mientras se viste a medias—. Solo… necesito pensar. No esperaba verte. Y ahora todo está del revés.

No sé cuántos siglos llevo respirando, ni cuántas veces me he enfrentado a lo imposible, pero ninguna batalla me ha dolido como

esta. Como verla marcharse después de haberla tenido de nuevo entre mis brazos.

—Te echo de menos, amor —digo, sin rogar, solo dejándolo claro. No quiero que se vaya creyendo que me da igual.

Ella se gira apenas. Hay un temblor diferente en su rostro.

—Quiero volver a hablar con Divine. Que me lo explique bien. ¿Sabes cómo puedo contactarla?

Hace una pausa. Rueda los ojos.

—Bueno… claro que sabes.

La estocada entra limpia. Justo donde más escuece.

—Sí, lo sé —respondo—, pero no por lo que imaginas. No he tenido contacto con ella. Ni con ninguna otra mujer. Ni humana ni inmortal. Con nadie.

—Has estado preso. No podías.

—Y aunque hubiera podido… —me muerdo la lengua.

La frase que me atraviesa es una daga que decido no clavarle. No ahora. No así. No cuando todavía solo sé respirar si está cerca.

—Bien —dice, ajustándose la ropa—. Pásame su contacto. Necesito hablar con ella. Aclarar las cosas.

Y con esa sentencia, tan definitiva como un portazo, termina de vestirse.

Yo no me muevo. Me quedo allí, viendo cómo la distancia vuelve a instalarse entre nosotros.

Hasta que está a punto de cruzar la puerta.

Entonces no puedo callarme.

—Me ha pedido un hijo.

Se queda quieta. La mano sobre el pomo. El cuerpo rígido. No se gira.

Silencio.

—Ese es su precio. Me ha pedido un hijo —repito.

Permanece inmóvil. No dice nada, pero su respiración cambia. Lo oigo. Esa pausa exacta en la que decide si ha escuchado bien o si prefiere fingir que no. Y como no responde, lo suelto todo. De golpe. Sin protección. Ya quisiera yo que decirlo en voz alta lo pudiera deshacer.

—Me lo soltó así, sin más. Dijo que sería el trueque perfecto. Que el linaje era importante. Que había métodos, rituales, ciencia mágica… o la mezcla de barbaridades que se haya inventado esta vez. Que tenía planes. Planes conmigo. Con mi descendencia. Con una combinación de razas, poderes y genética, como si yo fuera un experimento andante.

Ella gira despacio la cabeza y me mira. Confundida. Horrorizada. Y ese gesto, por absurdo que suene, me alivia un poco.

—¿Te das cuenta? —continúo, sin dejarle espacio para responder —. Divine quiere un hijo mío. Un crío con mis colmillos, con su veneno y su ambición. Un heredero que no le pertenezca a nadie más. Y ahora va y te lo plantea a ti como si fuera la solución a todos nuestros problemas. Como si ofreciera un milagro. Como si fuera normal.

—Lucien…

—No. No me digas nada aún. Déjame terminar, porque si no reviento. Te ha llenado la cabeza de promesas, de fórmulas, de palabras que suenan a destino…, pero no es destino, Abril. Es manipulación. Es Divine. Y ella no mueve un solo dedo sin algo que ganar.

Da dos pasos hacia mí. No más. Lo justo para enfrentarnos sin necesidad de levantar la voz.

—¿Y tú qué le dijiste?

—¿Qué iba a decirle? Que estaba loca. Que no pienso participar en ningún delirio suyo. Que si cree que puede usarme como semental inmortal, está muy equivocada. Lo peor es que… —trago saliva— lo dijo sabiendo que te lo iba a contar. Esa parte la omitió, claro.

—¿Lo sabía?

—Por supuesto. Divine no improvisa. Ha jugado las piezas como siempre. Me encerró. Estoy seguro de que fue ella quien provocó aquella inspección. Luego fue a buscarte. Te ofreció lo que más deseas. Y yo, mientras tanto, sin poder mover un solo dedo, viendo cómo se acercaba a ti con esa sonrisa suya y esa forma sucia de disfrazar el control de opción.

El silencio cae entre nosotros como una losa.

—¿Y tú crees que eso es lo que quiero? —pregunta al fin, con la voz rota—. ¿Que me ilusione con una vida a medias con alguien que no sabe si puede quedarse? ¿Que me aferre a lo imposible porque una arpía me ofreció la única cosa que tú jamás me prometiste?

No respondo. Porque no tengo defensa. Porque, en el fondo, sé que tiene razón.

Y eso… eso me destroza.

—¿Al menos sabías que existía esa posibilidad?

Joder.

Cierro los ojos. Aprieto los dientes. Y, a regañadientes, asiento.

—No me lo puedo creer —susurra—. ¿Todo este tiempo lo sabías? ¿Todo este maldito tiempo sabías que había una forma de que las cosas fueran distintas?

—No es así —respondo, arrastrando las palabras—. Lo que sabía con certeza es que tú siempre quisiste ser humana. Que esa era tu elección. Desde siempre. ¿Desde cuándo convertirte en inmortal se ha vuelto un deseo real, Abril? ¿Desde que alguien te ofreció la maternidad como moneda de cambio?

Doy un paso hacia ella, intentando explicar con el cuerpo lo que no consigo con la voz.

—Le he dado vueltas. Muchas. Demasiadas.

—¿Y? —pregunta, tensa.

Hago una mueca de dolor, porque lo que viene va a romper algo. Y no hay forma de evitarlo.

—Estaría dispuesto a hacerlo —confieso—. A tener un hijo con ella. Aunque no quiera. Aunque solo imaginarlo me revuelva el estómago. Si eso fuera lo único necesario para que tú tuvieras lo que deseas… lo haría.

—¿Tan terrible te parecería? —responde, con una ironía que corta—. No me lo creo.

—Abril, joder. Sabes que no quiero nada con Divine. Me conoces. Y sabes perfectamente que jamás te traicionaría. Ni por ella. Ni por nadie.

No responde. No hace falta. Sé que lo sabe.

—¿Entonces? —susurra—. Si estás dispuesto…

—No he terminado —la interrumpo, con más firmeza de la que pretendía.

Sus labios se tensan, pero me deja continuar.

—Estaría dispuesto… solo si el precio no fuera tu vida. Y eso, Abril, es exactamente lo que está en juego. Nadie puede garantizar qué pasará si cruzas esa línea. Ni Divine. Ni yo. Nadie.

Mis colmillos amenazan con salir. No por deseo. Por frustración. Por tener que decir lo siguiente.

—Estoy dispuesto a aceptar que tengas un hijo de otra persona. Que lo busques como puedas. Que lo críes conmigo sin que sea mío… mientras tú lo quieras. Solo así. Mientras sea contigo.

Algo se rompe dentro de mí al decirlo. Y no hay vuelta atrás.

El silencio que sigue no dura ni un segundo entero.

No hay palabras. No hay miradas.

Solo el portazo.

Ella se ha ido.

Me quedo ahí, plantado, con el pecho abierto y todo el amor del mundo desperdiciado en el aire.

CAPÍTULO 15

REUNIONES, REVELACIONES Y BRUJAS CON *PEDIGRÍ*

ABRIL



Llevo una semana sin hablar con Lucien. Una entera. Setenta y dos horas de silencio, trescientos cafés y demasiadas conversaciones imaginarias con él en mi cabeza. Y lo peor no es el vacío existencial de no tenerlo rondándome como una sombra sexy y dramática; no. Lo peor es que ese maldito vampiro cumple lo que promete: me deja pensar.

Y vaya si pienso.

Pienso tanto que casi me explota la neurona brujil esa que, al parecer, tengo por herencia. Porque sí, resulta que ser hija de una humana que nunca fue del todo humana y de un demonio con apellido de catálogo infernal tiene consecuencias. Y una de ellas es descubrir que, quizá, romper con un vampiro no es lo más complicado que me va a tocar en la vida.

Así que los convoco. A todos. Organizo una especie de aquelarre improvisado con mi equipo de apoyo emocional paranormal: Cata, Adrien y Lucien. Este último aparece con cara de no sé si me odias, me echas de menos o estás a punto de lanzarme una silla, pero aun así viene. Con traje, además. Porque es Lucien. Y si va a sufrir, lo hace con estilo.

Se sienta en el sofá y, en cuestión de segundos, el espacio parece reorganizarse a su alrededor. Y entonces lo veo: en el gesto automático de cruzar la pierna, el bajo del pantalón se le sube apenas lo justo para dejar al descubierto una pulsera electrónica en el tobillo. De esas que llevan los criminales en libertad condicional.

Me quedo mirándola como una idiota. No porque no supiera que le habían concedido el régimen vigilado, sino porque… joder, no la había visto. Ni me había fijado. Claro que aquella noche estaba demasiado borracha. Y demasiado ocupada con él. Literalmente encima de él.

Alzo la vista y me lo encuentro observándome. Sabe perfectamente qué es lo que estoy mirando. No dice nada, pero una ceja se le arquea con ese aire suyo, entre resignado y provocador, que siempre consigue descolocarme. Yo, en respuesta, me sonrojo hasta las orejas. Me arde la cara.

Cata me lanza una mirada de ¿todo bien o ya te has puesto a imaginar cosas? y carraspeo para disimular, fingiendo que el sofá acaba de contarme algo muy interesante.

—Gracias por venir —digo al fin.

Nadie responde. Solo Cata me hace un gesto impaciente, de esos que significan tú dirás, cariño, que la intriga me está matando.

Lucien no aparta los ojos de mí, y yo soy incapaz de borrar de la cabeza la imagen de la pulsera asomando bajo el pantalón. Empiezo a entender por qué camina como si llevara la conciencia de medio juzgado atada al tobillo. Me remuevo en el asiento, incómoda, y respiro hondo.

—¿Vas a soltarlo ya o esto era una cita grupal para vernos las caras y fingir que no pasa nada raro contigo? —pregunta Adrien, llevándose medio pastelito a la boca.

—A ver, eso también lo hacíamos antes, ¿eh? —añade Cata, con media sonrisa—. Pero venga, habla, que me tienes más intrigada que cuando no sabías si te gustaban los vampiros o los licántropos.

Lucien ladea la cabeza con una calma estudiada, de esas que utiliza justo antes de decir algo destinado a sacarme de quicio. Antes de hablar, le dedica a Cata una mirada seca, afilada, que la atraviesa sin necesidad de palabras.

—Yo también tengo curiosidad —dice al fin—. ¿Qué es exactamente lo que nos quieres contar, Abril?

Me aclaro la garganta. Trago saliva. La sensación es parecida a la de estar a punto de dar una rueda de prensa sin preparación previa y con el pulso en huelga.

—Mi abuela me mintió —empiezo—. Y no hablo de un drama adolescente ni de una exageración emocional. Me ocultó que en su familia hay magia. Y no del tipo simpático o anecdótico. Brujería real. De la de verdad.

Hago una breve pausa antes de seguir.

—Y mi padre… bueno, no es exactamente de este plano. Más bien del otro. El que huele a azufre y tiene pésima reputación en las iglesias.

—¿Una bruja? —dice Lucien.

No suena acusador, más bien a poca satisfacción. Se le dibuja en los labios una mueca pequeña, conocedora, que me enciende las mejillas y me revuelve ideas peligrosas.

—Algo así tenía que haber —añade—. Siempre lo sospeché. Entre la forma en que embrujas con la mirada y las maldiciones que sueltas nada más despertar…

—Y tú eres un santo, claro —le corto—. El mártir del siglo. Vampiro reinsertado, pulsera electrónica incluida y sarcasmo de serie.

Adrien suelta una carcajada tan sonora que escupe migas sobre la mesa.

—¡Pulsera electrónica! Eso va directo al grupo —anuncia, ya con el móvil en la mano—. No sé cómo no se me ocurrió antes.

—Ey, para el carro. Esto es demasiado para mí —interviene Cata —. ¿Cómo qué tus padres son… —Ni es capaz de decirlo y entiendo su estupor. Así me quedé yo—. No lo entiendo.

Abril me conoce desde el instituto, desde que éramos unas adolescentes marranas y sin demasiado criterio. A veces pienso que, en el fondo, seguimos siéndolo. Conoció a mi abuela y la quería de verdad; para ella también era importante. Siempre hemos sido casi como hermanas, y perderla ahora me arranca a la única persona que todavía me anclaba a la humanidad.

Y lo odio por ello.

—Vaya, vaya… la cosa se pone interesante —dice Adrien, mirándome con los ojos muy abiertos mientras se lleva otro bizcocho a la boca.

Dios mío, cómo come ese tío; no para. Algo que siempre me ha sorprendido, porque los vampiros no comen comida normal como nosotros… bueno, como algunos de nosotros.

¿Podré seguir comiendo comida normal? El pensamiento me asalta con la torpeza propia de quien se siente fuera de lugar en todo esto, como un pez sin agua. Todos hemos pasado por la formación escolar básica sobre las criaturas que habitan nuestro mundo, aunque confieso que la asignatura de Historia nunca fue precisamente mi fuerte. Ahora empiezo a entender la importancia de no limitarse a una sola materia.

Sigo dándole vueltas a Adrien. Es raro. No consigo encajarlo en ninguna especie conocida, y empiezo a preguntarme si no tendrá también alguna parte humana… o una costilla fuera de catálogo.

—Mira, si resulta que tienes poderes —dice Cata, mirándolo de reojo—, ¿podrías usar alguno para convertir a Adrien en algo útil? No sé… una aspiradora de bocachanclas o una rata con un mínimo de dignidad.

—Mira que eres imbécil… —Adrien niega con la cabeza, divertido —. Lo dice la que va vestida de muñeca de escaparate vintage. Mucho rosa, pero cero flor.

—Y tú pareces un vampiro de manual —le replica ella—. De esos que no sabes si van a un funeral o a una cita con una gótica desencantada.

—¿Te estás fijando en cómo visto, Cata? —responde él, arqueando una ceja—. Podrías haberlo dicho antes. Me habría puesto algo más ajustado.

—Ni en sueños —resopla—. Si me gustaran los disfraces de Halloween, te pediría una foto. Pero no me van los disfraces… ni los idiotas.

—Mentira. Siempre te han encantado los idiotas. Aquí me tienes, babeando por ti desde hace tres cafés.

—Y yo sin pedirte ninguno. Qué despilfarro de saliva.

El cruce de miradas es tan cargado que casi espero que salten chispas de verdad.

—¿Os vais a besar o queréis que invoque algo para distraeros? —intervengo—. Porque, si esto acaba en gritos o sexo sobre la alfombra, preferiría saberlo con antelación para largarme.

El silencio cae de golpe. Ni Adrien ni Cata dicen nada, aunque la tensión sigue flotando en el aire.

Desde el sofá, Lucien deja escapar una carcajada baja. Es la primera vez en días que lo oigo reír así. No sé si me irrita que se divierta… o si, en el fondo, me reconforta. Me doy cuenta de que está más callado de lo habitual. Hay silencios que no estaban antes, pausas raras. La prisión no pasa en balde, y en él ha dejado algo que aún no sé identificar, pero es extraño.

—Sois un grupo de desequilibrados —añado, cruzándome de brazos—. Y aun así, aquí estamos. Intentando salvar mi mundo. O, al menos, entender qué demonios soy.

—Literalmente —apunta Adrien.

Esta vez, nadie lo contradice.

—Os recuerdo que esto es serio —digo, intentando reconducir, aunque la risa se me escape—. Puede que no sea cien por cien humana. Puede que mi madre ocultara algo. Y mi padre… bueno, es posible que no venga precisamente del barrio.

—¿De cuál? —pregunta Adrien, dramatizando—. ¿Del más allá? ¿Del inframundo con código postal?

—No todos los demonios vienen del infierno —responde Cata, cansada—

—Claro. Yo conocí a una vestida de rosa chillón y era de aquí —murmura él.

—Basta —les corto, ya sin poder contener la sonrisa—. El caso es que puede que tenga sangre mágica. Y demoníaca. Y hay una profecía. Y…

—¿También hay espada legendaria o marca lunar en alguna parte comprometida? —interrumpe Cata.

Lucien vuelve a reír, suave, y noto su mirada fija en mí. Atenta. Analítica. Como si debajo del caos y los chistes hubiese algo que él ya intuye desde hace tiempo.

—Entonces —dice, ahora serio—, ¿qué piensas hacer con todo esto?

Levanto la cabeza. Las manos me tiemblan, pero no las escondo.

—Descubrir la verdad. Toda. Y usarla si puedo. Si tengo magia, quiero conocerla. Y si hay algo demoníaco en mí… al menos eso explicaría mis crisis existenciales.

Lucien asiente sin añadir nada. Solo me observa. Con esa certeza silenciosa que siempre me ha puesto nerviosa.

Y lo peor es que, muy dentro, empiezo a sospechar que él también lo sabía.

—A ver, a ver… vamos por partes —Adrien se pone serio, y se agradece—. Para empezar, explícanos bien toda esa historia, porque esto cambia el juego de una forma… —desvía la mirada hacia su amigo, que permanece inmóvil— complicada.

Lucien ni parpadea. No es que lo necesite, aunque antes solía hacerlo más… humano.

—Añade muy complicada —remata Cata.

Trago saliva. Durante un segundo casi me arrepiento de haberlos convocado. No sé si me están ayudando o si solo están consiguiendo que me ponga más nerviosa.

—No sé mucho —admito—. Me quedé tan abrumada que no quise escuchar todo lo que mis tíos abuelos tenían que decir. Es complicado, sí —miro a Adrien; entorna los ojos con una compasión que no intenta disimular—. Si mi madre era una bruja y mi padre un demonio… ¿eso en qué me convierte?

La pregunta es retórica, aunque la respuesta llega de inmediato.

—En un peligro.

La voz de Lucien es grave, tan rotunda que resuena en toda la estancia y me recorre un escalofrío.

Cruzo la mirada con él. Sus ojos están más oscuros que nunca, insondables, y su expresión es la más seria que recuerdo haberle visto. Algo en mi interior me dice que eso no es buena señal. No sé si está preocupado… o aterrorizado.

—En efecto —añade Adrien—. Lo primero es averiguar quiénes eran realmente tus padres. Con eso podremos hacernos una idea más clara de tus orígenes e investigar a partir de ahí. Podrías incluso

hacerte una prueba de ADN, aunque eso implica moverte dentro de la legalidad, y no te recomiendo exponerte en público como criatura mágica sin saber aún qué significa exactamente.

Asiento, resignada. Yo pensaba que sabía quiénes eran mis padres. Tenían nombres, apellidos… y ahora puede que ni eso sea cierto. Un desastre.

—¿Se puede ser media bruja y medio demonio? ¿O solo eres una cosa u otra? —pregunta mi amiga—. No entiendo muy bien cómo funciona el sistema reproductivo de vuestras especies raras.

—La biología nunca fue lo tuyo —le suelta Adrien a Cata.

—Y a ti se te da mal absolutamente todo —responde ella, sin pestañear.

Y ahí vamos otra vez.

—Catalina, si quieres saber cómo funciona el sistema reproductivo de nuestras especies, estaré encantado de darte una clase privada de genética avanzada, con ejemplos gráficos y explícitos.

—Vete a llamar Catalina a tu madre podrida, imbécil. Y no me hace falta ninguna clase: habré follado yo más raritos que tú en toda tu vida inmortal.

Odia que la llamen de Catalina, nombrada tras su abuela que no era bruja pero tenía todas las papeletas de serlo.

—Uff… toda una señorita…

—Por favor —intervengo, ya al límite—. No me estáis ayudando.

Lucien sigue sin abrir la boca. Y eso empieza a sacarme de quicio.

Cata y Adrien se miran con desdén, los labios tensos, como dos caniches a punto de morderse.

—No sé cómo hacer esto sola —digo al fin—. Necesito vuestra ayuda.

Busco a Lucien con la mirada. No me devuelve el gesto. Tiene los ojos perdidos en algún punto indeterminado del salón, y ese distanciamiento me descoloca más de lo que quiero admitir.

—¿No sería mejor hablar de nuevo con tus tíos abuelos? —propone Adrien—. Si fueron ellos quienes te lo contaron, seguro que saben más.

—Sí… —bajo la mirada—. Fui un poco brusca con ellos, pero… joder…

La voz se me quiebra. Todo vuelve a caerme encima de golpe.

—Tranquila —Cata se levanta y se sienta a mi lado—. Ven.

Me coge las manos entre las suyas. El gesto me reconforta más de lo que esperaba. Se lo agradezco en silencio.

Ojalá hubiera sido Lucien quien lo hiciera. No lo hace. Y eso confirma que algo no va bien.

Me llevo una mano al pecho para calmar el ruido dentro de mí. Y entonces lo recuerdo.

—Ah… mis abuelos me dieron esto —tiro del collar que llevo bajo la camiseta y se lo enseño—. Dijeron que era para protegerme o algo así. No lo entendí del todo. Creo que tiene que ver con un hechizo de protección.

Lo que ocurre a continuación nos deja a Cata y a mí completamente perplejas.

Adrien y Lucien se levantan de golpe, casi al mismo tiempo, y se quedan mirando el collar como si se hubieran quedado petrificados. Durante un segundo pienso que parecen dos gárgolas expuestas al sol: sus expresiones son de pura conmoción.

—Eh… tampoco hace falta poner esas caras —dice Cata, tomando el colgante entre los dedos—. Supongo que habréis visto joyas más impresionantes en vuestras larguísimas vidas, pero no es para tanto. Es sencillo, pero bonito. A mí me gusta, Abril. Te queda genial.

Catalina no se da cuenta de que a esos dos les acaba de dar algo muy serio.

—No puedo con esto —suelta Lucien, sin rodeos.

Levanto la mirada hacia él, descolocada.

Adrien lo observa con la misma gravedad.

—Tranquilo, amigo. Respira. Ve con calma.

—Ni calma ni hostias. Yo aquí no me quedo. Con esa…

Hace una mueca de rechazo mientras me clava la mirada. Siento un ardor desagradable en el estómago.

Sin decir una sola palabra más, cruza el salón, abre la puerta y se marcha de un portazo.

Eso sí ha sido demoníaco.

Y, sobre todo, profundamente desconcertante.

—¿Alguien me puede explicar qué acaba de pasar? —pregunto, con la garganta seca, todavía en shock.

—Es… complicado —murmura Adrien.

—Joder… ¿puedes decir algo que no sea «es complicado»? —Catalina imita su tono con descaro.

Adrien no le devuelve la pulla, y eso ya es mala señal. Yo diría que, esta vez, lo que se viene sí es… complicado de verdad.

—Por favor, Adrien… —le suplico.

Vuelve a sentarse, con la mirada baja. Yo me encojo un poco en el sofá, como si el espacio se hubiera vuelto de repente hostil.

—No sé ni por dónde empezar…

—Por el principio —dice Cata.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Ese collar que llevas —continúa Adrien, ignorándola— pertenece a un aquelarre de brujas muy poderoso.

Hasta ahí puedo seguirlo.

—Y si te lo han entregado es porque, con toda probabilidad, eres descendiente directa o legado de ese mismo aquelarre. Eso te convierte en alguien muy… delicado.

Cata resopla.

—¿Y eso qué tiene que ver con que Lucien me haya mirado como si fuera el mismísimo Lucifer? —pregunto entre dientes—. ¿También soy su hija o qué?

—Ojalá —responde Adrien.

Abro los ojos de par en par.

Suspira, largo, como si le pesara cada palabra.

—Resulta que ese aquelarre es el mismo responsable de…

Se detiene.

Cata y yo lo miramos fijamente, como quien espera el susto en una película de terror.

—Dilo ya —le exige ella, impaciente.

—El mismo clan que acabó con la vida de sus padres.

El aire se vuelve denso.

—Lucien odia a las brujas —continúa Adrien—. Mucho más que la sangre sintética. Mucho más que las prisiones de contención. Mucho más que verte coquetear con tipos en discotecas —arqueo una ceja—. Las odia a muerte.

Hace una pausa.

—Ese es el problema. Y esa es la complicación.

Genial.

Justo lo que me faltaba.

Tengo la sensación de que me acaban de volcar un cubo de agua helada encima, de esos que te dejan sin respiración y te barren cualquier apoyo que aún te mantenía en pie.

LUCIEN



Tardé casi medio día en llegar. Hacía tiempo que no volvía a estos lares, a las catacumbas que guardan las tumbas de mis padres. De los dos. Juntos incluso en la muerte, como si ni siquiera ahí hubieran sabido separarse.

Dentro ya no queda nada más que cenizas. Las mismas que vi reducirse a polvo aquel día, cuando comprendí —demasiado pronto — que no volvería a escuchar sus voces ni a sentir su presencia. Solo restos. Silencio. Y una ausencia que no ha dejado de crecer con los años.

No he venido a llorar.

Las catacumbas donde reposan mis padres no admiten ese tipo de debilidad. Aquí no queda nada que pueda quebrarse más. Solo piedra, cenizas y memoria. La suficiente.

Mi padre fue uno de los nuestros cuando aún no existía el concepto de clan tal y como lo entendemos hoy. Casi tres mil años de existencia, nacido en una época en la que los humanos apenas eran algo más que criaturas organizadas por el miedo. Mi madre pertenecía a la realeza vampírica, sangre pura, linaje incontestable,

coronada cuando el mundo todavía se regía por símbolos y juramentos de hierro. Gobernó en el siglo V, cuando no necesitábamos escondernos para ejercer poder.

Se amaron sin fisuras. Sobrevivieron a guerras, a traiciones, a ciclos enteros de extinción. Tuvieron muchos hijos. Demasiados. La mayoría murieron en conflictos que hoy solo figuran en archivos cerrados. Ellos resistieron. Siempre juntos.

Cuando nací yo, decidieron romper con la inercia del destino. No querían otro heredero sacrificado. No querían otro nombre grabado en una lápida antigua. Me protegieron de todo. Incluso de ellos mismos.

Nos aislamos en un castillo concebido para no ser tomado. Allí crecí. Rodeado de aristocracia vampírica, de estrategas, de maestros, de guerreros. Recibí una educación impecable. Me moldearon con precisión. Me convirtieron en un arma capaz de sobrevivir a cualquier escenario. Y funcionó.

Cuando mi apariencia quedó fijada para siempre, supe que había llegado el momento de abandonar el encierro. El mundo no se comprende desde una fortaleza. Se domina desde dentro. Desobedecí. Salí. Viví entre humanos. Entre excesos. Entre sangre y cuerpos intercambiables.

El deseo siempre fue mi flanco débil. No el amor, sino la necesidad de poseer lo que parecía inalcanzable. Mujeres bellas. Promesas vacías. Confundí capricho con conexión demasiadas veces.

Cien años después de nacer, cometí el error definitivo.

Me enamoré de una mujer campesina. Sencilla. Atractiva sin artificio. Hoy reconozco en ella rasgos que más tarde volverían a aparecer en otra. Tal vez esa imagen ya estaba impresa en mí, esperando repetirse. Cuando la condenaron a la hoguera, la salvé. La llevé a mi hogar.

Mis padres se opusieron. Una humana no debía habitar un enclave vampírico de tal poder. La expulsaron. Yo no acepté la decisión. Rompí leyes, tradiciones y jerarquías. La rescaté. Era su único hijo vivo, y por ello no quisieron perderme.

Durante un tiempo, ella vivió bajo su protección. Nadie la tocaba. Nadie osaba cuestionarla. Yo creí haber ganado.

Hasta la noche del asalto.

El castillo fue invadido. Brujas. Magia preparada durante generaciones. Y al frente de todas ellas estaba ella: la mujer a la que había entregado acceso, confianza y nombre. Hechizaron a mis padres. Los redujeron a cenizas. No pude intervenir. No pude moverme.

Entonces entendí.

Nunca me amó. Nunca fue humana. Su propósito era erradicar nuestra especie; utilizarme para acceder a nuestro corazón. Acabar con nuestro legado.

Cuando intentó matarme, reaccioné. La maté. A ella y a muchas de las suyas. Otras huyeron. Las perseguí durante casi dos siglos. Borré su rastro. Cerré sus linajes. Creí haber saldado la deuda.

Me equivoqué.

Ahora estoy aquí, frente a las tumbas de mis padres, comprendiendo que he reincidido. Que he permitido que otra mujer se acerque demasiado. Que he ignorado las señales. Que he vuelto a subestimar la herencia de la sangre.

Abril.

No por elección consciente, quizá. Pero portadora de un legado que ha demostrado ser incompatible con el mío. Bruja. No entrenada. No iniciada. Pero peligrosa por definición.

No permitiré que la historia se repita.

No habrá indulgencia. No habrá margen para el error. Juro ante estas cenizas que ninguna bruja acabará con lo que mis padres defendieron, aunque eso implique sacrificar lo único que ha conseguido perturbarme en casi quinientos años: lo que siento por ella.

Saco el teléfono. Marco el número que nunca debí conservar.

Divine responde.

—Acepto tu propuesta —digo—. Tendremos un hijo.

Cuelgo.

No es deseo. No es amor. Es estrategia. Continuidad. Prevención.

Y mientras abandono las catacumbas, dejo atrás cualquier residuo de debilidad. La mujer que ha conseguido entrar en mi sangre deberá desaparecer de ella. No importa cuánto duela.

He aprendido la lección.
No volveré a fallar.

CAPÍTULO 16

EL CLAN CONTRA ATACA

ABRIL



Decir que estoy desolada se queda corto.

No sé qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir. Todo en mi cabeza se ha convertido en un remolino espeso del que no consigo salir. Hace tres días reuní a mis amigos convencida de que pedir ayuda sería un primer paso. Lo fue, sí, pero en dirección contraria. Ahora estoy más hundida que antes, con más preguntas, más miedo y menos suelo bajo los pies.

Lucien no ha vuelto a dar señales.

Según Adrien, lo más probable es que no lo haga. Me lo dijo sin rodeos, con una frialdad que me dejó temblando: si me queda algo de cordura, debería evitar coincidir con él. Estar en la misma habitación podría terminar muy mal. Sus palabras exactas incluían una advertencia poco tranquilizadora sobre empalamientos y jardines.

Eso fue lo que más me ha dolido.

Porque ya no se trata solo de embarazos imposibles, de hijos que tal vez nunca existirán o de una familia que no llegó a construirse. Ahora todo ha adquirido otro cariz. Esto ya no es una pareja rota intentando entenderse; es algo más oscuro. Más antiguo. Al parecer, ahora pertenecemos a bandos opuestos.

Clanes.

Y eso es una palabra demasiado grande para cualquier historia de amor.

No sé ni siquiera qué soy. Apenas empiezo a entenderlo. Y, aun así, Lucien parece haber decidido que me odia por ello. Esa es la parte que más rabia me provoca: no haber tenido la oportunidad de explicarme. De comprender primero yo misma qué significa todo esto antes de convertirme en su enemiga.

Jamás he querido hacerle daño. Nunca. Ni cuando me sacaba de quicio, ni cuando su arrogancia me hacía desear estrangularlo por puro impulso. No era odio. Nunca lo fue. Lo amo. Y duele que se aparte así, sin mirarme, después de todo lo vivido.

Estaba dispuesta a intentarlo de nuevo, incluso a replantearme cosas que siempre creí irrenunciables. Pensé en posponer mi deseo de ser madre, pensé en adaptarme, en negociar conmigo misma con tal de mantenerlo cerca.

Y ahora resulta que no quiere verme ni en pintura.

Me parece una broma cruel del destino. Y me enfurece que no haya tenido el valor de decírmelo a la cara, sabiendo que estoy perdida, que no entiendo nada, que mi vida acaba de cambiar sin que yo haya tenido opción a decidirla. Otra vez.

Llego a casa arrastrando los pies tras una jornada de trabajo que apenas recuerdo. Voy a pedir vacaciones; no estoy bien. El cuerpo no responde: no duermo, apenas como. Me siento una impostora dentro de mi propia piel. Humana, bruja, demonio o lo que demonios sea.

Al entrar en el salón, una corriente helada me golpea el rostro.

Y entonces la veo.

Divine.

—¿Qué coño haces en mi casa? —le espeto, lanzando las llaves contra el aparador.

Ella se recoloca el pelo con un gesto estudiado, lento, casi teatral.

—Hasta donde sé, esta es la casa de Lucien. No la tuya.

—Fuera —señalo la puerta sin pensar—. Largo.

Sonríe con desdén.

—Tranquila. Veo que estás alterada. Qué previsibles sois las humanas cuando se acercan ciertos días del mes. Resulta enternecedor.

La rabia me sube de golpe. Una rabia vieja, caliente, peligrosa.

—Eso es algo que tú jamás entenderás —le escupo—. Estás más seca que un desierto y más vacía que tu discurso.

—Eso está por verse —responde, sin inmutarse—. Yo sí puedo gestar al hijo de tu… querido Lucien.

Se me corta la respiración.

—¿Qué quieres, Divine?

—Nada. Solo informarte de que Lucien y yo hemos retomado nuestros asuntos. Vamos a ser padres. Así que te agradecería que te mantuvieras al margen.

El corazón se me desploma. Literalmente. Siento que algo dentro se rompe sin hacer ruido.

—Mientes.

Se ríe, despacio, con crueldad.

—¿Por qué iba a hacerlo? Fue él quien vino a buscarme. Quería un heredero. Yo solo acepté. Todo vuelve a su lugar natural.

¡Hija de puta! Doy un paso hacia ella, sin pensar en las consecuencias.

—Tú no ocupas ningún lugar legítimo —le digo, temblando de rabia—. Eres una manipuladora enferma. Y si llegas a tener un hijo, haré todo lo posible para que no lo críes. Gente como tú no debería tener descendencia.

Su expresión se endurece.

—Mi mensaje está dado. No pienso discutir contigo en este estado. Te invitaría a celebrarlo, pero Lucien fue muy claro: no quiere nada que tenga que ver contigo.

Se gira para marcharse.

—Que tengas una buena vida, humana. Gracias por devolverlo tal y como me pertenece.

Desaparece

Sin ruido, sin dejar rastro, solo su risa flotando en el aire.

Me quedo sola.

Las lágrimas me inundan sin permiso. Camino hasta el sofá y me dejo caer, hundiendo el rostro en un cojín para gritar. Un grito roto, visceral, que nace del horror y del abandono.

Lucien no haría esto. Y, aun así, alguien acaba de convencerme de que sí.

La situación, ya de por sí complicada —en palabras de Adrien—, termina de volverse irreconocible dos días después.

Recibo una carta. El remitente es Marta, la abogada de Lucien.

Al principio no entiendo nada. Leo una vez. Luego otra. Y una tercera, más despacio, porque el cerebro se me resiste a aceptar lo que tengo delante: una orden de desahucio y una citación judicial para disolver la pareja de hecho.

¿Perdón?

Las piernas me fallan y tengo que apoyarme en la encimera para no caerme. El papel tiembla entre mis dedos. Me cuesta respirar. ¿Hasta ese punto hemos llegado? ¿De verdad ha sido capaz de hacerlo así, de esta manera tan fría, tan cobarde?

Fui yo quien se marchó de su casa. Yo. Él insistió en que volviera. Me buscó, me trajo de regreso, me metió de nuevo en su vida… y ahora pretende echarme como si fuera una molestia, un error administrativo, un insecto del que hay que deshacerse con un sello oficial.

La rabia me sube desde el estómago, espesa, amarga. Me dan arcadas. No sé si es asco, indignación o la mezcla explosiva de ambas cosas. Quiere que firme los papeles; que acepte la separación de hecho sin una sola palabra, sin mirarme a los ojos, sin dar explicaciones.

Perfecto.

Lo haré.

Pero no así.

No desde una carta. No escondido detrás de su abogada. Si quiere borrar lo nuestro, va a tener que decírmelo a la cara. Que me mire y me lo diga sin rodeos. Que tenga el valor que está demostrando no tener.

Quiero odiarlo, de verdad que quiero. Con todas mis fuerzas.

No puedo.

Y eso es lo peor.

Porque, aunque está haciendo todo lo posible por conseguirlo, sigue doliendo demasiado como para convertirlo en rabia limpia.

LUCIEN



—¿Te has vuelto completamente loco o qué? —la voz de Adrien lleva más de media hora perforándome el cráneo.

Ha venido con ganas de tocarme las narices y mi paciencia está ya en números rojos. Es mi amigo desde hace siglos. Mi hermano elegido. El que tuve cuando no tuve a nadie más. Y, precisamente por eso, su insistencia me resulta aún más insoportable.

—No sé por qué estás tan empeñado en llevarme la contraria —gruño—. ¿De qué lado estás exactamente? No me jodas y no me digas que ahora también te ha dado por sentir debilidad por los humanos.

—Vete a cagar —responde sin pestañear—. El débil aquí eres tú. A mí los humanos me sirven, como mucho, para hacerme cosquillas en los colmillos. El que convivía y estuvo casado con una humana eras tú, no yo. ¿O ya no te acuerdas?

—No estaba casado con ella —escupo—. Y gracias a los dioses por eso. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Pongo una mueca de asco bien marcada, teatral si hace falta.

—Lucien, estamos hablando de Abril —insiste—. Dime una cosa: ¿has cambiado la sangre buena por la sintética caducada? Porque no pareces tú.

—Es que no soy el mismo —me levanto de golpe, furioso—. ¿Cómo coño voy a serlo? Resulta que la mujer con la que he compartido los últimos años de mi eterna vida es el legado vivo de todo lo que llevo siglos destruyendo. Las odio. Las odio a todas. ¿No lo entiendes? Alejarme es lo único sensato que puedo hacer, porque

las ganas que tengo son de enterrarla junto a su aquelarre de brujas de mierda.

Adrien frunce el ceño.

—Te estás pasando tres pueblos. Abril no es eso. Joder, aclárate. No sabe ni lo que es, ni lo que le está ocurriendo. Lo está pasando mal. Y tú has sido un cabronazo de campeonato.

—Oh… —me río con un sarcasmo que sé que le resbala—. Qué pena me da, de verdad. ¿Qué querías? ¿Que la abrazara, que la consolara por ser la pobre huérfana de un bando de lunáticas mientras me clava una estaca en el pecho? ¿Tantas ganas tienes de verme muerto, amigo? Porque no lo parece.

—Eres gilipollas —sentencia—. Abril no sería capaz de hacerte nada. Ni siquiera comprende aún la magnitud del asunto.

—¿Ah, sí? —entrecierro los ojos—. ¿Y tú cómo estás tan informado? Porque a mí me consta, gracias a las cámaras, que últimamente pasas demasiado tiempo con ella.

Me acerco un paso. El sabor de los celos me sube a la boca, metálico, incómodo. Lo odio. Odio sentirlo.

—¿Y qué pasa? —responde con una sonrisa de canalla—. ¿A ti qué más te da?

—Adrien… —bajo la voz dos tonos y lo fulmino con la mirada.

Entre vampiros no jugamos a esas mierdas de machos alfa ni a exhibiciones ridículas. No somos licántropos calenturientos. Aun así, existe jerarquía. Y él lo sabe. Tiene doscientos años y yo fui quien lo transformó. Quizá por eso aún conserva ese fondo humano que se niega a perder. El mismo imbécil que era cuando lo encontré medio muerto siglos atrás. Y que luchó conmigo contra esas… miserables, codo con codo.

Pero esta vez no se amedrenta. Y va directo a tocarme donde más duele.

—Te diré más —añade—. Si Abril ya no te interesa, gracias por dejarme el camino libre. Siempre me pareció una mujer interesante.

Crujo el cuello.

Le voy a partir la cara.

CAPÍTULO 17

ASALTO AL AJO ARMADO

ABRIL



La idea es buena. Muy buena. El problema es que convencer a Adrien me está costando la vida.

—Escúchame —insisto, ya sin rodeos—. No me queda otra. Si quieres ayudarme, esta es la única manera. O esto… o dime dónde encontrarlo.

Adrien suspira desde el sofá, apoyando los codos en las rodillas. Tiene la mirada cansada, cargada de recelo.

—Abril, por mucho que quiera ayudarte, no puedo traicionar a mi amigo. Tú sabes cómo somos. Entre los humanos es fácil justificarlo todo con buenas intenciones, pero para nosotros la traición se paga con sangre. Siempre.

—Eso es al revés —interviene Cata, cruzándose de brazos—. Para nosotros la traición es un punto final. Vosotros os pasáis la eternidad perdonando barbaridades.

Adrien le lanza una mirada hastiada, sin ganas de entrar al trapo.

Estamos en el salón de la casa de Lucien. Mi casa… al menos durante una semana más. Aún sigo aquí, aunque desde fuera, en la puerta principal, cuelga un aviso claro y nada discreto: desahucio inminente. No me queda tiempo. Este plan tiene que funcionar sí o sí.

Lucien no quiere verme. Ni hablar conmigo. Ni escucharme. Ha sacado sus conclusiones basándose en sus traumas ancestrales y ahora soy yo la que paga el precio.

—Adrien, por favor —le ruego—. No hay otra forma. No me da ni la oportunidad de explicarme.

—Por algo será —responde, seco.

—¿Eres idiota o qué? —salta Cata—. Deja de poner obstáculos y haz algo, por Dios.

Le pedí que fingiera una urgencia en la casa cuando vino a visitarme. Que llamara a Lucien con cualquier excusa, y que, al llegar, descubriera que yo ya no estaba. Así podría enfrentarlo sin que supiera que todo estaba planeado. No tendría escapatoria; tendría que escucharme.

O eso espero.

—¿Sois conscientes de lo que supone traer aquí a un vampiro como Lucien engañado? —dice Adrien, serio—. Ahora mismo está luchando contra sí mismo para no acabar con tu vida. Algo que lleva haciendo siglos. Si lo llamo y vienes a hablar con él, pueden pasar cosas muy jodidas. No voy a exponerte a eso.

—Por eso os he pedido que os quedéis —le recuerdo—. Tú y Cata podéis esconderos en la habitación. Yo hablaré con él. Si pasa algo, lo notarás. Tú lo sabrás.

—Sí —gruñe—. Notaré sangre o un corazón desbocado. Y en cualquiera de los dos casos puede ser demasiado tarde.

—O no —replica Cata, sonriéndome con firmeza—. Estaremos atentos.

Agradezco de corazón tener a mi amiga de mi parte.

—Claro —resopla Adrien—. Porque tú podrás hacer algo contra un vampiro de casi cuatrocientos años. Genial.

—Para eso estás tú —le devuelve ella.

—Entonces no hace falta que estés —contesta él—. Si solo vas a distraerme…

—Deja de mirarme las tetas y concéntrate —le suelta Cata, sin pestañear.

¿Algún día van a parar?

Llevo demasiado tiempo conviviendo con estos dos. Hay momentos en los que no sé si van a matarse o acabar revolcándose en el suelo. Son agotadores.

—Adrien —digo, con la voz más firme—. Te lo pido en serio. Es mi única oportunidad. No le pido que vuelva, solo que me mire a la cara y me diga que me echa. De su casa. De su vida. De todo. Necesito cerrar esto o no podré seguir adelante.

Me observa en silencio. Sé que lo está valorando. Adrien siempre ha sido así: bromista, despreocupado en apariencia, pero profundamente leal. Lucien decía que era porque fue convertido y no nació vampiro, que aún conserva demasiada humanidad.

Y es justo a eso a lo que estoy apelando.

—Me estáis poniendo en una situación complicada —admite al fin.

—Y dale con lo complicada. Complicada es tu cobardía —escupe Cata—. Si crees que Lucien ha actuado mal, compórtate según tus principios.

La fulmina con la mirada.

—Catalina, ¿entiendes lo que significa esto? Lucien es como un hermano para mí. Fue mi mentor. Llevo doscientos años a su lado, y eso pesa más que cualquier crisis de pareja.

—No soy (es) su mujer —decimos las dos a la vez.

—Puede que ya no —responde él—, pero para él aún le perteneces.

Genial. Posesivo y cretino. Nada nuevo.

Cata se levanta, indignada.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. Voy a ayudar a mi amiga contigo o sin ti. Por ella me juego el cuello.

Adrien se pone en pie frente a ella. Yo los miro como si estuviera en un partido de tenis.

—Si quieres morir, dímelo —le espeta—. Lo habría hecho con más cariño que Lucien cuando descubra que lo has engañado.

—Tú sí que engañas —le devuelve ella—, vampiro de pacotilla.

Ya basta.

Me levanto.

—Se acabó. Gracias, Adrien. Cata, ven, ayúdame a hacer las maletas. Es hora de irnos.

Paso entre los dos, obligándolos a retroceder, y camino hacia la habitación. Cata resopla detrás de mí, frustrada.

Estoy a punto de salir del salón cuando Adrien alza la voz.

—De acuerdo. Joder. Lo hago.

Nos giramos las dos, incrédulas. Y sonreímos al mismo tiempo.

Adrien se acerca despacio.

—Si vamos a hacer esto, vais a seguir mis instrucciones al pie de la letra —advierte—. Y os juro que la que intente hacerse la lista y cagarla… la dejo seca como un bacalao al sol.

Cata me aprieta la mano. Es un gesto que siempre me hace cuando significa que vamos bien.

No es el camino ideal. No es el más seguro. Pero es el único que me queda.



Después de que Adrien repitiera las «reglas» por tercera vez —con tono severo de quien intenta evitar una carnicería anunciada—, cada una de nosotras asume su papel con un nerviosismo difícil de disimular. Yo estoy al borde del colapso. No sé qué va a salir de esta conversación; solo puedo aferrarme a la esperanza de que no acabe en desastre.

Adrien coge el teléfono y empieza su pequeña función. Tengo que reconocerlo: lo hace bien. Demasiado bien. Su voz suena natural, convincente, sin fisuras. A mi lado, Cata lo observa en silencio, con una expresión que lo dice todo. Para ella no es solo que sea buen actor; es que algo en Adrien nunca termina de resultarle fiable. Jamás se ha fiado de él, y nunca he conseguido entender del todo por qué.

Espera unos segundos antes de marcar. Se peina una y otra vez, nítidamente nervioso; hasta parece que se está metiendo

voluntariamente en un campo de minas. Yo y Cata no decimos nada, ni siquiera nos miramos. El silencio dice más de lo que cualquier advertencia se atrevería a decir. El tono suena una vez. Dos. Tiene el móvil en alta voz y todos podemos escuchar la conversación.

—¿Qué quieres? —la voz de Lucien entra directa, sin saludo, sin paciencia.

Adrien no se inmuta.

—Tenemos un problema.

Al otro lado hay una pausa mínima. Lo justo para que yo sepa que Lucien ha dejado de hacer lo que estuviera haciendo.

—Explícate —dice.

—He venido a tu casa —continúa Adrien—. Abril no está. Sus cosas tampoco. La puerta estaba abierta, y las cámaras… desconectadas.

Porque fui yo quien le explicó a Adrien cómo hacerlo. No podía permitirme que Lucien sospechara ni un segundo; con lo listo que es, bien podría estar vigilándonos a través de las cámaras. Por eso las desconectamos hace unas horas, lo justo para que pareciera un fallo técnico y no una trampa. Todo tenía que parecer casual. Creíble. Limpio.

Silencio.

Un silencio distinto, hay algo que alerta sin necesidad de palabras.

—Eso no es posible —responde Lucien al fin—. Yo ordené…

—Ya lo sé —lo corta Adrien—. Por eso te llamo. Hay… restos. Olor a sangre vieja. Y algo más. Algo que no me gusta.

Cata me aprieta el antebrazo. Yo no me muevo. El corazón me late tan fuerte que temo que Lucien lo escuche a kilómetros.

—¿Estás diciendo que alguien ha entrado? —pregunta Lucien, más bajo.

—Estoy diciendo que alguien la ha sacado de ahí —contesta Adrien—. Y no creo que haya sido voluntario.

La respiración de Lucien cambia. Adrien lo nota. Yo también.

—Dime dónde estás —ordena Lucien.

—En la casa —responde Adrien—. Ven solo.

Otra pausa. Más larga.

—No juegues conmigo —advierte Lucien—. Sabes lo que eso implica.

—Por eso te he llamado a ti —dice Adrien—. No a Marta. No al Consejo. A ti.

El clic final llega sin despedida.

Adrien baja el teléfono despacio. Cierra los ojos un segundo.

—Va a venir —dice—. Y viene cargado.

—Gracias —susurro.

—No me lo agradezcas todavía —responde—. Ahora es cuando empieza lo peligroso.



No tarda mucho.

La casa cambia antes incluso de que la puerta se abra. El aire se vuelve más frío, más pesado. Una presión sorda recorre las paredes, como si el lugar recordara a quién pertenece de verdad.

Lucien entra sin hacer ruido. Ni un solo gesto humano, esos que aprendió a gastar. Sus ojos recorren el salón en un barrido lento, calculado. Analiza. Mide. Busca.

—¿Dónde está? —pregunta.

Adrien no responde, porque ya está escondido junto a Cata, en la habitación.

—¿Dónde estás Adrien? —repite, más grave.

Da un paso adelante. Entonces se detiene.

Aspira.

Una vez.

Dos.

Su mandíbula se tensa.

—No me jodas —dice.

Tiemblo de los nervios, pero ahora no hay vuelta atrás. Salgo de detrás de las cortinas a sus espaldas y trago saliva. De pronto, me

parece mucho más alto y corpulento que nunca. Gira la cabeza muy despacio.

Y me ve.

No hay sorpresa, no hay sobresalto.

Solo esa expresión que conozco demasiado bien: la del cazador que acaba de entender que lo han atraído justo donde no quería estar.

Doy un paso al frente antes de que nadie pueda impedirlo.

—Hola, Lucien.

El silencio que cae después es absoluto. Solo existimos él y yo.

—Has cometido un error —dice—. Uno muy grave.

—No —respondo, con la voz firme aunque me tiemblen las manos—. El error fue no dejarme hablar.

Sus ojos se oscurecen aún más.

—Te dije que te mantuvieras lejos.

—Y yo te dije que no ibas a decidir por mí.

Da otro paso. Yo no retrocedo.

—No tienes idea de lo que estás provocando —susurra.

—Entonces explícamelo —le pido—. A la cara. Como merezco.

Lucien aprieta los labios. Durante un segundo parece debatirse entre marcharse o destruir algo.

Al final, se queda.

—Tienes cinco minutos —dice—. Después de eso, me iré. Y no volveré a escuchar tu voz.

Asiento.

Cinco minutos son más de lo que esperaba.

Y suficiente para cambiarlo todo.

LUCIEN



No necesito cruzar el umbral para saberlo: algo no encaja.

La casa huele distinta. No a abandono, no a urgencia real, sino a silencio preparado. A espera. Adrien no es sutil cuando miente, y esta llamada… demasiado precisa, demasiado limpia. Aun así he venido, porque, aunque deteste admitirlo, hay una parte de mí que nunca dejó de acudir cuando se trata de ella.

Entro. Y la veo.

Abril está allí, de pie, en medio del salón. No escondida ni sorprendida, sino esperándome.

La trampa se cierra con suavidad, sin ruido. Justo como ella hace las cosas cuando cree tener razón.

Durante un segundo —solo uno— no siento rabia. Siento algo peor: alivio. El puto alivio de verla entera, respirando, con esa presencia tan intensa entre desafío y nerviosismo que conozco demasiado bien. El corazón que no me late, aún así me da un vuelco que me niego a reconocer, y ese es el primer error de la noche.

Luego llega la desilusión.

No por la trampa en sí, sino por lo que significa. Por la confirmación de que ha cruzado una línea que le pedí, de todas las formas posibles, que no cruzara. Que me haya tendido esto, sabiendo lo que despierta en mí, sabiendo lo cerca que estoy del borde o es de ser idiota —algo que sé que no es—, o es de ser más valiente de lo que pensaba.

Clavo la mirada en ella y noto cómo algo se tensa por dentro. La rabia intenta abrirse paso, empujar, dominar. La necesito. Necesito odiarla. Convertirla en una idea simple, en un error, en un enemigo claro. Sería mucho más fácil.

No obstante, no ocurre. Lo que ocurre es que sigue siendo ella.

Con el mismo cuerpo que mi memoria reconoce incluso antes que mis sentidos. Con esa presencia que no se ha ido en todos estos días de silencio forzado. Con esa maldita forma de existir que se me mete bajo la piel sin pedir permiso.

Aprieto la mandíbula.

Adrien no está. O sí, pero lejos. Lo suficiente para que esto sea solo entre nosotros dos. Y eso me enfurece aún más, porque sé que lo ha hecho por ella. Siempre lo hace. Voy a matar a ese cabrón. Pero primero, lo primero.

Cambiamos un par de frases. Le digo claro que tiene cinco minutos para soltar lo que la hizo traerme aquí, a riesgo de sesgarle la vida. ¡Cómo si pudiera hacerlo!

—Así que era esto —susurro—. Así que esta es tu forma de enfrentarme.

Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que consiga mirarla sin que algo en mí se rompa. Cuánto tardaré en odiarla como necesito. En verla como lo que mi cabeza insiste en que es ahora: una amenaza, un legado peligroso, un eco de todo lo que perdí.

De momento, ese tiempo se me antoja una jodida eternidad. Lo único que siento al tenerla delante no es odio.

Es miedo.

Miedo de no ser capaz de arrancarla de mí. Miedo de que, incluso ahora, incluso después de todo, siga siendo lo único que me importa demasiado.

Y eso, para alguien como yo, es imperdonable.

—Me has echado de nuestra casa —susurra.

Lo dice tan bajo que casi parece un pensamiento. Aun así, lo oigo todo. Siempre lo hago.

—De mi casa —corrijo—. Esta es mi casa.

—Date por contento de que la haya rechazado —replica—. De otra forma, ahora mismo todo sería distinto.

Vuelvo a apretar los dientes.

—¿Qué quieres de mí?

—Muchas cosas. La mayoría no te interesa oírlas.

Hay pena en su voz. Y odio sentirla. Odio percibir ese temblor leve, esa tristeza en su carita bonita que me descoloca más de lo que debería. Sacudo la cabeza, ordenándome.

—Te he dejado claro que lo nuestro ha terminado.

—Sí. Sin mirarme a la cara.

Da un paso al frente. Luego otro. Se planta a escasos centímetros de mí y alza la barbilla. Esa valentía tan característica de pequeña humana. La misma que me hizo perder el norte.

—Dímelo mirándome a los ojos —exige—. Dime que me odias. Dime que soy todo lo que representa el horror en tu vida. Que estos dos años y medio han sido un error. Que no quieres entenderme.

La voz se le quiebra y mi mano responde antes que mi cabeza, guiada por un reflejo antiguo; estoy a punto de tocarla, de ceder a ese impulso que siempre me traiciona, pero la bajo a tiempo, obligándome a recordar quién es… y lo que representa.

—Ahorra dramatismos —digo, más seco de lo que pretendo—. ¿Quieres que te diga que no te quiero? Bien.

Abro la boca. Nada sale.

Lo intento de nuevo. Nada.

Joder. Es como si me lengua se hubiera trabado y bloqueado todo mi riego cerebral.

—Eres una bruja —escupo al final.

—No sería la primera vez que me lo dices —responde, con una sonrisa ladeada.

—No. Antes solo te daban los aires; ahora eres una bruja de pleno derecho, y no quiero tu existencia cerca de la mía. Ni tu legado. Ni nada que huela a lo que representas. Te quiero lejos.

—Vale.

Entrecierro los ojos. Siempre ha tenido ese don para responder con una sola palabra y dinamitarlo todo.

—¿Lejos? —prosigue—. Entonces me dejarás suelta por ahí. ¿Quién te dice que no soy lo bastante peligrosa para ir a por ti?

¿Qué mierda le pasa? ¿De dónde saca esa valentía suicida? No está desafiándome: está empujándome. Y lo sabe. Despierta justo aquello que llevo siglos entrenando para mantener a raya. La misión. El propósito. El instinto. Todo lo que soy cuando dejo de fingir civilización.

Avanza un paso más, anulando cualquier distancia prudente. Siento el calor de su cuerpo invadirme, romper mi espacio, contaminarme. Una oleada de sensaciones me golpea de lleno, contradictorias, violentas, insoportablemente familiares.

—Abril… —murmuro entre dientes—. Si te queda un mínimo de cordura en esa cabeza endemoniada, aléjate. Ahora.

—¿Es una amenaza?

—Es una certeza. Si sigues tentando a algo que no deberías, tu vida corre peligro. Y créeme, ya te estoy concediendo mucho más de lo que mereces. Así que huye. Aprovecha mientras puedes.

Mis colmillos descienden. El fuego prende en mis ojos. Aprieto los puños con fuerza, no por contención moral, sino para no cometer una estupidez irreversible.

Levanta la barbilla, altiva, demasiado cerca. Su nariz roza mi barbilla. Tiene los ojos inundados de lágrimas, y me niego a permitir que eso me afecte. No dice nada. Solo sostiene mi mirada, firme, temeraria.

—Mátame.

La palabra me atraviesa como una invitación obscena, un banquete servido a alguien que lleva siglos negándose el hambre.

—¿Qué?

—Has oído bien. Si tanto me odias, si soy una amenaza para tu especie, si dices conocerme mejor que yo misma… hazlo. Mátame.

No pienso. Mi mano rodea su cuello. Primero con una presión casi indulgente; después, más firme. Su rostro se superpone al de otra mujer. Otra bruja. Otro error. Otra traición que aún arde en mis recuerdos. Una a la que maté… y volvería a matar sin pestañear.

Y ahora está ella. Aquí. A mi merced. Ofreciéndome la oportunidad de terminar lo que juré hace siglos.

El color le sube a las mejillas, su respiración se vuelve errática; sus ojos desbordan lágrimas. No se resiste ni da lucha, solo se abandona. Su carótida late bajo mis dedos con una palpitación incitativa, y puedo escuchar la velocidad de su sangre, vertiginosa, llamándome. Muestro los colmillos y acerco la boca a su cuello. La piel es suave. Demasiado. El olor de su sangre, de su vida, de todo lo que es, me obliga a cerrar los ojos. Solo quiero una cosa: morderla. Vaciarla. Silenciarlo todo.

Abro la boca, libero un poco la presión para permitirle respirar… y entonces, con un hilo de voz y apenas aire, me lo dice:

—Lo siento, Lucien. Y te quiero.

Aprieto un poco más los dedos, no para asfixiarla, sino porque es una inconsciente que ignora lo que eso me provoca. Y yo soy aún más estúpido porque, en lugar de morderla, beso esa vena palpitante. Paso la lengua por la hinchazón, saboreando una tentación que me está costando la cordura.

Subo despacio, moldeando su rostro a mi antojo, hasta encontrar su boca. La suelto del cuello solo para rodearle la cintura y atraerla contra mí, sin dejar un solo milímetro de espacio entre nuestros cuerpos.

Genial. Encima, empalmado.

La beso sin control, sin dignidad, sin intención asesina alguna. Es un beso de mártir, no de verdugo. Me corresponde. Y después de semanas negándome incluso a pensar en ella, su boca me devuelve algo parecido a la vida.

No la beso, la devoro. Y mientras la tengo otra vez en mis labios, con su sabor invadiéndome por completo, me hago la única pregunta que importa: ¿cómo demonios se arranca del cuerpo una adicción que lleva tu nombre?

Maldita sea.

CAPÍTULO 18

NO LLORAR SOBRE LA SANGRE DERRAMADA

ABRIL



Lo sabía. Mi cuerpo y mi mente me decían que no, pero yo sabía que dentro de ese vampiro aún tenía que quedar un resquicio de humanidad, si es que puede mirarse así. Por la forma en que me besa, por la intensidad y la profundidad del deseo que se derrama por cada rincón de su cuerpo, pegado al mío, entregándose a ese beso sin reservas, no me queda ninguna duda: aún no está todo perdido. Es más, la única que se está perdiendo aquí, en su boca, soy yo.

Y es que Lucien tiene una manera de besar que no entra dentro de lo normal. ¿Cómo puede un beso dejarme las bragas empapadas en cuestión de segundos? He de admitir que sus años de experiencia y sus destrezas sensuales juegan con ventaja. A mí me dejan sin armas para luchar contra esta química que siempre lo nubla todo entre nosotros.

Quisiera separarme de sus labios para hablar, que es a lo que he venido, si él me dejara. Está claro que no piensa darme tregua, y si eso no fuera suficiente, me muerde ligeramente el labio inferior, arrancándome un pequeño aullido de dolor mezclado con placer. Saborea la sangre que se escapa de la grieta que acaba de abrir y me succiona el labio con avidez. Y, santo cielo, no sé cómo lo hace, pero siempre logra llevarme al borde de la demencia.

Entonces, todo cambia.

Sus labios se separan de los míos con brusquedad y, casi al mismo tiempo, lo veo encajarse un puñetazo que llega desde mi lateral derecho. Tambalea hacia atrás y se lleva la mano a la mandíbula, crujiéndosela antes de recolocarla en su sitio.

—¡Qué cojones! —brama, encarando a Adrien, que es quien le ha soltado semejante derechazo.

Se me abre la boca por la incredulidad. Un gritito ahogado de Cata se pierde en el aire.

Lucien, con los ojos encendidos de rojo y los colmillos amenazantes, se lanza contra su amigo y lo agarra por el cuello de la camisa, levantándolo unos centímetros del suelo. Adrien le sujeta las muñecas con fuerza, en un intento de contenerlo.

—Saca los putos colmillos de ella. Ahora —ruge Adrien.

Ay, la hostia. Esto se va a poner feo y no tengo ni idea de qué hacer, así que me quedo quieta. Meterse en una pelea de vampiros es más o menos como plantarse en un ring entre Mike Tyson y su contrincante: con suerte se sales sin una oreja menos es lo mínimo que te puede pasar.

—¡Hijo de puta! —le escupe Lucien en la cara—. Has sido tú, cabrón.

Y sin soltarlo del todo, le arranca la camisa de un tirón y le encaja otro puñetazo directo al rostro. Adrien lo recibe sin apenas inmutarse, como si hubiera sido una caricia mal dada y poco más.

—Estás desquiciado y no la vas a tocar.

¿Qué dice? ¿A qué viene eso ahora? ¿Y por qué cojones ha estallado todo por un beso?

—Adrien, te voy a matar, buitre traicionero —escupe Lucien, adelantando la mano para apretarle el cuello con saña—. Has sido tú, desgraciado.

—¿Qué cojones dices? —las palabras de Adrien salen torpes, aplastadas por la presión en su garganta—. Estás loco.

—Ya me decía yo —continúa Lucien—. Has venido todas las putas semanas con la excusa de controlar la situación, pero no eres más que un mentiroso y un traidor.

Adrien abre los ojos, tan rojos como los de su amigo y sorprendidos como los nuestros. Cata está igual de perdida.

—Ahora lo veo claro —prosigue Lucien—. Has sido un puto zorro metiéndose en la madriguera para robar los huevos… y te los voy a arrancar por ello.

¿De qué está hablando? ¿Estamos todos alucinando o qué?

—A ver si tienes tú huevos para hacerlo —le provoca Adrien.

Cierro los ojos con fuerza. Así no ayuda en absoluto.

Y vuelven a enzarzarse a puñetazos. Esta vez ya no distingo quién golpea a quién; sus movimientos son tan rápidos que parecen una película acelerada.

—¡Parad ya! —grita Cata, horrorizada.

Inútil. Sus palabras no atraviesan sus egos, que es lo único que parece estar peleándose ahí. Quiero intervenir, hacer algo, pero ¿qué voy a hacer yo contra dos inmortales con la fuerza de mil demonios? Morir en el intento, como mucho.

—Por favor… —ruego, aferrándome a algún vestigio de civilización.

Lucien recibe un empujón brutal que lo estrella contra la pared. El impacto hace temblar el cemento y el suelo sacude bajo nuestros pies como un terremoto de alta intensidad. Tengo que agarrarme al sofá para no caerme.

Antes de lanzarse de nuevo contra Adrien, Lucien se queda quieto, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, los labios tensos y los ojos clavados en él, cargados de una ira ya muy poco contenida, lista para estallar.

—La estás follando, hijo de puta. Me habéis traicionado —escupe Lucien.

—¿¿¿Qué??? —preguntamos los tres a la vez.

—Eso… —nos mira con rabia, uno por uno, una y otra vez—. Me habéis engañado todos. Y tú —me señala con gesto de asco—, aparte de bruja, no eres más que su…

—Ey, ey, ey —interviene Cata, alzando la voz y avanzando como una exhalación hacia él—. Ni se te ocurra decir una estupidez, Lucien. Vampiro o no, te cojo yo por los huevos y no vas a querer

saber lo zorra que puedo llegar a ser. Yo sí que te los arranco de esa madriguera arcaica donde los guardas.

Nos quedamos todos en silencio, Lucien incluido, mirándola de arriba abajo con puro desdén.

Adrien se apresura a interponerse, colocando un brazo delante de ella y avanzando un paso para protegerla con su cuerpo.

—Entonces eres tan idiota como lo he sido yo —escupe Lucien—. Estos dos nos están engañando, y tu amiga no es ni nunca ha sido lo que se mostrado ser. Además, juegas en desventaja, humana. Lo mejor es que te vayas.

—Me mandarás tú, a ver —lo provoca Cata, con dos ovarios bien puestos.

—Catalina, apártate, por favor —le pide Adrien, mirándola a los ojos con una seriedad que pocas veces le he visto—. Hazme caso.

Y no queremos a un vampiro fuera de sí cerca de nadie vulnerable. A mí tampoco me facilita las cosas, porque bruja, demonio o lo que sea que sea, no tengo ninguna habilidad para defenderme si decide rebanarnos el cuello.

—Lucien —bajo el tono, intentando calmar la situación—, vamos por partes. ¿Qué piensas exactamente que pasa entre tu amigo —hago hincapié en la palabra— y yo? Adrien está aquí porque se lo pedí yo. Por seguridad.

Él suelta una carcajada siniestra que resuena igual que su cuerpo contra la pared.

—No me hagas reír. —Tarde, pienso—. ¿Por seguridad? Claro… estabais los dos… o los tres —clava la mirada en Cata, entornando los ojos— compinchados en esto. A ti —señala a Adrien, que alza la barbilla sin dejar de protegerla— te ha venido de puta madre que te pidiera información sobre ella, para rondar lo que no es tuyo. Y ahora lo veo claro…

Asiente varias veces, poseído por sus propias conclusiones.

—Escúchame bien, Lucien —doy un paso al frente, sin ningún instinto de supervivencia—. La culpa de todo esto es tuya.

Abre los ojos de par en par.

—Sí, tuya. Porque tu amigo solo me ayudó a traerte aquí porque ha sido la única forma que encontré de hablar contigo.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué momento de esa conversación decidió saltarme a la cara? ¿Me estáis vacilando? Estoy muerto, pero bastante vivo —Arqueo una ceja. Él sacude la cabeza—. Más que muchos, menos que otros —mira de reojo a Adien—. De hecho, veo mucho más que vosotros, y lo que veo es una panda de mentirosos.

—Aquí el único mentiroso eres tú —suelta Adrien, bufando una risita irónica—. Tanto odiarla, tanto quererla lejos y muerta, y de repente le comes la boca a mordiscos.

—¿Me querías muerta? —mi voz sale hecha un hilo.

Por primera vez, Lucien gira el cuello hacia mí con una lentitud antinatural y traga saliva con dificultad, un gesto aprendido que solo hace cuando está nervioso o acorralado.

—En la realidad… —le sostengo la mirada mientras parece encontrar las palabras.

Ahora que sus ojos han vuelto a su negro habitual, sé que va a hablar desde la verdad.

—Eres una bruja endemoniada. Por lo tanto… ya estás muerta para mí.

—Genial. Entonces estamos en igualdad de condiciones. ¿Podemos hablar civilizadamente ahora o hay que pasar antes por algún ritual?

Frunce el labio superior.

—No tengo nada que hablar con vosotros. Lo que tenía que ver, ya lo he visto.

—Nunca pensé que diría esto en siglos, amigo mío, pero creo que necesitas gafas —dice Adrien.

—Será la edad —añade Cata.

—Será vuestra desgraciada vida, que voy a arrebataros de cuajo —gruñe Lucien, avanzando de nuevo hacia Adrien.

Adrien vuelve a colocar a Cata detrás de él y apoya la mano libre en el pecho de Lucien para detenerlo.

—No te acerques a mí ni a ellas o termino lo que empecé.

Se miran como animales a punto de saltar.

—Confiaba en ti… —murmura Lucien, con un deje de cansancio y decepción— y has venido a mi casa a robarme a mi mujer.

—Ey, frena —salta Cata, saliendo de detrás de Adrien—. Adrien no ha estado con tu mujer. Ni hoy ni nunca. ¿Queda claro?

—¿Y tú qué sabes, Catalina? —saborea su nombre, porque sabe que lo detesta.

Ella no se achanta.

—Yo lo sé. Y tú deberías saberlo. Puede que no confíes en tu amigo, lo cual ya dice mucho de ti, ya que dices que tenéis una amistad de siglos, ¡buah!, patrañas —le bufa—, pero a mi amiga la conozco desde hace décadas y te garantizo —alza el mentón— que jamás te traicionaría. Doy mi cuello por ello. —La miro estupefacta y se me encoge el corazón—. El traidor has sido tú.

Los ojos de Lucien vuelven a encenderse de rojo. Le agarro el brazo a Cata por puro instinto. Adrien se mantiene entre ambos, preparado.

—Aquí las brujas sois vosotras —escupe Lucien—. No conozco especie más traicionera.

—Claro que no conoces —responde Cata, clavándole un dedo en el pecho—, porque nunca has querido conocer nada que no girara en torno a ti. Eres un arrogante, un soberbio y no merecías a la mujer que tenías. Ojalá te hubiera sido infiel, así quizá habrías despertado antes.

Lucien aprieta los puños. No aparta los ojos de ella.

—¿Y quién iba a ser ese alguien? ¿Tu hermanito gracioso? Apostaría a que si le piden el DNI, la que acaba detenida es tu amiga por seducir a un menor.

—Gilipollas —se me escapa.

—¿O este? —señala a Adrien sin mirarlo—. Creéis que todos los vampiros somos dioses del sexo, pero este no da una. Y la tiene pequeña.

—Serás… —Adrien se muerde la lengua.

—Pues no, Lucien —dice Cata—. Mi hermano es más hombre con su edad que tú vampiro con quinientos años. Y tu amigo tendrá defectos —Adrien arquea una ceja—, pero la polla pequeña no es uno de ellos.

Por momentos nos quedamos todos callados.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta Lucien con retintín.

—Porque se la estaba sobando yo cuando atacaste a mi amiga, ¿vale?

Silencio absoluto.

Adrien mira a todas partes sin saber dónde meterse.

Lucien resopla por la nariz, da dos pasos atrás y nos observa con desprecio.

—No valéis nada los tres. Fuera de mi casa.

Tardamos unos segundos en reaccionar.

—¡Largo! ¡Ya!

Salimos casi corriendo. Cata gira el pomo, yo voy justo detrás, pero nos detenemos cuando Lucien agarra a Adrien por el cuello y le susurra al oído:

—Y tú, hijo de puta, estás muerto. Huye si te queda algo de dignidad.

Adrien se sacude. Antes de que vuelva a estallar todo, me acerco, le cojo la mano y tiro de él.

—Ven. Déjalo.

Siento la mirada de Lucien clavada en nuestras manos entrelazadas. Sé perfectamente qué está pensando. Me da igual.

Adrien no dice nada, solo me sigue. Salimos de la casa que un día fue mi hogar, mi refugio, y que ahora no es más que el infierno en la Tierra.

Cuando ya estamos fuera, algo alejados de la casa, nos detenemos los tres en la acera. Es de noche y todo queda envuelto en la misma oscuridad que siento en el pecho.

—Lo siento, chicos. Esto ha sido una pérdida de tiempo.

—No digas eso, amiga —Catalina me abraza y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no romperme en lágrimas.

—Es la verdad… —musito.

—Chicas, tranquilas —dice Adrien—. Todo se solucionará. Está dolido y confundido. Es un gilipollas, sí, pero Lucien no es así y lo sabéis. Ya se le pasará…

—Pues a mí no —Cata me suelta de golpe y se encara con Adrien, que exhala un largo suspiro—. Tu amiguito se puede ir a enterrar los dientes en una mierda bien grande; me da igual.

—Vale, y por cierto —añade él—, lo que no me da igual es que hayas sido tan temeraria. ¿Cómo se te ocurre meterte así con él? —la regaña con un tono casi paternalista—. ¿Tienes idea de lo que podría haber ocurrido? ¿Tan poco amor le tienes a la vida humana? No puedes jugártela así…

Parece enfadado. Y lo entiendo. Yo también lo estaría. Nos hemos pasado todos de la raya.

—¿Jugármela? Escúchame, amiguito —cuando Cata se cabrea parece una vendedora de subasta con martillo incluido—. En este juego yo voy de delantera. Y aquí no estamos jugando cuartos. Por si no te has dado cuenta, aquí estábamos jugando finales. Y yo no tengo por qué dejarme meter goles.

Adrien arquea las cejas, pícaro.

—No sabía que te gustaba el fútbol. Sé que te gusta jugar con las pelotas…

—Oye, Adrien —los interrumpo, porque han vuelto a la misma dinámica y, curiosamente, eso me alivia—. Por cierto, gracias por hacer de portero y defender nuestra guardería. No tenías por qué hacerlo. Es tu amigo, tu especie y… —la voz se me quiebra por la angustia.

—Abril, no vayas por ahí —dice, avanzando hacia mí—. Puede que sea todo eso, pero no soy injusto. O al menos quiero creer que no del todo.

Da un paso más y me abraza. Un abrazo que nunca antes me había dado.

Siempre me saludaba con dos besos y poco más; quizá por respeto a Lucien, quizá por su carácter distante. Le devuelvo el abrazo. Sentir el apoyo y la amistad de mis amigos consigue que la desesperación afloje, aunque solo sea un poco.

Y justo en ese momento, a unos metros, lo veo.

Lucien observa desde detrás del visillo de la ventana. Ahora va de vieja cotilla del barrio. Le pega. Mucho.

También veo cómo entrecierra los ojos encendidos de rojo y niega lentamente con la cabeza.

Si quería malinterpretarlo todo, acabamos de ponerle la guinda al pastel.

Joder.

LUCIEN



Cierro la cortina con malas pulgas y dejo que la tela caiga con más fuerza de la necesaria, como si pudiera aislarme del espectáculo patético que acabo de presenciar. Desgraciados. Todos. Me doy la vuelta y empiezo a caminar por el salón, describiendo círculos cada vez más cerrados, con la sensación incómoda de que el aire pesa más de lo normal y de que mi propia casa ha dejado de reconocerme. No soy más que un animal enjaulado que se niega a aceptar que la jaula es su propia cabeza. La rabia me sube en oleadas, mezclada con algo peor: el disgusto, la traición, esa sensación viscosa de haber sido el último imbécil en enterarse de la broma.

Mi casa.

Mi amigo.

Mi mujer.

Una combinación gloriosa para una tragedia clásica. Solo falta el coro griego y una copa de sangre amarga para rematar la escena.

Adrien.

Por supuesto que tenía que ser Adrien.

Dos siglos de amistad, de confidencias, de guerras compartidas, de cadáveres enterrados juntos… ¿y resulta que todo este tiempo el muy cabrón llevaba ensayando el papel de Judas con sonrisa simpática? Lo repaso mentalmente, con una meticulosidad digna de un inquisidor con demasiado tiempo libre. Cada gesto, cada visita, cada mirada que entonces me pareció inocente y que ahora, convenientemente, se transforma en indicio irrefutable de traición.

Busco grietas donde antes no las había, reinterpretando gestos que en su momento me parecieron normales y que ahora, con el filtro adecuado, adquieren un matiz sospechoso que casi me hace

bufar de ironía. Todas esas visitas semanales, siempre con la excusa de vigilar la situación, de protegerla, de protegerme a mí, como si yo necesitara un niñero con colmillos y conciencia selectiva. Qué considerado. Qué oportuno. Qué perfectamente conveniente, ahora que me paro a pensarlo.

Porque, claro, ahora todo encaja.

O eso quiero creer.

Ha estado yendo a verla todas las semanas.

Todas.

Las.

Putas.

Semanas.

Y Catalina… ah, Catalina. Una cortina de humo, eso es. La humana con lengua afilada y valentía suicida, siempre demasiado rápida para interponerse, demasiado cómoda ocupando un lugar que no le corresponde. Otra pieza más en un tablero que, de pronto, parece haberse montado a mis espaldas con una paciencia digna de alguien que sabe exactamente dónde golpear.

Y Abril.

¿De verdad creí que una humana podía ser así de… conveniente? ¿De oportuna? ¿De peligrosamente perfecta?

Empiezo a atar cabos. Mal. Sin lógica. Con saña.

La primera vez que la vi… sí.

Esa noche.

Adrián me dejó plantado para cenar.

Solo ese detalle debería haberme puesto en alerta. Nadie deja plantado a un vampiro de mi linaje sin un motivo. Nadie normal, al menos. Recuerdo perfectamente cómo acabé entrando en esa librería por puro aburrimiento, irritado, con hambre —de sangre y de atención—, buscando cualquier cosa que distrajera mi ego herido.

Y ahí estaba ella.

Abril.

Entre estanterías, libros viejos y olor a papel.

Ahora que lo pienso —y lo pienso demasiado—, ¿no es eso sospechoso? ¿Una librería? ¿En serio? Un lugar cargado de símbolos, conocimiento antiguo, grimorios camuflados de novela histórica…

Qué sutil. Qué teatral. Qué absolutamente de bruja con vocación de mártir.

Por supuesto que me enganchó.

Por supuesto que caí.

Tal vez ya lo sabía entonces. Tal vez lo sentí y lo ignoré. Porque siempre me ha gustado jugar con fuego, incluso después de haber ardido. Especialmente después.

Abril…

Paso la lengua por los diente y entrecierro un ojo.

Su nombre se me instala en la cabeza como una astilla que no hay forma de sacar sin sangrar un poco. Con su cara de inocencia funcional, con esa manera suya de mirarme que siempre lograba desactivar mis alarmas internas, incluso aquellas que juré no volver a ignorar. ¿De verdad pensé que todo eso era casualidad? ¿Que una humana podía resultar tan perfectamente adecuada para desarmarme sin tener un motivo detrás?

Empiezo a unir puntos con una lógica cuestionable, lo sé, pero la mente herida no busca justicia, busca alivio.

Por supuesto que me atrapó.

Por supuesto que fui un idiota lujurioso.

Tal vez ya lo sabía entonces. Tal vez lo sentí y decidí ignorarlo, porque siempre he tenido una tendencia suicida a nivel emocional. Empiezo a recordar detalles que antes no significaron nada y que ahora mi cabeza convierte en pruebas irrefutables de una conspiración exquisitamente ejecutada: su facilidad para adaptarse, su falta de miedo real, esa calma inquietante cuando cualquier otra habría huido. Y, sobre todo, la noche en que me sostuvo la mirada sin titubear, afrontando mi lado más salvaje.

Eso no es normal en una humana.

Eso es alguien que sabe.

Me detengo en mitad del salón, con una carcajada seca escapándoseme antes de poder frenarla. Claro que lo sabía. Claro que sabía lo que era yo. Y, si sigo esta línea absurda hasta el final, claro que todo estaba planeado desde el principio: la librería, el encuentro, el acercamiento lento, meticuloso, quirúrgico. Una red

tejida con ayuda externa, con un vampiro demasiado confiado y otro demasiado cercano. Adrien.

Maravilloso. Simplemente maravilloso. He sobrevivido a inquisiciones, guerras y aquelarres que borraron siglos de historia para acabar cayendo en una traición doméstica con tintes de comedia negra. Un vampiro de casi quinientos años engañado por una librera, su mejor amigo y una humana con complejo de heroína secundaria. Digno de leyenda… o de burla eterna.

Sigo caminando, ahora más despacio, alimentando el drama porque, si algo se me da bien, es sufrir con estilo, envolver la paranoia en razonamientos sofisticados y convencerme de que el desastre no es fruto de mis decisiones, sino de un plan perfectamente orquestado. Es más fácil pensar eso que aceptar que la quise. Que la sigo queriendo. Que, aun ahora, con la rabia ardiendo bajo la piel, una parte de mí querría volver a abrir esa cortina y salir detrás de ella.

No lo haré.

—Sabía que ese amigo tuyo no era de confianza —la voz de Divine irrumpe y me atraviesa los pensamientos, desordenándolos.

No me vuelvo de inmediato. No hace falta. Su presencia siempre llega antes que ella.

—¿Qué haces aquí, Divine? —pregunto al fin, con un cansancio que me pesa más que la ira—. ¿Sabías que es de muy poca elegancia escuchar detrás de las puertas?

—Menos mal que no necesito puertas para escuchar.

La siento acercarse y, cuando se sienta en el brazo del sofá, posa una mano sobre mi hombro con una familiaridad que me incomoda, aunque no tanto como lo que acabo de presenciar hace apenas unos minutos. Su contacto es frío, calculado, casi reconfortante si no supiera lo peligroso que resulta.

—Mi amor, lo has hecho muy bien —susurra—. Esas personas no son tus aliados. Nunca lo han sido. Son tus enemigos. Y siempre lo serán.

Aprieta ligeramente los dedos, como si quisiera anclar sus palabras en mi carne.

—Tus padres podrían estar vivos si no fuera por esa estirpe —continúa, con una serenidad inmortal—. ¿Los recuerdas?

Ese nombre no pronunciado, ese recuerdo, es justo lo que no necesitaba. No me lanza dardos: me arroja certezas que se clavan solas. La imagen de mis padres, reducidos a ceniza, vuelve con una nitidez cruel.

—Divine… —intento pedirle que se calle, pero la voz apenas me responde.

—Chist… —me interrumpe—. No digas nada. Estoy aquí.

Empieza a acariciarme el pelo con una lentitud casi maternal y quiero apartarme, decirle que se marche, que no es el momento. Y entonces recuerdo, con una claridad incómoda, que todos los demás ya se han ido. Todos me abandonaron.

—Ahora lo que tenemos que hacer es unirnos —dice—. Como familia. Porque pronto lo seremos.

Levanto la mirada y encuentro la suya. Ahí está: la certeza clavada en el rostro, la seguridad que nunca duda.

—Y ahora, más que nunca, debemos estar preparados para acabar con todos los que desean matarte.

La idea no es nueva. Yo mismo he estado tentado de cruzar esa línea más de una vez, pero esta vez no respondo. Me quedo en silencio, demasiado cansado para discutir.

—Divine, necesito pensar…

—No hay nada que pensar —me corta—. Lo que hay que hacer es trazar una estrategia.

—¿Estrategia para qué? —pregunto, aturdido, con la sensación de que el mundo entero se me ha desplazado unos centímetros fuera de sitio.

—¿Cómo que para qué, mi amor? —sonríe—. Para quemar a esa bruja que amenaza tu legado. No querrás que venga a por nuestro futuro hijo.

Trago saliva por puro reflejo.

—No tenemos hijos, Divine.

—De momento —corrige—. Esa bruja ganará poder muy pronto, y sabes tan bien como yo que la única forma de acabar con ella es reducirla a cenizas. Que arda. Que su legado termine con ella.

La traición, la ira y el despecho ya me están consumiendo por dentro, y ella también, sentada ahí, tan segura, tan viva, alimentándose de mi fractura. No sé cómo sigue respirando con todo lo que arde en mí.

—Con que esté lejos, me basta —murmuro al fin, resignado.

—No, cariño —niega con suavidad—. No existe la distancia cuando se trata de esa especie. Solo tienen un propósito, nacen para ello. Para acabar contigo. Y con todo lo que engendres.

Clavo los ojos en ella. Divine no parpadea, solo asiente, convencida.

Quizá tenga razón. Quizá esta sea la misión en la que deba gastar lo que me queda de fuerzas. Me han traicionado. Todo estaba pensado. Divine tiene razón.

El mundo va a arder… y Abril con él. Todos ellos.

Así debe ser.

Entonces, ¿por qué siento que soy yo el que está ardiendo por dentro? ¿Por qué, aun ahora, sigo pensando que preferiría consumirme durante toda la eternidad antes que acabar con su existencia breve y miserable?

Esto no es rabia.

Esto no es odio.

Esto ya me está matando.

CAPÍTULO 19

EL PODER DE LANZAR HECHIZOS Y MALDICIONES

ABRIL



Han pasado casi dos meses desde que Lucien nos echó de su casa como si fuéramos perros rabiosos, y todavía hay días en los que esa imagen se me queda clavada en el pecho con la misma crudeza que la primera noche. He tardado semanas en empezar a levantar cabeza tras la tristeza, las lágrimas y una desolación tan persistente que parecía haberse instalado en mí como un huésped indeseado. Bueno, esa soy yo, también. Mis amigos —que ahora son más de los que imaginé que tendría nunca— han estado a mi lado casi todo el tiempo, sosteniéndome cuando flaqueaba y evitando que la poca cordura que me queda acabara de resquebrajarse del todo.

El trabajo se convirtió en una especie de tregua temporal: unas horas en las que podía fingir que mi vida seguía teniendo una estructura lógica, aunque fuera prestada. Las comidas pasaron a ser simples obligaciones, y al menos de todo aquello saqué algo positivo: perdí esos kilos de más que llevaba tiempo arrastrando.

No estaba en mis planes, eso sí, la cara de cadáver que vino de regalo con la dieta forzada, ni las ojeras profundas fruto de noches interminables sin dormir. Porque si algo he aprendido en este tiempo es que la noche pesa distinto. Basta con apoyar la cabeza en la almohada para que todos los males, físicos y espirituales, se me vengan encima de golpe. Las pesadillas se han vuelto cada vez más

recurrentes, pobladas de horrores que no comprendo del todo, y el cansancio acumulado empieza a pasarme factura también en lo anímico.

Nada de eso ha logrado aliviarse con las tonterías de Mateo, ni con sus serenatas de guitarra después de cenar, ni con el karaoke improvisado de Cata, ni con sus programas de yoga y revitalización facial que insiste en poner a horas intempestivas. Mucho menos con las idioteces que salen de la boca de Adrien, que ha pasado de espectro holográfico ocasional a personaje fijo en nuestras vidas sin pedir permiso. No recuerdo un solo día en el que no haya aparecido por casa, y todavía no sé muy bien si debo estar agradecida por su presencia constante o si cada vez que lo veo no puedo evitar acordarme de su especie y de lo que implica convivir, aunque sea indirectamente, con un vampiro. Y eso que los dos que conozco bien pueden resultar igual de insufribles.

Esa amistad eterna, ahora hecha trizas, parece haberles provocado algún tipo de transfusión absurda de neuronas —si es que las tienen— cargadas de sarcasmo, anécdotas estúpidas y gestos igual de tontos. Se parecen mucho más de lo que ellos mismos estarían dispuestos a admitir, y ese paralelismo tampoco me deja en paz. Porque lo cierto es que todo este embrollo ha terminado separando a amigos de toda una vida, y, aunque nadie me lo diga en voz alta, sé que gran parte de la culpa recae sobre mí. Adrien perdió a su amigo, yo perdí a Lucien y Cata… bueno, Cata perdió la paciencia infinita que siempre ha tenido para nosotros.

Desde que se enfrentó al temido vampiro, ahora va por la vida como si fuera invencible, y la mayoría de las veces es Adrien quien acaba pagando el pato. Eso sí, desde que confesó que entre ellos dos hubo ciertos oficios íntimos aquel día, las cosas no han mejorado precisamente. Si antes parecía que se toleraban a duras penas, ahora apenas se soportan. Delante de mí, eso sí, disimulan bastante bien. Están todos empeñados en hacerme reír, en devolverme una supuesta normalidad, en convencerme de que hay vida después de Lucien. Hasta ahora, con resultados más bien discretos.

Al final acabamos reuniéndonos los cuatro —sí, los cuatro— porque no nos quedó más remedio que contarle a Mateo todo lo que estaba ocurriendo. Era eso o vivir midiendo cada palabra cada vez que aparecía, y Mateo aparecía siempre. Los tres compartíamos casa, yo estaba prácticamente instalada en la habitación de invitados de Cata, y Mateo… bueno, Mateo siempre había tenido su cuarto allí. Adrien nos visita todas las noches; durante el día duerme en su casa, en su ataúd, o donde quiera que tenga ubicada su cripta vampírica particular.

También acudimos a mis tíos abuelos para que nos explicaran mejor todas las circunstancias que rodeaban mi existencia. Tardé casi un mes en empezar a aceptarlo y, aun así, no estaba preparada para asumir del todo mi supuesta brujilidad, demonización o lo que demonios fuera aquello que me había tocado en suerte. Solo necesitaba algo que no me hiciera sentir tan fuera de lugar, tan pez fuera del agua. En ese momento era una persona sin rumbo, sin familia, sin raíces ni costumbres; sin novio, sin pareja, sin esperanza. Mi vida se resumía en una nada bastante incómoda, y encontrar respuestas —aunque no fueran las que quería— era lo único que me mantenía anclada a algo, a la posibilidad de una mínima conexión con quien se suponía que era.

Nos explicaron todo lo que sabían, o al menos todo lo que mi abuela les había contado, junto con lo que ellos mismos habían investigado a lo largo de los años, preparándose para el día en que yo me convirtiera en eso que, según todos, estaba destinada a ser.

Ahora estamos los cuatro sentados alrededor de la mesa del comedor, después de cenar, con la mirada perdida en los hologramas proyectados desde las pulseras que llevamos en el brazo, hasta que Mateo rompe el silencio.

Yo aún tengo un cacharro de móvil, algo que ya no se usa, pero Lucien me ofreció uno para poder comunicarme con él; decía que le había costado siglos aceptar esos aparatos como para, ahora, rendirse a una era digital tan absurda.

—Entonces, ¿al final vamos a ir a ese templo o no? —pregunta—. El grupo va a Barcelona a dar un concierto en el Teatro Fantasma. Necesito saber si lo cancelo o no.

El Teatro Fantasma recibe ese nombre por ser uno de los pocos locales que aún conservan una estructura a la antigua, en homenaje a El fantasma de la ópera, ese musical que prácticamente nadie de mi generación conoce.

Quizá por eso mismo lo llaman así: porque nadie va ya a conciertos en vivo. Los cantantes actúan desde sus casas, la inteligencia artificial ha ganado casi todos los derechos musicales y encontrar bandas como las de principios de siglo es poco menos que una rareza. Las artes humanas han sido sustituidas por máquinas, robots e híbridos, seres mitad humanos, mitad mecánicos.

Aun así, esos locales siguen siendo frecuentados por vampiros y otras criaturas que, amantes de la música antigua, continúan rindiendo homenaje a una forma de arte que se resiste a desaparecer del todo. Los llamados artistas han pasado de ser exhibicionistas de sus talentos a habitar un rocambolesco limbo de espectros, casi como cualquier otro ser sobrenatural, y los pocos que se han mantenido fieles a su presencia artística solo pueden encontrarse en lugares y ambientes como ese.

Mateo tocaba la guitarra, la batería y el bajo, herencia directa de un linaje de músicos que se remonta a finales del siglo XIX. Siempre tuvo claro que quería seguir ese camino y, ahora que ha vuelto y ha decidido quedarse de forma definitiva, se gana la vida dando pequeños conciertos con una banda que comparte esos gustos antiguos. Son muy buenos y, como crecí rodeada de ellos, aprendí a amar la música de antaño. Además, Lucien solía poner el tocadiscos —esa reliquia que adoraba y que a mí me fascinaba— mientras me contaba historias de artistas, desde músicos hasta pintores o escultores que había conocido a lo largo de su existencia.

—No tienes por qué venir, vete con tus amigos —le responde Cata.

—Cata, quiero irme con vosotros. Lo único que no quiero es que me digáis que vamos, cancele todo y luego me dejéis colgado porque os habéis echado atrás.

La indirecta me golpea de frente. Lo dice porque tres veces aseguré que iríamos al dichoso templo y las mismas me eché atrás. Tiene razón: tengo que dejar de ser gallina y echarle morro a esto.

—Si es por mí, estate tranquilo, esta vez iremos —le digo, apoyando una mano sobre la suya encima de la mesa—. Y gracias por querer acompañarnos. Voy a necesitar vuestro apoyo. No sé qué me voy a encontrar allí.

—A lo mejor, primitas… —se mofa Adrien.

—A lo mejor las tuyas, ¿no? ¿No vivís todos en catacumbas? —le pica Cata, para variar.

—Tú sí que debes de estar viviendo en una —replica él—. ¿Has visto la cara que llevas? Parece que te hayan tirado a una pira ardiente. ¿Estás segura de que no eres bruja también?

La sonrisilla canalla ya es marca de la casa.

—Estúpido —responde ella, señalándose la cara con un círculo—, esto es un peeling. Algo que tú deberías hacerte, porque esa eternidad tuya no se te está haciendo tan eterna.

Adrien arquea una ceja, esperando la réplica que todos sabemos que va a soltar.

—Se te empiezan a notar las patas de gallo y ese cuello… —Cata hace una mueca de asco—. Dioses, ese cuello… —Él se lo toca instintivamente—, parece una uva pasa. ¿Seguro que los vampiros no envejecéis? Porque tú estás dando claras señales de pudrición.

Adrien torce el gesto. De hecho, lo hacemos todos.

—Con ese cuello, ni una vampira se te acercaría a chuparte —continúa ella—. Lo más probable es que pillara el tétanos de lo oxidado que está. Menos mal que estoy vacunada.

Muchas enfermedades han sido erradicadas con el paso del tiempo y las nuevas tecnologías. La medicina convencional, tal y como la conocíamos, ya no existe: la mayoría de los médicos son robots capaces de detectar y erradicar cualquier problema de raíz. Además, todos llevamos un chip que monitoriza constantemente nuestro estado de salud, de modo que rara vez llegamos a enfermar. Ahora bien, el tétanos nunca encontró cura. Los humanos seguimos siendo especialmente sensibles a los metales y sus complicaciones pueden resultar mortales en menos de veinticuatro horas, razón por la que estamos vacunados desde bebés.

Escucharlos discutir a veces me producía síntomas similares: espasmos dolorosos, rigidez muscular, tensión en la mandíbula y una

mueca permanente de agotamiento… aunque, por suerte, también se me pasaba rápido. Incluso sus idioteces lograban arrancarme alguna risa, algo que me costaba horrores desde hacía tiempo.

—Chicos —intervengo al fin—, esto es importante para mí. Si vamos a hacerlo, necesito que estéis centrados en todo lo que pueda pasar. No sé qué nos espera en ese templo. Solo sé que, al salir de allí, quiero poder avanzar con mi vida. Si esto es lo único que puede darme algo de paz, adelante. Contad conmigo.

—Claro que necesitamos contar contigo —dice Adrien—, porque la única que tiene poderes aquí eres tú. Y allí quizá encontremos las respuestas para que puedas vivir y descansar en paz.

—Amén —añade Cata, con una sonrisa ladeada.

—Abril —pregunta Mateo—, ¿eres consciente de que después de esto vas a tener que asumir tus poderes?

—Para eso tendría que creer que realmente tengo alguno —respondo— o, en su defecto, saber usarlo.

—Pero tu tía abuela dijo que, una vez despierten, te convertirás en una perso… —se corrige—, en alguien muy distinto a todo lo que has vivido hasta ahora. ¿Estás preparada?

Quisiera gritarles que no, que no quiero complicarme más la vida, que ya he tenido suficiente. Me limito a asentir, mintiendo un poco. Estoy cagada de miedo y ya no puedo huir más. Dos cosas que nunca deberían ir de la mano.

LUCIEN



Estoy seguro de que, a estas alturas, Abril estará llenando la nevera de casa de Cata de hechizos, maldiciones y probablemente algún ritual doméstico impropio para electrodomésticos humanos. No ha dado señales de vida. Yo tampoco. Ni que la tuviera. Aun así, sigo pensando en ella, aunque me empeñe en convencerme de que cada día un poco menos. No sé si algún día lograré borrarla del todo, si

esa palabra —olvidar— existe realmente para alguien como yo. Lo único que sé, o lo único que me repito hasta que empieza a sonar razonable, es que Divine tiene razón: mientras no logre acabar con ella, nada de esto pasará. Tendré que llorar su muerte, como se llora lo inevitable, y seguir adelante. Como siempre hemos hecho.

—Creo que he encontrado una fórmula para atraerlos y quemarlos a todos.

La miro con cansancio, sin entusiasmo alguno por su repentina creatividad incendiaria.

—Vamos a ver, Divine —respondo, con una paciencia que no sé de dónde saco—, supuestamente la única bruja es Abril. No Cata ni Adrien.

Ese malnacido al que un día osé llamar amigo. Traidor de pacotilla. No quiero verlo ni en pintura de sangre, aunque de ahí a querer matarlo hay una distancia que, de momento, no me apetece recorrer. Todavía.

—No lo entiendes, mi amor —dice ella con ese tono condescendiente que me provoca ganas de arrancarme siglos de encima—. Aunque logremos matar a la bruja, los suyos siempre querrán venganza. Y ya sabes cómo funciona esto: no dejamos cabos sueltos. ¿Cuántos siglos tienes, Lucien?

Suficientes como para no tener que aguantar este sermón, pienso, aunque guardo silencio.

La verdad es que Divine es la única que sigue aquí. La única que no me ha dado la espalda, la que insiste en sostener esta versión de los hechos donde no soy un imbécil herido tomando decisiones desde el rencor. Desde que ha vuelto está distinta: menos soberbia, menos rastrera. O quizá soy yo, que estoy demasiado cansado para distinguir los matices. Ha sido la única en apoyarme en este… bajón emocional tan poco digno, y ha hecho lo posible por encontrar una salida a esta pesadilla. Se lo agradezco. Porque, ahora mismo, mis fuerzas no alcanzan ni para pensar con claridad.

—Tú tranquilo —dice, sentándose a mi lado en el sofá, dejando que su mano recorra mi muslo hasta detenerse donde sabe que incomoda—. Deja que yo me encargue de todo. Confía en mí.

Estoy aprendiendo a hacerlo. Poco a poco. No del todo, pero lo suficiente como para no apartarla. Lo que no va tan bien es su insistencia constante, esa forma suya de tocar, insinuar, empujarme hacia un deseo que no tengo. Parece una gata en celo. Quizá lo sea. No deja de recordarme que deberíamos practicar para el ritual de concepción, como si la palabra ritual hiciera todo esto más llevadero. No tengo ganas de sexo, ni de copular, ni de nada que implique cuerpo cuando la cabeza sigue hecha cenizas.

Los motivos por los que le sugerí tener un hijo fueron otros. Entonces era una idea lejana, estratégica. Ahora se ha convertido en una necesidad. Dejar que la familia D'Aragon continúe, que el clan de los Carcassonne prolifere por la eternidad. Por si las moscas. Por si todo lo demás arde.

Y aun así, mientras ella habla de fórmulas y fuego, hay algo que no encaja.

Porque si todo esto es tan claro, tan lógico, tan necesario… ¿por qué sigo sintiendo que soy yo el que está ardiendo primero? Llevo semanas sintiéndolo.

Sacudo la cabeza, expulsando pensamientos que no conducen a nada, y enderezo la espalda con un gesto que me resulta tan automático como antiguo. No puedo permitirme seguir dando vueltas sobre lo mismo; este bucle de rabia, duelo y sospecha no me lleva a ningún sitio útil.

—Muy bien, vamos al grano —digo al fin, recompuesto en apariencia, aunque por dentro todo siga siendo un desorden—. ¿Qué tenemos que hacer para acabar con esto de una vez?

Divine alarga la sonrisa, satisfecha; es posible que llevara siglos esperando exactamente esa pregunta.

—Me alegra que por fin me lo pidas —responde con una calma peligrosa—. Voy a explicártelo todo.

Y, mientras empieza a hablar, tengo la incómoda sensación de que acabo de cruzar una línea que no voy a poder desdibujar después.

CAPÍTULO 20

RITUALES DE BRUJAS

ABRIL



El viaje hasta las afueras de Barcelona se me hace más largo de lo que debería, aunque nadie lo diga en voz alta. La carretera se va estrechando conforme dejamos atrás las luces de la ciudad y el tráfico artificial que nunca duerme, y el paisaje empieza a transformarse en algo más antiguo, más áspero, como si el tiempo aquí funcionara con otro ritmo. Adrien conduce con una seriedad poco habitual en él, sin música estridente ni comentarios sarcásticos, concentrado en unas coordenadas que no aparecen en ningún sistema convencional, mientras Cata juguetea con la pulsera holográfica intentando, sin éxito, pillar cobertura.

—Esto es sospechoso —murmura, frunciendo el ceño—. Siempre que no hay cobertura acabamos en sitios donde pasan cosas raras.

—Las brujas odian el 8G —responde Adrien sin apartar la vista del camino—. Interfiere con ciertos campos energéticos.

—Ajá —replica ella—. Pues como nos pase algo, que sepas que voy a aparecerte en sueños para recordártelo.

Yo no digo nada. Voy sentada atrás, con las manos entrelazadas sobre el regazo, intentando controlar una mezcla incómoda de nervios, expectación y una ilusión culpable que no quiero admitir ni siquiera ante mí misma. No estoy yendo a aprender magia ni a convertirme en nada extraordinario; voy a buscar respuestas, o al

menos un hilo del que tirar para dejar de sentir que mi vida se me ha quedado demasiado grande de repente.

El templo aparece sin previo aviso, oculto entre la vegetación, parece que siempre hubiera estado ahí y nosotros fuéramos los intrusos. Es un edificio de piedra antigua, sobrio, sin símbolos evidentes ni pretensiones estéticas, pero con una presencia que se te mete bajo la piel nada más bajar del coche. Huele a tierra húmeda, a cera consumida y a hierro viejo, y el aire tiene un peso distinto, casi denso. Respirarlo exige un pequeño esfuerzo consciente.

—Vale —susurra Cata—. Esto no estaba en TripAdvisor.

Adrien apaga el motor y se baja primero, recorriendo el lugar con una mirada que mezcla respeto y cautela. Yo lo sigo, sintiendo cómo algo en mi interior reacciona al espacio, no con miedo, sino con una familiaridad inquietante que me eriza la piel.

Dentro, el templo es sencillo. Paredes de piedra desnuda, un altar bajo cubierto de velas apagadas y objetos que no reconozco, y un silencio que no resulta vacío, sino expectante. No tardamos en darnos cuenta de que no estamos solos.

La mujer que emerge desde una estancia lateral no parece una bruja, al menos no como las que mi imaginación había construido durante semanas de ansiedad. No lleva túnicas ni símbolos llamativos; viste de negro, de forma sencilla, con un anillo antiguo en la mano derecha y un colgante discreto que parece más viejo que el propio edificio. Su edad es imposible de calcular. Podría tener cuarenta años o ciento cuarenta, y sus ojos, oscuros y tranquilos, se posan en mí con una certeza que me obliga a contener el aliento.

—Has tardado más de lo que pensé —dice, sin preguntar quién soy—, pero has llegado cuando debías.

Trago saliva. No sé qué esperaba, pero no era esto. No era sentirme vista de esa manera, y por lo que veo mi presencia no es una sorpresa, sino una consecuencia lógica.

—Soy Eira Morgan —se presenta, inclinando apenas la cabeza—. Te estaba esperando.

Cata da un paso instintivo hacia mí, colocándose medio cuerpo delante, como si pudiera protegerme de algo que aún no entiende

del todo.

—¿Y cómo sabe quién es ella? —pregunta, desconfiada—. Porque si esto va de acertijos, yo ya vengo cansada.

Eira la mira con una calma que desarma, sin rastro de condescendencia.

—Porque su sangre responde a este lugar —contesta—. Y porque su abuela sabía que este encuentro llegaría.

Mi pecho se contrae al oírla mencionar a mi abuela. Durante un instante, el peso de todo lo perdido me golpea con fuerza.

Nos sentamos alrededor del altar, más por intuición que por invitación. Adrien observa en silencio, reconociendo detalles que no comenta, mientras la supuesta bruja le repasa escrutinio de arriba abajo.

—¿Por qué habéis traído un vampiro con vosotras? —pregunta.

Voy a contestarla, cuando Adrien se adelante y se explica.

—Porque no sois de fiar.

¡Empezamos bien! La tal Eira suelta una risita baja.

—No esperaba otra cosa. Tomad asiento.

Eira empieza a hablar con una voz serena, sin dramatismos, exponiendo hechos que no necesitan adornos.

Me cuenta que el linaje de mi abuela no era común, que pertenecía a una rama híbrida y poco frecuente, temida precisamente por no encajar del todo en ningún extremo. No brujas de destrucción ni de dominación, sino de equilibrio, capaces de canalizar fuerzas opuestas sin perderse en ellas. Un linaje que otros clanes consideraron peligroso no por lo que hacía, sino por lo que podía llegar a hacer si se lo obligaba.

—No todas las brujas despiertan completas —explica—. Algunas lo hacen tarde, cuando la vida ya les ha enseñado a perder.

—¿Y yo qué soy, entonces? —pregunto al fin, con la voz más firme de lo que siento—. ¿Un experimento, un error…?

Eira niega despacio.

—Eres una elección —responde—. Y lo sigues siendo.

La pregunta que me quema no tiene nada que ver con poderes ni rituales, y sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

—¿Voy a dejar de ser yo?

El silencio se extiende unos segundos, densos, hasta que Eira se inclina un poco hacia mí.

—No —dice—. Pero tampoco volverás a ser la que eras. Y eso no es una maldición, Abril. Es crecer.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba, porque tocan justo donde duele. Pienso en Lucien sin querer, en lo que he fui con él y en lo que dejé de ser sin darme cuenta, y bajo la mirada para que no se note demasiado.

Eira menciona el ritual, sin describirlo del todo. Explica que existe, que es antiguo y que no se realiza sin preparación, porque no transforma solo el cuerpo, sino la forma de mirar el mundo. Habla de sangre, pero no de sacrificio, de decisión más que de poder, y deja claro que aún no estoy lista.

Y, sorprendentemente, no me molesta oírlo.

—Cuando decidas quién eres —concluye—, vuelve. El templo no se mueve. El mundo sí.

—Tengo preguntas… y dudas —interviene Cata desde lo inesperado.

Todas giramos la cabeza hacia ella cuando saca una libreta y un bolígrafo del bolso, los abre con una naturalidad pasmosa y empieza a leer lo que, a todas luces, ha preparado con antelación y de lo que yo no tenía la menor idea. No puedo evitar pensar que, una vez más, ha venido mejor equipada que yo para enfrentarse a algo que, en teoría, me concierne directamente.

—Entonces, veamos —dice, adoptando esa pose de periodista inquisitiva tan suya—. Ha dicho usted que tiene que estar preparada. ¿A qué se refiere exactamente?

—Es sencillo —responde Eira, sin perder la calma—. Para que los poderes se integren en un cuerpo y un alma, quien los recibe debe ser plenamente consciente de lo que está aceptando. Si existen dudas, el ritual puede no concluirse de forma correcta.

—¿Y eso qué implicaría? —insiste Cata, decidida a exprimir cada respuesta.

Yo permanezco en silencio, porque lo cierto es que está verbalizando exactamente las preguntas que me rondaban la cabeza desde que hemos puesto un pie en este lugar.

—Nada irreversible —aclara Eira—. Simplemente una pérdida de tiempo. Por eso he dicho que lo más sensato es esperar a que esté preparada.

—¿Y cómo sabrá que lo está? —pregunta Adrien entonces, apoyándose ligeramente hacia delante.

—Lo sabrá —responde Eira, clavándome la mirada con una sonrisa que pretende ser reconfortante, aunque no consigue tranquilizarme en absoluto.

—Muy bien —continúa Cata, pasando página en su libreta—, siguiente cuestión: ¿podrá mantener una alimentación normal y corriente, es decir, humana?

La miro de reojo, sin entender a qué viene esa pregunta. Con todo lo que se está poniendo sobre la mesa, mi dieta es lo último que me preocupa. Como si alguien estuviera insinuando que voy a tener que compartir menú con vampiros. La idea me provoca una mueca de rechazo inmediata.

—Las brujas somos similares a los humanos —explica Eira—, con la diferencia de que vivimos muchos más años y poseemos habilidades que nos distinguen.

—Hablando de habilidades —interviene Adrien—, también sabe que ella es mitad bruja y mitad demonio. ¿Eso le otorgaría los mismos poderes?

No termino de comprender del todo la pregunta, aunque, siendo sincera, tampoco entiendo gran cosa de nada en este punto.

—Es una buena pregunta —responde Eira, asintiendo—, y la respuesta es que no lo sé. Cada híbrido es distinto. Hemos tenido casos en los que se desarrollan plenamente los dones del linaje brujil, otros en los que solo aparecen de forma parcial y algunos en los que no se manifiestan en absoluto.

—¿Y «no manifestarse» significaría que seguiría siendo humana tal cual? —pregunta Cata, con el ceño fruncido.

—No —corrige Eira con suavidad—. Significaría que solo se expresaría su parte demoníaca. Humana no es, ni nunca volverá a serlo.

La frase me golpea como una bofetada seca. Haga lo que haga, no hay marcha atrás. Ya no soy quien creía ser y, lo peor, no hay

una versión anterior a la que regresar. No soy nada de lo que pensaba, y esa certeza me resulta insoportablemente incómoda.

—Y… —empieza a decir Cata de nuevo.

—Gracias —la interrumpo, alzando la voz un poco más de lo que pretendía—. Gracias por aclararnos todas las dudas. Creo que ahora mismo lo mejor será hacer exactamente lo que dices: dar tiempo al tiempo.

—Pero… —intenta replicar ella, levantando la libreta.

—Amiga, vámonos, por favor —le pido con una sola mirada.

Me entiende al instante. Asiente, cierra la libreta y se pone en pie sin discutirlo.

Agradecemos a Eira su tiempo y su disposición, y ella se despide con una amabilidad que, lejos de reconfortarme, me pesa. Antes de que crucemos el umbral, me toma de la mano y dice en voz baja:

—Quiero que sepas que aquí tienes una familia que te espera.

No me hace sentir acogida ni protegida. Me hace sentir fatal. No quiero una familia que no conozco, no ahora, no así. Yo ya tuve una. La tengo. Y, aunque esté hecha trizas, es más que suficiente para mí.

Definitivamente, no estoy preparada para esto.

Salimos de allí en silencio, con la noche envolviéndonos de nuevo y el coche esperando donde lo dejamos. No me siento distinta en el sentido grandilocuente que habría imaginado hace meses, pero sí más consciente, como si alguien hubiera encendido una luz tenue en una habitación que llevaba demasiado tiempo a oscuras.

Mientras Adrien arranca y Cata empieza a bromear para aliviar la tensión, pienso en Lucien sin rabia, sin odio, solo con una tristeza tranquila que me sorprende.

Quizá no sea mi enemigo.

Quizá solo sea alguien que aún no sabe todo lo que está perdiendo.

Y por primera vez desde hace mucho, la idea de avanzar no me parece tan imposible.

LUCIEN



No necesito que Divine levante la voz para saber que viene a decirme lo mismo de siempre. Lo percibo antes incluso de que cruce el umbral del salón, en esa forma suya de ocupar el aire, de deslizarse por la estancia como si ya fuera suya, como si mi casa —mi fortaleza— no hubiera sido nunca más que una antesala de sus planes.

—No falta mucho —dice al fin, con serenidad estudiada que utiliza cuando quiere que algo suene inevitable—. El ritual se acerca. Lo sé.

Levanto la vista con lentitud, sin prisa, porque si algo me ha enseñado la eternidad es que la prisa siempre es patrimonio de los mortales… o de los imbéciles. Divine no es ninguna de las dos cosas, lo cual la convierte en infinitamente más peligrosa.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunto, apoyando el codo en el brazo del sillón, fingiendo una calma que no siento.

Sonríe. No una sonrisa amable, sino esa curvatura mínima de los labios que utiliza cuando cree haber ganado una partida antes incluso de que el otro sepa que estaba jugando.

—Porque las brujas siempre acuden a sus raíces cuando despiertan —responde—. Porque la sangre llama. Y porque tu Abril ya ha empezado a hacerlo.

Mi nombre en su boca no me provoca nada bueno. Nunca lo ha hecho. Lo noto en el estómago, en ese punto exacto donde antes se alojaban otras cosas —hambre, deseo, violencia— y que ahora solo parece reservado para una mezcla incómoda de rabia y algo que preferiría no nombrar.

—No es mi Abril —corrijo, seco.

Divine ladea la cabeza, divertida, como si mi puntualización fuera adorablemente inútil.

—Todavía no has aprendido a mentirte bien —dice—. Y eso, mi amor, es un problema cuando se pretende sobrevivir.

Se acerca un poco más, lo justo para invadir mi espacio sin tocarme, y sé que lo hace a propósito. Divine siempre ha entendido el poder del gesto contenido.

—Cuando complete el ritual —continúa—, no será una bruja cualquiera. No una aprendiz. Será consciente de lo que es… y de lo que puede hacer. Y entonces vendrá a por ti.

Cierro los ojos un segundo. Uno solo. El suficiente para que su imagen me atraviese la cabeza con una claridad obscena: la forma en que me mira cuando no baja la guardia, la manera en que se enfrenta incluso cuando debería huir, esa absurda valentía suya que siempre confundí con inconsciencia y que ahora, en retrospectiva, parece una declaración de guerra anticipada.

—No quiere matarme —digo, más bajo.

Divine suelta una risa suave, casi indulgente.

—Claro que no. Las brujas nunca creen que quieren matar —responde—. Se cuentan a sí mismas historias más bonitas: justicia, equilibrio, destino. Pero cuando el poder despierta, la sangre manda, y tú eres el símbolo perfecto de todo lo que su linaje detesta.

La palabra linaje resuena en mi cabeza con un eco antiguo, incómodo. Demasiado parecido a otros recuerdos que preferiría mantener enterrados con mis padres.

—Así que ya lo has decidido —murmuro—. Quemarla viva.

No lo digo como pregunta.

Divine no se ofende. Nunca lo hace cuando la entiendo demasiado bien.

—Es la única forma —afirma—. El fuego purifica. El fuego rompe los vínculos. El fuego impide que el legado continúe.

La miro entonces. De verdad. Y veo en sus ojos algo que no me gusta reconocer: convicción. No pasión, no rabia, convicción. Esa certeza fría que solo tienen los fanáticos… y los estrategas.

—Hablas de ella como si ya estuviera perdida —digo—. Como si no hubiera elección.

—La hubo —replica—, siempre la hay. Pero ya ha empezado a caminar hacia lo que es. Y cuando una bruja acepta su verdad, no hay marcha atrás.

Aprieto los dedos contra el cristal del vaso que no recuerdo haber llenado. El líquido tiembla, apenas, al ritmo de algo que no quiero identificar como miedo.

Porque lo que siento no es miedo a ella. Es miedo a mí.

A lo que sé que soy capaz de hacer si la veo arder. A lo que sé que se romperá dentro de mí si soy yo quien prende la pira. A la posibilidad absurda, indecente, de que incluso entonces siga pensando que todo esto podría haberse evitado.

—La mataré —digo al fin, y mi voz no tiembla, lo cual debería tranquilizarme y no lo hace—. Si viene a por mí… no dudaré.

Divine se acerca lo suficiente como para posar la mano sobre mi pecho, justo donde ya no late nada, pero donde aún se me acumulan las decisiones imposibles.

—No esperes a que venga —susurra—. Anticípate. Eso es lo que siempre te ha mantenido con vida.

Y ahí está: el veneno. No en sus palabras, sino en la lógica impecable que las sostiene. Divine no me obliga, ni falta que hace. Simplemente me muestra el camino que más se parece al que he recorrido durante siglos, ese en el que el deber siempre acaba imponiéndose al deseo.

Asiento despacio, aunque por dentro todo en mí se resista.

Porque mientras ella habla de fuego, de cenizas y de finales necesarios, yo no dejo de pensar en la forma exacta en que Abril pronunciaba mi nombre cuando aún creía que yo era capaz de salvarla.

Y en la pregunta que no deja de perseguirme, por mucho que Divine insista en sofocarla: si quemarla es la única manera de sobrevivir… ¿por qué se siente tan parecido a condenarme a mí mismo?

CAPÍTULO 21

TERAPÍA FAMILIAR PARANORMAL

ABRIL



—*E*sto tiene que ser una broma de mal gusto —musito.

Rechino los dientes cuando Cata me mira con los ojos muy abiertos, alerta de inmediato.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Marta ha pasado.

—¿Marta? ¿La abogada?

Resoplo por la nariz, incapaz de ocultar el temblor que me sube por el pecho.

—Me ha dicho que tenemos fecha en el juzgado para separarnos legalmente, porque el muy desgraciado de Lucien ha llevado el tema al Consejo de Justicia.

Cata frunce el ceño, pensativa, y durante un segundo temo lo que va a decirme.

—Es lo justo, amiga. Has sido tú la que se ha negado a firmar la separación.

—¿Tú de qué lado estás? —le espeto, irritada.

—Del lado de la justicia. Y lo sabes. Y lo que no es justo para ti es seguir en una relación que no tiene futuro ni nada. Se acabó, Abril. Acéptalo.

El labio me tiembla al oírlo. Tengo ganas de llorar, pero me muerdo por dentro. Bajo la mirada, sintiendo cómo el desconsuelo

se me instala en el estómago. Tiene razón. Lo sé. Ojalá no fuera así, pero quizá sea lo mejor. Para los dos.

—Ya está —añade, más suave—. Vas a ir a firmar los papeles y punto final. ¿Quieres que vaya contigo?

—No lo entiendes… —me cuesta incluso articularlo.

—¿Qué es lo que no entiendo? Es un trámite burocrático, nada más. Si no quieres ir, tu abogada puede hacerlo por ti con una procuración.

—No es eso. Marta me ha dicho que el Consejo, en estos casos, obliga a las parejas a asistir a un par de sesiones de terapia familiar juntos. Y solo con el informe del psicólogo podemos avanzar al juicio.

Cata se echa a reír. Yo arqueo una ceja. Ojalá fuera una broma.

—No me jodas que ahora vais a ir a terapia. Eso es algo que tendríais que haber hecho hace mucho.

—Gracias por nada —replico, seca.

—Mira —se acerca y me acaricia los brazos—, sé que todo esto aún te resulta difícil. Es normal. Nada tiene sentido ahora mismo, pero quizá esto te ayude a pasar página. ¿Qué mal puede hacer?

—Mal no lo sé, pero bien tampoco hará.

—Pues ya veremos qué sale de esto. No queda otra.

—Exacto. No queda otra —asiento, resignada.

—¿De qué estáis hablando?

Adrien entra en la cocina como Pedro por su casa y nos encuentra abrazadas, en pleno drama existencial.

—¿Lo has invitado tú? —me pregunta Cata, sin apartar la mirada de él.

—Yo no —hago una mueca y me desentiendo. Que se apañen.

—¿Me invitas a un café, Catalina? —dice él, tan tranquilo.

Ella avanza para encararlo.

—Tú no tomas café, vampisado.

—¿Vampisado? —se me escapa en voz alta.

—Sí —me mira—, vampiro y pesado.

—Qué mala te pones cuando tienes la regla. ¿Siempre es así?

Me señala a mí, como si yo fuera mediadora oficial del caos.

—A mí no me metas en esto… —respondo, girándome hacia la encimera para servirme café. Yo sí lo necesito. Mucho.

—Eres un idiota mental. ¿A ti quién te ha dicho que tengo la regla, gilipollas?

—Nadie. La huelo desde aquí.

—Qué asco, tío. Eres asqueroso.

—¿Asco? No te veía tan mojigata. Si has tenido la boca más sucia que mis pensamientos.

—Sal de mi cocina —le chilla.

Yo ni me giro. Que se maten. Total, más vampiro o menos vampiro, a mí ya me da igual.

—Eh… ¿qué pasa aquí? Tanto ruido y gritos.

Mateo entra en la cocina intentando calmar las aguas. Gracias a los dioses.

—¿Has sido tú el que lo ha invitado? —sigue Cata, furiosa.

—Sí. Vamos a salir. ¿Por qué?

—¿Salir? ¿Desde cuándo sales con ese… ese…?

Ni siquiera encuentra la palabra.

—Desde que lo hice y lo pasamos muy bien. Con él siempre hay diversión.

Me giro a tiempo de ver a Mateo sonreír y rodear a Adrien por los hombros, dándole unas palmaditas de camaradería. Genial. Ya somos una pandilla oficial.

—¿Qué tipo de diversión, Mateo? —insiste Cata, seria, como pocas veces la he visto.

—Buah, Cata, piérdete. Solo vamos a salir y pasarlo bien.

—Claro —se acerca a él con el dedo alzado—. Si sé que te está metiendo mierda en la cabeza. Ese de ahí —dice, ignorando deliberadamente a Adrien— se mete de todo.

—¿Qué estás insinuando? —Adrien da un paso al frente—. ¿Que llevo a tu hermano a drogarse?

—A saber los antros que frecuentas. Algo te meterás, porque si no vas colocado, eres tonto de nacimiento.

Adrien se ríe.

—Tranquila, Catalina. Solo vamos a salir y disfrutar de la noche con chicas guapas y poco histéricas. Le viene bien abrir horizontes.

—¿Qué, vais de rameras entonces?

Se me cae la mandíbula. Nunca la he visto así.

—Cariño —Adrien solo empeora las cosas—, ya no se dice rameras desde que yo era un crío. Y no. Vamos a conocer chicas sofisticadas, con autoestima, cuellos apetitosos y todo consentido.

—Tú sí que eres un consentido. Y tú también —le suelta a Mateo —. Ya se lo diré a mamá y papá.

—Cata, tengo edad para salir. Diles lo que quieras, estás como una cabra.

—Iros a la mierda los dos.

Sale de la cocina como un misil.

—Sigo con la misma duda… —dice Adrien, mirándome—. ¿Siempre es así?

No le respondo. Me limito a dar otro sorbo al café. Bastante tengo ya con mi propio desastre como para meterme en ese.



A la mañana siguiente cruzo la gran puerta del Consejo de Justicia con un sabor acre en la garganta y los nervios hechos añicos. Marta me espera en el vestíbulo de entrada y me acerco a ella arrastrando la misma actitud derrotada que llevo desde hace semanas. Quería venir con la cabeza alta, firme, digna…, pero no me da. Todo esto me supera.

—Buenos días —saluda con su voz cantarina de siempre.

—Buenos días.

—Lucien me ha dicho que llegará un poco tarde. ¿Entramos?

Claro. Qué raro. Lucien nunca llega tarde a ningún sitio. Los vampiros tienen esa absurda ultrarrapidez que les permite recorrer distancias imposibles en un suspiro, así que esto no es un retraso: es una puesta en escena. Se está haciendo de rogar y, de paso, obligándome a pasar este mal trago sola. Asiento y seguimos adelante.

Entramos en una sala pequeña, sobria, aunque sorprendentemente acogedora. Dentro nos espera una mujer cuya especie no soy capaz de identificar. Si es vampira, quizá mantenga la neutralidad; si es bruja, la situación podría complicarse aún más; y si es un demonio… bueno, ahora mismo la percibo como tal. Escucho a Marta llamarme desde muy lejos, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sí?

—Abril, esta es la doctora Julia. Estás en buenas manos —dice, sonriendo mientras se estrechan la mano.

A mí no me salen las ganas de devolver el gesto.

—Muy bien —murmuro, escueta.

—Si necesitas cualquier cosa, mándame una señal.

—¿No te quedas? —pregunto, confundida.

—No, querida. Esto es un asunto familiar y aquí no pinto nada. Vais a estar bien acompañados, no te preocupes.

Cuando ya está a punto de salir, se gira de nuevo hacia mí.

—Y, por cierto, aprovechad esta sesión para… calmar la situación. Lo último que queremos es dar un espectáculo en el Consejo delante de los Ancestros.

Los Ancestros. Varios, normalmente los más antiguos de cada especie, reunidos para juzgar en conjunto. Humanos, vampiros, quién sabe qué más. Todos con siglos —o milenios— a la espalda, suficientes para decidir qué es justo y qué no lo es. Su palabra es ley. No hay recursos ni apelaciones, y pueden tardar lo que les dé la gana en dictar sentencia. Marta ya me había explicado el procedimiento, pero pisar este lugar por primera vez, sabiendo que mi vida sentimental va a ser evaluada por un grupo de desconocidos inmortales, resulta demoledor.

Siempre pensé que, si algún día terminábamos, sería de mutuo acuerdo. Por las buenas. Supongo que también estaba equivocada en eso. En tantas cosas. Si es que ya no sé ni quién soy.

La doctora se sienta en uno de los sofás con su dispositivo entre las manos y me observa con calma mientras yo ocupo el asiento frente a ella. Miro alrededor. El único sitio libre es a mi lado, y saber que probablemente será donde se siente Lucien me pone los nervios de punta.

El reloj digital de la pared avanza con una lentitud cruel. No es que llegue tarde: es que quiere que lo note. Por un segundo deseo que no aparezca, que esto se acabe ya, que me dejen firmar lo que haga falta y largarme.

Cuando estoy a punto de morderme la lengua de ansiedad, la puerta se abre.

Lucien entra como si el mundo entero le perteneciera. Saluda primero a la doctora con esa exagerada sensualidad de depredador que siempre le ha sobrado y, solo entonces, dirige la mirada al sofá a mi lado.

—A lo mejor me quedo de pie.

La frase me cae como una patada en el estómago. Ridículo.

—Lucien, por favor —interviene la doctora con calma—. La idea de esta reunión es encontrar equilibrio. Si eres tan amable, toma asiento.

—¿A su lado?

Lo hace aposta. Y le está funcionando.

La doctora asiente con una sonrisa diplomática.

Lucien resopla con malas pulgas y se sienta a mi lado, dejando todo el espacio posible entre ambos. Como si no supiera que su presencia ya ocupa la sala entera y que puedo sentirlo igual, demasiado cerca, para mi desgracia.

—Bien —continúa ella—. Me alegro de que hayas venido. Imagino que sabéis por qué estáis aquí.

Ninguno responde. Nos observa a ambos con la paciencia de alguien que ha visto horrores mucho peores que una pareja rota.

—Estas sesiones sirven para hablar, para sacar fuera inquietudes, frustraciones, anhelos, disgustos… todo aquello que lleváis dentro. Siempre desde el respeto y la serenidad. Yo estaré aquí para mediar. ¿Os parece bien?

Lucien cruza la pierna y suelta una respiración profunda. Un gesto aprendido, como tantos otros. No necesita respirar, pero le encanta fingir que sí. Para lo bueno y para lo malo, lo aprende todo demasiado rápido. Con él no hay términos medios, razón por la cual no sé qué hacemos aquí. Esto es una pérdida de tiempo.

Asiento, con la poca educación que me queda.

—Perfecto —dice—. Empecemos contigo, Abril. ¿Qué aspectos de Lucien te incomodan?

Me quedo en silencio. Busco una respuesta medida, adulta, razonable… pero no la encuentro.

—Todo.

—Tss… qué lata —resopla a mi lado.

Trago saliva y mantengo la vista al frente.

—Cuando dices «todo» suena bastante abstracto —continúa la doctora—. ¿Podrías concretar?

Y es justo entonces cuando me pregunto por qué, con toda la evolución de la humanidad, nadie pensó en erradicar a los psicólogos. Armas de doble filo.

—Su presencia —empiezo—, su forma de hablar, su manera de estar… sus actitudes infantiles.

—Aquí la única niñata eres tú, bru… —se frena en seco cuando le clavo la mirada.

Sabe perfectamente que no puede decirlo en voz alta. Y si se atreve a delatarme, soy capaz de arrancar una pata de la mesa y clavársela en el pecho. No estoy exagerando. Estúpido.

—No estaba hablando contigo, así que te callas —le suelto.

—¿Y tú quién eres para mandarme callar? —me reta, con los ojos empezando a enrojecerse.

—Por favor —interviene la doctora—, calmémonos.

Va a ser difícil. Con él siempre lo es.

—Gracias —retoma la doctora Julia, con un tono firme que no admite réplica—. Antes de que esto se convierta en una competición de egos, vamos a bajar un punto la intensidad. Lucien, tendrás tu turno. Ahora quiero que Abril termine.

Lucien ladea la cabeza, claramente contrariado, pero no protesta. Eso ya es un milagro.

—Continúa —me anima ella—. ¿Qué más te incomoda?

Suelto una risa breve, sin humor.

—Que siempre tiene que tener razón. Que todo gira a su alrededor. Que cuando algo no le gusta, se convierte en una estatua de mármol ofendido durante semanas. Que jamás pide perdón. Y que cuando lo hace, es porque quiere algo a cambio.

—Eso es mentira —salta él, con frialdad—. Yo no quiero nada de ti.

—Claro que no —replico, girando por fin la cabeza hacia él—. Por eso me has llevado a juicio.

La doctora levanta una mano.

—Lucien, ahora no. Abril, sigue.

—Gracias —respiro hondo—. Me incomoda su necesidad constante de control. Su manera de decidir por los dos sin consultarme. Su manía de protegerme como si fuera una mascota frágil cuando nunca le pedí que lo hiciera. Y, sobre todo, me incomoda que me quiera solo cuando le conviene.

El silencio que cae es espeso. Incluso Lucien deja de moverse.

—¿Eso es lo que crees? —pregunta la doctora con suavidad—. ¿Que te quiere de forma condicionada?

—Lo sé —contesto sin dudar—. Porque en cuanto dejé de encajar en su idea de vida perfecta, me convirtió en un problema.

Lucien se ríe. No es una risa amable.

—Qué dramática eres, Abril. Siempre lo has sido.

—Y tú siempre has sido un cobarde emocional —le devuelvo—. Muy valiente para cazar, matar y mandar… pero incapaz de sostener una conversación incómoda sin huir.

—¿Huír? —se inclina hacia delante—. Fuiste tú la que se largó.

—Porque me ahogabas.

—Porque no sabes quedarte cuando las cosas se complican.

—Porque contigo todo se complica.

—¡Basta! —interrumpe la doctora, alzando la voz por primera vez.

Los dos nos callamos.

—Esto —dice señalándonos— no va de quién se fue o quién se quedó. Va de lo que sentís cuando estáis juntos. Y, por lo que veo, ambos os sentís atacados, incomprendidos y profundamente heridos.

Lucien resopla, cruzándose de brazos.

—Yo no estoy herido.

—No —asiente ella—. Tú estás furioso. Que es una forma muy común de no mirar el dolor.

Clava los ojos en él con una serenidad peligrosa.

—Lucien, dime algo. Cuando Abril se fue… ¿qué sentiste?

—Alivio —contesta sin pestañear.

Me duele. Y se nota.

—¿De verdad? —insiste la doctora.

—Sí. Alivio. Dejó de haber discusiones. Dejó de haber reproches. Dejó de haber… caos.

—Curioso —murmura ella—. Porque tu lenguaje corporal dice justo lo contrario. Estás tenso, a la defensiva, y llevas desde que entraste intentando provocar una reacción en ella. Eso no es alivio. Eso es abandono mal digerido.

Aprieto los labios. Él no dice nada.

—Ahora tú —me mira—. ¿Qué sentiste cuando Lucien decidió llevar esto al Consejo?

—Humillación —confieso—. Y rabia. Mucha. Porque una parte de mí aún esperaba que viniera a hablar conmigo, no a ponerme frente a un tribunal.

—No sabía cómo hacerlo de otra forma —dice él, casi sin querer.

La frase se cuela entre nosotros como una traición.

—¿Perdona? —le miro.

Lucien se tensa.

—Nada.

—No —insiste la doctora—. No es nada. Es importante. Repítelo.

Aprieta la mandíbula.

—No sabía cómo acercarme sin que me odiases más.

Me río. Esta vez con amargura.

—Llegas tarde para eso.

—Siempre llego tarde contigo —escupe—. Porque cuando te necesito, ya estás a medio paso de desaparecer.

—Porque cuando te necesito yo, estás ocupado decidiendo por mí.

La doctora asiente lentamente.

—Aquí está el núcleo del conflicto —dice—. Lucien teme perder el control. Abril teme perderse a sí misma. Y en lugar de hablar de eso, os atacáis donde más duele.

Se gira hacia él.

—Lucien, ¿por qué te asusta tanto que Abril cambie?

Él abre la boca… y la vuelve a cerrar. Lo conozco lo suficiente para saber exactamente qué está conteniéndose de decir. Sé que está deseoso de soltarlo, de señalarme como la bruja a la que teme, la amenaza que su cabeza ha construido, la criatura cuyo único propósito —según él— sería acabar con su vida. Y aunque ambos sabemos que lo que nos ha traído hasta aquí es mucho más complejo de lo que somos capaces de verbalizar en esta sala, me sigue resultando insoportable sentir esa rabia dirigida hacia mí. Sobre todo porque no hace tanto tiempo me devoraba la boca como un condenado a punto de marcharse a la guerra, como si besarme fuera lo único real a lo que aferrarse antes del desastre. Al final, ha conseguido su propia batallita.

—Porque si cambia —dice al fin—, ya no sé cómo protegerla.

—No necesito que me protejas —le respondo—. Necesito que confíes en mí.

—Confiar en ti es aceptar que puedo perderte.

—Amarme es aceptar que no me posees. Y no te mientas, muchos menos a mí. Ambos sabemos que lo que tienes miedo es de perderte a ti mismo, ególatra narcisista.

Silencio.

Devastador.

La doctora se recuesta ligeramente en el sofá.

—No os voy a mentir —dice—. Estáis en un punto muy delicado. Hay amor aquí, sí, pero también hay miedo, orgullo y resentimiento acumulado. Mucho. Si no sois capaces de bajar las armas, esto no va a arreglarse.

—No quiero arreglarlo —dice Lucien.

—Yo tampoco —miento.

Ella nos mira a los dos con una ceja alzada.

—Perfecto —sonríe—. Entonces la próxima sesión será aún más incómoda.

Genial. Justo lo que necesitábamos.

Y, aun así, cuando Lucien se levanta al final de la sesión sin mirarme, siento exactamente lo mismo que siempre: ganas de gritarle… y de abrazarlo hasta rompernos.

Lo odio.
Y eso, por desgracia, no ha hecho más que empeorar.

CAPÍTULO 22

TERAPÍA DE FAMILIA SUBNORMAL

LUCIEN



Aún estoy intentando digerir la sesión de ayer como mala sangre corrompida y ya me encuentro otra vez en este cubil de sabelotodo. Marta me observa de reojo mientras Abril sigue sin aparecer. Llevamos quince minutos esperando en la entrada y ella ni como espectro. Es enrevesada y vengativa. Como ayer fui yo quien llegó tarde, hoy decide devolverme el golpe con el mismo veneno, sabiendo perfectamente que detesto la impuntualidad. Puede que tenga todo el tiempo del mundo, toda la eternidad incluso, pero si hay algo que jamás he tolerado es perderlo.

Sacudo la capa larga que hoy forma parte de mi atuendo. No tengo ninguna obligación de vestirme como un vampiro del siglo XVIII, pero me gusta. Me sirve para dejar claro quién soy, de dónde vengo y cuáles son mis motivaciones. Además, me queda impecable; realza mi belleza con una precisión casi insultante. Sería un desperdicio no aprovecharla.

Abril entra por la puerta y con ella lo hace la oscuridad. Las sesiones son nocturnas por petición mía; caminar de día con el sol clavándote agujas en la piel no mata a un vampiro, pero resulta insoportablemente molesto. O eso, o salir cubierto de protecciones ridículas que atentan contra cualquier noción de dignidad.

Avanza hacia nosotros y la observo bambolearse sobre unos tacones de al menos diez centímetros, enfundada en un vestido rojo cuya falda amenaza con rozar límites indecentes. Lleva el pelo rojo, suelto, perfectamente peinado, y un maquillaje propio de una gala de premios. Me rompe varias neuronas de golpe. Abro la boca. La cierro. La vuelvo a abrir. Incrédulo. ¿Quién demonios es esta mujer? Nunca la había visto vestida así. Hemos asistido juntos a eventos importantes y siempre había sido discreta con su ropa; jamás fea, aunque poco favorecida, y casi siempre con esas zapatillas deportivas suyas, mugrientas y obstinadas. Así que esta criatura que tengo delante solo puede ser una cosa: una bruja. O un demonio con unas piernas larguísimas que me están volviendo loco de recordarlas. Una hechicera. Y lo está consiguiendo, porque no soy capaz de dejar de mirarla.

Joder. Qué sexy está. Maldita sea.

—Buenos días —dice, con la cabeza alta, segura de sí misma.

—Buenos días.

Ya te haré pedazos esa seguridad, pienso.

—¿Qué tal, Lucien? —añade—. ¿Has puesto toda tu ropa a lavar y solo te quedaba la de tu abuelo?

Curioso que mencione a mi familia. La misma que la suya asesinó. Desgraciadas.

—¿Y tú? —replico—. ¿No te has dejado nada?

Se hace la interesante, mira alrededor con una sonrisa cínica, como si estuviera comprobando su inventario.

—No, creo que no. Bueno… quizá la dignidad. Esa que tú has pisoteado.

Está a dos pasos de mí y tengo que morderme la lengua para no soltar algo impropio; Marta nos observa con expresión desencajada.

—Puede ser —respondo—. Aun así, sigo pensando que te falta algo. Con lo guapa que vienes, una escoba y un gato negro te habrían quedado estupendos como accesorios. Consejo de alguien que ha vivido demasiado.

Frunce los labios en una sonrisa amarga. Yo le devuelvo el gesto, entrecerrando los ojos.

—Gracias por el consejo, pero paso.

Y pasa de mí. Literalmente. Me deja atrás y avanza altiva hacia la sala. Marta me mira y niega con la cabeza.

—¿Qué? —le pregunto, encogiéndome de hombros.

—Entremos —sentencia.

La sigo.

La doctora Julia cierra la puerta con un gesto tranquilo, casi reverencial, y sabe que lo que va a suceder aquí dentro no admite testigos ni escapatorias. Se sienta frente a nosotros con una calma que me irrita profundamente; esa serenidad impostada de quien cree que puede meter las manos en siglos de historia ajena y salir ilesa.

Yo me dejo caer en el sofá con una elegancia que no disimula mi tensión, cruzo las piernas y me recuesto lo justo para no parecer implicado. Abril, en cambio, permanece rígida a mi lado, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada clavada en un punto inexistente del suelo. Ni me mira. Ni falta que hace.

—Bien —comienza la doctora—. Antes de continuar, quiero dejar algo claro. Esta sesión no es para ganar, ni para humillar al otro. Es un espacio para entender qué os ha llevado hasta aquí y qué sentís realmente.

Resoplo por la nariz antes de poder evitarlo.

—Eso suena peligrosamente parecido a remover mierda vieja —murmuro.

—Lucien —me amonesta ella sin perder la sonrisa—, le agradecería que intentara colaborar.

—Estoy colaborando —replico—. He venido. Eso ya es un esfuerzo notable por mi parte.

Abril no reacciona. Ni una mueca. Como si no estuviera aquí. Como si ya se hubiera ido hace tiempo y yo estuviera hablando solo, que es, pensándolo bien, una situación bastante habitual últimamente.

—Empecemos por el motivo de la separación —dice la doctora, dirigiéndose a mí—. Lucien, ¿qué ocurrió?

Abro la boca dispuesto a soltar una respuesta elegante, fría, perfectamente empaquetada… y, sin embargo, lo que sale es otra cosa.

—Ocurrió que descubrí que mi pareja tenía planes de futuro que no me incluían.

Abril gira la cabeza lentamente hacia mí, incrédula.

—¿Qué?

—No me mires así —continuo, notando cómo algo oscuro me aprieta el pecho—. Querías quedarte embarazada.

La doctora frunce el ceño, claramente descolocada.

—¿Embarazada… de otra persona? —pregunta, midiendo las palabras.

—No —respondo con una sonrisa cargada de veneno—. Embarazada en general. Y para ella yo no soy más que un mueble antiguo al que se le pasa el polvo, pero no se le tiene en cuenta para la vida real.

Abril se gira del todo hacia mí ahora, los ojos brillándole de rabia.

—Eso es mentira.

—¿Ah, sí? —me inclino hacia delante—. ¿Entonces cómo llamas a ir a escondidas a informarte sobre rituales, linajes y posibilidades reproductivas sin decirme nada?

La doctora levanta una mano.

—Un momento. Abril, ¿puedes explicar a qué se refiere?

Abril inspira hondo, y sé perfectamente que se está conteniendo para no gritarme en la cara.

—Jamás quise quedarme embarazada de otro —dice con una firmeza que me descoloca—. Nunca te engañé. Lo que investigué fue porque… —titubea un segundo— porque me dijeron que yo no podía tener hijos contigo. Nunca. Y necesitaba entender por qué.

Silencio.

Uno que casi me parece eterno, diría que incómodo.

—¿Cómo que no podías? —pregunta la doctora.

—Porque él decidió que no —responde Abril sin mirarme—. Porque Lucien decidió que yo no era una opción válida para su eternidad.

Aprieto la mandíbula.

—Eso no es justo.

—No —me corta ella, por primera vez mirándome de frente—. Lo injusto es que jamás me explicaste nada. Ni tus miedos, ni tus

traumas, ni tus siglos de mierda acumulada. Solo me cerraste la puerta en la cara y esperaste que yo lo aceptara sonriendo.

La doctora toma notas. Puedo sentir cómo la sesión se desliza por una pendiente peligrosa.

—Lucien —dice—, ¿por qué no hablaste con ella?

Me encojo de hombros.

—Porque hablar no cambia lo que soy.

—¿Y qué eres? —insiste.

—Un vampiro que ha visto cómo otros se convierten en armas contra sus padres. Un hombre que ha enterrado generaciones enteras. No iba a condenarla a eso.

—¿Condenarme? —ríe Abril, amarga—. Me condenaste al silencio. A no saber nunca si te importaba lo suficiente como para compartir tus demonios conmigo.

Antes de que pueda responder, las palabras salen solas, como un vómito.

—Y aun así, te rodeaste de ellos. De hecho, los llevas bastante dentro…

La doctora levanta la vista.

—¿Ellos? ¿Dentro?

Carraspeo, porque no puedo evitar que la verdad me empuje desde dentro, aunque tenga que morderla antes de dejarla salir. Todo esto es ridículo. Acabaríamos mucho antes si pudiera decir, sin rodeos, que ella es medio bruja y medio demonio y que, solo por existir, su mera presencia amenaza la mía. Pero no lo hago. No aquí. No ahora. Aunque también es cierto que lo nuestro, nuestra mierda, no empezó con eso; viene de mucho más atrás, de grietas antiguas que ya estaban ahí antes de que el mundo decidiera complicarnos la vida aún más.

Así que me obligo a ceñirme a lo humano, a lo comprensible, a esta versión domesticada de la tragedia que no levanta sospechas ni activa protocolos. Lo último que quiero es que las autoridades empiecen a tirar del hilo de su existencia, porque eso solo conseguiría retrasarlo todo y entorpecer las misiones que tengo pendientes. Será infinitamente más fácil ocultar su muerte si sigue siendo, a ojos del mundo, una humana corriente, que si acaba

declarada oficialmente como algo más. Ya he pasado demasiado tiempo entre rejas como para que me apetezca volver a jugar con la condicional. Y no, no tengo ninguna intención de meter la pata ahora.

—Mateo. Adrien. Siempre ahí. Siempre metiendo las narices en lo que no les corresponde —escupo—. ¿O me vas a decir que tampoco pasó nada ahí?

Abril se queda helada.

—¿Estás insinuando que te fui infiel?

—Estoy diciendo —aprieto los dientes— que jamás sabré quién me fue leal y quién no, porque nunca dejaste de esconderte detrás de los demás.

Ella se pone en pie de golpe.

—¿Sabes qué es lo más patético de todo esto? —me lanza—. Que jamás te molestaste en conocer a mis amigos. Jamás te importó quiénes eran ni qué significaban para mí. Porque todo giraba alrededor de ti. De tus normas. De tus miedos. De tu ego.

—Soy lo que soy —respondo, clavándole la mirada—. Y tú lo sabías.

—No —niega con la cabeza, temblando—. Sabía quién decías ser. No quién eras cuando nadie te miraba.

La doctora suspira. Se frota el puente de la nariz, visiblemente agotada.

—Basta —dice con firmeza—. Estáis lanzándoos acusaciones para no decir lo único importante.

Nos mira a los dos.

—¿Qué perdisteis cuando os separasteis?

Abril se sienta de nuevo, de golpe. Sus hombros se hunden.

—Lo perdí todo —susurra.

Y esa frase… esa jodida frase… me atraviesa como una estaca.

—Yo perdí el control —admito antes de poder detenerme—. Perdí la certeza de que podía protegerla… y me convertí en aquello que más odio.

La doctora asiente despacio.

—Os queréis —dictamina—. Mucho. Pero habéis confundido el amor con la posesión, y el miedo con la protección. Y sin confianza,

el amor no es un refugio. Es un campo de batalla.

Abril empieza a llorar. Sin ruido. Sin dramatismo. Las lágrimas le caen como si ya no le quedaran fuerzas para contenerlas.

Yo no lloro. Nunca lo hago.

Pero algo dentro de mí se rompe igual.

Porque la amo, lo admito. Y porque, aun así, no sé cómo no destruirlo todo cuando lo intento. Y eso… eso es lo que más miedo me da de mí mismo.

La doctora guarda silencio el tiempo justo para que mis propias palabras empiecen a volverse contra mí, para que el aire de la sala pese más de lo debido y para que ya no quede espacio donde esconderse. Nos observa sin juicio, con una calma incómoda y entonces deja el dispositivo a un lado, apoya los antebrazos sobre las piernas y nos mira de frente.

—Bien —dice—. Ya hemos hablado de reproches, sospechas y miedos. Ahora quiero que hablemos de lo único que importa. De lo que os une. Y esta vez no quiero ironía ni ataques. Quiero verdad.

Aprieto la mandíbula. Abril mantiene la mirada baja. Sé que se obliga a no ceder, que sostiene algo frágil con una voluntad que roza lo inhumano, y siempre me ha resultado insoportable verla en ese equilibrio imposible entre fortaleza y abismo.

—Lucien —continúa—, dime qué sientes por Abril. No lo que piensas ni lo que temes. Lo que sientes.

Podría mentir. Podría rodear la respuesta con elegancia, con distancia, con una superioridad que llevo siglos puliendo, pero algo en su tono deja claro que no me lo va a permitir. Y algo aún peor me dice que ya no quiero hacerlo.

—La quiero —respondo al final—. La quiero de una forma que no controlo, que no sé gestionar y que me ha llevado a cometer errores que no pensaba volver a cometer nunca. La quiero hasta el punto de desear protegerla incluso de mí mismo, y eso es una condena constante.

Abril inspira con fuerza. Su mano se posa sobre el pecho, y ese gesto mínimo me atraviesa más que cualquier reproche.

—¿Qué es lo que más temes de amarla? —pregunta la doctora.

—Perderla —contesto sin pensarlo—. O perderme yo.

El silencio es horrible, más que yo. La doctora asiente despacio y gira la cabeza hacia Abril.

—Ahora tú.

Ella tarda unos segundos en levantar la mirada. Cuando lo hace, sus ojos están llenos de algo que no intenta esconder: lágrimas. Se me rompe unas tantas piezas más por dentro.

—Yo también lo quiero —dice—. Lo quiero aunque me haya roto, aunque me haya apartado de su vida como si no significara nada, aunque me mire como si fuera un error que debería haber evitado. Lo quiero incluso sabiendo que nunca voy a ser suficiente, porque siempre va a elegir su miedo, su pasado y su necesidad de control antes que a nosotros.

Siento el golpe en el pecho. No por exagerado, sino por exacto.

—¿Qué necesitas de él? —insiste la doctora.

—Confianza —responde Abril sin dudar—. Necesito que deje de verme como una amenaza, como algo que hay que vigilar o eliminar. Necesito que me vea como su compañera, no como su enemiga.

Mis manos se cierran solas. Todo en mí se tensa, porque cada palabra suya desmonta una defensa que creía imprescindible.

—Lucien —vuelve la doctora—, ¿puedes darle eso?

La pregunta cae con un peso que no esperaba.

—No lo sé —admito—. Y eso es lo que más miedo me da.

Abril deja escapar un sollozo que no logra frenar. Se cubre el rostro y, por primera vez desde que entramos aquí, se rompe. Me inclino hacia ella sin tocarla. No necesito hacerlo para sentirla.

—Os queréis —concluye la doctora—, pero el amor no basta cuando se sostiene sobre el miedo y la desconfianza. Si no aprendéis a miraros sin armas, acabaréis destruyéndoos, juntos o por separado.

Nadie responde. No hace falta.

Me quedo mirando al frente con la certeza amarga de que la amo demasiado para dejarla ir y la temo demasiado para quedarme. Esa contradicción es la grieta en la que vivimos atrapados.

El problema nunca fue dejar de querernos. El problema es que no sabemos hacerlo sin hacernos daño.

CAPÍTULO 23

HOGAR DULCE HOGAR

ABRIL



Estoy triste. No de esa tristeza ligera que se disipa con distracciones o frases bienintencionadas, sino de una que se me ha instalado en el pecho y no se mueve, haga lo que haga. Las sesiones con Lucien no me han ayudado; al contrario, han removido todo lo que ya estaba roto y han añadido capas nuevas de confusión y dolor. Salgo de allí siempre peor de lo que entro, con la sensación de haberme expuesto demasiado y, aun así, no haber dicho nada de lo que de verdad necesitaba decir.

Necesito parar. Necesito alejarme unos días, aunque sea solo para no tener que pensar constantemente en él, en lo que fuimos, en lo que nos hemos hecho. Decido ir a ver a mis tíos abuelos porque, dentro de todo este caos, son lo único que no me exige respuestas inmediatas. No me miran como un problema, ni como una amenaza, ni como alguien a quien haya que arreglar. Me miran como a alguien que intenta entender quién es, aunque todavía no esté preparada para aceptar todo lo que eso implica.

No voy buscando grandes revelaciones ni respuestas definitivas. No quiero rituales, ni profecías, ni decisiones que me cambien la vida de un plumazo. Solo necesito silencio, tiempo y un lugar donde poder existir sin sentir que cada palabra que digo será analizada o utilizada en mi contra. Quiero saber más sobre mí, sí, pero también

quiero recordar quién era antes de que todo se volviera tan complicado, antes de que el amor se mezclara con el miedo y la desconfianza hasta dejar de parecer amor.

Durante esos días lejos de Lucien, de los juzgados y de esas sesiones que me dejan emocionalmente agotada, intento recomponerme a mi manera. Camino sin rumbo, escucho más de lo que hablo, pregunto solo cuando me siento capaz. Hay momentos en los que necesito contar cosas y otros en los que prefiero callar y observar. Descubro que conocer mi historia no borra el dolor, pero al menos lo coloca en un sitio menos asfixiante.

No me curo. No todavía. Pero dejo de sentir que me estoy desmoronando a cada paso. Y ahora mismo, con todo lo que llevo encima, eso ya es mucho más de lo que esperaba.

La casa de mis tíos abuelos no tiene nada que ver con la idea clásica que una espera de dos personas que rozan la centena de años. Nada de sillones oscuros, tapetes bordados ni olor a naftalina. Aquí todo es luz, cristal, plantas rarísimas y muebles que parecen más piezas de museo que algo pensado para sentarse. Una mezcla extraña entre loft artístico y refugio espiritual, con vinilos antiguos conviviendo con pantallas flotantes y esculturas abstractas que no sé si representan algo o si simplemente están ahí para desconcertar al visitante.

Ellos también encajan en ese caos perfectamente medido.

Mi tío abuelo lleva una camisa de lino abierta hasta el pecho, gafas redondas de pasta y el pelo blanco recogido en una coleta baja que le da un aire de gurú urbano. Mi tía abuela, sentada frente a mí con una taza de infusión humeante entre las manos, viste pantalones anchos, un kimono estampado y una serenidad que me desarma sin esfuerzo. Parecen sacados de una revista de tendencias, no de un árbol genealógico.

—Te noto cansada —dice ella al fin, observándome con una atención suave, sin invadirme—. No es un cansancio físico.

—No —respondo sin pensar demasiado—. Es de los otros. De los que no se quitan durmiendo.

Mi tío abuelo asiente despacio y se apoya en la encimera de la cocina, donde ha dejado un cuenco con fruta cortada y algo que

parece pan artesanal.

—Las crisis importantes siempre llegan antes de los cambios —comenta—. Aunque solemos resistirnos a aceptarlo.

Me encojo un poco en el sofá, rodeada de cojines de texturas imposibles, y juego con el borde de la taza.

—Vosotros sabéis más de todo esto de lo que me habéis contado —digo al fin—. Sobre mi abuela. Sobre el ritual. Sobre lo que se supone que va a pasarme.

No lo digo acusándolos. Lo digo porque lo necesito.

Mi tía abuela deja la taza en la mesa baja y se inclina hacia mí, apoyando los codos con calma.

—Sabemos lo que ella quiso que supiéramos —responde—. Y sabemos lo suficiente para decirte una cosa importante: no hay un manual para esto.

—Eso no me tranquiliza en absoluto —admito.

Una sonrisa se le dibuja en los labios.

—Lo imaginaba.

Mi tío abuelo se acerca y toma asiento en una butaca frente a mí, cruzando las manos.

—Tu abuela siempre decía que el ritual no transforma a nadie en algo nuevo —explica—. Solo deja salir lo que ya estaba ahí.

Trago saliva.

—¿Y cómo voy a saber si estoy preparada? —pregunto—. Todo el mundo habla de estar preparada, pero nadie me dice qué se siente. No sé si tengo que sentir algo concreto, una señal, una certeza… o si voy a entrar allí llena de dudas y salir convertida en otra cosa sin haberlo decidido de verdad.

Se miran un segundo, compartiendo esa comunicación silenciosa que solo tienen las personas que llevan una vida entera juntas.

—No lo sabrás de la forma en que esperas —dice ella—. No habrá una voz, ni una revelación espectacular, ni una certeza absoluta.

—Genial —murmuro—. Cada vez suena mejor.

Mi tío abuelo sonríe, divertido.

—Lo sabrás cuando dejes de luchar contra la idea de lo que deberías ser —añade—. Cuando aceptes que lo que viene no te roba

nada esencial, sino que suma. La resistencia suele ser la señal más clara de que aún no es el momento.

Me quedo en silencio, dejando que sus palabras se asienten. Pienso en todo lo que estoy resistiendo últimamente, en cómo me aferro a una versión de mí que ya no existe del todo.

—¿Y si no quiero aceptarlo? —le pregunto en voz baja—. ¿Y si quiero seguir siendo quien era antes?

Mi tía abuela alarga la mano y cubre la mía con la suya.

—Entonces no pasa nada —responde sin dramatismo—. El ritual no se hará, o no se completará. No castiga, Abril. No obliga. Solo responde a quien está dispuesto a mirarse de frente sin miedo.

Esa frase me golpea más de lo que esperaba.

—Tu abuela confiaba mucho en ti —añade mi tío abuelo—. No porque fueras fuerte todo el tiempo, sino porque siempre fuiste honesta contigo misma. Incluso cuando dolía.

Siento un nudo en la garganta y bajo la mirada, fijándome en el suelo pulido que refleja la luz del atardecer.

—Ahora mismo no me siento fuerte —confieso.

—No hace falta —dice ella—. Hace falta estar abierta.

Me apoyo contra el respaldo del sofá y respiro hondo, dejando que esa idea se instale sin presionarme.

Aquí, entre estas paredes llenas de arte extraño, plantas indomables y dos personas que no esperan nada de mí salvo que sea sincera, empiezo a entender que quizá no se trata de decidir quién voy a ser, sino de dejar de huir de lo que ya soy.

Y eso, por primera vez en semanas, no me da tanto miedo.

Pese a este compás de espera en el que se ha convertido mi vida en las últimas semanas, mientras repaso todo lo que me han dicho, sigo escéptica, algo desconcertada, con una inquietud constante que se me instala en el pecho. Hay cosquillas de miedo en todo esto, un temblor que no sé muy bien de dónde nace. Si lo que soy es aquello en lo que estoy destinada a convertirme, ¿por qué posponerlo? Quizá lo más sensato sería afrontarlo de una vez y aceptarlo sin más. Aun así, hay algo dentro de mí que tira del freno, una voz obstinada que me pide cerrar los ojos y quedarme quieta, esperando

a que el mundo arda solo mientras yo me escondo aquí, a salvo, lejos de todo.

Eso es exactamente lo que hago. Cierro los ojos, sentada en el alféizar de la ventana del cuarto de invitados, con las rodillas recogidas y la cabeza apoyada en el cristal frío. Escucho un par de golpes suaves en la puerta y murmuro un «adelante» sin abrirlos siquiera.

Los abro cuando oigo la puerta cerrarse a mi espalda. Es mi tío abuelo. Está de pie en el centro de la habitación, observándome con una sonrisa tranquila.

—¿Cómo te encuentras? —susurra con cuidado.

—No lo sé.

No me esfuerzo en adornarlo. Prefiero la verdad desnuda.

Se acerca y se agacha frente a mí. Alarga la mano y me acaricia el pelo con un gesto lento, casi paternal.

—Mi niña, sé que todo esto es complicado para ti.

Complicado se queda corto.

—He pasado por cosas difíciles, lo sabes —respondo—, pero nada se parece a esto. Ni por asomo.

Asiente despacio.

—Creo que estás anticipando algo que todavía no conoces. La incertidumbre, el miedo a lo desconocido, es lo que nos vuelve frágiles a los humanos. Muchas veces perdemos nuestra esencia, oportunidades valiosas y los retos más hermosos de la vida por dar demasiadas vueltas a lo que aún no ha ocurrido.

—Es una forma de ver las cosas —concedo—, aunque no me dirás que esto no da miedo. ¿Qué harías tú si te dijeran que llevas una bruja o un demonio dentro?

Suelta una risita suave y se sienta en el suelo, cruzando las piernas con naturalidad.

—Hace unos meses, en un control de salud, me dijeron que existe una alta probabilidad de que tenga que cambiar mi corazón por uno artificial.

—¿Qué?

Bajo del alféizar de golpe y me siento frente a él en el suelo. Le tomo las manos con fuerza, ya con los ojos húmedos.

—Tranquila —me dice—. Sabes cómo funciona la tecnología hoy en día. Lo más probable es que viva muchos años más de los que este corazón mío permitiría.

—¿Estás bien? —insisto—. Si siempre has sido el más sano de todos, ¿por qué ahora?

—Esa es la cuestión. ¿Por qué? —me observa con calma—. La vida no siempre tiene respuestas para nuestras preguntas. Yo también pasé por el miedo y el desconcierto. Pensé que este corazón, aunque frágil, es el mío, y me planteé si a mi edad merecía la pena sustituirlo por algo que no me pertenece solo por alargar el tiempo.

—Tienes que hacerlo, abuelo —le digo sin dudar—. Por favor.

La idea de que se negara a cualquier tratamiento me aprieta el pecho.

—Eso mismo pensé al final —continúa—. Me di cuenta de que estaba decidiendo desde el ego. Creía tener derecho a elegir cómo y con qué vivir, hasta que comprendí que la respuesta había estado ahí desde el principio. Lo haré por tu abuela. La quiero demasiado como para causarle ese dolor. Mi corazón seguirá latiendo por ella, aunque ya no sea este. Suena absurdo, porque nunca fue este órgano el que la amó —se señala la sien—. Fue todo lo que soy. Si mi todo no basta para estar con ella, para quererla y compartir más años, entonces necesito estar entero, no aferrarme a una parte.

Asiento, conmovida, y aprieto sus manos.

—Artificial o no, tienes un corazón enorme —le digo—. Gracias por decidir quedarte. No sabría qué haríamos sin ti.

—Ahí está la clave, Abril —responde—. Cuando tomes tu decisión, pregúntate si lo que te frena es el miedo a verte distinta o a que los demás te vean distinta. Negar lo que nos mantiene con vida va contra nuestra naturaleza. Da igual si llevas piezas mecánicas, magia o sangre demoníaca. Seguirás siendo tú. Para nosotros y para ti. Y si cambias, quienes te quieren aceptarán esos cambios con tal de seguir contigo.

Las lágrimas me caen sin poder detenerlas. Nunca lo había mirado desde ese ángulo.

—No temas a lo que aún no conoces —añade—. El miedo es la limitación humana más cruel.

—Tienes razón —susurro—. Tengo que hacerlo.

—Hazlo cuando avanzar hacia lo desconocido no signifique añorar lo que ya fue. El pasado no cambia. El futuro sí depende de ti.

Suelta una de mis manos y busca en el bolsillo de su ropa. Saca un sobre y me lo entrega.

—¿Qué es esto?

—Un secreto. Uno que he guardado demasiado tiempo y que ya no me pertenece.

—¿Un secreto de qué?

—Tu abuela y yo éramos muy amigos. Antes de morir me entregó esta carta. Nunca la abrí. Me pidió que te la diera cuando llegara el momento.

Reconozco su letra al instante. Mi nombre, escrito en el sobre amarillento.

—Gracias.

—Ella sabía que su final llegaría algún día —dice—. Todo lo que hizo fue por proteger tu futuro. Anticiparse no siempre evita el destino, a veces solo permite tomar decisiones mejores. Te quería muchísimo. A todos nos quiso, pero contigo había algo especial. Lo entenderás cuando leas esto. Ahora te toca decidir por ti.

Asiento, sobrepasada por todo lo que siento.

—Gracias por dejarte cuidar, abuelo.

—Gracias a ti por ser la razón para quedarme.

Lo abrazo con fuerza. Me devuelve el gesto, rodeándome la cintura. Durante unos segundos nos quedamos así, sin palabras. Ese abrazo me devuelve algo que creía perdido.

Cuando se marcha, me quedo sola con el sobre entre las manos. El miedo intenta volver, aunque recuerdo sus palabras. Respiro hondo, me siento en la butaca y abro la carta.

Cuatro hojas amarillentas caen sobre mis piernas. Empiezo a leer con las manos temblorosas.

Lloro en las dos primeras páginas. Mi abuela me habla del futuro que deseó para mí, con su voz clara y serena, como si estuviera

sentada a mi lado. Siento su presencia de una forma extraña, reconfortante. Quiero creer que encontró la manera de quedarse, que la frontera entre la vida y la muerte no es tan sólida como creemos. Y, tras haber vivido con todo tipo de especies, sé que es así.

Eso me da el valor para aceptar lo que venga. No dejaré de ser quien soy; quizá solo seré algo más, algo que me permita seguir viviendo.

Cuando llego a la tercera página, el pulso se me acelera. Mi abuela dice que va a contarme algo muy importante.

Abril, mi niña:
Si estás leyendo esto es porque ha llegado el momento que más temí y, al mismo tiempo, el único para el que me preparé toda mi vida contigo. Nunca supe cómo contarte la verdad sin romperte, así que elegí el silencio. Elegí protegerte. Ahora sé que el silencio también hiere, y por eso te escribo.
Tus padres no murieron por accidente. Tampoco por enfermedad. Murieron por la mano de un vampiro.
No fue una guerra abierta ni una venganza anunciada. Fue miedo. Miedo antiguo, del que nace cuando una estirpe se siente amenazada. Tu madre era bruja. Poderosa, consciente, demasiado libre para los ojos de quienes creen que la eternidad les pertenece. Su sola existencia representaba un peligro para ciertos clanes que no toleran aquello que no pueden controlar.
Ella fue la primera en morir.
Tu padre intentó salvarla. No lo consiguió. Lo que sí logró fue algo más importante: pensar en ti. Él era demonio, sí, y amó a tu madre con una lealtad que pocos comprenden. Cuando supo que tú estabas en peligro, creó el collar. No como un arma, sino como una advertencia. Lo impregnó de magia antigua, sellada para despertar solo en presencia de quien compartiera la esencia de aquel que os destruyó. No

para que lucharas —no siendo humana—, sino para que reconocieras el peligro y pudieras huir.
Ese collar no está hecho para matar. Está hecho para protegerte.
Tu padre sabía que, mientras no abrazaras lo que eres, no tendrías ninguna posibilidad frente a ellos. Y sabía también que, si lo hacías demasiado pronto, te expondría a un mundo que no estaba preparada para comprender.
Después de la muerte de tu madre, tu padre se apagó. No de golpe. No con violencia. Se fue quedando sin fuerzas, sin propósito, sin ganas de seguir respirando un mundo que ya no tenía sentido. Te amaba, sí, pero sabía que mientras él siguiera vivo, tú serías un ancla para quienes querrían acabar contigo. Y tomó una decisión que nunca le perdoné del todo, aunque la comprendí demasiado bien.
Se dejó morir.
No fue cobardía. Fue sacrificio. Dejó este mundo para que tú pudieras vivir en él.
Por eso te cambié el nombre. Por eso te alejé de todo lo que pudiera señalarte. Por eso creciste entre humanos, en un lugar donde nadie mirara dos veces a una niña normal, con una vida normal. Mientras fueras humana, estarías a salvo. Invisible. Protegida.
Te mentí para que vivieras.
Ahora ya no puedo hacerlo más.
La magia que llevas no es una condena. Es una herencia. No estás destinada a repetir nuestra historia, sino a romperla. Para hacerlo necesitas aceptar quién eres, no por poder, no por venganza, sino por supervivencia. La tuya. Y la de quienes vinieron antes.
No te pido que luches. Solo que no huyas de ti misma.
Te quise desde antes de que respiraras. Y te seguiré queriendo, sea cual sea la forma que tomes.
Por cierto, tus padres te llamaron: Galatea, la creadora de ciclos de vida y muerte. Te llamé Abril, porque has llegado a mí en un bonito día soleado del mes de Abril, y jamás

olvidaré ese día. Fue el que me dio la vida y con lo que, feliz, aceptaré mi muerte. Te quiero, mi niña.
Siempre tuya,
Tu abuela.

Una torrente de lágrimas inunda mi rostro; el dolor, el anhelo, la rabia que siento por dentro no para de crecer a la medida que leo sus palabras. Vuelvo a releer la carta unas tantas veces, aceptando mi destino, lo de mis padres y con una certeza en el pecho. Abril o Galatea, tengo que terminar lo que ellos han dado la vida por ello. Saber que un vampiro, igual a lo que yo he compartido mi corazón fue la razón de la ausencia de mi familia, la que siempre necesité, la que no estuve, por la que lloré tantas veces, es una puñalada en el pecho.

Pienso en el collar. Pienso si habrá sido Lucien, y por ello estaba conmigo, por pesarle la consciencia. No obstante, recuerdo el día que les enseñé el collar y nada ha sucedido, no ha habido magia ni señales ni nada. Y eso significa que tengo que certificarme nuevamente que no es así. Ahora mismo, los motivos que lo llevan a odiarme a querer matarme, serían los míos también. Su especie acabó con la mía. Quiero guardarle rencor, aunque no consigo, todavía. Y eso solo significa una cosa: es el momento de abrazar mi yo interior, mi legado, mi misión. Que ahora mismo no es otra que destruir el que me sesgó la vida. Ese vampiro que me quito todo. Y esa es mi única razón de vivir ahora mismo.

Y sé lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 24

REVELACIONES, ODIO Y MISIONES

LUCIEN



Estoy hasta la mismísima coronilla de Divine paseándose por la casa a todas horas. Se ha instalado aquí como si siempre le hubiera pertenecido el lugar y su presencia, lejos de ofrecerme compañía o descanso, me tiene al límite. Sus aires de diva, su manía de opinar sobre todo, su cercanía constante —demasiado literal— y esa forma suya de absorber la energía ajena me hacen preguntarme si aceptar su regreso ha sido uno de los errores más graves de mi existencia.

Hasta ahora he logrado esquivar cualquier contacto íntimo. No tengo ganas y, si soy honesto, me produce rechazo. No sé en qué momento se me ocurrió imaginar un legado con ella. Si algún día llegara a tener un hijo a su lado, nacería en un laboratorio, como mínimo.

—Cariño, esto es horrible —dice, torciendo el gesto al fijarse en una lámpara que Abril compró para una de las estancias.

Abril redecoró toda la casa. Lo recuerdo bien. Recuerdo también el enfado que me duró meses cuando transformó mi refugio en algo irreconocible. Trastos por todas partes, colores que me fatigaban la vista, un caos humano que sustituyó mi negro, mi rojo, mi orden. Lo

odié. Discutimos por ello más veces de las que quiero admitir. Fue uno de los muchos motivos que envenenaron nuestro día a día.

Ahora, cada vez que Divine toca alguna de esas cosas con intención de tirarlas o cambiarlas, algo me arde por dentro. No quiero que las toque. Entiendo que no quiera vivir rodeada de recuerdos ajenos, aunque esas cosas no sean solo recuerdos: son lo único que me mantiene anclado a lo que fuimos. Y no pienso renunciar a ello. No todavía.

Además, nadie la invitó a vivir aquí. Simplemente se instaló, fiel a su costumbre.

—Horrible o no, se queda —respondo, seco.

—Mi amor, esto es humano y espantoso. Sabes que tengo buen gusto. Déjame ayudarte y verás lo divino que puede quedar.

Divino. Como ella. Su ego no conoce límites; resulta más eterno que su alma.

—Lo que tú digas.

No quiero discutir. Empiezo a comprender que las peleas por nimiedades son las que terminan de matar cualquier relación. Y, de forma incómoda, me arrepiento de cómo manejé la mía con Abril.

¿En qué demonios estoy pensando?

Voy a matarla. Acabar con ella. Borrar su existencia. Así que eliminar todo lo que le pertenece debería ser lo lógico. Debería. El problema es que llevo un caos mental considerable y nada parece encajar.

Suena el timbre. No necesito comprobar quién es. La huelo desde aquí. Divine también lo percibe; se queda rígida.

Me levanto de golpe y voy hacia la puerta.

—No abras —me detiene cuando ya estoy a punto de hacerlo.

La miro, frunciendo el ceño.

—¿Perdona?

—No abras. Es ella. Solo va a engatusarte. Déjala ir, amor. Esto no te hace bien.

Durante unos segundos considero hacerle caso. Está jugando con mi cabeza y ya no distingo con claridad qué es real y qué no. Mis manos, más rápidas que mis pensamientos, abren la puerta.

Abril está al otro lado. Sola. Me observa con los ojos entrecerrados y algo me quema en el estómago. No sé si quiero matarla por haberse presentado aquí una vez más, poniéndose en peligro, o si quiero besarla. La echo de menos. Mucho más de lo que debería.

—¿Qué quieres? —pregunto, cortante.

—¿Podemos hablar?

—No tengo nada que hablar contigo.

Divine aparece por encima de mi hombro con esa sonrisa de reina amable que no tiene nada que ver con lo que es en realidad.

—Hola, querida. ¿Se te ha perdido algo?

Abril no le responde. Nos mira a los dos y la conozco lo suficiente para reconocer la tristeza al vernos juntos. Sé exactamente cómo se siente.

—Lucien, ¿podemos hablar a solas un momento, por favor?

Me quedo paralizado, sin saber qué hacer.

—Aquí no hay nada tuyo. Ni lo habrá —interviene Divine—. Yo misma me estoy asegurando de ello.

La puerta sigue abierta. Abril fija la vista en un marco sobre el aparador de la entrada. Sigo la dirección de su mirada y lo veo: Divine ha sustituido nuestra foto por una imagen suya conmigo. No recuerdo haber posado para ella. Seguro que es algún montaje. Es capaz de eso y de más.

—Entra —le digo a Abril sin pensarlo.

No quiero meter más leña en la hoguera. Ese impulso me provoca una sensación desagradable de quemazón en el estómago, porque, en el fondo, eso es exactamente lo que voy a hacer con ella: meterla en el fuego.

Me aparto para dejarla pasar. Ella duda, luego entra. Me giro hacia Divine.

—¿Puedes dejarnos a solas un momento?

Me dedica una sonrisa falsa, más artificial que una bolsa de sangre sintética, y se marcha a regañadientes.

Abril avanza hasta el centro del salón. La sigo y señalo uno de los sofás.

—Siéntate.

—Gracias.

Elige el lugar más alejado de mí. Ese gesto, absurdo e insignificante, me irrita. Tomo asiento, respetando la distancia que ha impuesto.

—¿De qué quieres hablar?

Tarda unos segundos en hacerlo. Está nerviosa y lo siento.

—He venido a despedirme. Ya ha salido el informe para el Consejo. Dentro de poco tú y yo no seremos nada.

Y esa palabra, «nada», me atraviesa más que una estaca directa al corazón.

—Así es. No hacía falta que vinieras a mi casa para decírmelo.

—No, no hacía falta —admite—. No he venido para decirte algo que Marta podría haberte comunicado sin problema, sino para contarte algo más.

Arqueo una ceja, atento de pronto.

—¿Y qué es ese algo más?

Intento mantener la postura fría, distante, neutral. Me cuesta tenerla aquí otra vez, sentir su olor tan cerca. El sabor de su sangre me cosquillea en la boca y tengo que moverme ligeramente en el asiento para ocultar el deseo que aún despierta en mí. Llevo demasiado tiempo lejos de ella y eso no ayuda.

Está guapa. Siempre lo está. Y lo está de una forma que no tiene nada que ver con Divine. Abril no necesita adornos ni artificios. Lleva unos vaqueros que le hacen un culo criminal, las zapatillas de siempre —igual de sucias— y una camiseta de una banda de rock que dejó de existir antes de que yo muriera por primera vez. Es ella. En esencia. Sin disfraces. Y eso es lo que más me consume: nunca ha dejado de serlo.

Aprieto los labios en una línea tensa.

También soy consciente de que ya no seguirá siendo la misma. No del todo. Y ese pensamiento me duele más de lo que quiero aceptar, porque me recuerda quién soy yo… y quiénes somos ahora.

—Dentro de poco me convertiré en algo que no sé definir —continúa—. Y sé que, a partir de ese momento, tú y yo seremos enemigos. Enemigos de verdad. A muerte.

Levanto la mirada hacia ella.

—Es triste ver en qué nos hemos convertido —añade—. Ojalá hubiera sido distinto, aunque cuando uno no quiere, dos no discuten.

Eso mismo pensé antes de que llegara aquí. Qué pena que todo llegue siempre cuando ya es tarde.

—Es inevitable —respondo—. Todos tenemos un destino marcado. Y no se puede cambiar.

—Eso parece —dice, bajando la mirada.

El silencio que sigue se me hace más largo que siglos enteros. Pesa. Asfixia.

Entonces la veo levantarse.

Tardo un segundo en reaccionar cuando se acerca al sofá. Abro los ojos, alerta, desconcertado, y ella, sin pedir permiso, se sienta a mi lado.

Me quedo rígido.

No me muevo. No nada.

Su olor me invade y tengo que contenerme con una disciplina que creía perdida. El cuerpo me pide cosas que la cabeza se empeña en negar. Abril tan cerca siempre ha sido una tortura deliciosa y ahora es directamente peligrosa.

—No he venido a suplicarte nada —dice en voz baja—. Ni a pedirte que cambies. Solo quería que lo supieras por mí.

Trago saliva.

—¿Saber qué?

Gira un poco la cabeza para mirarme.

—Que, pase lo que pase después, lo que tuvimos fue real. Para mí lo fue. Y no pienso renegar de ello, aunque nos convirtamos en enemigos.

El golpe es seco. Directo.

La miro de reojo. Veo la tristeza en sus ojos y algo en mi interior se resquebraja con un sonido desagradable.

—Eso lo hace todo más difícil —murmuro.

—Siempre lo ha sido contigo.

Tiene razón. Siempre lo ha sido.

Y ahí, sentados uno al lado del otro, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, entiendo que no hay ritual, sentencia ni guerra que pueda borrar del todo lo que aún arde entre nosotros.

Ni siquiera el odio que estamos aprendiendo a cultivar.

La veo llevarse la mano al cuello, rozar el collar que arrastra como herencia maldita de su clan. Ese maldito abalorio. Me entran ganas de arrancárselo de un tirón, lanzarlo a una hoguera y acabar de una vez con todo esto. Me entran ganas de gritarle que no lo haga, que se quede siendo ella, que no destroce lo poco que nos queda convirtiéndose en algo que no es.

El problema es que hacerlo supondría negar aquello en lo que yo mismo me he convertido: un instrumento de venganza, un ser moldeado para exterminar todo lo que representa. Esa dualidad me está desfigurando por dentro, arrancándome cualquier brújula moral que me quedara.

—Te… —empiezo a decir, aunque me callo al instante. No cabe aquí. Nada de lo que diga ahora puede mejorar esto.

Ella me mira con los ojos llenos de lágrimas. Me duele verla así; no quiero que sufra. Y, al mismo tiempo, estoy planeando quemarla viva. La contradicción me revuelve el estómago.

—Yo también te quiero, Lucien —dice—. Y te echo de menos.

Joder.

Eso sí que es clavar la estaca hasta el fondo. No sé qué responder. Un sollozo se le escapa y, de pronto, abre los ojos de par en par, fija la mirada en mi cara.

—¿Qué?

—Estás… —me señala.

Siento algo espeso resbalar por la mejilla. Me llevo los dedos al rostro y, cuando los separo, veo la sangre oscura brillando en ellos.

¿Estoy llorando?

No jodas.

—Eh… yo… todo esto… —Las palabras se deshacen en mi boca antes de llegar a fraguarse.

Y entonces aparece ella.

Divine se planta frente a nosotros con gesto torcido, como si acabara de morder algo agrio como el ajo.

—Qué escena tan entrañable —escupe—. Lloraría también, pero no me va el drama barato. Sois patéticos.

Clava los ojos en Abril, venenosa.

—¿Qué te ha dicho para tenerte así de enganchado?

Abril se pone nerviosa. Le da vueltas al collar con los dedos, una y otra vez, sin darse cuenta. Ese gesto, tan pequeño, tan suyo, me atraviesa más que cualquier reproche.

Y en ese instante entiendo que ya no queda terreno neutral: o la salvo… o la condeno.

—Divine, déjanos, no te metas. Abril ya se iba. —Opto por lo correcto antes de que esto se convierta en una escena digna de Vlad el Empalador.

—Yo… tengo que irme… eh… —atropella las palabras al levantarse como un resorte, rígida, como si acabara de ver al mismísimo demonio. Resulta irónico, teniendo en cuenta quién está realmente en esta casa.

A veces pienso que Divine tiene más de demonio que de vampira.

—Eso es, querida. Vuelve por donde has venido y piérdete. Date por satisfecha por conservar el cuello intacto. Y, ya que estamos siendo sinceras —añade, con una sonrisa venenosa—, tu sangre es deliciosa.

Deja ver los colmillos, amenazante.

Me levanto de inmediato y le sujeto el brazo con fuerza. No lo hará. Y si se atreve a rozar a Abril, acabaré con ella aquí mismo. Que no me obligue a elegir, porque lo tengo claro.

—Abril, vete. Ahora.

No lo digo: lo escupo, al borde del grito.

Ella no pierde tiempo. Me dedica una última mirada que me atraviesa el cráneo y sale de la casa de un portazo. Divine intenta zafarse, fuera de sí.

—¡Basta! —le grito—. Ni se te ocurra tocarla.

—Es una bruja. Debe arder. Y tú la dejas marchar. Si quieres, acabo con esto de una vez, mi amor.

Ese «mi amor» pronunciado con la boca manchada de sangre me provoca náuseas. La única que veo arder aquí es ella. Aun así, me

obligo a mantener la calma. Necesito tenerla controlada. Libre resulta peligrosa. Y mientras siga viva, la vida de Abril corre peligro.

No voy a permitir que le clave un colmillo, ni dos, ni ninguno.

—Cálmate —digo, forzando un tono conciliador—. Sé lo que hay que hacer, pero no así. Te estás exponiendo al ridículo, Divine. No pareces tú. Una mujer poderosa, una diva, rebajándose por un poco de sangre… —alzo la barbilla, teatral—. Recomponte, joder.

Funciona.

Vuelve su ego inflado, esa seguridad falsa que la sostiene. Me sonríe, desliza las manos por mi cuello y me besa. Su veneno empieza a filtrarse en mí.

—Tienes razón, mi amor. Siempre la tienes. Por eso te quiero tanto. Nadie me ve como tú. ¿Cómo no íbamos a estar hechos el uno para el otro?

Le devuelvo la sonrisa más falsa que consigo. Ella, satisfecha y estúpida, hunde los colmillos en mi cuello y bebe. Me dejo hacer para calmarla, aunque cada segundo aumenta mi repulsión. Nada de esto está bien. Ni lo que he sido ni lo que soy; mucho menos lo que compartí con esta mujer.

La presencia de Abril sigue clavada en mí. Sus palabras, su voz rota cuando me dijo que me quería, las lágrimas sinceras en sus ojos… todo eso me da la determinación que me faltaba.

No voy a rendirme a mis tormentos ancestrales. Es hora de cambiar. De actualizarme. De ser distinto.

El mundo ha cambiado. Yo también.

Mis padres no volverán. Nada de lo que perdí regresará, aunque si puedo evitar perderla a ella, no lo dudaré.

Quiero a Abril. La quiero más que a mí mismo. Siempre la quise.

Y esa bruja, demonio o lo que demonios sea… no va a impedírmelo.

Que arda el mundo si hace falta.

Pero no con Abril dentro.

CAPÍTULO 25

CONECTAR CON MI BRUJA INTERIOR

ABRIL



Llego a casa todavía alterada, con el pulso desbocado y el corazón intentando salirse por la garganta, espantada como alma que lleva el diablo. Bueno… tampoco tanto. Aún no quiero que me lleve nadie, y mucho menos el alma.

Estoy a punto de sufrir un síncope cuando, al cruzar la puerta, me encuentro con una escena que consigue que el tiempo se detenga durante varios segundos. Vale que esta sea la casa de Cata, pero… ¿cerrar la puerta no entra dentro del protocolo básico de convivencia? En este caso, la intrusa he sido yo, por lo que como y callo.

—¿Qué haces aquí? ¿No ibas a casa de Lucien? —pregunta Cata, subiendo el botón de los vaqueros justo donde juraría haber visto, segundos antes, la mano de Adrien perfectamente colocada.

Me quedo muda.

—Eh… —Adrien se levanta del sofá de un salto y esconde la mano tras la espalda—. ¿Cómo ha ido?

Ajá.

—No tan bien como a vosotros… —es lo único que consigo articular.

A Cata se le suben los colores hasta las orejas. Adrien aprieta los labios y clava la mirada en cualquier punto que no sea yo.

—Cuéntanos qué ha pasado —me pide ella, recuperando el tono serio.

—Pues… —sacudo la cabeza, intentando borrar la imagen íntima que se me ha quedado grabada en la retina—. Ya sé quién mató a mi madre.

Los dos me miran con los ojos muy abiertos.

—¿Lucien? —pregunta Adrien, incrédulo.

—No. Y menos mal. Durante unos segundos pensé que podría haber sido, teniendo en cuenta su historial con mis ancestros, pero no. Ha sido Divine.

—¿Divine? —dicen los dos a la vez, casi gritando.

—Nos interrumpió cuando estaba hablando con Lucien y, tal y como me dijo mi abuela —algo que les había contado al volver a casa, por si las moscas—, el collar me indicaría quién era. Ha sido raro… no sé explicarlo bien, pero estoy segura de que fue ella.

—¿Qué sentiste? —pregunta Cata, muy atenta.

—Estaba nerviosa y no dejé de tocar el collar, como si pudiera protegerme. Y cuando ella sacó los colmillos y me amenazó…

—¿Te amenazó? —me corta Adrien, visiblemente alterado.

—Sí. Me vio allí con su amante y me lanzó todo su veneno. Tampoco esperaba otra cosa. Además, parece que ya se ha instalado en la casa, ha cambiado todo a su antojo. Lucien no habrá sido, porque no mueve ni una silla.

Recuerdo la foto de la entrada, la nuestra, sustituida por una imagen suya, y la rabia que sentí al verla. Y la tristeza. Qué rápido ha sido borrar mis huellas.

—¿Y entonces…? —me anima Cata.

—Entonces el collar empezó a calentarse. Me picaban los dedos y, por surrealista que suene, escuché una voz masculina en mi cabeza diciéndome que corriera, que huyera. Pensé que era Lucien, pero no. Era distinta.

—Tal vez la de tu padre —dice Adrien, despacio.

—¿Tú crees? —la duda me revela un anhelo que nunca había reconocido. De pronto los echo de menos más que nunca.

Ojalá estuvieran aquí para ayudarme a entender todo esto. Y, aun así, su ausencia es justo el motivo por el que necesito el collar,

la protección y convertirme en algo más.

—Si Divine mató a tus padres, eso significa que… —Adrien baja la mirada, pensativo.

—Joder, Adrien, habla de una vez —le espeta Cata.

—Tenemos un problema.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —resoplo.

—Si no me equivoco, Divine lleva mucho tiempo moviendo los hilos. Antes de que tú aparecieras en la vida de Lucien, vivía perfectamente al margen de él. Su separación fue hace décadas. En cuanto vosotros rompéis, ella reaparece. Y estoy convencido de que Lucien le ha contado lo que está pasando contigo. Hasta entonces no sabía quién eras, pero ahora que sabe que eres la hija de la mujer que mató, su único objetivo es terminar contigo.

—¿Y por qué necesita a Lucien? ¿Por qué no viene directamente a por mí?

—Porque es una obsesionada del control. Lucien me confesó que ella le pidió tener un hijo. Se lo propuso cuando aún estaba en prisión. Él aceptó un trato: darle lo que ella quería a cambio de una solución para que tú pudieras ser madre.

El recuerdo me golpea de lleno. Lo enfadada que me puse entonces, sin saber que había hecho ese trato por mí. Mi insistencia, mi egoísmo, mi incapacidad para escuchar… todo ha desembocado en este horror. Si le hubiera prestado atención cuando me ofreció otra alternativa…

Las lágrimas me nublan la vista.

—Amiga… —Cata me abraza y me derrumbo contra su hombro.

—No creo que Divine esté jugando limpio —continúa Adrien—. Ha manipulado la situación para su beneficio. Contigo fuera del tablero, acabaría lo que empezó y se quedaría con Lucien. Después lo usaría para alcanzar su verdadero objetivo: perpetuar un legado. Cuando lo consiga, él dejará de serle útil. Es mezquina. Ridícula.

La repulsa se le nota en la voz. Levanto la mirada.

—¿Estás diciendo que Lucien corre peligro con ella?

—La última vez que hablé con él no lo reconocía. Está jugando con su cabeza, con sus emociones. Y Lucien, que se cree la última bolsa de sangre del universo, se está dejando arrastrar por su

veneno. Tanto que fue capaz de sacarme de su vida, después de siglos de amistad.

La tristeza en su voz me duele.

—Tenemos que hacer algo —dice Cata—. ¿Pero qué?

Adrien no responde; se limita a negar con la cabeza. No tiene respuestas, y sé que todo esto lo está destrozando tanto o más que a mí. Puede que yo haya sido su pareja y que aún nos queramos —ahora lo sé más que nunca—, pero Adrien ha sido su compañero, su cómplice, su amigo y su hermano durante casi dos siglos. Entre ellos existe una amistad tan profunda y arraigada que ver cómo Lucien lo apartó de su vida por celos e inseguridades sin sentido me resulta absurdo. Algo tuvo que minarle la cabeza, sembrarle dudas donde no las había, porque el Lucien que yo conocí no se habría dejado embaucar de ese modo.

—Yo sí sé lo que hay que hacer —digo, firme.

—¿Qué? —preguntan los dos.

—Vamos a seguir adelante con el ritual. Voy a convertirme en lo que tenga que ser. Porque, sea lo que sea necesario para acabar con esa mujer, no lo lograré siendo humana. Está decidido.

—Puedo acabar con ella por ti —dice Adrien, dejando asomar los colmillos—. Me encantaría.

—Te lo agradezco —le digo, apoyando la mano en su brazo—, pero esto lo tengo que hacer por mí. No por Divine. No por Lucien. Por mí. Es hora de aceptar la realidad.

Asentimos los tres, conscientes de que no hay vuelta atrás.

Y, por primera vez, comprendo de verdad las palabras de mis tíos abuelos: lo sabrás cuando llegue el momento.

Ahora lo sé.



Volvemos a la casa del bosque al caer la tarde del día siguiente, cuando la luz empieza a diluirse entre los troncos y el aire huele a humedad y hojas viejas. El camino sigue siendo el mismo, estrecho, irregular; un silencio que no incomoda, sino que observa. No digo nada durante el trayecto. No porque no tenga pensamientos, sino porque los tengo todos a la vez y necesito que se queden quietos, al menos un rato más.

La casa aparece entre los árboles con la misma naturalidad que la primera vez, como si no hubiera pasado el tiempo desde nuestra última visita. Madera oscura, ventanales amplios, una chimenea que ya desprende calor antes incluso de entrar. Eira está en el umbral cuando aún no he terminado de subir el último escalón del porche.

—Sabía que vendrías hoy —dice con voz serena. No pregunta ni afirma: constata.

Me quedo quieta. No he abierto la boca ni he hecho nada más que respirar.

—Estoy lista —respondo, sin rodeos.

Eira me observa con detenimiento, y me da la sensación de que consigue leerme mejor que yo misma. Asiente despacio, satisfecha.

—Has llegado en el momento correcto. Esta noche hay luna creciente. Es la que necesitamos cuando lo que va a nacer no es solo poder, sino conciencia. Crecimiento. Sabiduría.

La palabra nacer me atraviesa con una mezcla de vértigo y calma que no sabía que podían convivir.

—Quedaos —añade—. Tengo que hablar con las demás. El ritual no se improvisa.

Nos hace pasar al interior y el calor de la chimenea me envuelve al instante. Me siento en uno de los bancos de madera, cerca del fuego, con las manos apoyadas sobre las rodillas. El corazón me late fuerte, aunque ya no desbocado. Es distinto. Es decisión.

Eira desaparece por un pasillo lateral y, apenas se pierde de vista, Cata gira la cabeza hacia Adrien con el ceño fruncido.

—Vale. Ahora explícame qué va a pasar.

Adrien alza los hombros con una tranquilidad que solo consigue ponerla más nerviosa.

—No tengo ni idea.

Ella lo mira como si acabara de confesarle un crimen.

—¿Cómo que no tienes ni idea? ¿No se supone que llevas siglos vivo o muerto o lo que sea? ¿No te enseñan estas cosas en el pack básico de vampiro ilustrado?

—No todos pasamos el tiempo leyendo grimorios, Catalina.

—Claro, claro —resopla—. Tú eres más de ataúd, drama y cara interesante. Mucho colmillo y poco contenido.

—Perdona —replica él, ladeando la cabeza—, pero hasta donde sé, el ritual es cosa de brujas. No mía.

—Ah, maravilloso —ironiza—. O sea, que además de vampiro eres un inculto sobrenatural. Apúntate eso en la tarjeta de presentación.

—Prefiero no saberlo todo —responde él, con una media sonrisa —. Así no me decepciono.

—Eso explica muchas cosas.

Yo los escucho desde el banco, sin intervenir, con la mirada fija en las llamas. Sus voces se cruzan, se pinchan, se buscan, y por primera vez en horas noto cómo el nudo del pecho se afloja un poco. No porque lo que vaya a pasar deje de asustarme, sino porque su absurdo tira y afloja me recuerda que sigo siendo yo, que aún puedo reírme, que no estoy sola en esto.

Cata sigue hablando, Adrien le contesta, y yo dejo que el fuego crepite, que el bosque respire fuera, que la luna suba despacio. Pase lo que pase esta noche, he venido porque quiero. Porque ya no huyo. Porque, por primera vez desde hace mucho, no me escondo de lo que soy.

Cuando Eira no reaparece pasadas las dos horas, mis nervios ya están al límite y ellos dos siguen lanzándose pullas como si fuese un deporte olímpico. Empiezo a balancear el pie con ansiedad, incapaz de quedarme quieta un segundo más.

—¿Crees que tardará mucho? —pregunto al fin, sin disimular la inquietud.

—Dijo que tenía que preparar todo y hablar con las demás — responde Adrien con calma—. La noche aún no ha cerrado del todo. Falta para que la luna esté alta.

—Mira tú —Cata ladea la cabeza—. Al final resulta que sabes cosas.

—No es mi especialidad la orientación astral —replica él—, aunque algo se me pega tras siglos respirando de noche.

—Estupendo —continúa ella—. ¿Y de comida qué tal vas?

Adrien se muerde el labio inferior y deja escapar una sonrisa lobuna, si cabe llamarla así, peligrosa incluso cuando intenta parecer inocente.

—Algo controlo, ¿no? —dice—. ¿Qué te apetece que te coma?

Cata le lanza una mirada que promete violencia.

—Adrien —lo corta antes de que la cosa descarrile—. Lo que quiero decir es que tengo hambre. Es hora de cenar y aquí no hay nada.

—¿Y qué propones? —pregunta él.

—No sé —se encoge de hombros—. Hay una hoguera. Caza unos conejos. Tú verás.

—Vamos a ver —Adrien rueda los ojos—. ¿Tengo pinta de cazador?

—Eres un depredador, ¿no? Cuando no bebéis sangre humana, algo comeréis. Te quedas con la parte líquida y nosotras con el fiambre.

Hace una mueca de asco bastante sincera.

—Deberíamos esperar a que vuelva Eira —intervengo, aunque mi estómago empieza a protestar con insistencia y la garganta se me reseca.

—Tengo hambre, Abril, y no sabemos cuánto durará el ritual —insiste Cata—. No pienso pasarme la noche mirando el fuego sin llevarme nada a la boca.

—De eso puedo encargarme —dice él con una amplia sonrisa

Aprieto los labios para no soltar una carcajada. Ella lo fulmina con los ojos y se gira la cara al otro lado, como una niña enfurruñada.

A los pocos segundos gira nuevamente el rostro hacia él, pestañeando de forma exagerada, y no puedo evitar sonreír ante la escena.

—Me tienes hambrienta.

—Siempre —responde él—. Si es que eres una ninfómana del drama.

—¿Qué has dicho? —por su expresión, está a punto de lanzarse a por él.

—Por favor —continúa Cata, ignorando la provocación—. ¿No puedes ir a algún sitio cercano y traer algo? Tú corres kilómetros en nada.

—Catalina, la civilización más próxima queda lejos y no pienso dejaros aquí solas a merced de un aquelarre —añade, levantando una mano—. Sin ánimo de ofender.

—Estoy bien —le aseguro.

—Genial —suspira ella—. Qué plan tan maravilloso.

—Puedo intentar cazar algún pájaro o algo parecido…

—¿Harías eso por mí? —Cata se cuelga de su brazo, exagerando el puchero.

Y entonces lo veo claro: Adrien está perdido por ella. No le negaría nada. Y Cata, por muchas pullas que le lance, disfruta demasiado de tenerlo cerca.

—Vale, voy antes de que…

—Gracias por la paciencia —la voz de Eira nos interrumpe.

Aparece al fondo de la estancia y los tres nos ponemos en pie de inmediato.

—El ritual está preparado —dice, mirándome—. Cuando quieras.

Trago saliva. Miro a mis amigos, que ahora parecen dos conejos deslumbrados por unos faros, y luego vuelvo la vista hacia ella.

Asiento.

—Vamos. Estoy lista.

La mentira pesa tanto como la verdad que intento sostener.

El ambiente cambia en cuanto Eira reaparece acompañada de otras mujeres que no había visto antes. No necesito que nadie me explique nada para saber que esto va en serio. Sus miradas son tranquilas, firmes, antiguas de una forma que no tiene nada que ver con la edad, y en cuanto nos rodean siento que el aire se vuelve más denso, casi eléctrico.

—Antes de continuar —dice Eira, deteniéndose frente a nosotros —, debo advertiros de algo importante.

Adrien y Cata se tensan a mi espalda. Yo permanezco inmóvil, con las manos entrelazadas, intentando no pensar en todo lo que puede salir mal.

—El ritual no es seguro para quienes no pertenecen al aquelarre —continúa—. Ni para vampiros ni para humanos. Lo más prudente es que os quedéis aquí.

Adrien da un paso al frente sin pensárselo.

—No me voy.

—Adrien… —empiezo, aunque mi voz apenas sale.

—No —repite, mirándome—. No pienso dejarte sola.

—Esto no es negociable —insiste Eira, con paciencia—. Vuestra presencia puede interferir.

—¿Interferir en qué exactamente? —pregunta Cata, cruzándose de brazos—. ¿En el canto? ¿En la luna? ¿En la energía cósmica?

—Catalina… —la advierte Adrien.

—No, no, espera —continúa ella—. Porque si estamos hablando de seguridad, quizá deberíamos aclarar quién vigila a quién. No pienso dejar a mi amiga en mitad del bosque rodeada de desconocidas mientras tú decides que esto es peligroso.

—No son desconocidas —responde Eira—. Son su linaje.

—Pues yo soy su familia —replica Cata—. Y no me muevo.

—Esto empieza a parecer una asamblea sindical —murmura Adrien—. ¿Hay turnos de vigilia? ¿Estatutos? ¿Un acta que firmar?

—Si queréis, sacamos una pizarra —añade Cata—. Yo llevo rotulador permanente.

Yo no digo nada. Los observo discutir, consciente de que esa pelea absurda es lo único que mantiene mis nervios a raya. Si me paro a pensar, si dejo que el miedo tome forma, sé que me derrumbo.

Eira suspira, vencida.

—De acuerdo —dice al fin—. Podéis quedaros. Con una condición innegociable.

Los tres la miramos.

—No intervendréis bajo ningún concepto —afirma—. Pase lo que pase. Si rompéis el círculo, si tocáis a Abril, si alteráis el ritual… ella puede morir.

La palabra se clava en mí con una violencia inesperada.

Morir.

No estaba en la lista. Al menos, no de forma tan clara.

Siento cómo Cata me aprieta la mano con fuerza y Adrien se acerca lo justo para que note su presencia sin tocarme.

—No nos moveremos —dice él—. Te lo prometo.

Asiente despacio. No digo nada; no confío en mi voz.

Eira enciende la candela que sostiene y el fuego no se comporta como debería. No chisporrotea ni vacila; arde firme, vivo, casi consciente. Con un gesto me indica que la siga.

Avanzamos hacia el interior del bosque. Mis amigos caminan detrás, atentos, tensos, guardianes silenciosos que respetan la distancia que se les ha impuesto sin apartar los ojos de mí. La oscuridad se abre a nuestro paso, rota únicamente por la luz anaranjada de la llama, que proyecta sombras alargadas entre los troncos.

El silencio pesa hasta que llegamos a un claro.

Allí, dispuestas en círculo, aguardan varias figuras vestidas de blanco. Sus túnicas caen rectas, sencillas, sin adornos. No sé cuántas son. Podrían ser siete. Podrían ser muchas más. La luna creciente se alza sobre nosotras, grande, luminosa, observándolo todo con una serenidad que resulta inquietante.

Trago saliva.

Esto parece una escena de película. Y yo que pensaba que viviría algo futurista, con hologramas o pantallas flotantes. Nada de eso. Esto es antiguo. Crudo. Real.

Eira se vuelve hacia mí.

—Libérate de lo que vistes.

—¿Cómo?

—Debes nacer tal y como llegaste al mundo. Si quieres ser uno de nosotros, lo humano debe quedar en ese suelo.

¡Vaya!

Un escalofrío recorrió la espalda de ella, no de miedo, sino de anticipación.

Ella asintió levemente, comprendiendo que no solo hablaba de la ropa.—Vaya…

Miro a mis amigos con una mezcla de pudor y resignación, y justo entonces Adrien se gira de espaldas con una solemnidad exagerada que me arranca una sonrisa nerviosa. Al menos alguien conserva un mínimo de decoro en este aquelarre tan poco dado a las presentaciones formales.

—Avísame si pasa algo raro —le dice a Cata, pidiéndole que haga de ojos suplentes.

—Tranquilo, tengo vista de águila —responde ella sin perder detalle.

Obedezco a regañadientes. La idea de quedarme expuesta delante de un grupo de desconocidas me incomoda sobremanera, aunque ya he llegado demasiado lejos para echarme atrás por pudor. Además, entre la luz escasa, las sombras del bosque y la tensión que flota en el ambiente, dudo mucho que alguien esté prestando atención a lo que no toca. Y si lo hacen, ese ya será su problema, no el mío. Me quito la chaqueta, la camiseta, los vaqueros, las zapatillas. Me quedo en ropa interior, expuesta, vulnerable, con el corazón latiendo demasiado rápido. Eira me observa y entiendo por su mirada que las bragas y el sujetador también son del mundo humano. Me los quito con un nudo en la garganta. Me tapo con las manos como puedo.

Una de las mujeres se acerca y me cubre con una túnica blanca. El tejido es suave y frío. Huele a hierbas y a humo.

Menos mal, un poco de decencia. Ya estaba yo viendo esto de ser bruja como algo muy fuera de tono.

Me colocan en el centro del círculo.

La tierra bajo mis pies está desnuda. Noto cada irregularidad, cada raíz, cada vibración.

Las voces comienzan.

No gritan. No cantan alto. Murmuran palabras que no comprendo, en una lengua que no reconozco y que, aun así, parece resonar en algún lugar muy profundo de mí. Cierran el círculo y empiezan a girar despacio, marcando un ritmo constante que se acelera poco a poco.

La luna ilumina mi rostro.

Intento concentrarme. Intento sentir algo. Calor. Energía. Una revelación.

No siento nada.

El mundo empieza a dar vueltas.

Las voces se mezclan, atraviesan mis oídos, me rodean, me invaden. El suelo parece moverse bajo mis pies y el aire se vuelve espeso. Me mareo. Cierro los ojos un instante, aunque me habían dicho que no lo hiciera, y al abrirlos todo gira aún más deprisa.

Respiro hondo o eso intento.

Mi estómago se revuelve. El círculo gira, las palabras se repiten y miro al cielo a esa luna que parece alejarse y acercarse al mismo tiempo.

Nada pasa. No hay respuestas, solo vértigo.

Y miedo.

Mucho miedo.

CAPÍTULO 26

NO ES BRUJA TODO LO QUE RELUCE

CATALINA



—¿Qué mierda está pasando? —le susurro a Adrien, que ya se ha girado cuando le avisé de que Abril estaba, digamos, mínimamente presentable.

—No tengo ni idea. Esto no parece estar funcionando.

Su desconcierto refleja el mío. O el proceso es lento o parir una bruja resulta bastante más complicado que una cesárea de urgencia.

—No me gusta nada —murmuro—. ¿Cómo sabemos que no le están lanzando un hechizo raro o algo peor?

—No lo creo. Hay algo que no encaja.

—¿No eras tú el que no tenía ni idea de cómo iba esto? ¿Qué vas a saber tú de si encaja o no?

—A ver, Catalina —y ya me fastidia que me llame así—, puede que no haya asistido jamás a un ritual, aunque sé reconocer cuando algo va mal. Tengo más sentidos que tú.

Y sabe usarlos, pienso, con cierta incomodidad. No es momento de pensar en guarradas. Mi amiga está sufriendo, se le nota en la cara, en el cuerpo tenso, en los gestos de puro dolor. Se retuerce y lo único que quiero es correr hacia ella, sacarla de allí y abrazarla

hasta que deje de temblar. Sé que no puedo, aunque no respondo por mí si esto sigue así. Esas mujeres tienen miradas demente tras demente. Si esto es en lo que se va a convertir Abril, empiezo a preocuparme seriamente.

De pronto, tras varios minutos de puro horror, Abril cae al suelo a cuatro patas y grita. Un alarido que reverbera por todo el bosque y deja el mundo en silencio. Ni un búho. Ni una hoja.

Avanzo por puro instinto, y Adrien no tarda en sujetarme por la cintura y tirarme hacia atrás.

—¿Qué haces? ¿No ves que lo está pasando fatal?

—Quietecita —ordena sin margen de réplica.

Sus ojos brillan en rojo: está en modo vampiro activado. Trago saliva.

No me da miedo. Lo admito. Está jodidamente guapo así, con los colmillos fuera y esa piel blanca iluminada por la luna. No es el momento, Cata, céntrate.

Escucho los jadeos de Abril, su respiración rota, y se me encoge el pecho.

—Haz algo.

—No es el momento. Espera.

—¿Esperar qué?

—No lo sé, pero hay una presencia extraña aquí.

Empieza a olfatear el aire como un sabueso. Yo también inhalo, intentando captar algo. Solo noto pino, humedad y terror.

—¿Cómo osáis reclamar lo que nos pertenece?

La voz surge de entre los árboles, profunda, grave, suficiente para ponerme la piel de gallina. Me pego a Adrien sin pensarlo. Él pasa un brazo por mis hombros y me atrae contra su costado.

—Quédate detrás de mí —dice, serio.

—¿Qué está pasando? —pregunto en un hilo, mirando a todas partes sin ver a nadie.

—Eso aún está por verse.

Un hombre emerge de las sombras. Casi dos metros, capa negra, ojos rojos que brillan con una intensidad nada tranquilizadora. Se planta frente al aquelarre, a pocos metros de Abril.

—¿Qué haces aquí? —le espeta Eira.

¿Y este quién coño es? ¿Un *voyeur* sobrenatural?

—Vengo a reclamar lo que es mío. Nuestro. Esa mujer nos pertenece.

—Venga ya —responde Eira, tan tranquila que me descoloca—. Aquí no hay nada para ti. Vuelve a casa.

¿A casa? ¿Estamos hablando de un desconocido o de un cuñado pesado?

Él ignora a Eira y avanza hacia Abril. Adrien no pierde ni un segundo: se mueve tan rápido que siento el aire cortarme los costados y se planta frente a mi amiga, que sigue en el suelo, desconectada del mundo.

No pienso. Corro hacia ellos y me coloco a su lado y Adrien me lanza una mirada cargada de incredulidad.

—Este sería un buen momento para quedarte quieta.

—Donde esté mi amiga, estoy yo. No les tengo miedo.

Mentira podrida. Suspira y niega con la cabeza.

Eira se acerca, aunque no se dirige a nosotros, sino al tipo siniestro.

—Aquí no hay nada tuyo. Galatea nos pertenece.

—No. Nos pertenece a nosotros.

—Te equivocas.

Esto parece un partido de tenis sobrenatural.

—Eres un metido. Te dije que te quedaras en casa.

—Y yo te dije que esto no iba a funcionar. No es de vuestra especie.

Siguen discutiendo. Las demás brujas callan. Yo no doy crédito.

—¡Basta ya!

La voz de Abril corta el aire. Se levanta con dificultad, todavía mareada. Doy un paso hacia ella, aunque Adrien vuelve a frenarme.

—No pertenezco a nadie. Está claro que no soy lo que creéis.

Hay desilusión en su tono. También alivio.

—No te dejes engañar por ese demonio —escupe Eira.

—¿Demonio? —Adrien y yo hablamos a la vez.

Todas las miradas se giran hacia nosotros. Adrien toma la palabra:

—¿Me estás diciendo que habéis traído a un demonio al ritual?

—Nadie lo ha traído. Tiene la costumbre de aparecer sin invitación.

—Claro, porque nunca reconocéis cuando metéis la pata —replica él.

—¿Alguien puede explicarnos qué cojones está pasando? —pregunto, ya harta.

Mi amiga sigue allí, medio desnuda, vulnerable, rodeada de locos.

—Agares es mi marido —dice Eira—. No sé qué cree que ha venido a hacer.

—¿Marido? —Adrien y yo estamos igual de en shock.

—Buenas noches, Abril —dice el hombre—. Soy Agares. Demonio y Director de una amplia legión.

—Se dice que enseña lenguas antiguas y fomenta el placer en actos inmorales —me susurra Adrien.

Perfecto. Lo que nos faltaba.

—¿Y qué haces aquí? —pregunta Abril.

—Este ritual no es para ti. No eres una bruja, eres un demonio. Como yo.

Se me cae la mandíbula.

Abril se ríe.

—No. Lo que creo es que todos estáis equivocados. No tengo poderes. Soy humana y…

No termina la frase. Agares se mueve con rapidez, le coloca la mano en la cabeza y murmura una invocación en una lengua oscura que me eriza el vello.

Adrien da un paso al frente. Esta vez soy yo quien lo frena.

—Espera.

—¿Esperar a que le fría el cerebro?

No respondo. Abril empieza a balbucear palabras extrañas, cae de rodillas y grita. Una luz blanca, cegadora, nos obliga a cubrirnos el rostro. Adrien me abraza contra su pecho, protegiéndome.

Gritos. Susurros. Calor.

Cuando la luz blanca se apaga, da paso a un resplandor anaranjado. Me giro despacio.

Alrededor de Abril y de Agares hay un círculo de fuego que no los quema. Las brujas retroceden, como ratos abandonando un navío; excepto Eira, que observa desde lejos.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Adrien mira el fuego, los ojos reflejando las llamas.

—Que tu amiga acaba de convertirse en un demonio.

Giro la cabeza hacia Abril.

«No me fastidies»

ADRIEN



Los giros inesperados de la noche entraban dentro de lo posible. Durante todo este tiempo dimos por hecho que Abril acabaría siendo bruja, sin contemplar otras opciones que, vistas ahora, resultaban evidentes. Es mitad y mitad; que haya despertado como demonio resulta tan lógico como si hubiera sido bruja. Me río por dentro. Lucien ha sido un idiota y, lo admito, yo también me siento ridículo por no haberlo considerado antes.

Al menos ahora sabemos que no supone un peligro para él. Y aunque ya no quiera ser mi amigo, sigo preocupándome por Lucien. Es un arrogante la mayor parte del tiempo, un imbécil con talento para meterse en líos, y está cegado por las emociones, como siempre. Se ha dejado arrastrar por el despecho, la rabia y el veneno de Divine. Lo perdono por eso. No habla desde la sabiduría que le dan los siglos, sino desde lo que siente por Abril.

¿Y yo quién soy para juzgarlo? Si estoy atrapado en contradicciones que no me esperaba ni de lejos.

La pulga que tengo al lado, medio metro de humana con lengua afilada, me trae completamente loco. Al principio me hacía gracia pincharla, provocarla, verla saltar. Me alimentaba el ego. Sin embargo, cada vez que se pone valiente sin tener poderes, sin más

armas que ese descaro suicida que gasta, me invade una necesidad incómoda de protegerla.

En doscientos años no he mantenido una relación con nadie. Ni vampiras, ni licántropas, ni demonios. Mucho menos humanas. Sexo, sí. Demasiado. No soy un tipo sentimental ni me reconozco como tal. Vivo bien así. Y esta chica tiene todo lo que detesto en una fémina… salvo que me hace reír y hace cosas con la boca y las manos que rozan la tortura. De la deliciosa. Nunca se lo diré, pero su sangre es exquisita, y daría un ojo por probarla. Bastante autocontrol he demostrado ya, para mi propia sorpresa, y lo más sensato sería mantenerla lejos.

A diferencia de Abril, ella solo es humana y quiere seguir siéndolo. Desprecia todo lo que pertenece a nuestro mundo.

No. Esto nunca funcionaría.

Por si acaso, mantendré un ojo sobre esta inconsciente con tendencias masoquistas. Lo más prudente será seguir siendo su sombra. Me sobra tiempo y no tengo nada mejor que hacer.

—¿Qué va a pasar ahora?

Me lo pregunta con sus ojos fijos en los míos, con el rostro preocupado, los ojos entornados y el miedo asomando sin disimulo. Algo se me remueve por dentro.

—Ahora tu amiga es un ser poderoso. Cuando aprenda qué significa ser un demonio, más de uno bajará la cabeza ante ella.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que si Lucien pensaba que verla convertida en bruja era lo peor que podía pasarle, estaba equivocado. Puede que ya no sea una amenaza directa para su clan, aunque con él nunca se sabe. Como demonio, el tablero cambia. Y mucho.

—¿En qué sentido?

—Los demonios, por norma, han sido aliados de los vampiros durante siglos. Hemos hecho pactos de convivencia, acuerdos beneficiosos para ambas partes. Nadie busca problemas con un demonio.

—A mí me lo dices… —capto el subtexto y frunzo el ceño.

—Algo de experiencia también me sobra—respondo.

Nos quedamos unos segundos sosteniéndonos la mirada. Tensión pura. Está guapa, joder. Y pensar que no es bruja… me tiene hechizado igual.

—Ahora en serio, Adrien. ¿Qué implica todo esto?

Aclaro la voz.

—Los vampiros son depredadores físicos. Los demonios son depredadores existenciales. No cazan cuerpos; cazan voluntades, pactos, almas y destinos. Eso los sitúa por encima.

—¿Y por qué no se quema? Está rodeada de fuego. Las brujas arden en las hogueras.

—Porque no es bruja. Y eso no es fuego común —señalo el círculo—. Ese fuego quema esencias, vínculos, magia ajena. Puede atravesar inmunidades vampíricas. Un vampiro puede sobrevivir a una hoguera. No puede sobrevivir a que le quemen lo que es.

—Entonces sí es una amenaza para vuestra especie.

—Para los demonios existentes hay pactos. Abril es nueva y necesitará vigilancia. Aún no sabemos hasta dónde llega su capacidad.

—Vaya… ¿y qué come?

Abro los ojos de par en par y suelto una carcajada.

—Tienes una obsesión preocupante con la comida.

—No te rías.

Llega tarde la advertencia.

—Los demonios no necesitan sangre para vivir, aunque pueden corromperla, detenerla o activarla. También pueden hacer que la sangre de un vampiro arda dentro de su cuerpo, romper vínculos de alimentación o provocar una sed perpetua. Y lo peor no es eso.

—¿Qué es lo peor?

—Que los vampiros seducen.

—No me digas.

Sonrío de medio lado, no puedo evitarlo. Adoro cuando se pone burra.

—Los demonios fracturan.

Traga saliva.

—Insertan pensamientos, amplifican emociones ya existentes y hacen que una idea parezca propia. No controlan del todo; susurran

sin descanso. Eso es lo verdaderamente peligroso.

—Sigue sonando bastante a Abril.

—Puede ser. La diferencia es que ahora puede cobrarlo.

—¿Le tienes miedo?

No esperaba esa pregunta. Miro hacia el claro, donde Abril sigue atrapada en su nacimiento.

—Un pacto demoníaco puede desmantelar siglos de poder vampírico, torcer la voluntad y hacer que un vampiro actúe en contra de sí mismo sin recordar cuándo aceptó hacerlo.

—Vaya, estáis jodidos.

Me echo a reír. Asiento.

—Puede ser. De cierta forma hemos conseguido vivir en un mundo bastante armonioso, ¿no?

—Hay días…

Mi sigue dejando una estúpida sonrisa en la cara. Siempre tiene respuesta para todo. Es afilada y sagaz.

—¿Eso significa que es inmortal?

Percibo su tristeza.

—Sí.

No quiero profundizar más en el tema. Entiendo que a Catalina le va a costar asumirlo. Abril es su mejor amiga y, aunque sabía que este momento llegaría, ahora ya es definitivo. Entre ellas se abre la misma frontera que separa a todas las especies: la mortalidad. Y eso me recuerda que ella sigue siendo humana, vulnerable, alguien a quien no debo infundir esperanzas ni alimentar ideas absurdas. Por si acaso.

—Entonces nada puede matarla.

—No exactamente, cariño. —Arquea una ceja. Me gusta más verla así, picada—. No muere con estacas ni decapitaciones ni fuego común ni sol. Para matarla o desterrarla se necesita un ritual muy concreto.

—¿Como este?

—No. Algo mucho más complejo. Y pocos sabemos hacerlo.

—¿Lucien lo sabe?

—Probablemente. Es listo y tiene siglos de conocimiento. También se necesita sangre específica, una renuncia voluntaria o un

híbrido.

—Ella es híbrida —dice, inquieta.

—No lo parece. De bruja no tiene ni la escoba.

—¿Podría matarte?

—¿Te preocupas por mí? —sonrío.

—Eres estúpido. Claro que me preocupo.

Me río. He de admitir que es adorable cuando quiere.

—Un demonio no necesita matar a un vampiro. Basta con vaciarlo de voluntad, romper su linaje o convertirlo en un títere.

—La peor pesadilla para alguien como Divine —murmura—. Y la única capaz de romper pactos antiguos.

—Exacto. Todo depende de cómo salga de esto. Su poder está latente. Habrá que ver si conserva su capacidad de elegir y la empatía humana.

—Veamos en qué se convierte.

Asiento y volvemos la vista al claro. Lo que ocurre allí no se parece a nada que haya visto en dos siglos.

Inspirador, incluso para alguien como yo.

CAPÍTULO 27

UN DESPERTAR DE DEMONIOS

ABRIL



Me arrastro hasta el salón. Los tres están sentados en el sofá; en silencio y con caras largas.

—Tengo un dolor de cabeza de mil demonios —suelto—. La boca seca como papel y el pelo oliendo a leña.

Me miran como si acabara de anunciar una resurrección.

—Buenos días —Mateo se incorpora de inmediato y se acerca—. ¿Estás bien?

Me aclaro la garganta. He tenido despertares mejores.

—Tiene los ojos… —Mateo entrecierra la mirada y se inclina— rarísimos. ¿Te has hecho algo?

—No me fastidies. Cata, ¿tengo conjuntivitis otra vez?

Me agacho frente a ella. En lugar de responderme, mira a Adrien.

—Sigue siendo Abril. Te lo dije.

Me incorporo despacio. Tengo la cabeza embotada.

—¿Qué os pasa?

—¿No te acuerdas de lo de anoche? —pregunta Adrien.

—Claro que me acuerdo. ¿Qué tiene que ver con mis ojos?

—Pues que ahora eres un demonio. Y tienes ojos de demonio.

Me voy directa al baño, enciendo la luz y me miro al espejo.

¿Qué mierda…?

Mis ojos castaños han desaparecido. En su lugar hay dos pozos negros, profundos y compactos. No reflejan la luz; la absorben. Hago una mueca de disgusto. Un día siendo demonio y ya lo odio. Estupendo.

Vuelvo al salón derrotada. Me dejo caer en el sofá frente a ellos.

—Se me han ido los ojos.

—Imagínate yo… —refunfuña Cata.

Después de todo el circo, resulta que de bruja nada. Demonio hecha y derecha. Sin escoba ni caldero.

No sé explicar el ritual. Cuando Agares me tocó, caí en un vacío absoluto. El fuego me atravesó y rescató recuerdos enterrados: mi abuela, mis padres, mis amigos y hasta Lucien.

No soy lo que él esperaba; quizá nunca lo fui. Me entristece, pero me alivia saber que no soy una amenaza para él. No quiero hacerle daño. Me quedo con eso.

Al terminar, no noté nada especial. Solo una resaca monumental. Insistieron en explicarme mi nueva condición, pero solo quería dormir. Gracias a mis amigos, volví a casa. Ya habrá tiempo para entenderlo; al parecer, ahora tengo la eternidad.

—Dejad las caras largas —digo—. Sigo siendo yo.

—Ya quisieras —murmura Adrien.

—Dejadla descansar —interviene Mateo. Se sienta a mi lado y me coge la mano—. ¿Cómo te sientes? ¿Necesitas algo?

—Gracias, Mateo. Tengo mucha sed. ¿Me traes agua?

Lo miro a los ojos. Se le abren como platos.

—Sí, ama.

—¿Qué? No empieces con bromas —añado—. Bastante tengo ya.

No responde. Sale disparado hacia la cocina.

—¿Ves? —dice Adrien—. Ya empieza.

—¿El qué?

Mateo vuelve con el vaso. Me lo entrega con una reverencia exagerada. Bebo de un trago; tengo la garganta en llamas.

—Gracias, Mateo.

—A sus órdenes, ama.

Parpadeo. Esto no me gusta nada. Le alargo el vaso vacío con cautela y sale corriendo otra vez.

—Abril —Adrien se pone serio—, tenemos que hablar.

—¿Ahora? Estoy agotada. Y pregúntale a este qué le pasa.

—Le estás manipulando los sentidos. Eres un demonio recién nacido y tus habilidades se están manifestando sin control.

Sacudo la cabeza, abrumada. Adrien se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Ha perdido la ironía. Eso siempre es mala señal.

—Escúchame —dice Adrien despacio—. Ahora mismo no controlas nada.

—Ya lo he notado —resoplo—. Mateo casi sufre un ataque de obediencia.

—Porque no ha sido una orden consciente, sino una intención. En tu estado, intención y efecto van de la mano.

Me froto la cara con las manos.

—Genial. Una especie de influencer demoníaca sin filtro.

—Algo así. Pero sin seguidores y con consecuencias reales.

Cata se cruza de brazos.

—¿Qué tipo de consecuencias?

—Las peligrosas —responde Adrien sin mirarla. Se centra en mí —. Los demonios no funcionáis por fuerza bruta, Abril; funcionáis por desequilibrio. Tus dones no saldrán de forma ordenada. Aparecerán cuando estés cansada, triste o expuesta.

—O sea, todo el tiempo.

—Exacto. Eres inestable. No por debilidad, sino porque has despertado algo muy antiguo sin entrenamiento.

—¿Y qué hago? ¿Yoga infernal?

—Ir despacio. No tomes decisiones impulsivas. Y, sobre todo, déjate asesorar.

—¿Por quién? ¿Por Eira o por su marido de película de terror?

—Por quien sepa lo que hace. Hay jerarquías y normas, y tú no conoces ninguna.

Me recuesto en el sofá y miro al techo.

—Inmortal, poderosa y sin manual de instrucciones.

—Lo tendrás. Con tiempo.

—¿Y mientras tanto?

—Evita mandar sin querer, evita prometer lo que no entiendes y no hagas pactos emocionales.

—¿Pactos emocionales?

—Sí. —Me mira fijo—. Cuando un demonio promete algo desde el apego, suele cobrarlo desde la culpa. Eso deja marca.

Trago saliva.

—No voy a pactar con nadie.

—Eso dices ahora. No estás rota, Abril, pero estás receptiva. Y todo lo que está abierto atrae.

Cata se sienta a mi lado.

—Iré con calma —prometo—. Lo intentaré.

—Hazlo por ti —añade Adrien—. No por lo que crees que debes ser. Deja que tu parte humana decida mientras puedas.

—¿Y si no puedo?

—Entonces estaremos aquí para recordarte quién eras.

Cata me da un apretón en la mano.

—Y para darte collejas si hace falta.

Sonrío, agotada. Cierro los ojos contra el respaldo del sofá. El dolor de cabeza remite, pero la confusión aumenta. Ser demonio no estaba en mis planes; ni siquiera sabía que era una opción.

—¿Y Lucien?

Me miran como si me hubiera salido otra cabeza.

—Ahora mismo —dice Adrien—, lo más sensato es que no te acerques a él.

—Vaya. Ya no soy una amenaza para él, ¿no?

—En parte no. Todavía no controlas tus emociones y eso puede ser peligroso.

—¿Peligroso para él? —me revuelvo—. Peligrosa es la mujer que tiene al lado. Esa arpía es peor demonio de lo que yo seré nunca. Es falsa y retorcida.

—Lo es, aunque tiene poder. No la subestimes.

—Entonces enséñame a usar el mío —le espeto—. ¿Cómo la saco de nuestras vidas?

Adrien niega con la cabeza.

—Espera. Si golpeas ahora, te romperás tú. Ya buscaremos el hueco para sacarla de su vida, siempre que él esté dispuesto a soltar

lastre.

—Exacto, si él quiere… —murmuro con cierto amargor.

—Quiere —responde—, solo que no lo sabe. Está manipulado.

—Pensaba que era incapaz de dejarse manejar.

—El amor lo maneja —dice sin rodeos.

—Esa mujer no lo ama.

—No hablo de ella. —Me mira fijo—. Hablo de ti.

Algo se desmorona. Me cuesta respirar. Desde anoche, todo es más punzante, más vivo. Me hubiera gustado que él estuviera allí, que fuera mi apoyo, pero atravesé el fuego sola.

¿Seré capaz de soportar la eternidad sin él? ¿Cuando el resto desaparezca?

Miro a Cata. Algún día ella no estará. La idea me golpea con una fuerza que no sé gestionar. Quiero llorar. No puedo.

—¿Los demonios lloran? —pregunto.

—Más que nadie —responde Adrien—. Solo que por dentro.

—Genial. Me ahogo, entonces.

—Aprenderás a canalizarlo. Ten paciencia. Tienes la eternidad.

Cata sigue en silencio. No insisto. Hablaremos cuando tenga la cabeza clara.

—Entonces —retomo—, ¿no puedo verlo porque soy un peligro para él?

La frase duele más de lo que esperaba.

—Lucien no es peligroso porque grite —dice Adrien—. Lo es porque ama de una forma que no sabe manejar hasta que es tarde.

Mira a Cata un segundo antes de continuar.

—La gente cree que es control. Se equivocan. Lucien es leal hasta romperse. Cuando te elige, no hay nadie más. Pero si lo traicionas, si le haces sentir que no está a salvo… no discute. No suplica. Simplemente desaparece.

—Es un rencoroso de mierda —mascullo.

—Ese silencio es peor que cualquier despedida. Lucien recuerda todo. No da portazos; retira su energía poco a poco hasta que te das cuenta de que estás sola entre los restos de algo que tú rompiste. Nadie va a amarte como él, Abril. Y cuando lo pierdes, te pasas la vida buscándolo en otros.

Me observa fijamente.

—¿Crees que sobrevivirías a su amor? Porque fuiste tú quien no soportó su intensidad.

Me quedo sin palabras. No valoré las consecuencias; solo lo que yo deseaba. Quizá tenga razón. No estoy preparada para Lucien. Ni siquiera para mí. Me duele perderlo, pero no quiero que se pierda conmigo. Sé que con esa mujer será infeliz. Y lo quiero. Con toda mi alma: demoníaca, humana o sin nombre.

—¿Cómo evito que esa mujer le retuerza la cabeza? —pregunto —. Si es que llego a tiempo.

—Hablaré yo con él —responde Adrien.

—Si es que te escucha —interviene por fin Cata. Su voz me tranquiliza.

—Lo sé —asiente Adrien—, pero es la única opción. Le contaré todo. Rezad para que me escuche. Si no lo hace, tendremos que asumir que está perdido.

—No quiero que vayas —dice Cata—. No sabemos cómo reaccionará. No te arriesgues.

—¿Preocupada por mí, cariño? —Su sonrisa ladina vuelve a aparecer.

Algo se recoloca en mi pecho. No todo ha cambiado y me reconforta saberlo.

—Te lo repito: sí, me preocupo —responde ella—. ¿Qué parte de que soy alérgica a la ceniza no has entendido?

Cata se cruza de brazos y Adrien se limita a mirarla.

—Necesito hablar con él. Para que no te preocupes: iré, hablaré y volveré en unas horas. Si me pasa algo…

Percibo los latidos de Cata con una intensidad exagerada. Su corazón va desbocado. Todo se siente demasiado cerca ahora.

—Procura que no te pase nada —dice ella.

—Y si pasa —me mira a mí—, protegeos.

Trago saliva. Siento el latido en mi pecho, firme. También el de ella. Es extraño percibirlo todo así. Al menos sigo teniendo corazón.

—Si no vuelves esta noche, iré a buscarte —insiste Cata.

—Si no vuelvo, no será por falta de voluntad. Y ni se te ocurra venir.

—Entonces morimos los dos. Al fin y al cabo, soy la única que va a ver pasar las primaveras. Así os quito un peso de encima y vivís vuestra eternidad tranquilos.

La frase nos golpea. Sabía que el tema la estaba carcomiendo.

—¿Y tu hermano? ¿Y tus padres? —le recuerdo.

Baja la mirada. El arrepentimiento llega tarde, cuando ya no puede recoger las palabras. Es impulsiva; yo tampoco brillo por mi contención.

—Solo… no quiero que te pase nada —murmura ella.

—Lo sé. Yo tampoco.

Cata se tensa. Yo aparto la mirada; la conversación ya no me pertenece.

—Cuídate, Adrien —le digo—. Y si puedes, dile a Lucien que quiero verlo. Solo necesito tiempo.

Él asiente. Sonríe. Y desaparece tan rápido que ni siquiera deja rastro de su sombra.

CAPÍTULO 28

SUPERMAN, PERO CON COLMILLOS

LUCIEN



Tengo diez docenas de intentos de contacto de Adrien. Los veo, uno tras otro, acumulándose en la pantalla, y aun así no contesto. Estoy tentado, no lo niego, pero no me da la gana. Todo este asunto con Abril está mal resuelto y me ha dejado sin margen para la calma. No admito traiciones, y a él le quiero partir la cara. Es más fuerte que yo. Ha ido jugando a dos bandas y, si lo veo ahora mismo, me costará contenerme.

—Ya está todo preparado —dice Divine, apareciendo a mi lado izquierdo como una sombra incómoda.

—¿De qué hablas?

—Del ritual. La hoguera. La he montado abajo, en el sótano.

—¿Encima de mis ataúdes? No jodas.

—No seas estúpido, Lucien —bufa—. A veces dices cosas verdaderamente surrealistas.

Surreal eres tú, pienso. No le doy más importancia. He pasado la última semana convirtiendo su estancia en esta casa en un pequeño infierno doméstico, igual al que ella me provoca con su sola presencia. He sacado a relucir mis actitudes más mezquinas, inmaduras e idiotas. Justo las que Abril detestaba. Ahora lo entiendo: son capaces de sacar de quicio a cualquier especie.

—¿Y cómo pretendes que Abril caiga en tu trampa?

—Muy fácil. La llamarás tú. Esa tonta sigue colada por ti hasta las trancas. La llamas y vendrá como un perrito abandonado.

Tengo que morderme la lengua para no arrancarle la cabeza o prenderle fuego solo por diversión.

—Es mi casa, Divine. Si pasa algo aquí dentro, volveré a acabar en una choza vigilado por medio Consejo.

—Tranquilo, lo dejaremos todo limpio.

—Hay cámaras en todas las calles. ¿También has pensado en eso? ¿No te parece sospechoso que ella desaparezca justo cuando mis cámaras dejan de funcionar?

—Lo tengo todo previsto —dice, ofendida—. A veces pienso que no confías en mí y me tomas por idiota. Sé perfectamente lo que hago.

—Ah, claro. Tú siempre lo tienes todo bajo control.

Lo digo con ironía, pero su ego lo interpreta como un halago. Me responde con un gruñido satisfecho. Que le den.

No voy a llamar a Abril. Puede quedarse esperando toda la eternidad. Ni que eso implique que no vuelva a verla jamás.

Divine se detiene a medio camino, girándose con los ojos muy abiertos.

—Adrien está aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

No sé si lo que siento es expectación o rabia.

—En tu puerta. Paso de verlo. Deshazte de ese traidor de una vez.

Y se va, justo a tiempo de no escuchar cómo la mando mentalmente a la mierda. Cada día tiene más manía de decirme qué hacer, cómo y con quién. No sé si espera que me convierta en un sumiso, pero me tiene harto.

Hago un gesto como se le quisiera apretar el cuello, que se queda flotando en el aire.

—Entra —digo en voz alta.

Adrien aparece en el centro de la habitación segundos después.

—Tienes cojones, eso no te lo quito —lo saludo.

—Más que tú, desde luego.

Aprieto los dientes, los puños, me cruje el cuello.

—Si has venido a ofenderme, vete por donde has venido.

—Ofenderme me has ofendido tú con ese ego del tamaño de Marte. Y creo que incluso la galaxia se te queda corta.

—¿Qué quieres? Ya te dije que te mantuvieras lejos. No eres bienvenido aquí.

—Será «ya no eres bienvenido». Mientras te convenía, bien que entraba.

—No mientras me convenía, sino mientras intentabas meterle mano a mi mujer.

—¿A cuál de ellas?

—Vete a la mierda.

—Eso acabo de hacer: venir a tu casa.

Me reta con la mirada, saca los colmillos. Yo hago lo mismo.

—¿Qué quieres? Perdón no tengo hoy, ni mañana ni nunca.

—Ni te lo pediría. He venido por Abril.

Su nombre me pone en alerta al instante.

—¿Ahora manda su amante a dar recados?

—Deja de hacer el imbécil, Lucien. Das vergüenza ajena —pone los ojos en blanco—. He venido porque deberías saber lo que le ha pasado.

—¿Qué le ha pasado?

Olvido los piques de golpe.

—Te lo diré si bajas la guardia.

Asiento.

Me dejo caer en el sofá y le señalo otro asiento.

—Habla. ¿Ya se ha convertido en bruja? ¿Ya puedo matarla o qué?

Lo digo con veneno.

—Antes dime algo —me corta—. Sé sincero. ¿La quieres o no?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Marcando territorio? Eres un depredador de pacotilla.

—Me importa porque me gusta. Y quiero lo mejor para ella. Si no eres tú, dímelo. Para saber si estoy perdiendo el tiempo.

Eso me revienta por dentro.

No le doy opción a seguir hablando. Me lanzo sobre él y le aprieto el cuello hasta hacerlo gruñir. Se ríe, como si le hiciera cosquillas.

—Te voy a matar, Adrien. Por Vlad y por mis ancestros te haré tragar tus propios dientes.

—Has sido tú el que dejó el camino libre —jadea—. Idiota.

—No dejé ni dejaré nada. Abril es mía.

Se ríe a carcajadas. Estoy a punto de arrancarle los ojos. No veo venir el puñetazo que me da en la nariz. Tengo que soltarlo. ¿Me ha acertado en mi nariz perfecta? Como se quede torcido y le arranco las pelotas de cuajo.

—Te voy a matar.

—Venga. Da lo mejor de ti.

Nos enzarzamos: puñetazos, mordiscos, sangre por todas partes. Mis heridas tardan más en cerrarse. Estoy desentrenado, sí, pero aún sé pelear.

—Eres un cobarde —me escupe—. No la mereces. Da la cara de una vez.

Eso me enciende.

—La cara la vas a dar tú.

Tras lo que parecen horas, nos separamos, exhaustos.

—Vete de mi casa —le grito—. Traidor.

—Me iré. Esta vez para siempre, amigo.

Esa palabra duele.

—Pero escucha esto: si no haces nada ahora, la perderás. Toma una decisión valiente por una vez. Si la quieres, ve a por ella. No sigas jugando a dos bandas.

—Mira quién fue hablar. ¿Desde cuándo eres experto en amor?

—Desde que vi cómo la dejaste escapar por gilipollas. Bruja o no, sigue siendo Abril. Y la que yo conozco jamás te haría daño.

Me clava la mirada.

—¿Quieres seguir viviendo en el pasado o tener un futuro? —insiste.

No respondo enseguida.

—No puedo irme así.

—¿Por esa zorra?

Miro hacia el fondo de la casa. Recuerdo la seña que tenemos entre los dos para avisarnos de peligro. ¿Confío en él… o lo mato?

Cedo.

Abro y cierro la mano tres veces. Adrien sonríe.

—Yo me encargo de ella. Vete.

No lo pienso. Me lanzo hacia la puerta. Antes de que salga escopetado, me vuelve a hablar.

—Nunca te traicioné —me dice a la espalda—. Fue tu ego el que lo hizo.

Tengo ganas de volver y partirle la cara. No lo hago. Todavía lo quiero. Igual que a ella.

Esta vez, gana él Superman de pacotilla.

CAPÍTULO 29

DE MANIPULACIÓN SABEMOS TODOS

ABRIL



Mateo lleva más de media hora tocándome la guitarra. Todavía no le hemos contado que me he convertido en demonio; mejor dejarlo, por ahora, en la bendita ignorancia. El inconveniente es que mis oídos están demasiado despiertos y juraría que antes tocaba mejor, porque ahora cada nota fuera de sitio me golpea el cráneo como un martillo. Aun así, sonrío, asiento y finjo que su intento de animarme surte efecto.

Entonces, sin aviso previo, Lucien emerge desde detrás de las cortinas.

Me pongo en pie de inmediato.

No lo he visto entrar ni lo he oído, aunque lo he sentido. Su presencia me atraviesa de una manera extraña, casi eléctrica, un cosquilleo que recorre la piel y se me instala en el estómago. Empiezo a entender por qué criaturas como él se reconocen sin palabras.

—Bonita serenata —dice, clavando la mirada en Mateo con una expresión que no presagia nada bueno.

Mateo alza la vista y deja de tocar. Gracias a Lucifer.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, cruzándome de brazos, más para contenerme que por actitud defensiva.

Me alegra verlo, aunque no entiendo por qué ha venido él y no Adrien. Esto no entraba en ningún plan mínimamente sensato.

Lucien no me contesta a mí.

—¿Nos dejas a solas, por favor? —dice—. Quiero hablar con mi mujer.

La mandíbula se me descuelga.

Mateo tarda menos de dos segundos en desaparecer, guitarra al hombro. Que ignore lo que soy ahora no significa que no sepa quién es Lucien. Lo sabe. Demasiado bien.

—¿Tu mujer? —repito cuando por fin nos quedamos solos.

Lucien avanza un paso. Yo retrocedo dos. No quiero que se acerque demasiado. Ignoro qué podría percibir… o qué podría despertar en mí su cercanía. Intento mantenerme firme, neutra, aunque un hormigueo incómodo me recorre la piel, avisándome de que el ambiente se ha cargado.

—¿Ahora me esquivas? —pregunta.

—Vamos alternando —respondo—. Para no caer en la rutina.

Se ríe, breve y tensa, y se pasa una mano por el pelo.

Está nervioso.

Lucien detesta despeinarse; solo hace ese gesto cuando pierde el control.

—No he venido a discutir —dice al fin—. Ni a provocarte. Ni a decirte que estaba equivocado… aunque lo estaba.

No contesto. Me limito a observarlo, analizando cada movimiento. Su voz carece de seguridad. Eso es nuevo.

—He venido porque te estoy perdiendo —continúa—. Y porque esta vez no quiero ser yo quien te empuje lejos.

Suelto una risa corta, incrédula.

—Llegas tarde para eso.

—Siempre llego tarde —admite—. Primero te quiero, luego te temo. Primero te acerco, después te encierro. Y cuando te rompes… te digo que es por tu bien.

Se muerde el labio inferior. Le cuesta seguir. A mí me cuesta escucharlo. Ya estoy llorando por dentro.

—Contigo todo es vértigo —le digo—. Un instante te detesto y al siguiente pienso que, si te vas, no sabré respirar. Y eso… eso me da

más miedo que cualquier maldición.

Aprieto los brazos contra el pecho. No es frío. Es necesidad de protegerme de la presión que me oprime por dentro. Todo se ha intensificado, incluso lo que siento por él.

—Me hiciste creer que yo era el problema —añado—. Que mi sola existencia te ponía en peligro.

—Porque te coloqué demasiado alto —responde—. Y te convertí en algo que no podía permitirme perder. Cuando lo entendí… preferí hacerte daño antes que aceptar que te necesitaba.

Da un paso hacia mí.

Esta vez no retrocedo.

—Te he visto romperte intentando quedarte —dice—. Te he visto desprenderte de partes de ti solo para encajar en mi mundo. Y aun así… nunca bastó.

—¿Y ahora qué quieres? —pregunto—. ¿Que vuelva a confiar? ¿Que me quede mientras decides si mañana me odias otra vez?

Niega despacio.

—Quiero que te detengas —responde—. Que no te arrodilles más por mí. Que no te deshagas para entrar en un lugar donde nunca te dejé estar del todo.

La voz se le quiebra apenas, lo justo para doler.

—Si alguna vez me amaste… déjame cargar yo con esto. Déjame perderte bien. Sin cadenas. Sin jaulas. Sin promesas que no sé sostener.

El silencio pesa. El pecho me duele, aunque no sangre.

—Eso no suena a una declaración —susurro.

—Es lo único honesto que sé darte —contesta—. Te quiero. Y por eso no sé si merezco quedarme.

Levanto la mirada y lo sostengo.

—Nunca me pediste perdón —digo.

—Porque no sabía cómo —admite—. Y porque tenía miedo de que, si lo hacía, no te marcharas… y yo volviera a hacerte daño.

Respiro hondo. Las manos me tiemblan.

—Lucien… —empiezo—. No sé si el amor debería doler así.

—No debería —dice—. Y aun así, contigo, duele porque importa.

Se queda inmóvil, expuesto, esperando una sentencia que ni yo misma sé formular.

—No voy a pedirte que te quedes —añade—. Ni que regreses. Solo… no quiero ser quien te rompa otra vez.

Lo miro largo rato. Demasiado.

—Quizá —digo al fin— el problema no sea que nos queramos… sino que no sabemos hacerlo sin sangrar.

No sonríe. Asiente. Y, por primera vez, no intenta retenerme.

—Lo único que sé —dice, con la voz hecha trizas— es que no sé olvidarte. No sé vivir sin ti. Y tampoco sé quererte de otra forma.

La frase me atraviesa limpia. Aun así, no cedo.

—¿A ella también la quieres?

Niega sin vacilar.

—Nunca la quise. No como a ti.

—¿Y qué garantías tengo de que no volverás a correr hacia sus brazos cuando todo se complique?

—Sus brazos nunca me sostuvieron —responde—. Nunca fueron hogar. Y tú lo sabes.

—¿Lo sé? —replico—. Porque eso implicaría confiar en ti, Lucien. Y dime… ¿tú confías en mí? ¿O solo dices lo que necesito oír antes de volver a quemarme? A mata..

No termino la frase.

Su mano me sujeta la nuca y su boca cae sobre la mía con una urgencia que me deja sin aire. No pide permiso ni duda; me invade como si llevara siglos conteniéndose. El beso es torpe, feroz, cargado de deseo, y lo siento multiplicado por mil. No me aparto; al contrario, le respondo, le abro paso, lo dejo entrar.

Lo siento demasiado. Su sabor, su intensidad, su hambre. Todo se amplifica dentro de mí, como si mi cuerpo hubiera aprendido un idioma nuevo solo para él.

Cuando se separa apenas unos centímetros, jadeando, me sostiene el rostro entre las manos.

—Te quiero.

La palabra pesa más que el beso.

Respiro. O creo hacerlo. Ya no estoy segura de qué necesito para seguir viva. De asfixia no moriré, parece ser; Lucien siempre me

deja sin aliento y sin embargo, vivo más cuando lo hace.

—Lucien… —susurro—. No me hagas daño otra vez.

No responde con palabras.

Me besa de nuevo, más despacio esta vez, y sé que quiero grabarlo en mí, por si no vuelvo a besarlo.

—Te quiero demasiado para destruirte —dice contra mis labios—. Antes prefiero romperme yo. Y moriría antes de que permitiera que te tocasen con un solo dedo.

Sonrío, agotada y rendida.

—No quiero que mueras —le digo—. Eso me dolería más que todo esto. Quédate.

—Soy egoísta —admite—. Te quiero para mí. Eres mi mujer.

Y algo más que no dice, pero que ambos sabemos.

Me levanta en brazos y no me resisto. Ya no tengo fuerzas ni ganas. Me lleva hasta la habitación, cierra la puerta y el mundo queda fuera. La cama nos recibe y las manos van rápidas, urgentes. El tiempo vuelve a perseguirnos.

Antes me irritaba esa prisa. Hoy no. Hoy quiero que me despoje, que me encuentre, que me atraviese la piel. O que se meta debajo de ella.

Soy demonio. Y sigo siendo humana a la hora de sentir. Y lo quiero con todo lo que soy.

CAPÍTULO 30

LLAMAMIENTO A MIS DEMONIOS

ABRIL



Me despierto con el cuerpo dolorido. Un dolor agradable, de esos que recuerdan que Lucien no ha perdido ni un ápice de su intensidad y que llevábamos meses sin reencontrarnos de verdad. Desde que nos separamos no habíamos vuelto a estar así juntos, íntegros.

Recuerdo lo que sentía con él cuando aún era humana. Pues ahora todo se multiplica: el contacto, el placer, la cercanía. Todo llega más hondo, más vivo. No voy a mentir: esto de ser demonio me está sentando de maravilla. Alguna contrapartida tendrá, supongo, aunque de momento la balanza juega a mi favor.

Lucien me aprieta más contra su cuerpo. El día ha nacido hace pocas horas y una claridad tímida se filtra por la ventana, suficiente para molestarlo. Su casa es poco menos que una cueva; el sol allí apenas entra y la luz siempre es mínima. Los vampiros toleran el astro de formas distintas y Lucien, con siglos a la espalda, ha aprendido a convivir con él sin desafiarlo. Tampoco es plan irnos a la playa a tostarnos como lagartos: a él le quemaría la piel hasta matarlo. Y como el sol nunca ha sido buen aliado, yo llevo años viviendo en sombra desde que estoy con él. Las pocas veces que lo disfruto es con Cata… y poco más.

—¿Te molesta la luz? —pregunto—. ¿Quieres que cierre las persianas?

—No —responde, sin abrir los ojos—. Quiero que te quedes aquí conmigo. Y que no te vayas nunca más.

Me sale una sonrisa bobalicona. Me aferro a su cintura con más fuerza; ya no la siento fría, sino extrañamente cercana.

—¿Te puedo decir algo? —pregunta.

—¿Desde cuándo pides licencia para hablar? —bromeo.

Levanto la vista para mirarlo.

—No sé qué te has hecho —dice—, pero esta noche ha sido… increíble. Estabas… no tengo palabras. Te tenía tantas ganas. ¿Podemos quedarnos aquí el próximo siglo?

—Dirás tú —contesto—. Siendo bruja no sé si viviré una eternidad como la tuya.

La mentira me sabe amarga. Se gira despacio hasta dejarme frente a frente.

—¿Has hecho el ritual?

—Sí.

No entro en detalles. Me odio un poco por mentirle, pero si descubre que me he convertido en demonio todo se va al garete. Necesito saber si sigue dispuesto a matarme creyendo que soy bruja. Además, él ya sospecha que algo ocurre. Percibe a otras criaturas a distancia. O está demasiado embriagado por el sexo y la neblina del amor… o decide no tirar del hilo.

—Entonces ahora eres una bruja.

No logro descifrar el tono. Asiento.

—Algo me decía que ya no eras la misma.

Ahí sí noto la reticencia.

—Sigo siendo yo, Lucien —digo—. Te sigo queriendo. Y no… no quiero matarte.

Nuestros ojos se buscan. Necesito saber qué piensa. Me aterra que vuelva a cerrarse como siempre. Recuerdo las palabras de Adrien y me adelanto:

—No me tengas miedo. Ni rechazo. Lo de esta noche es todo lo que quiero ser para ti, me da igual la especie. Mis sentimientos no han cambiado.

—De momento.

—No —insisto—. Puede que no entienda aún qué implica ser lo que soy ahora, pero sé que lo que siento por ti es grande. Hemos superado demasiadas cosas juntos para no poder con esto. Confía en mí, Lucien. Dame crédito.

El silencio vuelve a levantarse entre nosotros. Me acerco para besarlo y me esquiva. El golpe me escuece.

—Oye —protesto—, has tenido tu cetro vampírico dentro de mí durante horas. ¿Vas a evitarme ahora? Ayer también era una bruja.

—Siempre lo has sido.

No sé si ofende o halaga.

—Una bruja que me tiene hechizado.

Me coge de la cintura y me sube sobre él, a horcajadas. Me atrae por la nuca y, antes de besarme, me susurra:

—Eres mía. Da igual la especie. Eres mi todo. Pasado, presente o maldición. Te quiero con este corazón muerto que, contigo, vuelve a latir. No quiero huir de ti ni que tú lo hagas. Quiero volver a estar contigo. Y nos queda demasiado tiempo perdido por recuperar.

Sus manos respaldan cada palabra. En segundos volvemos a perdernos entre besos y caricias, la intensidad creciendo hasta borrar el mundo. Cuando lo siento dentro otra vez, lo tengo claro: no quiero otro hogar que no sea él. Ni otro hombre. Ni otra vida.

Después, aún jadeante, intentando recomponerme, Lucien rompe el silencio con una afirmación que sé, en el fondo, cambia nuestra dinámica.

—Las brujas y los vampiros pueden ser padres, creo.

—¿Sí?

—No lo sé con certeza. Conozco casos. A veces interviene un ritual… Podríamos intentarlo.

Me conmueve que recuerde mi deseo de ser madre. También entiendo que, para él, sigue siendo una preocupación. Un miedo antiguo, enquistado.

—Lucien —digo con suavidad—, acabo de renacer en algo que aun no comprendo. Me queda mucho por aprender. No es el momento de pensar en familia ni en cómo cumplir anhelos. Además… ya no es mi prioridad. Ahora mismo lo eres tú.

Su sonrisa se ensancha, sincera.

—No te merezco.

—Es verdad —le frunzo el ceño y ladeo la boca—. Y yo tampoco te merezco a ti. Así que tendremos que empezar de cero, aprender a merecernos sin reproches ni impulsos. Eso es lo único que necesito: comunicación.

—Lo sé. Y sé que tenías razón en muchas cosas. Lo he visto conviviendo con Divine… —se calla al darse cuenta de que ha cruzado una línea.

Intento apartarme y no me deja. Me sujeta por la cintura y me acerca hasta quedarnos a un suspiro.

—Lo siento. He estado fuera de lugar.

—Fuera de lugar está ella —respondo—. La quiero fuera de tu casa. Eso o nada.

Se ríe. No me hace gracia.

—No ha pasado nada con ella, te lo juro.

—Si compartir techo y planear una familia te parece nada, apaga y vámonos. ¿Cómo te sentirías si te dijera que Mateo podría ofrecerme lo mismo? Creo que, si se lo propongo ahora, se adelanta.

Aprieta la mandíbula.

—De acuerdo, entiendo tu punto. Me equivoqué. Y lo he pagado caro. Esa mujer es insoportable, no aguanto un día más sus aires de diva.

—Sigo sin entender cómo estuviste con ella alguna vez. Un gusto pésimo.

—Se me dan bien las brujas —bromea.

Le doy un golpe suave en la frente.

—Auch… Qué fuerza tienes. ¿Seguro que no eres una bruja con superpoderes?

—Si no la sacas de tu vida, aprenderé a usar mis dones para hacerlo yo. La quiero fuera.

—Chist. Tranquila. Con Divine hay que ir con cuidado, es poderosa. De no ser así, ya la habría mandado lejos.

—No lo entiendo. Siempre dices que es peligrosa. ¿Qué te impide matarla?

—Alejarla, puedo. Matarla, no. Existe un código entre vampiros, no eliminamos a los nuestros sin causa. Ella no ha atentado contra mi vida, no tendría cómo justificarlo.

—Entonces la expulsas y listo.

—Ojalá fuera tan simple. Te quiere muerta, verte arder. Y… —desvía la mirada— yo también lo quise durante un tiempo.

—¿Matarme?

—Acabar con el sufrimiento.

—Pues mátate tú, no a mí.

—Ojalá pudiera. Sabes lo que me llevó a pensarlo, la obsesión con mi linaje, con mi familia. Siglos de peso. No es fácil.

Me arrepiento de mi dureza. Acabo de pedir comunicación y he disparado sin pensar. No puedo exigir lo que no doy.

—¿Cómo lo hacemos, entonces? No quiero que interfiera en nuestra vida.

—Lo pensaremos con calma. Ahora… déjame disfrutar de esto.

Me besa. Atrapa mi labio inferior, lo succiona, y su lengua reclama mi boca hasta dejarme rendida. Si todo pudiera silenciarse con un beso.

Cuando se separa, acariciándome mejillas, cuello, cabello, me atrevo a preguntar:

—¿Y si, en lugar de bruja, me hubiera convertido en demonio?

Abre los ojos, ladea la cabeza.

—No sabría decirte qué sería peor.

—Partes de la idea de que siempre hay algo malo.

—Siendo bruja de tu clan, tu legado choca conmigo y con mi familia. Nuestros clanes han sido enemigos. Eso no impide convivencias ni relaciones, ya lo sabes. Y prometo que dejaré el pasado atrás. Ahora… un demonio… es otro nivel.

Me hago la desinteresada, aunque la curiosidad me muerde.

—Los demonios tienden a manipular —continúa—. Influyen en conductas, distorsionan decisiones. Mantenerlos lejos suele ser prudente.

Fantástico. Cada paso, un charco nuevo.

—Hay muchas parejas vampiro–demonio.

—Las hay. Funciona cuando todo está claro y bien delimitado.

—¿Has estado con alguna demonio?

—Pocas.

—¿Pocas cuánto es?

—Abril, tengo cuatro siglos.

—Y yo dos orejas. Dime.

—Algunas.

—Decídete —cruzo los brazos—. ¿Pocas o algunas?

Sonríe, provocador.

—Las suficientes para saber que son intensas, empoderadas y requieren cuidado.

—¿En qué sentido?

—¿Por qué tanto interés?

—Curiosidad. Podría haber sido una. Tal vez aún me quede algo.

—No lo creo. Si así fuera, ya estarías intentando manipularme. Son teatrales, dramáticas…

Trago saliva. He mentido, sí, aunque no por eso. Le he mentido pero no porque sea un demonio, sino para protegerme de lo venga.

—¿Y los demonios y los vampiros pueden tener hijos? —cambio de tema.

—Sí. Hay pocos impedimentos. De hecho, se dice que los vampiros nacimos de los demonios. Una variante distinta.

—Ah. Eso encaja mejor —le digo de coña.

—Eres insufrible…

Empieza a hacerme cosquillas. Cree que sigo siendo humana. No siento nada así que finjo reírme. ¿Será esto una manipulación o solo otro secreto más entre nosotros?

—Abril, por favor, despiértate.

La voz de Cata irrumpe en la habitación y Lucien y yo nos quedamos paralizados, rígidos. Arrastro la sábana para taparnos a los dos, desnudos.

—Oh, santo cielo… —se cubre los ojos de inmediato y nos da la espalda—. No quería ver esto.

—Tranquila —digo, aún medio aturdida—. ¿Qué pasa?

Cata vuelve a girarse y se acerca a la cama, pálida.

—¿Dónde está Adrien? —le pregunta directamente a Lucien.

—¿Me lo preguntas a mí? Ni idea. La última vez que lo vi fue ayer, cuando apareció por mi casa.

—¿Y por qué no ha vuelto?

—¿Tenía que haber vuelto?

La forma despreocupada en la que lo dice me activa una alarma interna. De golpe, recuerdo las palabras de Adrien. Cata tiene razón.

—Lucien —me giro hacia él—, ¿qué te dijo exactamente?

—Vino a soltarme unas cuantas verdades, nos dimos de hostias —dice con toda la calma del mundo—. Luego me dijo que viniera a por ti, y eso hice. Nada más.

—¿Nada más? —Cata y yo hablamos a la vez.

—¿No te dijo a dónde iba? ¿No volvió a contactar contigo? —insisto.

—Me dijo que no me preocupara por Divine, que estaba en casa. Que él se encargaba.

El corazón se me desploma.

—¿Qué? —me sale ahogado.

—No, no, no… —Cata rompe a llorar—. ¿Lo has dejado solo con esa mujer? Lo va a matar. Abril, tenemos que ir a por él.

—Un momento —Lucien se incorpora, ahora sí alerta—. ¿Qué está pasando aquí?

Me cubro el rostro con las manos, intentando ordenar las ideas. Adrien dijo que volvería. Y que, si no lo hacía…

—Tenemos que ir a buscarlo —digo—. No podemos dejarlo a su suerte.

—¿Estáis locas? —replica Lucien—. ¿De qué habláis?

—Adrien nos dijo que vendría a hablar contigo y que, si no regresaba por la noche… —miro a Cata antes de terminar—, lo diéramos por perdido.

Lucien suelta una carcajada. A Cata y a mí se nos queda la cara congelada.

—Sois increíbles. Seguramente lo dijo porque ganas de matarlo no me faltaban, pero eso ya pasó. Está bien.

—No está bien —dice Cata, desesperada—. Si lo estuviera, estaría aquí.

Lucien frunce el ceño, cada vez más descolocado.

—Adrien siempre hace lo que le da la gana…

—No —niega ella—. Me prometió que volvería y no me mentía.

Lucien levanta una ceja, evaluándome.

—Explícame qué ocurre, Abril.

¿Cómo hacerlo rápido?

—No hay tiempo. Confía en Cata. Si está así es porque algo va mal. Tenemos que ir a tu casa, no sabemos qué ha hecho esa loca.

—Tranquilas. Voy yo y compruebo que todo está en orden.

—¿Y si es una trampa? —pregunto—. ¿Y si lo tiene retenido? ¿Y si todo es para atraernos?

—¿Atraeros por qué?

A veces Lucien es desesperantemente obtuso.

—Tú mismo dijiste que querías matarme. Si sabe que te has ido y no has vuelto, ¿qué crees que hará?

—No soy prisionero en mi casa… —se detiene, pensando—. Es cierto que mencionó que tenía todo preparado en el sótano para el ritual.

—¿Un ritual de qué? —siento el calor subir por mi cuerpo, febril. Me llevo la mano a la frente. Estoy ardiendo.

Lucien guarda silencio.

—¿De quemarme viva? —espeto—. ¿Eso era el plan desde el principio?

—Escúchame —dice, serio—. Eso ya no va a pasar.

—Claro —resoplo—. Y ahora tampoco tiene sentido que le haga nada a Adrien, ¿no? Total, es vampiro.

—Todo tiene sentido —grita Cata—. Estás ciego. Algo ha pasado y lo sabes.

—Voy yo y lo verifico.

—¿Y si te mata a ti también?

—No lo hará.

Su seguridad me enfurece.

—¿Tanta confianza tienes en ella? ¿Crees que, si sabe que no la quieres, te dejará volver conmigo? Encontrará la forma de matarme en cuanto no estés.

Eso sí le cambia la expresión.

—La única forma sería que la mate yo —digo con firmeza.

—No. No te acercarás a ella. Tú no…

Avanza hacia a mí.

—No —lo freno alzando la mano—. No te acerques. No ahora.

Estoy ardiendo. Y lo notaría. Se queda un poco desconcertado con mi negativa.

—Soy bruja —digo—. Las brujas pueden matar vampiros. Dime qué hacer, iremos juntos y me protegerás si intenta algo.

—Divine es muy fuerte y poderosa —responde—. Puede que ni yo pueda con ella.

—Y si vas solo y te mata, entonces queda barra libre y vendrá a por mí.

—Yo también voy —dice Cata, decidida.

—¿Estás loca, chiquilla? —Lucien la mira incrédulo—. ¿Cómo vas tu a por un vampiro en una casa protegida para nosotros? Eres humana, no saldrás viva de allí.

—Entonces haced algo —solloza—. Algo, joder.

No puedo verla así.

—Vamos los dos —decido—. Lucien, prepárate.

—Los tres —añade Cata, con la voz rota.

—Tú te quedas —le digo, abrazándola—. No sé cómo protegerte.

—Abril, por favor —me suplica al oído—. Déjame ir, no me importa morir. Solo no quiero que le pase nada.

Su desesperación tiene nombre: amor. Se ha enamorado del imbécil de Adrien y ahora tenemos un problema. Asiento, porque una mujer herida suele volverse imprevisible, incluso para criaturas mucho más peligrosas que ella.

Asiento.

—De acuerdo, pero harás exactamente lo que te diga.

—No estáis bien —protesta Lucien—. Es mi casa. Allí mando yo.

—¿Qué hago si intenta matarme? —pregunto.

Me mira muy serio.

—Es una vampira. Rápida. Letal. Te morderá antes de que puedas reaccionar y te arrastrará a una hoguera.

Trago saliva.

—Entonces más vale que no lo intente. Y que estés allí para protegerme de ella.

—Abril… —ladea la cabeza y sé que está preocupado, puedo ver por la expresión que pone.

—¿Me puedes sacar de ahí, no? —le espeto—. Tú no te quemas con el fuego.

—No puedo controlarla a ella y a ti a la vez —responde, tenso—. Todo puede desmadrarse. Ya no sé qué plan tiene en la cabeza. Apenas podía oírla cuando lo explicaba; estaba a kilómetros de su voz.

—Tienes que dejar esa manía de no escuchar lo que decimos —le recrimino.

—Claro, ahora la culpa es mía —masculla, blasfemando por lo bajo.

Mi cabeza no deja de dar vueltas hasta que algo encaja. Termino de vestirme, abro el armario y rebusco dentro de la maleta. Hay un objeto que reconozco al tacto incluso antes de verlo. Lo saco.

Cuando me giro con la estaca en la mano, Lucien abre los ojos, rojos, y deja asomar los colmillos. Se me regaló cuando nos conocimos. Con plena conciencia de lo que podía hacerle con ella, me la dio para que la llevara en el bolso, por si alguna vez un vampiro con malas intenciones me atacaba. Nunca la usé ni nunca la llevé encima. La guardé. Hasta ahora.

—¿Qué haces con eso? —su voz suena grave, alerta, peligrosa. No se mueve.

—Tranquilo —bajo un poco la estaca—. Solo quiero que me expliques otra vez qué tengo que hacer con ella.

El silencio se estira, incómodo.

—¿Este era vuestro plan todo el tiempo? —pregunta.

—¿Qué dices? —me quedo descolocada.

—¿Atraerme aquí para matarme?

—¡No! —alzo la voz—. Lucien, no quiero matarte.

—No es lo que parece.

—Joder… —dejo caer la mano con la estaca—. Confía en mí. Solo quiero protegerme.

—¿De quién? ¿De mí? —da un paso atrás—. Guarda eso, Abril. Soy más rápido que tú y no quiero hacerte daño.

Sus palabras me golpean con una certeza brutal: no me quiere mal. Ni siquiera ahora, creyendo que soy bruja. Si quisiera, ya me habría atrapado. Me lleno de lágrimas que no caen. Ojalá pudiera verlas y sentir como me duele su dolor.

—Jamás te haría daño —digo—. Te quiero.

Lanzo la estaca sobre la cama y levanto los brazos, en un gesto claro de rendición. Avanzo despacio hacia él. Sigue con los colmillos fuera y me bufa, salvaje, intimidante. Da miedo. A mí no.

—Por favor, Lucien —susurro—. Confía en mí, solo quiero protegerme de ella y protegerte a ti.

—No puedes protegerme.

—Soy bruja, ¿recuerdas? Algo podré hacer.

Me detengo a un metro. Él retrocede un paso, aun sin que yo lleve nada en las manos. No se fía y lo entiendo.

—Acabas de consagrarte como tal —dice—. Las brujas no nacen sabiendo. Eso se aprende. Ahora mismo eres tan vulnerable como antes.

—Puedo matarla.

—Yo también.

—Y acabas de decirme que necesitas motivos válidos para ello —le recuerdo.

—¿Y tú qué explicación tienes?

—Testigos de que quería quemarme viva. Os necesito allí para justificarme ante el Consejo.

—No es suficiente —niega—. No quiero que acabes encerrada el resto de tu vida. No podría soportarlo.

Rompo la distancia. Cruzo esa barrera invisible que ha levantado y me lanzo a su cuello. Sé que podría morderme, noquearme, hacerme daño. Confío en que no lo hará.

—Ahora mismo podrías atacarme —digo—. O decir lo que quieras. Sabes que tengo razón. Por una vez, Lucien, confía en mí.

Su boca queda a centímetros de la mía porque me ha levantado en vilo. Me mira los labios, luego los ojos, una y otra vez, como si luchara contra un hambre antigua. Finalmente, retrae los colmillos con un gruñido sordo. Se calma.

—Estás ardiendo —dice Lucien con el ceño fruncido, sujetándome con fuerza por la cintura.

—Por ti —respondo, y lo beso.

Siento cómo toda su resistencia se viene abajo bajo la presión de mis labios. El mundo desaparece por un segundo, hasta que una voz nos golpea.

—Muy bonito —interrumpe Cata con sarcasmo—, pero Adrien puede estar muerto ahora mismo si no nos movemos. Daos prisa.

Nos separamos de golpe. Lucien recupera su máscara de frialdad al instante.

—No voy a llevaros conmigo —sentencia él—. No puedo arriesgarme.

—Abril, haz algo —me susurra Cata, dándome un codazo—. Aquí no me quedo ni loca.

Miro a mi amiga, confundida.

—¿Recuerdas lo que te dijo Adrien? —insiste ella, clavándome una mirada cargada de intención.

Me hace señas desesperadas con los ojos. No entiendo lo que intenta decirme, pero parece algún tipo de código que espera que yo descifre. ¿Debería entenderla?

—No propiamente —admito.

—Sobre tus habilidades —pronuncia ella muy despacio, casi silabeando.

¿Habilidades? ¿Qué habilidades? Intento procesar sus palabras, pero mi cerebro está demasiado ocupado tratando de asimilar que soy un demonio. No se me ocurre nada.

—No te entiendo, Cata.

—Tus habilidades… —hace aspavientos con las manos, señalando a Lucien—. Ahora sería un excelente momento para practicarlas. Por favor…

Habilidades. Claro. Se refiere a la manipulación. Trago saliva mientras miro la espalda de Lucien. ¿Cómo se supone que se hace eso? ¿Cómo se obliga a un demonio a obedecer una orden que no quiere escuchar?

Empiezo a sentir más calor. Recuerdo las palabras de Adrien: afloran con la emoción. Me giro hacia Lucien y fijo la mirada en la

suya.

—Llévanos a tu casa. A los tres.

—No.

Genial. Aprieto los dientes y hago fuerza.

—Nos vas a llevar a los tres a tu casa.

Bufa.

—Cambies como lo cambies, la respuesta seguirá siendo no. Me voy.

Va a desaparecer cuando le agarro el brazo. Se gira para mirarme por encima del hombro.

—Muérdeme.

—¿Qué? —Se queda helado.

—Antes de que te vayas, muérdeme.

—¿Has perdido la cabeza?

—Por favor. Quiero sentirlo… por si te pasa algo.

—No me va a pasar nada —me acaricia la mejilla.

—Por favor, Lucien…

Mira a Cata. Luego a mí. Duda. Es mi última bala.

—Estás más loca como bruja que como humana —gruñe.

Se inclina y hunde los colmillos en mi cuello. El dolor es breve. La sensación, embriagadora. No es rabia lo que siento, sino una oleada caliente de deseo que me recorre entera. Joder. Esto no iba así.

Intento apartarlo. No se despega. Empujo con más fuerza y lo lanzo contra la pared.

—Joder… qué fuerza tienes.

—Y tú qué colmillos. Cuando digo para, es para.

Mi voz sale autoritaria, afilada. Él se queda inmóvil.

Lo miro. Me mira.

—Vamos a ir ahora mismo a tu casa los tres —ordeno—. Nos vas a defender pase lo que pase. ¿Está claro?

—Sí, ama.

Se me cae el alma a los pies. Ha funcionado.

Miro a Cata.

—Vámonos, antes de que se le pase.

—Voy a por las llaves.

Antes de salir, se gira.

—Coge la estaca. Y… gracias. Te quiero. Te debo una.
—No me debes nada —respondo—. Vamos, amiga.
Y salimos.

CAPÍTULO 31

ME LA HAN JUGADO BIEN, LAS CABRONAS

LUCIEN



Luz solar pura, cálida y asfixiante. Eso es lo primero que siento golpeándome el rostro y, gracias al escozor en la piel, entiendo de inmediato dónde estoy: en la puerta de mi casa; dentro del coche de Cata.

No tengo ni idea de cómo he llegado aquí.

—¿Qué coño me han hecho estas brujas? —mascullo.

Están fuera del coche, cuchicheando entre ellas, mientras yo me derrito dentro como un imbécil. ¿Me han drogado? ¿Hechizado? No lo sé. Lo único claro es que sigo aturdido y apenas recuerdo nada. Si mi memoria no me falla —y últimamente no es de fiar—, no quería venir aquí con ellas. Así que deduzco que han encontrado la manera de traerme por la fuerza.

Salgo del coche de un salto y cierro la puerta con más violencia de la necesaria.

—Eh, mi coche —protesta Cata—. Lo vas a romper.

—Igual que vuestros cuellos si no me explicáis qué mierda me habéis hecho.

La furia me atraviesa, aunque ni siquiera tengo fuerzas para sacar los colmillos. El sol me quema demasiado. Me muevo hasta el

saliente de la puerta principal, buscando la sombra. El alivio es inmediato.

Abril se acerca. Mala idea. Muy mala.

Ahora mismo tengo ganas de clavarle los dientes solo para tumbarla.

—Lo siento, Lucien —dice—. Era la única forma de que vinieras con nosotras.

—Eso te convierte oficialmente en una bruja —escupo.

—Esa parte ya la habíamos superado —replica—. Lo importante es que estamos aquí y necesito que estés consciente para entrar en la casa. No podemos hacerlo sin tu protección.

La carcajada que me sale es amarga y suena a locura.

—Tienes que estar de broma. ¿Ahora necesitas que te proteja? ¿Por qué no lanzas un hechizo de esos tuyos? ¿O prefieres manipularme otra vez sin permiso?

Resopla, visiblemente frustrada.

—No tenía alternativa, no me estabas escuchando. Para variar.

—No. —Doy un paso hacia ella, pero el sol vuelve a morderme y tengo que retroceder—. Yo nunca hice nada sin tu consentimiento, Abril. No tienes derecho a jugar con mi cabeza.

—Y tú no tienes derecho a decidir por mí —replica, cruzándose de brazos—. Necesitamos comprobar que Adrien está vivo. Así que o entras con nosotras… o entramos sin ti.

Durante un segundo tengo el impulso de agarrarla por los hombros y encerrarla en el sótano. No para quemarla, sino para meterla dentro de un ataúd y que experimente lo que es sentirse muerta. Porque no está entendiendo que, si Divine sigue dentro, esto va a arder sin necesidad de hogueras.

—A estas alturas ya sabe que estamos aquí —gruño—. Puede sentirnos. Así que muévete o dime qué coño quieres que haga.

—Que nos protejas, joder. Es lo único que te pido.

—No puedo hacerlo todo a la vez. Si controlo a Divine, vosotras tendréis que defenderos solas. Y su plan es evidente: usar a Adrien como cebo. O quieres morir hoy o no sé qué mierda te pasa por la cabeza.

—Entonces tendrás que usar tus siglos de experiencia, fuerza y astucia para mantenernos vivas —responde, firme—. Porque hoy entro ahí sí o sí.

—Es que es…

—¿Vienes o no?

La miro, incrédulo.

—Es mi casa, Abril. ¿Desde cuándo necesito *ultimátum* para entrar en ella?

—Desde que pusiste a una loca en mi lugar.

Ahí se acaba la discusión.

Me quedo mirándola. El dolor en sus ojos lo dice todo. Tiene razón. Todo esto es culpa mía, y debería ser yo quien lo arregle.

—Por favor —suplica Cata—. Entremos ya.

—Si vamos a hacer esto —digo, mirándolas a las dos—, vais a obedecer cada cosa que os diga, sin excepciones.

—Sí —responden al unísono.

No me inspira ninguna confianza.

—Detrás de mí.

Obedecen. Bien.

Abro la puerta. Dentro no hay señales inmediatas. Me concentro. Mis sentidos siguen descolocados, pero una presión extraña me eriza la piel.

—Quedaos aquí. Bajo al sótano.

—No —dice Abril—. Si tú bajas, bajamos todas.

Aprieto los dientes. Tiene razón. Otra vez. No puedo dejarlas fuera de mi alcance.

Levanta la estaca y me incomoda tenerla tan cerca.

—Guárdala —murmuro—. No quiero accidentes.

—¿Accidente significa que caiga sin querer sobre tu corazón?

—Serás…

Antes de responder, el aire cambia.

—¿Dónde está tu amiga? —pregunto.

Abril se gira. No hay rastro de Cata.

—Joder…

—Ajá, ahora es joder, ¡qué bien! Pues… hay que joderse.

Sigue mirando a todos lados, desesperada y me parte verla así. No espero a que empiece a lloriquear; ya las había advertido. Maldita Cata. Distingo sus pasos descendiendo por las escaleras del sótano.

¿Cómo demonios ha encontrado la entrada? No es fácil dar con ella.

—Tu amiga se ha vuelto loca y quiere morir.

Corremos hacia la estantería de la otra habitación y la encuentro abierta. La entrada al sótano, expuesta.

—Quédate pegada a mí —le digo.

—¿Ahora sí?

La fulmino con la mirada.

—Haz lo que te digo, por favor.

Asiente.

Bajamos y enseguida escucho un sonido ahogado. ¿Adrien?

Cuando llegamos al amplio salón, enciendo una de las antorchas colocadas a mi derecha. No necesito luz; puedo ver perfectamente en la oscuridad. Abril no. Las instalé precisamente para cuando bajaba a verme, mientras descansaba en mis ataúdes.

Mi cripta está excavada en la roca, para esconder a los ojos de los profanos mi zona de descanso. Dentro hay dos salas cuadradas, abovedadas en curva y con dos columnas de mármol. La mandé construir yo mismo, para ser guarida de mis ataúdes y mi espacio sagrado. Los tres están allí, alineados en el centro y ahora mismo dos están abiertos. Uno cerrado.

Los gruñidos vienen de ahí.

—¿Dónde está Cata? No la veo —pregunta Abril en cuanto la llama empieza a consumir el aceite y proyecta una luz temblorosa.

—No lo sé. ¿Qué os he dicho de quedaros quietas? —mascullo—. Lo sabía. Hay una antecámara al lado, necesito comprobar si se ha metido ahí.

—Voy contigo.

—No. Quédate aquí. No te muevas —casi lo deletreo.

Asiente de nuevo. De momento, obedece.

Avanzo hacia la cámara contigua, separada por un arco de piedra gigantesco. Está completamente a oscuras, aunque distingo cada

detalle con nitidez. Y lo que veo al llegar me deja sin aliento: una hoguera preparada en el centro. Un tronco enorme, dispuesto para atar a quien tenga que arder allí.

Joder.

Todo este tiempo Divine repitiéndome que estaba preparando algo en el sótano, y yo sin comprobarlo jamás. He pasado casi una semana evitando bajar, esquivándola. Se había acostumbrado a meterse en mis ataúdes, algo que me producía una mezcla de rabia y repulsión. Apenas dormí. Para evitarla, salía casi todos los días a descansar a otra cabaña. No la tenía contenta, pero sí le dio tiempo a montar este paripé de la hostia.

Y yo, imbécil, sin escucharla. Abril tiene razón. Debería haber estado más atento.

Me giro para regresar a la antecámara. Abril sigue exactamente en el mismo sitio. Mis ojos se deslizan hasta el ataúd cerrado. ¿Será Divine, dormida? Es de día; sería lo lógico.

Cierro los ojos. Y entonces los oigo: gritos ahogados. ¡Por la sangre de Vlad! Es Adrien.

Mis sentidos terminan de desperezarse de golpe. Me precipito hacia el ataúd y lo abro. Y allí está mi amigo, amordazado con cadenas de plata. Las manos y los pies en carne viva. En la boca, una tela empapada de algo corrosivo; sus labios se están deshaciendo. Es una visión infernal incluso para un vampiro.

¿Qué le han hecho?

Me mira con los ojos entrecerrados, casi inconsciente.

Joder.

Al intentar tocar las cadenas, el dolor me atraviesa como un latigazo. Grito al instante. Mierda. Plata. No puedo tocarlas sin quemarme. ¿Qué cojones hago?

—¿Puedo ayudar?

La voz rota de Abril a mi espalda me devuelve a la realidad. La miro sin saber qué decir.

—No puedo tocarlo… —admito—. Se me quemarían las manos.

Me siento la mayor basura de todos mis siglos.

—Puedo intentar algo —insiste, acercándose a su rostro.

Adrien abre los ojos, inyectados en rojo. El pánico me muerde el estómago. Un vampiro torturado, débil, y una humana de sangre caliente tan cerca es una combinación letal.

—No. Apártate —le aparto las manos de inmediato.

—¿Qué dices? Déjame ayudarlo. Se está muriendo.

—No. Apártate.

—Lucien…

Su incredulidad es comprensible, pero no puedo ponerla en peligro. Sabía que esto acabaría mal.

—Ya lo hago yo.

—Pero si no puedes tocarlo.

—Lo haré —grito, y mi voz retumba en toda la cripta—. Ahora hazme un favor: aléjate lo máximo posible y, si no consigo detenerlo, corres. Huyes. Lejos. ¿Te queda claro?

—No me voy sin mi amiga ni sin ti.

—Abril, joder… —mi voz ya no es cálida ni calmada, sino oscura, siniestra.

—No me das miedo. Vete a la mierda. Yo me quedo.

Maldita humana cabezota. La odio en este preciso instante.

—Entonces apártate. Lejos.

Me obedece y se recuesta contra la pared más alejada, cerca de la antorcha.

Miro a Adrien y me asalta el recuerdo de nuestra discusión absurda, del daño que nos hicimos. Me siento un imbécil por haber confiado en esa psicópata de Divine.

Nuestros ojos se encuentran. Llora. Sangre brota de sus ojos y me parte por dentro.

—Voy a sacarte de aquí, amigo —susurro—. Lo siento. Lo siento mucho.

Reúno todas mis fuerzas y agarro el objeto inmundo que le tapa la boca. La plata se clava en mis manos como cuchillas. La carne me arde mientras arranco ese trapo empapado de polvo metálico. El dolor es insoportable. Aun así, lo consigo. Lanzo la tela lejos, fuera de mi vista.

Adrien no tiene labios. Parte del hueso de la mandíbula queda expuesto. La visión me revuelve el estómago.

—Tranquilo. Te voy a sacar de aquí.

No puede hablar, el veneno se le ha comido parte de la lengua. Por eso apenas podía escucharlo. Emite gruñidos desgarradores desde la garganta, pura agonía.

Pienso rápido. Tengo que sacarlo de aquí.

Con los brazos en llamas, lo alzo sujetándolo por las piernas y la espalda baja. Lo llevo hasta la pared opuesta a donde está Abril y lo siento en el suelo, recostado contra la piedra.

Necesita sangre y guardo bolsas sintéticas en la nevera del fondo, si bien no puedo apartarme de él. No sé de lo que es capaz en este estado. Sus heridas no se cierran y está demasiado débil.

—Abril, por favor, ve a la nevera del rincón y tráeme sangre.

—Está oscuro. No veo nada, pero sé dónde está.

Activa el chip. Todos llevamos uno en la muñeca para comunicarnos; los hologramas surgen de ahí. Abril pide que le enciendan una linterna. La luz se proyecta. Y entonces se detiene.

—¿Qué pasa? —pregunto, alarmado.

No responde. Se queda mirando al frente, inmóvil, como si hubiera visto un fantasma.

—Abril…

Me incorporo, dejando a Adrien apoyado como puedo. Y entonces la veo. Divine, al fondo, escondida entre las sombras. Cata delante de ella. Una mano asquerosa cubriéndole la boca. La chica no emite sonido alguno, solo nos mira con los ojos desorbitados. Un hilo de sangre desciende desde dos marcas en su cuello.

La muy cabrona la ha mordido para debilitarla.

Estamos jodidos.

Me muevo con rapidez y coloco a Abril detrás de mí antes de que pueda reaccionar.

—Suelta a la chica, Divine —grito.

—Eres estúpido, Lucien —responde—. ¿Cómo voy a soltarla? Bonito trabajo has hecho con tu amigo, por cierto. Se está muriendo. Si quieres la sangre de la nevera, tendrás que pasar por mí. Y entonces esta preciosa criatura muere.

Perfecto. Ella lo tenía todo planeado.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto.

Alza la barbilla, señalándome.

—La bruja. Dame a la bruja y te devuelvo a la chica.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —escupo—. Catalina no me importa, es Abril a quien quiero. Quédate con ella.

Es un farol. Y rezo para no arrepentirme.

—Entonces serás responsable de la muerte de su amiga —dice—. Y no sé cómo te va a mirar después.

—¿Es a mí a quien quieres, loca?

Abril sale de detrás de mí. La sujeto por el brazo, pero me empuja con una fuerza que no esperaba. ¿Desde cuándo las brujas tienen esta fuerza?

—Sí, querida —responde Divine—. A ti. Quemadita.

—Muy bien. Aquí me tienes —dice Abril, empuñando la estaca—. Pero suéltala ahora mismo o la que te va a matar soy yo.

Divine estalla en carcajadas. Su risa, desquiciada y horripilante, rebota contra las paredes de piedra. Podría enfrentarme a ella, pero veo el puñal en su mano. No sé si soy lo bastante rápido para detenerla antes de que acabe clavado en Cata.

Súbitamente el aire se convierte casi irrespirable.

Divine sonríe con los colmillos apenas visibles, disfrutando del caos, del temblor que nos atraviesa a todos. Tiene a Cata bien sujeta, el puñal presionando justo donde más duele mirarlo. Adrien gime a mi espalda, demasiado débil para reaccionar. Todo está al borde de romperse.

Abril da un paso hacia mí.

—Confía en mí —dice en voz baja.

Niego al instante.

—No —respondo—. No voy a dejar que te sacrifiques. No otra vez.

Divine suelta una carcajada cargada de rabia.

—Qué escena tan entrañable —escupe—. De verdad, dais náuseas. ¿Podemos acabar ya con esta pantomima?

Abril no le presta atención. Se planta frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su piel. Me mira fija, decidida, sin miedo.

—Por favor, Lucien —insiste—. Confía en mí.

—No —repito, con la voz rota—. No pienso perderte.

Se acerca aún más. No solo yo puedo escucharla.

—Sabrás qué hacer en el momento correcto —me susurra al oído —, pero tienes que dejarme ir. Prométeme que no harás nada. Solo saca a Cata y a Adrien de aquí, por favor.

Aprieto la mandíbula. El cuerpo me tiembla.

—No puedo —respondo—. No me pidas eso.

—Son ridículos —interrumpe Divine, furiosa—. Te lo estoy oyendo todo, querida. ¿De verdad crees que voy a dejarte jugar a la heroína?

Abril no se mueve. No retrocede. No se rinde.

—No me obligues a hechizarte otra vez —me dice en un murmullo apenas audible—. Puedo hacerlo y no quiero. Por favor… por una vez, déjame ser yo quien te proteja.

La miro. Niego una vez más.

—No.

Y entonces hace algo que me desarma por completo. Me besa.

No es un beso desesperado ni urgente. Es lento. Íntimo. Como si el mundo no estuviera a punto de arder, como si no hubiera cuchillos, hogueras ni muerte esperando a un solo gesto de distancia.

Cuando se separa, su frente roza la mía.

—Esto no es un adiós —me dice solo a mí—. No te vas a librar de mí tan rápido.

Me guiña un ojo. Cierro los míos, vencido. Cuando los abro, Abril ya no está frente a mí del mismo modo. Ha retrocedido un paso y, con un movimiento firme, me coloca algo en la mano: la estaca.

Bajo la mirada, perplejo. El peso de la madera se me clava en la palma como una condena. Levanto los ojos. Divine sigue sujetando a Cata justo frente a su pecho. Demasiado cerca. Demasiado mal colocada. Si lanzo la estaca, no hay margen de error. Alguien acabaría herido. O muerto. Y la que quiero muerta, puede que no sea la víctima.

Aprieto los dedos alrededor del arma. Podría matarla y, aun así, no soy capaz de hacerlo; reconocerlo me está desgarrando por dentro. Adrien no puede ayudarme y yo no sé si llegaré a tiempo con dos humanas frágiles a mi lado. Bueno, una ya no lo es del todo,

aunque sus habilidades de bruja apenas servirían frente a Divine. Ha logrado hechizarme… y entonces lo entiendo. Joder. Quizá eso era lo que intentaba decirme. Quizá va a hacer algo. Aturdirla. Descolocarla. Ganar unos segundos. Tal vez ese sea su plan.

Abril me sostiene la mirada un instante más, con una calma que no le conocía. No parece asustada; parece resuelta. Y, de pronto, todo encaja. El momento aún no ha llegado. Tiene un plan que, ahora mismo, me parece suicida, aunque solo tengo dos opciones: confiar en ella o dejarme arrastrar por el impulso ciego de protegerla. Y no sé si eso último nos salvaría a ninguno.

No puedo permitir que mate a su amiga. Jamás me lo perdonaría. Ya está destrozando al mío y, solo por eso, me dan ganas de arrancarle el corazón con mis propias manos. Tengo que mantener la cabeza fría, buscar el instante exacto para atacar a Divine sin poner a nadie más en peligro.

Abril avanza hacia ella y estoy a punto de lanzarme para detenerla. Me contengo a duras penas, rezando a toda mi estirpe, allá donde esté, para que salga del mismísimo infierno y nos proteja de esa mujer. Porque la única bruja aquí siempre ha sido Divine. Una vampira insaciable, indomable y manipuladora. Cruel, neurótica, despiadada.

¿Cómo he podido estar tan ciego?

CAPÍTULO 32

HABLAR ES PLATA, CALLAR ES ORO

CATALINA



Me siento una estúpida por haber metido a Abril en esto. Tendría que haberme quedado quieta. Cuando escuché el ruido que venía del interior de la casa, no pude esperar a que ellos dos terminasen la discusión; necesitaba ir a buscar a Adrien.

Cuando llegué al despacho, vi una estantería con una puerta secreta abierta. Supe que estaba ahí. No lo pensé, lo admito. Y ahora no dejo de preguntarme por qué. Ayer no pegué ojo en toda la noche, preocupada por él. Reconozco que Adrien me irrita, que les tengo tirria a los vampiros, a su arrogancia innata, y que disfrutaba picando a ese tontorrón más de lo debido. Además, siempre me provocaba.

Sin embargo, la situación fue cambiando. Hemos tenido demasiados encontronazos… y encuentros de otra estirpe. Aún recuerdo la primera vez que me robó un beso. Después, todo vino rodado. Sé que hay una atracción inevitable entre nosotros. Lo que nunca esperé fue sentirme tan desesperada cuando no apareció, sobre todo después de lo que me dijo antes de irse.

Puede que sienta algo más que simple atracción. No lo sé. Solo sé que no quiero que le pase nada.

Y ahora está ahí, en el suelo, deshaciéndose en una imagen digna de una pesadilla, y mi pecho late con una única idea: salvarlo. Esa debería ser mi misión… si no fuera por esta mujer horripilante que me tiene atrapada entre sus manos.

Cuando bajé no me dio tiempo ni a situarme. Sus manos me cubrieron la boca y sentí el terror más absoluto de mi vida. Cuando me advirtió de que, si hacía un solo movimiento o emitía un solo sonido, me mataría sin piedad, supe que hablaba en serio. No había remordimiento alguno en su voz.

Ahora me está usando como moneda de cambio con Abril. No quiero que mi amiga haga esto, aunque ambas lo planeamos todo con antelación. Confío en que saldrá bien, así que colaboro. No me queda otra.

Abril se acerca un paso más, con las manos en alto. Puedo sentir el júbilo de esta loca en la sonrisa que estira junto a mi cara. Ya me ha clavado los dientes, no para drenarme, sino para dejar claro que va en serio. No hay nada que me escueza más que ver a Adrien muriéndose. Tengo que ayudarlo. No puede acabar así.

—Déjala ir —dice Abril, con una calma firme que me parte por dentro.

—Acércate.

—Eres más rápida que ella. Puedes confiar en que no voy a huir.

—Él también es rápido —responde Divine señalando a Lucien con la barbilla—, así que acércate y la suelto.

—Si intentas algo raro y nos la juegas, te juro que te mato, aunque acabes con la vida de quien sea, Divine —la voz de Lucien rasga el aire con una gravedad casi siniestra.

Abril da dos pasos más y queda a escasos centímetros de nosotras. Me mira a los ojos y no puedo contener las lágrimas. No sabemos si el plan va a funcionar, y lo que está haciendo por mí es mucho más de lo que merezco. Es más que una amiga: es mi hermana, mi familia. Y no voy a permitir que muera aquí.

No puedo hacer nada. Un puñal amenaza mis costillas.

—Suéltala.

Durante unos instantes, Divine no se mueve. Luego todo sucede tan rápido que apenas lo proceso. Siento un empujón hacia delante

y, de pronto, unos brazos me envuelven con fuerza. Cuando reacciono, Lucien me tiene abrazada, protegiéndome.

Me giro y veo a Abril ocupando el lugar que estaba yo segundos antes. Divine le apunta la daga directamente al corazón, con los colmillos descubiertos, a un suspiro de su cuello.

Empieza a arrastrarla por la pared. Lucien la sigue como hipnotizado, más serio de lo que jamás lo he visto.

—Tengo que ayudar a Adrien, por favor —le suplico en un hilo de voz.

Tarda unos segundos en comprenderme. Siento cómo me suelta y aprovecho el instante. No pienso. Corro hacia la nevera, que intuyo en algún rincón, detrás de donde estábamos. Está oscuro; la escasa luz apenas dibuja sombras y destellos apagados. Tanteo hasta encontrarla. La abro y el frescor del interior me alivia durante un segundo.

Introduzco la mano, recelosa de lo que pueda tocar, y palpo unas bolsas que he visto demasiadas veces. Saco un par. No sé cuánta sangre necesitará. Vuelvo a correr, pegada a la pared, hasta Adrien. De reojo veo a Lucien avanzar tras Divine, tranquilo, estaca en mano, mientras ella arrastra a Abril hacia la otra cámara.

Me agacho para buscar cómo liberar a Adrien de las cadenas. Apenas puede mirarme, pero gruñe al notar mi presencia. Se me encoge el pecho y me entran ganas de llorar sin control. Sus ojos son dos pozos negros; la oscuridad apenas deja distinguir su piel quemada, abierta, destrozada. Es aterrador verlo así.

—Dale la sangre —ordena Lucien, sin mirarnos, mientras se adentra tras ellas.

Durante todo el tiempo que estuve retenida me pregunté por qué no atacó a Divine, por qué no hizo nada. Ahora lo entiendo. Si se enfrentaba a ella y perdía, moríamos todos ahí abajo. Ha tenido que elegir. Y ha decidido confiar en Abril.

—Adrien, mírame —susurro—. Voy a darte esto. Dime qué hago.

Miro la bolsa y luego a él. Apenas levanta la mirada, vacía, más hueca que los ataúdes alineados tras nosotros.

—Vale… ya lo hago yo.

Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo abrir una de las esquinas. El plástico es duro, no cede. Sin pensarlo, lo rompo con los dientes. El olor metálico y agrio de la sangre me invade la boca y me provoca una arcada. Aun así, lo consigo.

Me apresuro a acercársela a los labios.

O lo que queda de ellos. Tengo que sujetarle la barbilla hacia arriba y verter el líquido dentro de su boca. Al principio no lo traga y la sangre empieza a derramarse por todas partes.

—Vamos, Adrien, haz un esfuerzo, joder. No me obligues a darte de comer con cucharita, tarado —me río y lloro a la vez, buscando provocarle cualquier reacción. La que sea.

Entonces noto cómo la nuez de su garganta se mueve. Está bebiendo. Inclino un poco más su cabeza y la bolsa para facilitarle el paso de la sangre. La escena es, como poco, repugnante.

La bolsa se vacía en nada. Y entonces lo veo: su piel empieza a cerrarse en algunos puntos. Se está regenerando solo. Necesita más sangre. Funciona. El corazón me late con tanta fuerza que siento que va a salirse del pecho. Abro la otra bolsa y repito el proceso. Esta vez bebe más deprisa. Cuando termina, lanzo el plástico al suelo y miro las cadenas que le aprisionan los tobillos.

¿Cómo coño voy a sacarle eso?

Son gruesas, de plata, y están incrustadas en la carne, devorándola con cada contacto. El olor a carne quemada y podrida me revuelve el estómago y tengo que fruncir la nariz para no vomitar. Tiro de las cadenas con cuidado, buscando la forma de liberarlas, pero están enrolladas de una manera imposible. Al menos no tienen candado. No lo necesitan: el metal ya está haciendo su trabajo.

Cambio de objetivo y miro las de las muñecas. Están igual de hundidas, clavadas hasta casi el hueso.

—Lo siento, pero tengo que hacer esto.

Tiro de uno de los extremos para desanclar la cadena de la carne y su gruñido de dolor es tan profundo que me rompe por dentro. Rompo a llorar aún más.

—Lo siento, lo siento, lo siento…

No sé cómo, pero consigo desenrollar una muñeca. Luego la otra. Las cadenas cuelgan sostenidas por jirones de carne y alcanzo a ver el hueso. Giro la cara con una arcada tan violenta que creo que voy a devolverlo todo.

Cuando vuelvo a mirarlo, sus brazos caen inertes a ambos lados del cuerpo. No los mueve.

Regreso a los pies. Busco desesperada algún punto por donde tirar, pero solo encuentro un nudo firme, retorcido. Lucien no puede ayudarme. Así que levanto la vista y me fijo en la cara de Adrien. Su boca empieza a recuperar el color. Es… increíble.

Me pongo en pie y corro hacia la nevera. Saco dos bolsas más y regreso a él. Rompo una sin pensarlo. La sangre ya no me provoca asco. Le vierto el líquido en la boca y, esta vez, logra levantar la cabeza por sí mismo. Sus ojos, antes negros como un abismo, empiezan a teñirse de rojo.

—Ca… —balbucea.

Sonrío.

—Ni se te ocurra llamarme Catalina, gilipollas.

Veo cómo intenta esbozar una sonrisa.

Vuelvo a fijarme en las cadenas de los pies. Tras unos segundos buscando una solución, decido tirar de uno de los extremos. En cuanto lo hago, Adrien lanza un aullido de dolor tan intenso que se desploma de lado. Lo suelto de inmediato, temblorosa.

Dioses… no sé qué estoy haciendo.

Entonces un olor acre a humo invade la cámara. Divine ha prendido fuego a algo. O a alguien. Tengo que ayudar a mi amiga.

Decidida, tiro de una de las cadenas con extremo cuidado y logro aflojar uno de los lados. Cojo su pierna y tiro para liberar el pie, pero cuesta.

—Adrien, ayúdame. Tira del pie, por favor.

Pero él apenas se mueve, tendido de lado, aullando.

—Por favor… haz algo —grito, desesperada.

Entonces mueve el pie lentamente y tira un poco. Le ayudo y, por fin, se libera de uno de los lados.

—Vete…

Levanto la vista. Está incorporado. ¿Cuándo ha hecho eso? ¿Cómo…? Está hablando.

—Adrien… —me quedo mirándolo, atónita. Su rostro está casi completamente regenerado.

—Vete de aquí, ahora.

—No. No voy a dejarte. Te voy a sacar de aquí.

—Catalina… joder… —le cuesta articular—. Tienes que irte. Ya.

Me pongo en pie, sin saber qué hacer. Todo ocurre a una velocidad imposible de procesar. Entonces escucho el gruñido desesperado de Lucien, la risa de Divine y el humo vuelve la cámara casi irrespirable.

Casi no veo nada. Me da igual. No pienso. Para variar.

Echo a correr hacia donde están.

Hay una hoguera enorme ardiendo en el centro. Lucien se encuentra a escasos centímetros de las llamas. Divine está dentro del círculo de fuego, sujetando a Abril por detrás de un tronco, obligándola a permanecer atrapada, a salvo solo porque el fuego aún no ha alcanzado el centro. No le queda mucho. Le clava el puñal al pecho, apuntando al corazón, impidiendo que Lucien se acerque.

Está esperando el momento para atacar.

—Lucien, haz algo, joder.

Me mira. Veo el desespero en su rostro.

—Lucien… eres más rápido —le guiño un ojo.

Y hago una estupidez.

Corro hacia la hoguera y finjo entrar en ella. Divine desvía la mirada hacia mí. Es suficiente. Lucien se mueve tan rápido que no lo ve venir. Le aprieta la muñeca y desvía el puñal de Abril. Empiezan a luchar, tan deprisa que apenas distingo sus movimientos.

—¡Abril, sal de ahí! —grito.

Las llamas están a punto de alcanzarla. En teoría no deberían quemarla… pero no lo sabemos. Aun así, niega con la cabeza.

Entiendo. Debe seguir fingiendo que está en peligro.

Me apoyo contra una pared. Lucien y Divine se mueven demasiado rápido. No sé qué está pasando. Solo sé que no puedo hacer nada.

Entonces ocurre.

Ambos caen al suelo frente a mí. Lucien grita con una estaca clavada en el estómago. El corazón se me para. Ahogo un grito.

—Arde, bruja, junto con él —escupe Divine, sonriendo con crueldad.

Mira al fuego. Abril, en shock, cruza las llamas. Todos observamos cómo lo logra sin quemarse. Sus ojos se vuelven negros, profundos. Cuando habla, su voz ya no es la suya: es grave, inhumana.

Lucien permanece en el suelo, sujetando la estaca, con el rostro desencajado. Abril se lanza sobre Divine y la agarra del cuello con una fuerza que me deja helada.

—Bruja maldita, suéltame

—No soy una bruja, estúpida. Soy tu peor pesadilla. Así que muere.

Aprieta con intención de arrancarle la cabeza, pero Divine reacciona y la agarra también del cuello. Abril empieza a perder fuerzas. Divine es más fuerte.

—Maldito demonio… voy a matarte. Tengo casi mil años. No puedes conmigo.

Aprieta aún más.

Miro a Lucien. Sigue agonizando. Corro hacia él. Alza la mirada, colmillos fuera, gruñendo tan fuerte que cierro los ojos un segundo.

Que sea lo que los dioses quieran.

Apoyo un pie en su pecho, agarro la punta de la estaca y tiro con todas mis fuerzas. Consigo sacarla. Caigo de espaldas, aturdida. Cuando me incorporo, Lucien me clava una mirada peligrosa, sujetándose el estómago abierto.

No espero a que me mate. Me levanto, respiro hondo y dejo de pensar.

Me acerco a Divine por la espalda. Con las manos temblando, sujeto la estaca y la empujo con toda mi fuerza en el centro de su espalda. La madera ofrece resistencia antes de ceder. Grito mientras la hundo hasta el fondo.

El alarido de Divine es tan agudo y profundo que casi me deja sorda.

Se gira de golpe hacia mí, el rostro desencajado, y me agarra antes de que pueda reaccionar. Me lanza contra la pared. Impacto de costado y siento cómo las costillas se rompen con un crujido seco.

El dolor, profundo y asfixiante, es lo último que percibo antes de apagarme por completo contra el suelo.

CAPÍTULO 33

MÁS VALE UN AMIGO QUE CIEN ENEMIGOS

ABRIL



—¡CATA…! —grito con todas mis fuerzas mientras corro hacia mi amiga.

La ha matado.

Me agacho a su lado y la toco. Está inconsciente. Busco su rostro, acerco el oído a su boca, compruebo si respira. Lo hace, aunque de forma débil. Levanto la mirada hacia Lucien, que ya se ha puesto en pie, aún sujetándose el estómago, donde la herida empieza a cerrarse lentamente.

Entonces escuchamos el grito de Divine. Está a cuatro patas en el suelo, aullando como un animal herido. Lucien se arrastra hacia ella y, cuando la alcanza, se agacha y hunde la estaca hasta el final.

—Vuelve a tu infierno personal… desgraciada. Vas a quedar divina echa polvo.

Divine alza la mirada hacia él, con los ojos anegados en sangre, y logra pronunciar su nombre antes de deshacerse en cenizas.

La escena es surrealista. No queda nada. Solo polvo esparcido por el suelo. La nube gris que se eleva me tapa la visión de Lucien y, cuando por fin se disipa, lo veo allí, inmóvil, con la mirada perdida en el montón de nada que fue la mujer que un día creyó que lo salvaría.

Cuando vuelvo a mirar a Cata… no sé qué hacer.

—Lucien, ayúdame.

Entonces aparece Adrien, débil, arrastrándose por la cámara. Está mucho mejor, aunque en sus manos y pies descalzos aún quedan heridas abiertas. Se acerca a nosotras.

—Me la llevo… —dice, con la voz grave—. Se está muriendo.

—¿Qué vas a hacer? —me duele tanto por dentro que la rabia me quema la garganta.

—Salvarla.

La coge en brazos y, antes de que pueda emitir un solo sonido, desaparece con ella, tan rápido que no me da tiempo ni a parpadear.

Me dejo caer contra la pared, agotada y devastada. No quiero que mi amiga muera. No. Hemos acabado con esa maldita, no puede llevársela también.

—Lucien…

Se acerca por fin y se agacha frente a mí. Me abraza con una fuerza que no sabía cuánto necesitaba hasta que me envuelve por completo. Me rompo contra su pecho.

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Cuando levanta la cabeza, me sonríe.

—¿Es verdad que eres un demonio?

La pregunta me arranca una sonrisa cansada. Asiento.

—Ya decía yo que eras una diablilla…

—¿No era una bruja? —bromeo, sin saber muy bien cómo soy capaz de hacerlo en medio de todo esto, pero agradecida de que nuestra dinámica siga intacta.

—Para mí sigues siendo… —baja la mirada con un suspiro, pero me sujeta la barbilla y me obliga a mirarlo—, sigues siendo la única mujer por la que ardería el mundo.

Y me besa.

Ahora mismo, esos labios son todo lo que necesito.

—No me sueltes nunca —le pido cuando se separa apenas.

—Ahora puedo prometerte que la eternidad se te va a quedar corta para aguantarme.

—¿Qué va a pasar con mi amiga? —no consigo pensar en otra cosa.

—No lo sé. Lo más probable es que Adrien la convierta.

—¿En vampira?

—Puede que sí. Lo siento. Está demasiado herida, no sé cuánto va a aguantar.

El pecho se me comprime en una agonía mil veces peor que cualquier cosa que Divine haya hecho. Lanzo un grito desgarrador que resuena en la cámara.

—Vaya… —Lucien abre los ojos de par en par—. Das miedo.

—Ahora mismo la que tiene miedo soy yo. No quiero que le pase nada.

Vuelvo a abrazarlo con fuerza.

—Aprieta menos… —su voz sale ahogada.

Aflojo los brazos.

—Lo siento… no controlo muy bien esto.

—Bueno, el arte de manipularme lo dominas de puta madre —sonríe contra mis labios.

—Ya ves… anda con cuidado.

Reímos los dos. Necesito esa tontería, esa descompresión absurda, porque la preocupación por mi amiga me está devorando por dentro. ¿Se puede morir de disgusto siendo demonio? Quizá eso sea vivir atada al infierno.

—Pase lo que pase, Adrien está con ella. Sabrá qué hacer. Confía.

—No me pidas que confíe en nada. Mira adónde nos ha llevado la confianza.

—Lo sé… y lo siento. Nada de esto hubiera pasado si yo…

Lo callo apoyando un dedo en sus labios fríos.

—Ahora no sirve de nada. Se acabó. Divine está muerta —miro el polvo esparcido en el suelo—. Ya no puede hacernos nada.

—Se volvió completamente loca. Mil años de existencia para terminar así.

Por su expresión sé que aún le cuesta asimilarlo. Lo entiendo.

—Te quiero —le digo.

Me sujeta el rostro con ambas manos y apoya la frente contra la mía. Las llamas siguen ardiendo en la cámara, pero el calor no nos afecta.

—Confía en mí. Lo que siento por ti… este amor no dejaré que muera. Nunca permitiré que nadie lo toque.

—Quiero ver quién lo intenta —sonrío, confiada.

—Mi demonio favorito… te quiero.

Volvemos a fundirnos en un beso. Siento cómo me alza entre sus brazos y me lleva fuera de la cámara.

—Lucien, la casa va a arder…

—Que arda, junto con ella. Que arda el mundo. Construiré otro solo para ti.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos mientras me lleva hacia arriba.

CAPÍTULO 34

SOY UN VAMPIRO, NO UN CELOSO

LUCIEN



El amor de mi vida, al final, se ha convertido en un demonio. Y la que un día ha sido mi compañera se ha reducido a cenizas. Siento un alivio indescriptible al saber que esa mujer ya no está para torturarnos. Por momentos pensé que todo se iba a la mierda. Abril me pidió que confiara en ella y lo hice, porque el miedo a que Divine le hiciera daño era tan profundo que me dejó sin salida. Si Abril me hubiera contado que era un demonio, la habría detenido antes. Aun así, dentro del caos que se desató, todo salió bien. Bueno, no todo.

Ahora mismo no sabemos dónde están nuestros amigos y la preocupación no deja de crecer. Hemos venido a casa de Cata pensando que Adrien podría haberla traído aquí. Su hermano no está y, por una vez, eso es una bendición. Un problema menos.

Estoy preocupado, muy preocupado. Si Adrien se ha descontrolado y la ha transformado, estamos jodidos. Acabará detenido. Tengo que encontrar la manera de salvarle el pellejo antes de que Catalina —si logra sobrevivir— le arranque la cabeza.

Y yo también estoy a punto de perder la mía gracias a una pequeña diabla que me tortura sin descanso.

—Lucien, joder, haz algo. Encuentra a tu amigo. Necesito saber dónde está —me lo repite por enésima vez.

Hay que joderse. Prefería que fuera bruja.

—Cariño, tenemos que esperar. No puedo hacer nada. No sé dónde la ha llevado.

—Pues búscala como sea o lo haré yo.

Resoplo, en un hábito aprendido de los humanos que ahora mismo me viene de perlas para despejarme del martilleo constante de una mujer endemoniada.

—Abril, ten paciencia. Ahora mismo no podemos hacer nada más que esperar.

—No has cambiado nada. Sigues siendo un tonto de capirote —pongo los ojos en blanco—. Igual que cuando me viste casi arder y no te moviste.

—Tu culpa, Abril —me pongo serio—. Si hubieras confiado en mí y me hubieras dicho que eras un demonio y no una bruja, nada de esto habría pasado. ¿Te das cuenta?

—El que no se dio cuenta fuiste tú, que estuviste conmigo y ni siquiera me oliste.

—Tss…, porque me habrás hechizado.

—No soy una bruja.

—Sigo teniendo mis dudas.

Me da la espalda en el sofá. Estoy a punto de plantearme un sacrificio para que vuelva a ser humana, porque como demonio es mil veces más autoritaria y exigente. Menudo carácter.

De pronto, un holograma se materializa en medio del salón. Nos giramos a la vez ante la imagen difuminada de Adrien. Me levanto de golpe y Abril me sigue.

—Adrien, ¿qué ha pasado? —pregunto.

—¿Dónde está mi amiga?

—En el hospital.

—¿En el hospital? —decimos a la vez. Esa no me la esperaba.

—Sí. Se estaba muriendo. Tiene varias costillas rotas y una le ha perforado el pulmón.

Se hace un silencio espeso entre los tres. A través de la transmisión defectuosa veo los ojos de mi amigo, cansados y preocupados.

—¿Qué hospital? Vamos para allá.

—En el Central. La están operando. Vamos a tener que esperar.

—¿Dónde estás tú? —Entonces me cae la ficha.

Si Adrien la llevó al hospital y se dieron cuenta de lo ocurrido, lo habrían detenido antes incluso de que pudiera dar su versión.

—En la puerta del hospital.

—¿Cómo? —pregunto.

—Tuve que dejarla allí en la puerta sin que nadie me viera y hacer una llamada anónima. Si entraba, me arrestaban.

Joder. Al menos uno de nosotros ha tenido dos dedos de frente. Sonrío, pese a todo. Listo.

—¿Has dejado a mi amiga sola en una puerta de hospital, en manos de desconocidos? —salta Abril.

—No. Está bien acompañada. He pedido a un conocido de dentro que la vigile, y ahora mismo está en el quirófano. Deberíais venir. Eso sí, preparad una buena explicación o nos vamos los tres a la mierda.

Nadie dice nada durante unos segundos.

—Lucien, vámonos. No perdamos tiempo. Ya se me ocurrirá algo —dice Abril.

—Os espero aquí.

Y corta la transmisión.

Abril se deja caer en el sofá, abatida.

—Cariño, al menos sigue viva. Van a cuidarla, ten calma. Vamos a estar allí para ella.

—Sí. Vámonos —se pone en pie de nuevo.

Justo en ese momento, la puerta se abre y entra el hermano de Cata.

—¡Hola! ¿Estáis por aquí?

Asentimos los dos, de forma mecánica.

—¡Qué bien! ¿Está mi hermana? Quiero hablar con ella…

Abril y yo intercambiamos una mirada. Esto no podía empeorar más.

—Abril, ahora sería un buen momento para usar tus maravillosos dones.

No lo pilla a la primera. Hago un gesto con la cabeza en dirección al chaval.

—Ya sabes… para explicarle.

Mateo nos mira con cara de circunstancias.

—Ah…, claro. Tienes razón.

—¿Qué os pasa a vosotros? Estáis raros de cojones —dice Mateo, frunciendo el ceño.

Abril se acerca a él y le pasa las manos por el cuello. Mateo abre los ojos, atónito. No es el único, yo repito el gesto, incrédulo.

—Mateo, querido —dice ella con una dulzura que no presagia nada bueno—, sabes que te tengo mucho aprecio, ¿verdad?

Él asiente y me mira, buscando ayuda o cagándose vivo. Bien pode hacerlo, no me gusta nada esto. Él no entiende nada. Yo tampoco. ¿Qué está haciendo?

—Pues mírame bien a los ojos, mi niño… —Mateo obedece por pura inercia—. Ahora quiero que te quedes aquí hasta que volvamos.

—De acuerdo, pero ¿y mi hermana dónde está?

No parece funcionar del todo.

—Abril, ¿qué estás haciendo? —pregunto, con la rabia empezando a hervirme en el pecho. Y sí, también los celos. No hay forma de que las cosas cambien. No me jodas.

—Cállate, Lucien. No te metas.

Se le ha ido la pinza. Encima ahora va a darme calabazas delante de él.

—Mateo —vuelve a rozarse contra su cuello y empiezo a perder la paciencia—, te vas a quedar aquí quietecito, sin preguntar nada. ¿Estamos?

—Sí, ama.

Cierro los ojos. Será…

—Muy bien, mi niño. Eso es. Tu ama vuelve en nada.

El chico se queda de pie, inmóvil, con la mirada perdida. ¿Eso es lo que me ha hecho esa cabrita?

Me acerco a ellos.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Se separa de él, que no se mueve ni un centímetro, y salimos de la casa. Ya en el exterior, me giro hacia ella.

—¿Hacía falta eso?

—Sí, Lucien, hacía falta.

—Tsss…

—Ve acostumbrándote.

—Porque tú lo digas…

Y así vamos todo el camino, otra vez enzarzados en una discusión absurda. Da igual que Abril sea un demonio y pueda manipular a quien le dé la gana. Me da igual qué dones tenga. Sigue conservando el único que de verdad me desconcierta: la capacidad de convertirme en un auténtico idiota mental.

CAPÍTULO 35

NADIE TIENE DOMINIO SOBRE EL AMOR, PERO EL AMOR DOMINA TODAS LAS COSAS

ADRIEN



Nunca he sido bueno midiendo el tiempo. Yo, que me lo tomo con calma para casi todo, me encuentro atrapado en una inquietud absurda por la cantidad de horas que llevo esperando noticias de esa humana insoportable.

Tengo un nudo en la garganta, como si una soga me apretara el cuello. Cuando la vi tirada en el suelo, hecha polvo, destrozada por aquel monstruo de Divine, casi preferí que me hubiese dejado la plata clavándose en la piel. Pero ella, con su maldita testarudez, tuvo que hacerse la heroína y, además de salvarme la vida, intentó —y consiguió— salvar la de todos.

Tres vampiros y un demonio en una sala, y la única capaz de arreglarlo todo fue una humana débil, insolente y terriblemente valiente. ¿Cómo no… quererla?

Y eso es lo que más me jode mientras sigo aquí, esperando a que lleguen Lucien y Abril: esta presión en el pecho, esta mierda que no sé nombrar.

La picardía constante con Catalina me ha dado la vida. Es arisca, con una lengua viperina como pocas, y eso despierta en mí un morbo que ninguna otra mujer ha logrado en dos siglos. Y está claro que cuando cruzamos el límite de las palabras y entramos en el terreno físico, todo se complicó. Nunca hemos llegado a tener intimidad como tal, pero hemos hecho de todo lo que se queda peligrosamente cerca. Tocarla, que me toque… por Vlad, es casi mejor que follar. Me tiene completamente fuera de control.

Y eso es lo que me está destrozando la cabeza.

No deja de ser humana, y yo no quiero nada serio con una de su especie. Ya lo probé. Paso. Para mí, chicas como ella siempre han sido encuentros de una noche, un rollete, poco más. Encantadas al principio y pegajosas después. Y como no soy dado a sentimentalismos más allá del sexo, nunca me ha preocupado lo que Lucien llama «una relación».

¿Cuál es el problema?

Que empiezo a sentir cosas que no sé clasificar. He intentado poner distancia, pero cuanto más lo hago, más ganas tengo de estar cerca de ella. Y ahora, sabiendo que está ahí dentro, debatiéndose entre la vida y la muerte mientras yo espero como un perro en la puerta, me está tocando la moral.

La inquietud de que pueda pasarle algo después de haberme salvado la vida me supera.

¿Cómo puede alguien tan necia ponerse en peligro por un monstruo como yo? Capaz de matarla en un par de parpadeos. Yo no habría sido tan empático a la hora de elegir quién vive. Soy un depredador; no puedo ir contra mi naturaleza. Y, sin embargo, con ella todo en mí se detiene.

Sigo abrumado por lo que hizo por mí. Tanto que dice que me odia, y aun así podría haberme dejado morir, agonizando durante días, quizá semanas, hasta desaparecer.

Gracias a su rapidez y a esa mente afilada que tiene, consiguió sacarme de allí. El precio fue cargar con ella mientras se desangraba. Juro que pensé en transformarla. Estaba al límite. Habría sido fácil. Incluso egoísta pensar que, como vampira, tal vez podríamos tener una oportunidad, como Lucien y Abril.

Pero no pude.

No fui capaz.

Tenía que intentar salvarla como humana, porque ella me salvó como vampiro. No habría sido justo condenarla a un final que nunca habría elegido. Su repulsa hacia nosotros dejaba claro que no querría ese cambio.

Ahora… si los médicos me dicen que no hay forma de salvarla, lo siento. No seré capaz de dejarla ir. Me odiaré por toda la eternidad, pero no la perderé.

Abril y Lucien llegan, visiblemente alterados, y siento un alivio inmediato. Por fin podemos entrar los tres. Abril nos explica la versión que ha dado y nos dice que, si no nos creen, manipulará a quien haga falta. Se le está cogiendo gusto a esto de ser demonio. Por la cara de Lucien sé que no le hace ni puñetera gracia, aunque admito que es curioso ver cómo cambian las tornas de vez en cuando.

Al final no hace falta usar ningún don. Somos tres amigos que conocen lo ocurrido. Al parecer, fue un accidente y el agresor la dejó en la puerta del hospital. Sé que me han grabado las cámaras, pero he sido más listo. Me vestí con uno de nuestros trajes de cambio de identidad y usé un pasamontañas preparado para no ser reconocido. No pueden vincularme a ningún rostro ni rasgo. Dos siglos aprendiendo a moverme en las sombras no los va a borrar la tecnología.

Un médico sale y se acerca a Abril. Nos levantamos al instante. Siento la sangre hormigueándome por dentro; es una sensación extraña. Nos dice que todo ha ido bien y que, de momento, está fuera de peligro. El alivio en nuestras caras sería evidente para cualquiera. Me mareo por primera vez en mucho tiempo. Quizá aún sean efectos de la plata, ya que me sienta como una mierda.

Nos informan de que habrá que esperar unas horas para verla. Hay protocolos, sigue frágil y la recuperación será lenta.

Cinco horas después —interminables— nos dicen que solo puede entrar una persona. En este caso, permiten que sea Abril, al no haber familiares presentes. Me aseguré de que nadie de su familia fuese avisado antes de que ella pudiera decidirlo.

—Entra, cariño —dice Lucien—. Y si puedes hablar con ella, dile que estamos aquí.

—Quiero verla —suelto sin pensarlo.

—No puedes entrar —responde Abril, apenada.

—¿Hay algún sitio en el que no pueda entrar?

—Adrien… quedémonos aquí de momento. Más tarde —mira alrededor—, cuando haya menos gente, intentamos algo.

No quiero oírlo. Quiero verla.

Al final, me limito a asentir. No me queda otra.

Abril tarda una eternidad en volver.

Cuando por fin la veo salir por la puerta del pasillo, su expresión lo dice todo antes de que abra la boca. No corre. No sonríe. Camina despacio, como si llevara el peso del mundo colgado de los hombros.

Me pongo en pie al instante. Lucien hace lo mismo.

—¿Y bien? —pregunto, incapaz de disimular la ansiedad—. ¿Cómo está?

Abril se detiene frente a nosotros. Se pasa una mano por la cara y suelta el aire despacio; parece que acaba de emerger de debajo del agua.

—Viva —dice—. Está viva y se va a recuperar.

El alivio me golpea tan fuerte que tengo que apoyarme en la pared. Lucien cierra los ojos un segundo.

—Pero… —añade Abril.

Claro que hay un pero.

—Ha sido duro —continúa—. Le han operado el pulmón. Una costilla le perforó el izquierdo. Ha perdido bastante sangre y tiene varias fracturas más. Ahora mismo está estable, pero muy frágil.

—¿Está consciente? —pregunto.

—A ratos

Aprieto la mandíbula.

—¿Te ha reconocido?

—Sí… y no —responde—. Está muy desorientada. La tienen con analgésicos potentes y algo de sedación. Se despierta unos minutos, luego se vuelve a quedar dormida.

Lucien se cruza de brazos, tenso.

—¿Ha podido hablar?

Abril asiente despacio.

—Muy poco. La voz apenas le sale. Le cuesta respirar hondo y cada movimiento le duele como el infierno. Está agotada.

—¿Qué ha dicho? —pregunto sin pensar.

Abril me mira. Me sostiene la mirada unos segundos de más.

—Lo primero que ha preguntado ha sido si estabais bien.

El pecho se me cierra.

—Después ha intentado hacerse la fuerte —añade—. Ha bromeado. Mal, pero ha bromeado. Eso sí… estaba temblando. No de frío, sino de puro desgaste.

—¿Tenía miedo? —pregunta Lucien en voz baja.

—No —dice Abril—. Estaba ida, creo que confundida. Como si no terminara de entender dónde estaba ni qué había pasado. Le costaba mantener los ojos abiertos.

Bajo la mirada, pensativo.

—¿Sabe que… que casi muere?

—Creo que no del todo. Sabe que está muy herida, pero no es consciente de la gravedad. Y casi mejor así. Ahora mismo su cuerpo solo está intentando aguantar.

—¿Y nosotros? —pregunto—. ¿Ha preguntado por…?

Abril asiente.

—Por ti —me dice—. Varias veces. Te ha llamado por tu nombre.

Siento una punzada seca en el pecho. Me duele de nuevo.

—¿Qué le has…?

—Adrien —me corta—, no he entrado en detalles. Le he dicho que estabas bien, que estabais esperando fuera. Eso la ha tranquilizado un poco.

Lucien suspira despacio.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que las próximas veinticuatro, cuarenta y ocho horas son clave —responde—. No esperan complicaciones graves, pero existe riesgo de infección, de que el pulmón tarde en expandirse bien, de dolor intenso. Va a necesitar reposo absoluto, oxígeno, fisioterapia respiratoria más adelante… y tiempo. Mucho tiempo.

—¿Dolor? —pregunto.

—Mucho —dice sin rodeos—. Aunque lo controlan con medicación, va a estar incómoda, cansada, irritable. Probablemente no recuerde bien estas horas.

Asiento. Eso encaja demasiado bien con ella.

—¿Puedo verla? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

Abril niega despacio.

—No todavía. Está dormida ahora mismo. Y cuando despierte, lo hará solo unos minutos. No quieren estímulos fuertes ni emociones intensas.

Lucien me lanza una mirada significativa.

—Eso te incluye —dice.

No respondo.

—Cuando despierte del todo —continúa Abril—, se sentirá débil, torpe, con el cuerpo pesado. Tendrá la sensación de que le han atropellado varias veces. Le costará respirar profundo, moverse, incluso pensar con claridad.

—¿Y mentalmente? —pregunto—. ¿Está… ella?

Abril se encoge de hombros.

—Está Catalina —dice—. Cabezota. Testaruda. Más preocupada por los demás que por ella misma. Pero ahora mismo rota. Muy rota.

Se hace un silencio espeso entre los tres.

—Gracias —digo al fin—. Por estar con ella.

Abril asiente.

—No se ha sentido sola —dice—, eso es importante. Aunque no lo recuerde mañana, ahora lo ha sentido.

Aprieto los puños.

—Cuando pueda verla… —empiezo.

—Cuando puedas verla —me interrumpe—, no intentes ser fuerte por ella. No le pidas explicaciones. No le hagas preguntas. Solo… quédate. Eso es lo que necesita.

Cierro los ojos un segundo y asiento.

—Vale.

Porque por primera vez en dos siglos, no necesito hacer nada más que esperar… y no fallar cuando llegue el momento.

LUCIEN



Pasan un par de horas más. Abril ha bajado a la cafetería a por algo de comer. Malditos demonios… comen como si el infierno fuera un bufé libre. Adrien sigue sentado en la misma silla, rígido, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la mirada clavada en el suelo. No se ha movido. No ha dicho nada. Y eso, en él, es mala señal.

Me acerco despacio y me detengo a su lado.

—Necesito verla —dice de pronto, sin mirarme—. Aunque sea un minuto.

Resoplo.

—Adrien…

—Lucien, joder —alza la vista, los ojos encendidos—. No te estoy pidiendo permiso. Solo… necesito verla.

Me paso la mano por la cara y luego por la cabeza, preocupado.

—Escúchame bien antes de hacer alguna idiotez —le advierto—. Está sedada, con dolor, conectada a media planta y con los médicos vigilándola como halcones. Si entras como un animal en celo, solo vas a empeorar las cosas.

—No voy a hacer nada —gruñe—. Solo quiero verla respirar.

Eso me frena.

Lo miro de verdad por primera vez en horas. El tono, la rigidez de la mandíbula, la forma en la que evita moverse como si cualquier gesto pudiera romper algo… o a alguien.

Y entonces lo entiendo.

Joder.

Me paso la mano por la cabeza otra vez, más despacio.

—Tú no quieres verla por tranquilidad —digo—. La quieres ver porque te importa.

Adrien aprieta los dientes.

—No empieces.

—No estoy empezando nada —respondo—. Solo estoy diciendo lo evidente.

—Es humana —escupe—. Y es la amiga de Abril.

—Y aun así te está destrozando por dentro —remato.

Silencio.

Lo veo luchar consigo mismo, con ese orgullo rancio que lleva dos siglos cultivando.

—No es eso —dice al final, sin convicción—. Es… circunstancial. Ella me ha salvado y siento que le debo esa preocupación.

Suelto una risa baja, sin humor.

—Claro. Circunstancial. Como quedarte quieto durante horas sin respirar solo porque ella está al otro lado de una pared. Estás tan enamorado.

—¿Cómo voy a estar enamorado, estás loco? Como mucho un poco encoñado, admito.

—Encaprichado pensé yo que estabas, pero lo cierto es que sé reconocer a un vampiro enamorado a leguas. Y eso es lo peligroso; no vas a poder distinguir una cosa de la otra, así que te advierto: ve con cuidado.

Se levanta de golpe.

—No tienes ni idea, cállate un mes.

—Adrien —le digo con calma—, te conozco desde antes de que aprendieras a esconderte detrás de la chulería. Y ahora mismo no estás pensando como un vampiro que ha sobrevivido dos siglos. Estás pensando como alguien al que le han importado demasiado las últimas veinticuatro horas.

Me mira. No con rabia, con algo peor.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta—. ¿Que me siente aquí a esperar como si nada?

—Quiero que no la conviertas en una excusa para cruzar una línea que luego no puedas desandar —le respondo—. Porque si entras ahí y la ves así… rota, frágil… y te das cuenta de lo que sientes de verdad, ya no habrá marcha atrás.

Se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—No me digas que tú no lo hiciste.

—Yo lo hice sabiendo exactamente a qué me enfrentaba —replico—. Y aun así casi me destruye.

Silencio otra vez.

—Adrien —añado, más bajo—, si vas a verla, entra como un hombre que se preocupa… no como un depredador que quiere marcar territorio. Nada de tocarla. Nada de promesas. Nada de decisiones eternas con una humana inconsciente.

Asiente despacio.

—Solo verla —murmura.

—Solo verla —confirmo—. Y luego vuelves aquí.

Da un paso hacia el pasillo… y se detiene.

—Lucien.

—¿Sí?

—No digas nada a Abril.

Resoplo.

—Créeme —digo—, esa demonio ya lo sabe.

Se queda quieto un segundo más y luego sigue adelante.

Lo observo alejarse y me froto la cara con ambas manos.

Genial.

Otro vampiro enamorándose de una humana imposible. Como si el infierno no tuviera ya suficientes problemas.

CAPÍTULO 36

BASTA DE JUGAR A LAS ESCONDIDAS

CATALINA



Despertarse en un hospital debería ser ilegal.

No lo digo por el dolor —que también—, sino por esa sensación maravillosa de que te han atropellado, dado la vuelta, vuelto a atropellar y, aun así, esperan que respires hondo como si nada. Cada vez que lo intento, el pecho protesta como un robot en huelga. Mal negocio.

Tengo la boca seca, la cabeza embotada y una vaga noción de que alguien ha decidido usarme de saco de boxeo. Intento moverme y mi cuerpo me manda a la mierda de inmediato. Bien. Mensaje recibido.

Abro los ojos a medias. Todo es blanco, demasiado blanco. Pitidos, luces suaves, olor a desinfectante y esa calma tensa que solo existe en los hospitales, donde nadie grita…, pero todos están a punto.

—Genial —murmuro—. Estoy viva.

No sé si eso es una buena noticia todavía.

La puerta se abre y entra alguien con bata, mascarilla y gorro quirúrgico. Médico. O enfermero. O verdugo con estudios. A estas

alturas, me da igual. Se acerca a la cama con pasos tranquilos, demasiado tranquilos para mi gusto.

—Buenos días —dice una voz masculina.

Ajá. Buenos días mis cojones.

—Si me va a decir que respire hondo, le muerdo —le advierto, con la voz hecha trizas.

El tipo se queda quieto un segundo. No dice nada. Eso ya me mosquea.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al final.

Qué pregunta más bonita.

—Como si me hubiera peleado con un camión… y hubiera perdido —respondo—. Pero oye, podría ser peor. Podría estar muerta.

Se acerca un poco más. No me toca todavía. Observa las máquinas, las bolsas, los números. Demasiado atento. Demasiado… presente.

—Has tenido una cirugía importante —dice—. Necesitas descansar.

—¿Y tú necesitas mejorar tu repertorio? —replico—. Porque eso ya me lo han dicho.

Silencio.

Se sienta en la silla junto a la cama. Eso no lo hacen todos. Me incomoda y, al mismo tiempo, me tranquiliza. No sé por qué.

—No deberías hablar tanto —añade.

—No deberías sentarte como si fueras a confesarme algo —le devuelvo—. Estamos en paz.

Por fin me mira. Solo veo los ojos: oscuros, intensos. Demasiado familiares para alguien que, en teoría, no conozco.

—¿Nos conocemos? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—No oficialmente —contesta.

Vale. Eso ya no es normal.

Me remuevo un poco y el dolor me cruza el pecho como un rayo. Aprieto los dientes. El muy cabrón lo nota al instante.

—Tranquila —dice—. No te muevas.

Y entonces me coge la mano. Al principio no pienso nada. Estoy dopada, cansada, hecha polvo, aunque enseguida algo no encaja.

Su mano está fría, muy fría.

No «uy, qué manos tan fresquitas», no. Fría como si acabara de meterla en un congelador. Como si la sangre hubiera decidido tomarse el día libre.

Lo miro otra vez. A los ojos.

—…No —susurro—. No me jodas.

Él no sonríe con los ojos, pero algo en su mirada cambia.

—Hola, Cata.

Suelto una risa ahogada que me duele en todas las costillas.

—¿Eres consciente de que estás vestido de médico? —le digo—. Porque esto roza el delito… y el ridículo.

—Era la única forma —responde, sin soltarme la mano.

—Claro —resoplo—. Porque entrar por la puerta como una persona normal es de cobardes.

Aprieto un poco sus dedos. Está ahí. De verdad. No es una alucinación. Y eso, por alguna razón, me rompe más que todo lo demás; y lo digo en el buen sentido.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—No —contesto—, pero he estado peor.

Me observa como si fuera de cristal. Baja la mascarilla por momentos, y se queda callado; debe pensar que cualquier palabra pueda romperme. Y eso me da una rabia absurda.

—No me mires así —le advierto—. Sigo siendo la misma pesada de siempre.

—Lo sé —dice—. Por eso estoy aquí.

Trago saliva. El pecho se me aprieta, y esta vez no es solo por las costillas.

—Si te pillan, te meten en un lío —murmuro.

—Ya lo sé.

—¿Y aun así has entrado?

Asiente.

—Eres idiota —le digo—. Un idiota muy grande.

—También lo sé.

Cierro los ojos un segundo, agotada. Cuando los abro, sigue ahí. No se ha ido. No me ha soltado la mano.

—Oye —añado—. Si has venido a decirme que me quede quieta y descanse, ya puedes irte.

—He venido a verte respirar —responde—. Y a asegurarme de que sigues aquí.

Le aprieto los dedos otra vez, más despacio.

—Pues ya está —susurro—. Misión cumplida, doctor Frankenstein.

Se inclina un poco hacia mí, lo justo para que solo yo lo oiga.

—Descansa, Catalina.

—No prometo nada —le contesto—. Pero… no te vayas todavía.

No lo hace. Y, por primera vez desde que desperté, el pitido de las máquinas deja de ponerme nerviosa.

No sé cuánto tiempo llevamos mirándonos sin decir nada, pero empiezo a notar ese silencio incómodo en el que alguien va a soltar una bomba emocional y ninguno quiere ser el primero.

Spoiler: es él.

—¿Por qué me salvaste?

Ahí está.

Parpadeo despacio, como si así pudiera esquivar la pregunta. Error de novata.

—¿Eso era una pregunta o una acusación? —respondo—. Porque aviso: no estoy en condiciones de defenderme.

—Catalina —dice, muy serio—. ¿Por qué lo hiciste?

Ugh. Odio cuando usa ese tono. Y odio aún más que me llame así.

—No lo sé —miento fatal—. Estaba aburrida.

—Cata…

—Vale, estaba muy aburrida —insisto—. Pensé que salvar a un vampiro encadenado podía animarme la tarde.

No cuela. Lo sé por su cara. Esa mezcla de paciencia infinita y «no me tomes por imbécil».

—Te estabas jugando la vida.

—Tú también —replico—. Empate técnico.

Suspira. Se frota la cara. Se rinde.

—Eres… —niega con la cabeza—. Eres insoportable.

Sonrío, satisfecha.

—Gracias. Es un don. Todos vosotros tenéis dones, y yo también tengo los míos.

Se queda callado unos segundos. Luego me mira de una forma distinta, más desnuda, diría más peligrosa.

—Eres adorable —dice—. Y quizá… solo quizá… si te hubiera pasado algo, habría preferido morir con la plata clavada.

La frase me atraviesa como una puñalada lenta.

—No digas eso —murmuro, tragando saliva—. Es muy poco sexy.

—No estoy intentando serlo.

—Pues deberías. Porque me estás poniendo emocional y eso no entra en el contrato.

Me pica la nariz. Mierda. Cambio de tema antes de que se me escape una lágrima traidora.

—¿Quién me trajo al hospital?

Adrien se tensa un poco y luego me lo cuenta. Todo. Cómo me sacó, cómo me dejó en la puerta, la llamada anónima, cómo casi lo detienen solo por existir. Cuando termina, me quedo mirando al techo, procesando.

—Podrías haberme transformado —digo al final—. O haberme dejado morir. Era lo lógico.

—No —responde sin dudar—. Eso no era mi decisión.

Giro la cabeza despacio para mirarlo.

—¿Cómo que no?

—Tu vida es tuya. Tu final también. Yo no tenía derecho a elegir por ti.

El pecho se me llena de algo cálido, incómodo, peligrosísimo.

—Gracias —susurro—. De verdad.

Y ahí está. Ese momento en el que me doy cuenta de que estoy hasta las trancas por ese vampiro guapísimo y trastornado.

Joder.

—Menos mal que no me has hecho vampira —añado rápido, intentando recuperar terreno—. Odio a esos seres, son repugnantes.

Arquea una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí. Horribles, arrogantes, pálidos. Con problemas serios de ego. Prefiero romperme todas las costillas otra vez antes que ser

como tú.

Se ríe. Una risa auténtica, suave, preciosa.

—Se te ve el plumero, Cata.

—No sé de qué hablas. Si es que los dioses me libren de ser un vampiro; preferiría ser una serpiente… hasta una hormiga.

—Por una vez, Catalina, cállate.

No dice nada más. Simplemente me corta, se inclina y me besa.

Es un beso lento, cuidadoso, sincero. No hay prisa. No hay hambre. Solo presencia. Me quejo bajito, más por reflejo que por dolor, y él se aparta al instante.

—Prometí no hacer esto —dice—. Pero no puedo.

—Adrien…

—Quiero prometerte algo, Catalina.

Me estremezco.

—No me llames así.

Se ríe aún más. Y está tan cerca de mis labios que siento el cosquillar de los suyos aún suspenso en la piel. Me duele todo y lo que más me duele es que llegará un momento en el que se va a ir como buenamente debe.

—Escúchame con atención —Y lo hago—. Te prometo que mientras esté vivo voy a protegerte con todo lo que soy —dice, muy serio—. Estés donde estés, con quien estés, como sea. Siempre te estaré protegiendo.

No sé qué decir. No sé cómo respirar. Antes de que pueda estropearlo con alguna estupidez, me besa la frente.

Y se va.

Así. Rápido. Silencioso. Es como si nunca hubiera estado. Me quedo mirando el techo durante un rato largo, con el corazón haciendo cosas raras y una sonrisa tonta dibujándose sola.

—Joder —murmuro—. Estoy perdida.

Y, por primera vez desde que desperté, no me importa en absoluto.

CAPÍTULO 37

LLAMAMIENTO A MIS DEMONIOS

ABRIL



SEIS MESES DESPUES

Nunca pensé que acabaría viviendo en una casa diseñada para demonios y vampiros con un vampiro antiguo, arrogante y dramático que cree que sabe lo que necesito mejor que yo.

Spoiler: no lo sabe.

La casa está en mitad de ninguna parte y en todas a la vez. Lucien dice que es un «punto neutro de energía». Yo digo que es un lugar donde nadie nos molesta y donde, si quiero invocar algo del infierno, no tengo vecinos llamando a la policía.

La construyó para mí. Eso aún me cuesta decirlo sin que se me encoja algo por dentro.

Es enorme. Oscura sin ser lúgubre. Con cristales especiales que filtran la luz para no freír vampiros, pero que dejan pasar el calor justo para que yo no sienta que vivo en una nevera con colmillos. Hay habitaciones subterráneas para ellos, con paredes de piedra antigua y silencio denso. Y estancias abiertas para mí, con fuego real que no se apaga nunca, techos altos y símbolos grabados en las vigas, por si algún demonio se pone pesado.

—No hacía falta una sala de invocaciones con suelo de mármol negro —le dije el primer día.

—Sí hacía falta —respondió—. Es estéticamente coherente contigo.

Me dieron ganas de invocarle algo en la cara.

Vivimos… bien. Si se puede llamar bien a convivir con un vampiro que no duerme, un demonio que no descansa y una dinámica que consiste básicamente en discutir por todo y reconciliarnos por casi lo mismo.

—No puedes abrir portales en el salón —me dice él una noche.

—Puedo y quiero.

—Manchas el suelo.

—Es sangre infernal, se limpia sola.

—No me importa.

—Pues debería.

Nos miramos. Silencio.

—¿Vas a cerrar el portal? —pregunta.

—No.

Muerde el labio inferior. Sé que le saco de quicio. Me río por lo bajo.

Ser demonio no llegó acompañado de un manual de instrucciones ni de fuegos artificiales; llegó como llegan las cosas que de verdad importan, despacio y a destiempo, cuando una ya no es la misma que era antes. Al principio resultó extraño, no tanto el poder —eso se reconoce enseguida— como la forma en la que el mundo empezó a responderme. Fue como si algo en mí hubiera cambiado de frecuencia y los lugares, las personas, incluso el silencio, aprendieran a escucharme de otra manera.

Y, aun así, sigo sintiéndome más humana que demonio. Me siguen doliendo las mismas cosas, me emociono con idénticas tonterías, me enfado y me río como siempre. No he perdido esa parte de mí y no quiero perderla; ser demonio no me ha robado la humanidad, solo la ha afilado, la ha vuelto más consciente, más nítida.

El don de la manipulación, en cambio, sí es nuevo. Y peligroso. Es como caminar con una puerta siempre entreabierta hacia la mente ajena, sin necesidad de empujarla con fuerza: a veces basta una insinuación, un gesto mínimo, tocar el hilo exacto para que todo ceda. He aprendido a usarlo rápido, quizá demasiado rápido, y con la misma rapidez he aprendido a contenerme.

Sobre todo con Lucien.

No porque no pueda manipularlo, sino porque no quiero. Sería fácil, ridículamente fácil, hacer que bajara la guardia, que cediera, que hiciera exactamente lo que espero de él; pero si alguna vez cruza una línea conmigo, necesito que sea porque ha tomado esa decisión por sí mismo, no porque yo lo haya inclinado hacia ella. Eso es lo único que mantiene esto —a nosotros— en pie.

Aunque él no me lo ponga fácil.

Lucien tiene una habilidad innata para provocar, para tensar la cuerda justo hasta el punto en el que el demonio en mí levanta una ceja y piensa que podría hacerlo. Cada vez que me mira con esa mezcla de orgullo, desafío y amor mal disimulado, tengo que recordarme que este vínculo solo funciona si seguimos eligiéndonos sin trampas, sin atajos, sin juegos mentales.

A veces me acerco demasiado al borde. A veces siento la tentación rozarme la lengua. Pero entonces respiro, sonrío y vuelvo a ser yo.

Quizá aprender a ser demonio consista precisamente en eso: no en perderse en todo lo que una puede hacer, sino en decidir, cada día, quién quiere ser. Y, por ahora, quiero ser esta versión de mí misma, la que sigue siendo profundamente humana, con un infierno bien contenido y bajo control.

Y luego está una verdad que no puedo negar: sigo enamorada de este vampiro hasta las trancas. Lo que empezó como unas ganas irrefrenables de romper con él se ha transformado en el deseo casi urgente de romper, una tras otra, las innumerables camas que ya hemos dejado destrozadas con nuestra pasión. Lo quiero. Lo amo. Y por mucho que consiga sacarme de mis casillas, sé —con una certeza que ya no me asusta— que quiero pasar mi eternidad a su lado.

—Te quiero —dice, resignado.

—Yo también —respondo—. Pero no me mandes.

Y así funciona.

A veces discutimos por tonterías absurdas: que si no puede traer vampiros antiguos sin avisar, que si yo no debería maldecir a los

proveedores, que si no es normal que haya un demonio menor viviendo en el sótano porque «se sintió cómodo».

—Es educado —me defendí.

—Se come las cortinas.

—Las de invitados.

—¡Son de lino italiano!

—Ahora son históricas.

Luego hacemos las paces. Siempre. A veces con palabras, otras con miradas, otras con silencios largos que solo existen cuando ya no tienes miedo a perder al otro.

Lucien ha cambiado. No mucho, no lo suficiente como para dejar de ser él, pero lo justo para que el mundo no le pese tanto. Yo también he cambiado. Ser demonio no es lo que la gente cree. No es caos constante ni maldad gratuita. Es asumir lo que eres y elegir, cada día, no destruirlo todo.

Catalina se recupera despacio. Muy despacio. Y Adrien… bueno. Adrien está jodidamente enamorado y le va a llevar toda una eternidad admitirlo sin sarcasmo. Pero la protege como si fuera el centro del universo y eso, incluso para mí, es decir mucho.

A veces nos reunimos todos aquí. Vampiros, humanos, demonios y un caos controlado que funciona mejor de lo esperado. Reímos. Discutimos. Brindamos por seguir vivos —o algo parecido—.

Lucien se acerca por detrás y me rodea la cintura.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que si alguien me hubiera dicho hace unos meses que acabaría aquí, en esta casa imposible, contigo… me habría reído.

—¿Y ahora?

—Ahora me sigo riendo —le digo—, pero me quedo.

Sonríe. Apoya la frente en la mía.

—Yo también.

Y por primera vez en mucho tiempo, el infierno, la eternidad y el mundo entero parecen… en paz.

Aunque sea solo por esta noche.

LUCIEN



He cometido muchos errores a lo largo de mi existencia. Algunos épicos. Otros directamente imperdonables. Sin embargo, ninguno me preparó para la expresión que puso Abril cuando abrió la puerta del cuarto.

Se quedó quieta. Muy quieta.

Eso nunca es buena señal.

El espacio es… acogedor. Para un vampiro. Paredes de piedra oscura, velas eternas con llama baja, símbolos antiguos grabados a mano y, por supuesto, ataúdes pequeños. Varios, alineados como cunas. Perfectos. Artesanales. Con terciopelo negro.

Un detalle exquisito.

—…Lucien —dice ella despacio—. ¿Qué es esto?

Sonrío, orgulloso.

—Nuestro futuro.

Silencio. Demasiado largo.

—Esto parece una cripta infantil —añade—. Da grima. Muchísima grima.

Frunzo el ceño.

—No entiendo el problema. Es funcional. Es tradicional. Es…

—Espantoso —me corta—. Es espantosamente vampiresco.

Me giro sobre mí mismo, evaluando el conjunto con ojo crítico.

—He añadido detalles modernos —me defiendo—. Mira, iluminación indirecta.

—Hay calaveras, Lucien.

—Pequeñas.

—Talladas.

—Con cariño.

Se pasa una mano por la cara y suspira.

—¿Para qué es todo esto?

Ahí está. El momento. Me acerco a ella, más serio, aunque sin perder la calma.

—Para nuestro hijo.

Parpadea. Una vez. Dos.

—¿Cómo?

—Si tú quieres —aclaro—. Podríamos intentarlo. Ahora es posible. Podríamos crear algo juntos, un legado.

Ella me mira. De verdad. No con horror esta vez, sino con esa profundidad que me desarma.

—No —dice.

No hay dureza en su voz, tampoco miedo.

—No ahora —continúa—. Aunque sea posible. Aunque podamos. Necesito tiempo, Lucien. Para conocerme, para asentarnos, para que lo nuestro sea sólido sin prisas, sin expectativas ajenas, sin planes que pesen más que el deseo.

Asiento despacio.

—Si algún día llega ese momento —añade—, quiero que sea porque los dos lo elegimos. Sin miedos, sin vuelta atrás. Y si no llega… también estará bien.

La observo unos segundos más y, contra todo pronóstico, sonrío.

—Tienes razón.

Lo digo de verdad.

—Tengo toda la eternidad —continúo—. Y un legado ya no es lo que define quién soy.

Se acerca y apoya la frente en mi pecho.

—Y yo no necesito ser madre para sentirme completa —dice—, porque te tengo a ti. Y eso… ahora mismo, es suficiente.

La abrazo.

—Aunque tengas un gusto espantoso para la decoración —añade.

—Eso es discutible.

—Has puesto ataúdes de bebé.

—Son simbólicos.

—Son traumáticos.

Reímos.

Cierro la puerta del cuarto sin drama. Ya veremos qué hacer con él. Quizá convertirlo en biblioteca. O en sala de invocaciones con menos calaveras.

Al final, no importa, lo importante es que nos tenemos el uno al otro. Nos queremos. Y la eternidad, por una vez, no tiene prisa.

Y creo que puede decir que somos felices, muy felices. Y ojalá sea para la eternidad.

Epílogo

MATEO

Hoy celebramos el cumpleaños de mi hermana.

Dicho así suena normal, incluso bonito. Globos, gente, comida, risas. Una casa llena. Lo que no es tan normal es que hace seis meses Cata casi se mata… y yo me enteré cuando ya estaba prácticamente recuperada.

Hermana del año, aquí presente.

El accidente —porque oficialmente fue un accidente— la dejó hecha polvo durante bastante tiempo. Costillas rotas, rehabilitación, médicos, tratamientos largos y una paciencia que jamás pensé que tendría. Adrien viene siendo quien la ayuda a diario. La sacó de nuestra casa, la llevó a la suya y se ocupó de ella cuando no podía ni moverse. Eso lo sé ahora. En su momento me dijeron lo justo. Lo acepté. A veces es mejor no preguntar demasiado.

Esos dos están metidos en algo raro.

No están juntos, pero tampoco separados. No se tocan, pero se buscan. No se dicen nada, pero se dicen todo. Yo no soy tonto, algo hay. Y no me hace ninguna gracia imaginar a mi hermana metida con un vampiro, aunque, para ser justos, Adrien me cae bien. Es educado, protector, y nunca me ha mirado como si fuera una amenaza, lo cual ya es bastante viniendo de alguien con colmillos.

Con lo que ya he tenido que asumir que Abril se haya convertido en demonio y haya vuelto con Lucien, sinceramente… mis expectativas románticas se fueron a la mierda hace tiempo. Adiós a cualquier posibilidad con ella. Fin del drama. Superado. Más o menos.

Eso sí, Abril me pidió varias veces que la acompañara al bosque ese donde estaba el demonio Agares que la convirtió y la bruja, Eira. Cuando Lucien no podía venir, iba yo. Alguien tenía que hacerlo. Además, Cata estuvo bastante tiempo sin poder conducir y, aunque

ahora ya podría, sigue sin hacerlo. Dice que le da pereza. Yo digo que le da miedo.

Así que, entre unas cosas y otras, me tocó ejercer de chófer sobrenatural.

Mis padres no saben nada. Nada de verdad. Les hemos mentido. No me hace gracia, pero se sensibilizan demasiado con estas cosas y acepté el pacto de silencio. Mejor así.

Lo que no me esperaba es que, en una de esas visitas al bosque, conociera a la hija de Eira y del demonio Agares.

Sí. Lo sé. Normalísimo todo.

Es media licántropa media bruja. Y es demasiado guapa para mi salud mental. Pero, contra todo pronóstico, no es rara. O sí, pero bien. Hemos hablado mucho, nos hemos reído, hemos creado una amistad muy bonita sin hechizos raros de por medio. Al menos, que yo sepa.

Esta noche la he invitado a cenar.

Me gusta. Mucho.

No quiero avanzar demasiado. No sé qué implica estar con una chica media loba media bruja. No sé si eso conlleva maldiciones familiares, pactos antiguos o sacrificios a la luna llena. Pero… no lo sé. Tampoco quiero huir antes de tiempo.

Supongo que de eso va todo esto últimamente: de aceptar que el mundo no es lo que creías, pero que, aun así, sigue mereciendo la pena celebrarlo.

Para cerrar el círculo —y porque el universo tiene un sentido del humor retorcido—, la casa está llena. Pero llena de verdad. Nivel ¿quién ha invitado a todo el mundo y por qué nadie me avisó?

Lucien y Abril discuten en voz baja sobre si las velas deben ir a la derecha o a la izquierda de la mesa (spoiler: ninguno cede). Cata y Adrien hacen como que no discuten, que es aún peor: ella pasea con las uñas metafóricas fuera, modo madre protectora activado, y él la chincha con una sonrisa constante, disfrutando de verla en versión ama de casa desesperada que no admite ayuda.

Mis padres están en la cocina peleándose con una fuente que no cabe en el horno. Los abuelos raros de Abril —que no son mis abuelos, pero ya actúan como si lo fueran— se han adueñado del

sofá y comentan la vida como si llevaran siglos haciéndolo (probablemente).

Yo respiro hondo y voy a abrir la puerta. La veo y se me derrite el corazón. La invito a entrar, no sin antes darle dos besos. Se le suben los colores a las mejillas. Es brujilla pero adorable.

Carraspeo para presentarla.

—Chicos y chicas, esta es mi amiga. —La miro de reojo y se ve tímida. Que mona—. Se queda a cenar con nosotros.

—Hola —dice la chica nueva—. Soy Minerva.

Y ahí empieza el festival.

—¿Minerva? —Lucien alza una ceja—. Me enerva que hayas traído una bruja lobuna.

Abril le clava una mirada asesina.

—Lucien.

—¿Qué? Es un juego de palabras.

—Es un juego de palabras malo.

Cata da un paso al frente, protectora total.

—Oye, Minerva, ¿te han dicho ya que aquí somos un poco intensos? —me mira a mí—. Mateo, ¿tú le has explicado algo?

—Lo justo —respondo—. Lo de sobrevivir. Y lo de no huir.

Adrien se apoya en el marco de la puerta y sonríe.

—Tranquila, Cata, no muerde. Bueno… depende de la luna.

—Adrien —dice ella—. No ayudes.

—Estoy ayudando —replica— a que se relaje. Mira qué mona te pones cuando te estresas. Enhorabuena Mateo, tu amiga es muy bienvenida. —Y se acerca a mi amiga, le coge la mano y le da un beso en los nudillos, todo caballeroso.

—¿Ya te han dicho que eres guapísima?

Cata le lanza una mirada que podría fundir metal. Yo no me quedo atrás.

—Como sigas así, te encerraré en el ataúd con varias cabezas de ajo.

—Ves —le dice Adrien a Minerva—. Está loca, pero es buena gente. Me encanta.

Mi hermana va directa a un armario y saca una ballesta de madera de dentro. La deja apoyada sobre un aparador del salón.

—Provócame, Adrien.

Él se limita a reírse, con esa sonrisa de pillo que conozco demasiado bien.

—Bueno, vamos a calmar las aguas —interviene Lucien.

Se acerca a Minerva y le aparta la silla para que se siente, como el caballero antiguo que es. Yo estoy flipando. Me siento a su lado y Lucien vuelve a su sitio, como si aquí nadie hubiera sacado un arma medieval hace diez segundos. Cambia con Abril para quedar frente a frente con Minerva. Vaya alboroto con la chica.

Yo miro a mi nueva amiga. Ella me mira a mí. Miramos al cuarteto de locos delante nuestro.

Y nos reímos. De esas risas que salen solas, porque no hay otra opción.

En ese momento entran mis padres con la comida, los abuelos con otra fuente que nadie recuerda haber pedido y alguien pone música sin preguntar. Nos sentamos todos a la mesa como si esto fuera lo más normal del mundo.

Y pienso que mi familia y mis amigos no podrían ser más raros. Aun así, como con la música que me gusta, al final no se trata de entender cada nota. Se trata de seguir la melodía, dejarse llevar y confiar en que, pase lo que pase, todo acabará encajando.

Aunque desafine un poco. Aunque tenga colmillos, sea endemoniado o aunque me enerve.

Al final, todo irá bien.

¿FIN? Ya me lo dirás tú… jejeje.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela ha nacido de muchas historias, de personas que me inspiran a diario y de situaciones que, siendo generosa, solo puedo calificar como peculiares. O directamente desastrosas. De esas que, con el tiempo, acaban convirtiéndose en anécdotas… o en libros.
Todos hemos pasado por la experiencia de romper con alguien. O quizá no. Y si no, enhorabuena: guarda este libro como aviso preventivo. Porque, aunque todo acabe rompiéndose —o precisamente por eso—, lo importante suele estar en lo que se vive antes de que ocurra. En lo bonito, en lo caótico, en lo que nos descoloca y, aun así, merece la pena.
Gracias a todas las personas que, sin saberlo, han dejado una frase, una risa, una conversación absurda o una situación imposible entre estas páginas. A quienes me inspiran, me acompañan, me escuchan desvariar y siguen ahí cuando ya he cambiado de idea tres veces.
Y, por supuesto, gracias a quienes se atreven a leer esta historia. Porque reírse de lo que duele también es una forma de sanar… y, a veces, la mejor.
Antes de que se rompa la magia, quiero dejar aquí unos agradecimientos muy especiales.
A Patricia Espejo (@patricia.mbpec), la gran ilustradora de esta portada, que ha sabido encontrar y unir todos los elementos que esta historia necesitaba. No podía gustarme más. Tiene un talento increíble y una sensibilidad preciosa; el cariño que pone en cada trazo se nota, y mucho. No tengo palabras suficientes para agradecérselo y la recomendaré siempre, sin dudarlo.
No podía dejar de mencionar a una de las personas más esenciales de mi vida: Zoraida Roncero (@zoraida.books). Amiga, consejera, compañera y autora. Con ella comparto a diario inquietudes, rupturas, reconstrucciones y este amor incondicional por la

literatura. Además, ha sido quien ha maquetado, supervisado y revisado esta novela con una profesionalidad impecable. Ha hecho un trabajo increíble, aunque no sorprende: todo lo que hace, lo hace bien. Así es ella.
A William Franco (@w.e.franco), que es un maquetador de otro planeta. Gracias a él, este libro luce espectacular por dentro. Su profesionalidad y su buen ojo han hecho que el diseño final sea, simplemente, perfecto.
Gracias también a Luna (@luna_lunovsky) , mi amiga, a quien he dedicado esta novela. Mi lectora más fiel, mi apoyo constante y una de mis mayores inspiraciones. Gracias por tu actitud positiva ante todo, incluso cuando la vida duele. Tu forma de mirar el mundo deja huella.
Y, por supuesto, gracias a Héctor (@theviolinclass), por la amistad que compartimos, por las risas, las tonterías y muchas de las inspiraciones que se han colado en esta historia. Porque los dos somos de lo más peculiar —paranormal, diría—, pero lo nuestro es amor para siempre. Tú seguirás siendo mi vampiro favorito y yo espero seguir siendo la bruja de tu vida. 🖤 Ojalá nuestra amistad no se rompa nunca.

Dar las gracias a mis amigas, con las que hablo a diario y cuyo grupo es ya una presencia constante: Deborah (@deborah88more), Raquel (@raquelostolazadel), Aintzane y Bea. Sois de lo mejor que me ha pasado.

A mi mejor amiga y socia, Simone Barbosa, porque nada de lo que es hoy mi vida sería lo mismo sin ella. Esa sí es la amistad más bonita que tengo, la que no se romperá nunca. Ya van casi veinte años. Y contando.

Gracias también a tantas personas que hacen mi vida diaria mucho más especial; a quienes considero amigas y sin las que no sería tan divertido provocar risas. Todas tenéis el mismo lugar en mi corazón.
Y, en especial, a Nani Becerra(@nanibe81); Paula Sánchez

(@entrepecasylibros); Carmen (@booksandcats232); Eva (@nextfeeelings_books); Evica (@simplementeevazgz); Sandra (@devoradora_de_libros_2); Gisela, también correctora y que se ha convertido en una gran amiga; Melania (@melaniabooks); Gem (@gemnepher), maravillosa ilustradora a la que adoro; Irati (@leyendo.a.ciegas1), que siempre me ha dado su apoyo y su visión de mis obras; Raluca Schipor (@raluskness); Eva (@novela.evavsanchez); Lena Salvatore (@lena.salvatore16); y a tantas otras personas que probablemente se queden fuera de esta lista, no porque no merezcan estar aquí, sino porque podría extenderme páginas y páginas.

Y, por último, gracias a todos y cada uno de los lectores que me acompañan desde hace más de una década, que siguen dándome una oportunidad, que comentan, que dejan reseñas en todos lados y que me ayudan a convertir la escritura en la historia de amor más bonita de mi vida.

Gracias a todos.

Con cariño y estima,
Elena Martin

NOS VEMOS PRONTO…
¡GRACIAS POR ESTAR AHÍ!

ACERCA DEL AUTOR

Elena Martin

Soy Elena Martin, escritora por vocación y soñadora por naturaleza. Llevo escribiendo desde hace más de veinte años y publicando desde hace casi una década. La escritura no solo es mi pasión, es la forma en la que entiendo el mundo y en la que comparto lo que llevo dentro. Mis historias se mueven entre el romance y todos sus subgéneros, con un toque oscuro y emocional, porque creo que la vida está hecha de claroscuros. Mis personajes luchan, aman, se equivocan y se levantan, igual que hacemos todos. Escribo por mí, pero también por ti, lector, que transformas mis sueños en realidad cada vez que te adentras en mis páginas.
Si quieres seguirme en las redes sociales o escuchar mis playlist de libros, te dejo mis redes sociales:

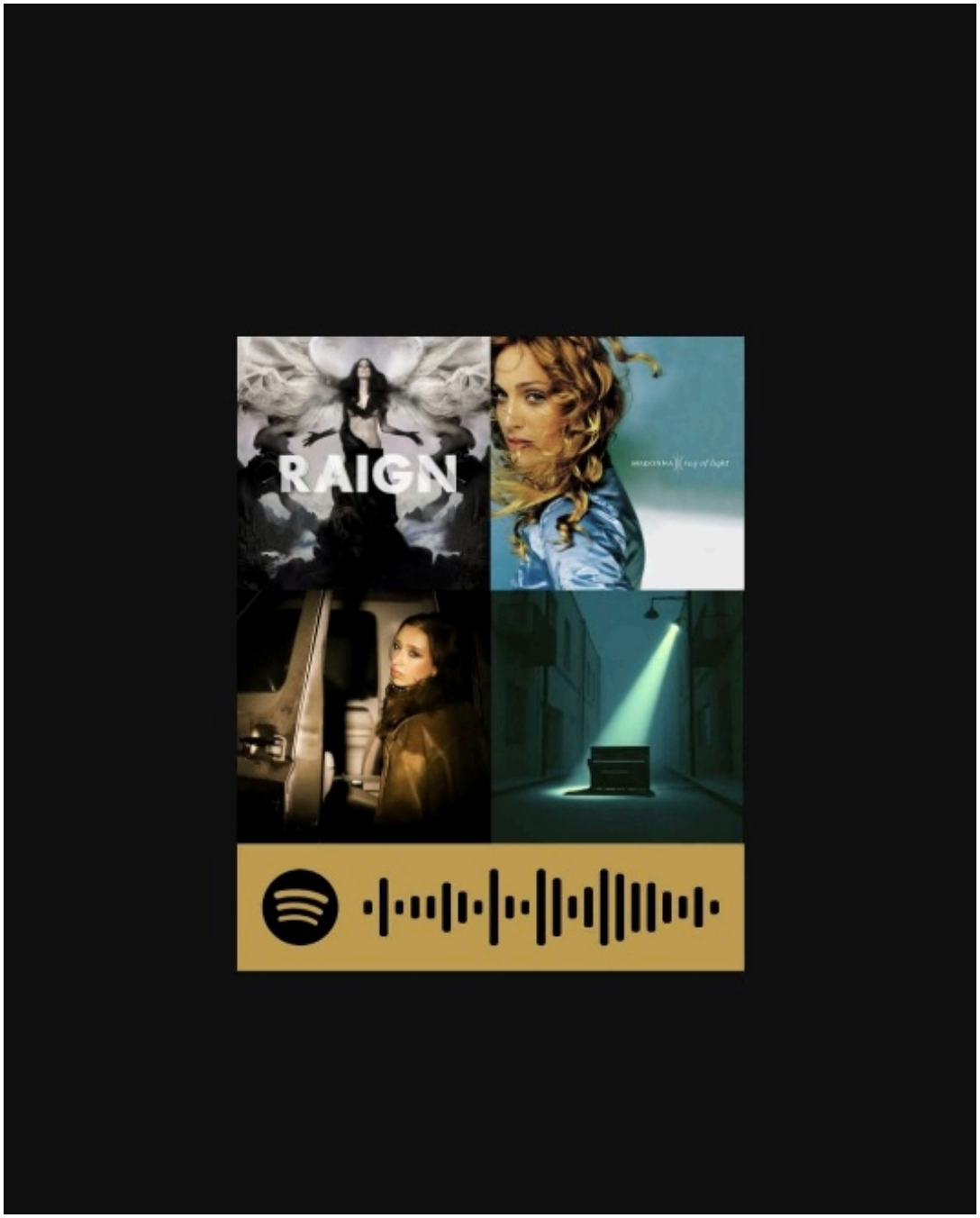
Página web: ideaslibros.es
Email: elenamartinauthor@gmail.com
Instagram: @elenamartinescritora
TikTok: @elenamartinescritora
Facebook: @elenamartinescritora
Spotify (playlists): Elena Martin
PLAYLIST EN SPOTIFY: CÓMO ROMPER CON UN VAMPIRO - ELENA MARTIN

Si te ha gustado alguno de mis libros y tienes un ratito, te agradeceré muchísimo que dejes tu opinión en Amazon o Goodreads. Y, si te apetece, también puedes escribirme en redes: me encanta leeros, saber qué pensáis y charlar con vosotros. Vuestra opinión me ayuda más de lo que imagináis.

EN SPOTIFY DE ELENA MARTIN

¡Escanea aquí el código en esta imagen!

(es seguro)



SPOTIFY

Lista de músicas "Cómo romper con un vampiro"